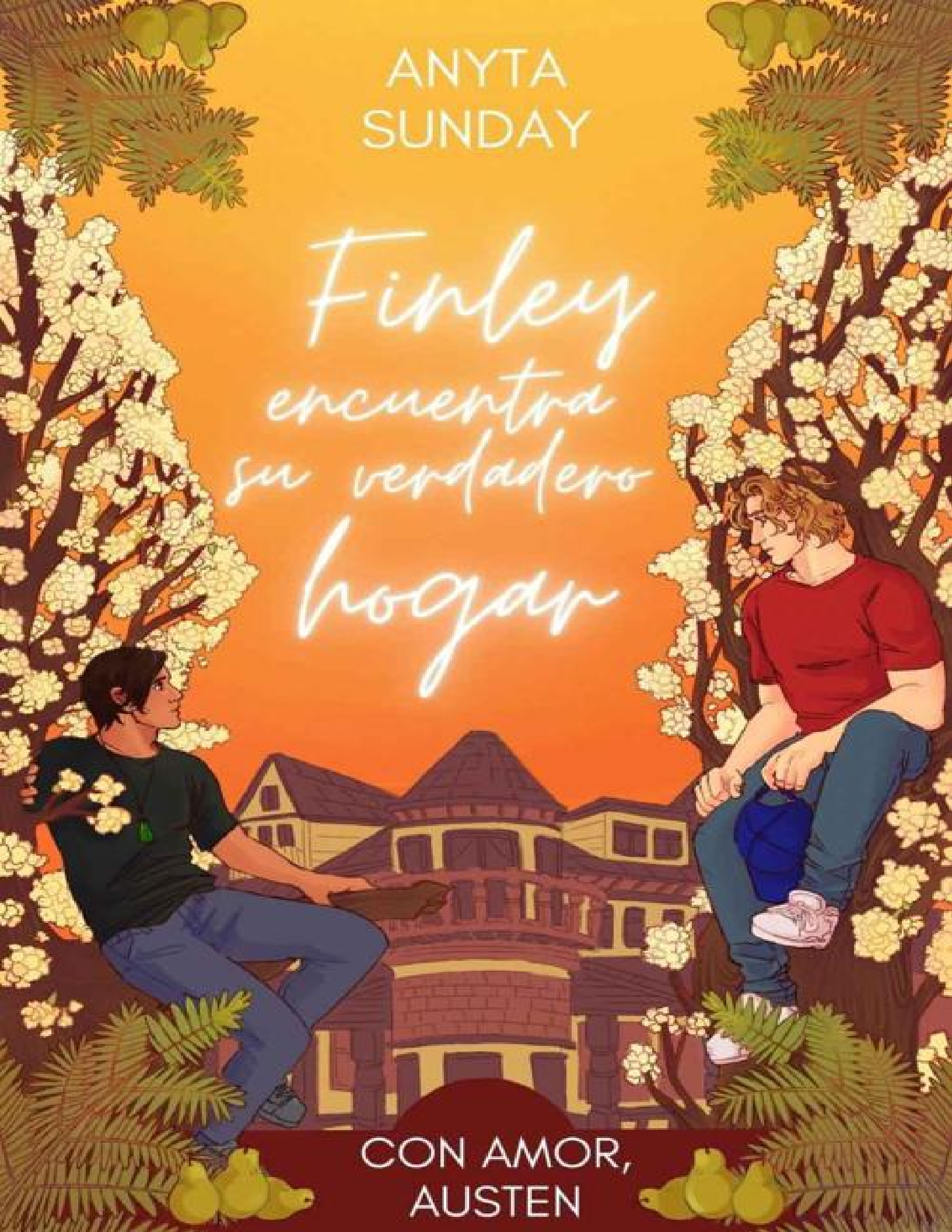


ANYTA
SUNDAY

*Finley
encuentra
su verdadero
hogar*

CON AMOR,
AUSTEN



FINLEY ENCUENTRA SU VERDADERO HOGAR

Con amor, Austen

Libro 4

ANYTA SUNDAY

Traducido por
VIRGINIA CAVANILLAS

Índice

[Avant-propos](#)

[Finley encuentra su verdadero hogar](#)

[Reparto](#)

[I. Conociendo Mansfield](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[II. Amando Mansfield](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[III. Abandonando Mansfield](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Elliot, canción de amor eterno: Capítulo 1](#)

[Lista de fuentes de Katherine Mansfield](#)

[Sobre la autora](#)

[Sobre le ilustradore](#)

[Notas](#)

Publicado por primera vez en 2024 por Anyta Sunday
4D Palm Grove, Berhampore, Wellington 6023,
Nueva Zelanda

Una publicación de Anyta Sunday
www.anytasunday.com

Copyright 2024 Anyta Sunday

Traducido por Virginia Cavanillas
Corregido por María Luisa Crespo

Diseño de portada e ilustraciones: Lauren Dombrowski
www.laurendombrowski.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de esta publicación sin la autorización previa del propietario de los derechos de autoría.

Todos los personajes de este libro son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

La autora se ha tomado unas cuantas licencias creativas para volver a contar *Mansfield Park*, de Jane Austen, como romance gay contemporáneo.

Este libro contiene escenas de sexo explícito.

Avant-propos

Este libro puede leerse de forma independiente.

Para quienes lo lean en orden, se trata de la historia que Bennet estaba editando en ***Bennet, el orgullo de enamorarse***.

Este libro ha pasado por una lectura de sensibilidad cultural y utiliza ortografía y puntuación neozelandesas (cosa que no afecta a su traducción al español, pero he decidido mantener la nota como curiosidad).

Finley encuentra su verdadero hogar

**Su madre es el amor de su vida.
Hasta que conoce a su hermanastro.**

Durante años, Finley y su madre solo se han tenido el uno al otro. Ahora ella se va a casar y se van a mudar a la mansión despampanante de la que su padrastro no para de presumir. Encima el tío es un homófobo que no quiere que Finley le restriegue (por llamarlo de alguna forma) su homosexualidad a su hijo.

Como si él quisiera algo con dicho hijo. Ni loco se fijaría en alguien con quien este señor comparta ADN.

Aunque Ethan y su padre no se parezcan en nada.
Aunque la forma de actuar de Ethan no tenga nada que ver con la de su padre.
Aunque...

No, no puede pasar nada entre ellos. Ahora son *whānau*, familia; hay límites.

Secreto. Prohibido. Irresistible.
Un *retelling* de *Mansfield Park*, de Jane Austen.

Reparto

Finley Price: héroe. Se muda a Mansfield a los quince años. Odia a su padrastro y suspira por un amor que no puede ser.

Ethan Bertram: le importa mucho lo que su padre piense de él. Quiere ser profesor de Educación Infantil.

Maata: madre de Finley; se casa con el padre de Ethan.

Tom: padre de Ethan y padrastro de Finley.

Julia Bertram: hija de Maata y Tom; hermana de Ethan y Finley. Adora a sus hermanos mayores.

Cress y Ford: hermanos gemelos londinenses que viven durante una temporada en Mansfield.

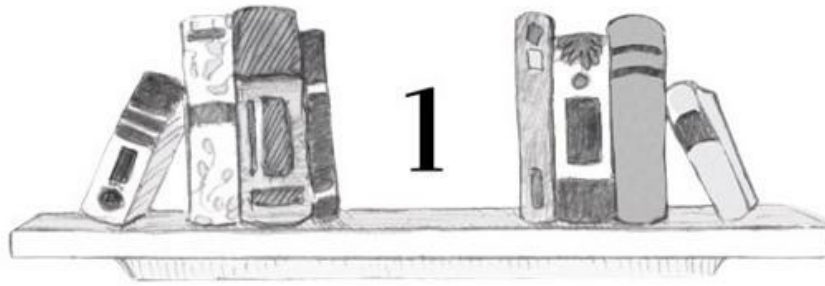
María: compañera de clase de Finley. Demasiado directa.

Rush: novio de María; lo trata regular.

Señora Norris: gata traviesa y desobediente que tiene una relación turbulenta con Finley.

PARTE I

Conociendo Mansfield



«La lengua inglesa es tremendamente complicada, pero también muy rica, y tan clara y brillante que con ella se pueden iluminar los lugares más oscuros».

K. Mansfield, carta

«**E**n proceso».

Otro suspenso. No era más que otro suspenso. Uno que reconocía que al menos lo había intentado, pero, por lo visto, no lo suficiente.

Dejo la mochila sobre la cama aún sin hacer y me quito las botas. Chocan contra la puerta del armario al caer y dejan una mancha de barro sobre la pintura blanca. Hoy me siento como ese barro. El resto de mi clase ha aprobado; algunos han sacado notable; otros incluso sobresaliente. Todo notas brillantes, menos la mía. «En proceso» no es más que una versión más bonita de «has suspendido, pedazo de inútil».

Me dirijo a la papelería que hay junto a mi escritorio, que está llena hasta los topes, y hago una bola con el relato que llevo en la mano. Mi décimo intento. Creí que esta vez estaba bien. A mí, al menos, me había hecho sonreír. El papel me quema en las manos, escuece, como mis ojos. Vuelvo a leer el comentario en tono jocoso del profesor:

«Por favor, no seas escritor».

Quiero tirarlo a la papelería, pero tengo que enseñárselo a mi madre.

Lo enrolla, me lo meto en el bolsillo de los vaqueros y respiro hondo, tratando de calmarme. Mi exhalación me acaricia los labios; huele a toalla húmeda, al desodorante que me he puesto por la mañana y al chico al que he besado bajo un dosel de hojas de parra.

La voz de mi madre me llega por el pasillo, su murmullo suave y apacible seguido de otro más profundo, masculino y urbanita. Solo escucharlo me irrita, se me eriza el vello de brazos y piernas. El novio gestor de inversiones. Otra vez.

Como cada viernes; como cada fin de semana.

Camino despacio sobre la alfombra oriental y me detengo justo en el borde, los dedos de los pies rozando sus flecos. Hago rodar las pequeñas borlas y las siento contra la piel por el agujero que tengo en los calcetines.

No quiero enseñarle el «en proceso» a mi madre con él aquí. Bastante me menosprecia ya.

La puerta del salón está entreabierta y los espío a través del hueco: están en el sillón reclinable, mi madre en el regazo de Tom; Tom con ese aspecto tan señorial y aburrido, tan pálido que parece enfermo al lado de la camisa fucsia y la tez morena de mi madre. Le está deshaciendo la trenza como si no me hubieran oído llegar a casa.

Miro hacia la pared de mi izquierda, donde la cara de mi padre me observa sonriente.

Mi reflejo en el cristal que contiene su foto hace que nuestros rostros se fusionen. Piel oscura, pómulos altos y ojos alegres; aunque hoy los míos no están tan llenos de humor como los suyos. Ni mis labios se curvan en esa sonrisa descarada que tanto le gustaba a mamá; llena de picardía, atrevida. Pego la nariz al cristal y suspiro, empañando su imagen; por un momento, mientras se desempaña, parece que se mueve. Como si aún estuviera vivo.

Sano, feliz. En casa.

—Sea lo que sea lo que te pasa, Maata —dice Tom—, puedes contármelo.

Las palabras de mi madre son apenas un susurro, pero resuenan por toda nuestra pequeña casa.

—Creo que Finley es gay.

Se me cierra la garganta, me falta el aire. Hoy me ha acompañado al colegio y hemos cruzado el pueblo, pasando por el invernadero de Bennet. «Qué bien se ve todo desde la calle», me ha dicho.

¿Va a hablar con Tom de esto antes que conmigo?

Me cuesta tragar.

—¿Crees que voy a cambiar de opinión por eso? —le pregunta Tom. Se ríe.

Mi madre suspira.

Encojo los dedos de los pies sobre las borlas de la alfombra.

—Finley lo es todo para mí.

«Entonces, ¿por qué no hablas de esto primero conmigo?».

—No te preocupes —dice Tom, besándole la frente—. Todo irá bien.

—Pensé que... como nos vamos a mudar contigo y con tu hijo...

¿Mudarnos?

Me tropiezo con la alfombra y me resbalo. Me apoyo en la pared, justo al lado de la foto de mi padre.

«Esta es nuestra casa, la que él construyó para nosotros. Este es el hogar en el que nací. Hay historia entre sus paredes, nuestra historia», quiero gritar.

Parece que todavía no me han oído, no saben que estoy ahí. Como si estuvieran perdidos en un mundo en el que solo existo como un problema que hay que resolver.

Tom está hablando:

—Si estás preocupada por lo que pueda pasar entre él y mi hijo, no lo estés. Serán hermanastros, hermanos. De hecho, Ethan podría ser una buena influencia. Ayudar a Fin a ser

más duro.

«Finley. Tú no tienes derecho a llamarme Fin».

«Intruso. Rompehogares».

«Como si hubiera alguna posibilidad de que me enamorara de alguien con tus genes».

Puedo sentir a mi padre en el aire, su mano invisible y calmante en el hombro.

«Es duro, pero tu madre se merece ser feliz, ¿eh?».

¿Y yo no soy suficiente para ella?

«Tienes quince años. Ya eres mayor, casi un adulto. Ya no la necesitas».

Se oyen pasos sobre la moqueta, son de mi madre; una puerta cerrándose, la del baño.

Unos segundos después, la puerta del pasillo se abre.

Tom está ahí, se cierne sobre mí con los pulgares enganchados en las trabillas de los pantalones del traje, tan tranquilo.

—Lo has oído todo, ¿verdad?

—¿Os vais a casar?

—A finales de marzo. Puedes empezar a llamarme papá cuando quieras.

Puede que sea una broma, pero me encantaría arrancarle la sonrisa de un puñetazo.

Hace una mueca.

Me cruzo de brazos. Es un escudo, pero también un mensaje: «Lo máximo que voy a hacer es tolerarte».

—¿Cuándo nos vamos? —pregunto en un murmullo.

—En cuanto acaben las clases.

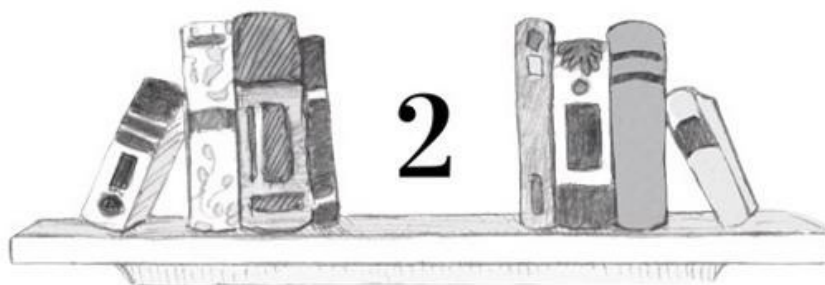
—¡Pero eso es la semana que viene!

El portazo de la puerta de mi habitación hace temblar los cimientos de la casa. Me siento en el suelo, contra la pared, el rollo de papel se me sale del bolsillo. Me sorbo la nariz.

Oigo los pasos de mi madre avanzar con urgencia por el pasillo. Reconocería ese sonido en cualquier parte.

—¿Fin? —Llama a mi puerta con suavidad—. Ay, cariño.

Las páginas se nublan frente a mis ojos llorosos.



«Ah, pero ¡qué rápido cambiaron las cosas! ¿Por qué la felicidad no podía durar para siempre? No creo que «para siempre» sea demasiado tiempo».

K. Mansfield, *Su primer baile*

Ladrillos rojos, tejas e intrincadas celosías blancas.

Alguien nos mira desde el torreón. No puedo devolverle la mirada durante mucho tiempo debido al resplandor del sol que me ciega. Es un chico, lleva una gorra de béisbol.

Mi madre me pasa un bolso de viaje y saca del maletero abollado del coche las dos últimas maletas con nuestra ropa; la mía, además, contiene la foto de mi padre. Esto es todo lo que tenemos.

Mansfield tiene todo lo que podamos necesitar; o eso dice ella.

El coche, mi madre y yo —nuestras vidas, todo lo que somos— quedamos empequeñecidos ante la gran mansión que se cierne sobre nosotros.

Debería estar lloviendo. Debería haber rayos y truenos rasgando el cielo de la misma forma que a mí se me está rasgando el corazón.

—Me quiero ir a casa.

—Sé que te llevará un tiempo adaptarte —me dice al oído en un arrullo—. Pero te prometo que al final todo saldrá bien. Ya lo verás.

Me pica la garganta.

—¿No podías haber esperado? —Sé que estoy siendo irrazonable, pero quiero que sienta mi dolor; quiero que se sienta culpable—. Solo me quedaban tres años para terminar el colegio.

Tom aparece en la gigantesca entrada con una camisa de manga corta y unas bermudas impecables. Lo único que le falta es una bolsa de golf al hombro y deslumbrarnos con unos dientes hiperblanqueados.

Mi madre esboza una sonrisa al verlo y luego posa sus cálidos ojos de nuevo en mí. Dice un proverbio en voz baja; sé cuál es, me lo ha dicho más veces, pero nunca lo he entendido. Ahora tampoco lo hago.

—*Ka mate te kāinga tahi, ka ora te kāinga rua.*

«Cuando una casa muere, otra empieza a vivir».

Pero nuestro hogar no estaba muerto. Y al dejar el refugio que mi padre construyó para nosotros parece que estuviéramos dejando atrás sus recuerdos. No, es peor aún que eso.

Se me escapan las lágrimas. Quiero cantar y llorar como hicimos en su *tangi*¹.

Mi madre me quita la bolsa que acababa de darme y me abraza; me acoge con fuerza entre sus brazos y su colorido vestido se arruga entre nuestros cuerpos.

—Él es nuestro pasado, siempre formará parte de nosotros.

Entiendo lo que quiere decir: «Ahora debemos concentrarnos en el presente y en construir un futuro».

Me suelta y abre los brazos para recibir a Tom.

Doy una patada a la hierba, que brilla verde bajo el sol; un gato negro sale despavorido de detrás de un árbol y esquiva mi pie con un bufido.

—¡Oye! —me riñe Tom—. Cuidado con la señora Norris.

—Yo no...

¡Ha sido un accidente! Nunca le haría daño a un gato.

—¿Por qué no llevas tus cosas dentro y echas un vistazo? Coge un bollito, están en la mesa del comedor.

No quiero escucharlo. Me cruzo de brazos.

Empieza a besar a mi madre.

Cojo mis cosas y atravieso el cuidado césped hasta la casa, que es preciosa, muy a mi pesar. Espero dejar el immaculado suelo de mármol lleno de barro.

Dejo la maleta y la bolsa de viaje en medio del vestíbulo, donde más molestan. Pero ocupan tan poco en el enorme espacio que parecen ridículas en comparación.

El comedor es tan grande como nuestra antigua casa. El sol entra a raudales por las ventanas enrejadas e ilumina la mesa ya puesta con unos platos elegantes y modernos, y unas teteras azul marino a juego con las tazas; también hay dos fuentes de plata con bollitos recién hechos y un cuenco con crema.

Me siento en una silla de piel. Me gustan los bollos; pero no pienso volver a tocarlos en mi vida.

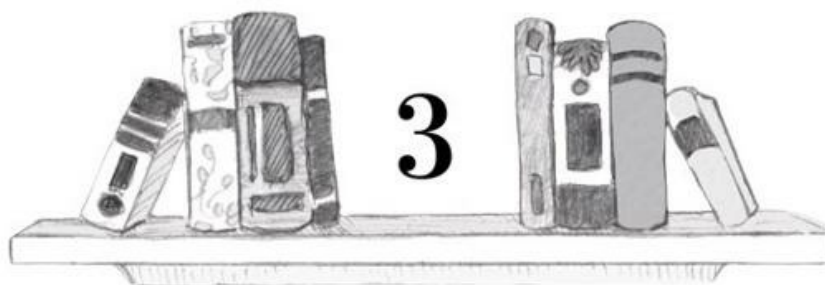
Las lágrimas me caen, calientes y pesadas, por las mejillas. Me las limpio con el dorso de la mano. Me sorbo la nariz.

Se escuchan pasos.

Levanto la cabeza esperando ver a mi madre y a Tom, pero no son ellos. Un chico con una gorra azul entra en la estancia. Tiene más o menos mi edad, quizá un poco más. Ancho de hombros, como yo; tonificado. Pero no sé de dónde saca ese cuerpo, viviendo en una mansión. Vale, Mansfield está en las afueras de Port Rātapu y la propiedad parece grande, pero no es una granja. No me imagino a nadie que viva aquí dedicándose a trabajar en el campo.

—Eres Finley, supongo —dice.

—Y tú eres Ethan, supongo —le respondo.



«Se sentaba muy quieto en el umbral
y soñaba que..., oh, soñaba que tenía un amigo».

K. Mansfield, Cuento de hadas

No quiero nada con este chico. No quiero nada con Mansfield. Por lo que a mí respecta, tanto él como este lugar me pueden comer la polla.

Arrastro los pies por el reluciente suelo de madera e inclino la silla de esa forma que sé que Tom tanto odia. Los rayos de sol que entran por la ventana calientan los surcos húmedos que las lágrimas me han dejado en la cara.

Ethan me mira fijamente; se lleva una mano a la nuca y se le cae la gorra. La logra coger antes de que aterrice en el suelo; la atrapa contra su abdomen, con la visera apuntando hacia sus pantalones cortos de deporte. Por fin le veo la cara y algo me revolotea bajo el vello que ha empezado a crecerme alrededor del ombligo.

Frunzo más el ceño.

Tiene la piel tan blanca como Tom, pero ahí acaba el parecido entre ellos. Ethan tiene el pelo rubio y una nariz... no sé, está bien, es normal. Y un hoyuelo muy mono —no, muy raro— en la barbilla.

Supongo que se parece a su madre. Igual que yo me parezco a mi padre.

Los aleteos de la tripa me bajan más abajo, hasta la silla tambaleante sobre la que me siento. Él también ha perdido a su madre, de un ataque al corazón. ¿La verá a ella cada vez que se mira al espejo?

Veinte segundos y ya noto cómo se forma un vínculo entre nosotros, esperando a que lo acepte.

Miro hacia otro lado. Ojalá se hubiera vuelto a poner la gorra.

Cuando entran mi madre y Tom frunzo más el ceño. ¿Cómo es posible que ella se ría con tanta facilidad?

—Ah, Ethan —dice Tom—. Veo que ya has conocido a tu nuevo hermano.

«Hermano». Oigo el énfasis en su voz. Un recordatorio: esa es la única forma en la que se me

permite pensar en Ethan.

Me río. Ni que estuviera *taaaaaaan* bueno.

—Hola, Maata —dice Ethan con una sonrisa.

Sonríe a mi madre como si la conociera. Como si la conociera de verdad. Pienso en todos aquellos días en los que Tom se la llevaba de excursión mientras yo trabajaba en la granja Bingley. ¿Esto era lo que hacían? ¿Jugar a papás y mamás sin mí?

No calculo bien y echo la silla demasiado hacia atrás. Doy un salto e intento sujetarla poniéndome a horcajadas sobre ella, pero es demasiado tarde y choca contra el suelo en un estruendo de madera y cuero. A mi espalda, una bola de pelo sale corriendo, maullando de forma salvaje.

—¡No lo he hecho a propósito!

Ethan deja caer la gorra y se agacha para coger a la señora Norris. Ella se le pone panza arriba al instante y ronronea; él me mira, nuestros ojos se encuentran. Los suyos son grises, como la niebla que envuelve una carretera y no te deja ver las señales en el camino.

Sonríe, amable, y un hoyuelo le hace un surco del tamaño de mi meñique en la mejilla.

—La gata está bien —dice.

Me alegro. Lo de que no había tenido intención de asustarla lo decía en serio.

Pero, no lo entiendo... ¿Por qué Ethan es tan indulgente? ¿Por qué no se enfada? ¿Por qué no me odia por invadir y arruinar su hogar?

Detrás de él, las cejas oscuras de Tom están tan juntas que parece que solo tiene una.

—No es el mejor comienzo, Fin.

—Finley —le recalco mi nombre completo.

Con los ojos ardiendo, paso por delante de Ethan y lo empujo; a propósito, esta vez. Sisea cuando las uñas de la señora Norris se le clavan en la piel.

Por un breve instante me siento satisfecho. Pero la decepción que se refleja en su cara me hace sentir fatal. Vacilo y vuelvo hacia atrás. Un «lo siento» me revolotea en los labios, pero veo la cara de mala leche de Tom e ignoro el impulso. Mi madre me llama mientras salgo del comedor, insiste en que me disculpe; Tom le dice que ya se me pasará.

Me detengo en el vestíbulo de mármol. Quiero correr hacia algún sitio y dar un portazo, pero no sé a dónde ir.

El aire crepita detrás de mí.

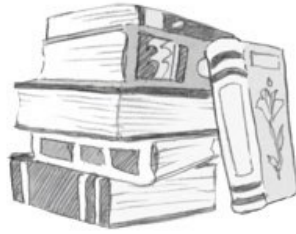
—Te enseñaré tu habitación.

Ethan. Tiene la gorra puesta y manchas de sangre en el antebrazo. La señora Norris no está a la vista. Pasa por delante de mí y se echa la bolsa de lona al hombro. Me mira y también coge la maleta; se dirige hacia la escalera.

Lo sigo, cabizbajo.

Los escalones de madera crujen bajo nuestros pies. Ethan murmura:

—Bienvenido a Mansfield.



ME CUENTA LA HISTORIA DE LA CASA, PERO YO NO LE CONTESTO; NO PUEDO. ETHAN NO INSISTE. Subimos dos tramos de escaleras y entramos en el ático, un amplio *loft* con paredes abuhardilladas y claraboyas en el techo.

Es luminoso y soleado, bien decorado. Una cocina ocupa una de las paredes; unos sofás, una mesa y varios aparatos de gimnasia las otras tres.

Miro de reojo los brazos de Ethan mientras deja mi bolsa sobre la mesa. Ya sé de dónde vienen esos músculos. Misterio resuelto.

Señala hacia un lado de la estancia.

—Mi habitación. —Luego hacia el otro—. Tu habitación. Cuarto de baño. —Señala una pequeña puerta—. Armario para toallas y ropa de cama. Y esa —señala otra puerta— lleva a la azotea.

Voy directo a mi habitación; Ethan me sigue y se detiene en la puerta.

Está limpia y ordenada, y la cama es grande y gris; muy gris. Hay tonos grises por todas partes.

Me lanzo sobre ella como si fuera lo más acogedor de la casa. De hecho, lo es. Tiene un color tan depresivo como mi estado de ánimo. Nos entendemos.

Me pongo boca arriba y me sorbo la nariz. Ethan sigue ahí, mirando.

Se balancea sobre los talones como si estuviera a punto de irse, luego se encoge de hombros y entra en la habitación. El edredón se hunde bajo su peso cuando se sienta a mi lado.

—Lo siento —me dice.

—¿Qué es lo que sientes?

Me tapo los ojos con un brazo para no tener que ver la amabilidad en su cara; porque no me la merezco.

—Tú has tenido que renunciar a todo para que yo lo gane todo.

—¿Ganar? —farfulto— ¿Qué se supone que estás ganando?

Supongo que cambia de postura, lo noto por el pequeño movimiento del colchón.

—Esta casa es muy grande, y mi padre viaja un montón...

¿Está diciendo que...?

Pienso en todos los fines de semana que Tom se ha quedado en Cubworthy. Puede que Ethan

hubiera pasado algún día por ahí con mi madre, que se hubieran visto de vez en cuando, pero el resto del tiempo había estado solo en esta mansión.

Me quito el brazo de la cara. Tiene la mandíbula tensa y el ceño fruncido.

Pero enseguida cambia de expresión y me mira.

—¿Has tenido que despedirte de muchos amigos?

Me incorporo, me siento y lo miro con la cabeza ladeada. ¿Seguirá pensando que está ganando algo cuando se lo diga?

Mientras espera mi respuesta, se quita la gorra, se pasa los dedos por el pelo y se la vuelve a poner.

—No es una cuestión de cantidad; no importa «cuántos», sino cuánto significan para mí.

Él asiente.

—Claro.

—A quien más echaré de menos es a mi novio.

Mi exnovio, para ser exactos.

Espero una reacción por su parte y me satisface que la haya. Se mueve como si estuviera a punto de retroceder. Ya está. Ahí lo tengo. Ahora tener compañía no le parecerá tan bueno.

La cama se vuelve a mover bajo su peso y creo que Ethan se va a levantar, pero sigue ahí, lo veo por el rabillo del ojo. Tiene las mejillas sonrojadas.

Decido mirarlo directamente; enarco una ceja.

Se levanta de un salto y sale de mi habitación.

El «¡hurra!» que se me estaba formando en el pecho se convierte en una sensación pesada y se me hunde en el estómago; pero, entonces, lo veo reaparecer con un teléfono inalámbrico. Me lo lanza y lo cojo al vuelo.

—Llámalo.

Parpadeo.

—¿Quieres que lo llame?

—Estás... molesto. Quizás él logre que te sientas mejor.

Miro los botones del teléfono con el ceño fruncido hasta que los números me parecen un galimatías. Como me pasa a veces con las palabras.

Ethan se marcha y marco; sigo frunciendo el ceño, esta vez a las delicadas molduras del techo. Saber que Bennet no está tan lejos de mí me anima. Al principio me pareció buena idea tener una relación a distancia, hasta le vi su puntito romántico; pero ahora me alegro de que hayamos decidido dejarlo. En estos momentos lo que necesito es un amigo, no algo que pueda romperse mientras me tambaleo tratando de encontrar mi sitio, mi equilibrio.

Bennet me pregunta por Ethan. Le había hablado de Tom y de su preocupación de que me enamorara de su hijo. Ambos estuvimos de acuerdo en que Tom era imbécil.

Y lo es.

Imbécil del todo.

—¿Fin?

—No sé. Es más alto que yo.

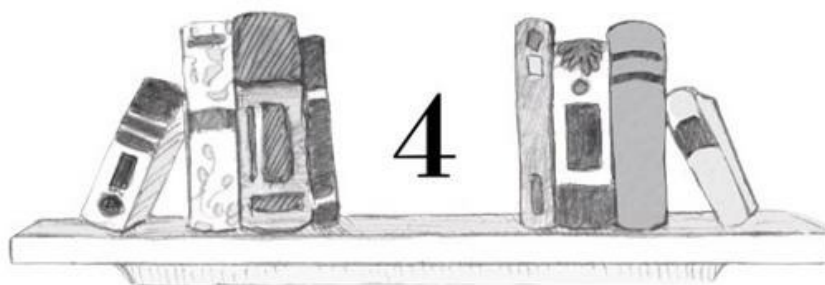
Nos despedimos cuando Ethan llama al marco de la puerta con un plato en la mano. Le digo que pase, entra y lo coloca entre nosotros sobre la cama. Está lleno de bollitos cortados por la mitad, untados con mermelada y un poco de crema.

Cojo uno y refunfuño.

—Se supone que tengo que odiarte, Ethan.

Su hoyuelo hace aparición.

—Bueno, puedes intentarlo.



«Alguien que viniera cuando él lo llamara».

K. Mansfield, Cuento de hadas

Ethan. Con sus gorras de béisbol y sus sonrisas fugaces con hoyuelos.

Ha pasado la mitad del verano y aún no sé qué pensar de él. Se levanta a horas intempestivas para ir a nadar; o eso creo. Cuando yo logro salir de la cama, él ya está terminando su rutina de ejercicios, haciendo estiramientos contra la pared, empapado en sudor y oliendo a río.

Mientras yo me pongo los auriculares y escucho audiolibros tirado en el sofá del salón que compartimos, él está en su habitación. Siempre deja la puerta abierta; lo veo en su escritorio, tecleando en el ordenador, haciendo los trabajos de verano que le hayan mandado en el colegio. A veces, lo sorprendo mirándome. Pero aparta la vista a toda prisa.

Con mi madre siempre es educado, atento y amable. Se ofrece a ayudar a preparar la cena, pero, dado que hemos sido testigos de su absoluta incompetencia en la cocina, lo hemos relegado a poner la mesa.

Con Tom es respetuoso. Sin más. Sus conversaciones son serias y tediosas. Casi siempre sobre cómo le va con los estudios o sobre su trabajo a tiempo parcial en la empresa de su padre. Mucha charla sobre números. Y a mí los números me aburren; así que no presto demasiada atención.

A veces creo que a Ethan también lo aburren.

Cada vez que Tom empieza a interrogarlo, deja caer los hombros; y en dos ocasiones lo he oído suspirar al acabar una charla con él.

Así que, sí, más o menos me he hecho una imagen de él..., pero hay algo que no encaja. Como si hubiera algo en Ethan que no vemos, algo de lo que no nos estamos dando cuenta.

Y yo quiero ver ese algo.

Esa es la razón por la que me levanto de la cama a la *hostiadetemprano* en punto. Oigo el rítmico sonido de sus pasos descendiendo por las escaleras; me pongo las zapatillas, una chaqueta y lo sigo.

En el suave resplandor de un amanecer helado, corre bajo los perales del jardín trasero hasta

el río que hay al pie de la montaña. El agua está en calma, parece profunda. Lo observo desde detrás de un árbol y veo que se quita la ropa hasta quedarse solo en bañador. Lo miro nadar. Ida y vuelta; ida y vuelta. Estilo libre. Mariposa.

El agua se desliza sobre él, sedosa contra los fuertes músculos de su espalda. Sale a la superficie con un chapoteo y el río parece despertar de su letargo, inquieto. El agua se agita con cada uno de sus movimientos. Una y otra vez ¿Cómo puede una sola persona generar tanta agitación?

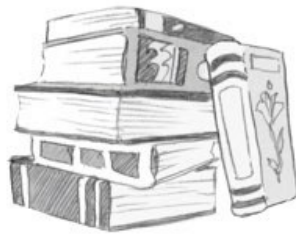
Me quedo mirando el río revuelto y me estremezco.

Ethan se sumerge por completo y luego sale del todo. Músculos marcados, el bañador que se le ciñe al cuerpo... Se sacude el pelo mojado y las gotas de agua se le deslizan brillantes sobre la piel.

Aprieto ambas manos contra la áspera corteza del árbol tras el que me escondo y una astilla se me clava en una palma. Siseo y una ramita cruje bajo mi pie.

Ethan se gira.

Con el pulso desbocado, me escondo lo más rápido que puedo.



EL HECHO DE QUE CASI ME PILLE NO ME IMPIDE SEGUIRLO DE NUEVO.

El fin de semana siguiente, recibe una llamada después de comer y, tras echar un vistazo a su padre, que está ocupado hablando de los preparativos de la boda con mi madre, se escabulle.

Se dirige al jardín trasero, a una puerta en la valla que separa Mansfield de la finca de al lado.

Cuando desaparece a través de ella, me subo a uno de los perales junto a la valla. Es frondoso, de grandes hojas, y las ramas se extienden hasta el jardín del vecino.

Me apoyo en un gran nudo en el tronco y me estiro sobre una tela de araña hecha de robustas ramas. Me muevo un poco para evitar que una de ellas se me clave en el jade que llevo colgado al cuello y que descansa sobre mi pecho. Ethan saluda a dos niños disfrazados: un caballero y una princesa.

La chica, que lleva una armadura plateada, le entrega a Ethan un sombrero de princesa rosa en forma de cono de cuya parte superior sale un lazo de encaje.

Se ríen cuando él se quita la gorra y lo arrastran con manos ansiosas hasta una mesa de pícnic

blanca donde descansan tres floreadas tacitas de té.

Ethan se sienta y se pone el sombrero de princesa, finge comer y beber. Se ríe, todos se ríen. Yo también sonrío.

El niño le pide que le cuente un cuento; Ethan se levanta y él solito se convierte en todos los personajes de una obra de teatro.

Un viejo mago malvado ha encerrado a una princesa en una torre donde tiene prohibido decir lo que piensa. Pero la princesa no se va a dejar dominar y, en cuanto el mago se marcha, se dispone a liberarse de su encarcelamiento.

Con un dramatismo sin igual, Ethan empieza a hacer todas las voces de la obra:

—«Ey, ten cuidado», grita un joven príncipe desde abajo. La princesa le echa un vistazo desde donde está en lo alto de la torre y se ríe. «¿Necesitas ayuda?» —El príncipe, de nuevo—. La princesa se quita el zapato, clava el tacón en la argamasa entre los ladrillos de la torre y sigue bajando. «A buenas horas apareces...», le contesta.

—Suenas sarcástica —dice la niña vestida de caballero.

—¿Qué significa eso? —pregunta el niño.

—Eso significa que la princesa se está burlando del príncipe. Porque su ayuda llega demasiado tarde. —Tras contestar a los niños, Ethan retoma su papel de princesa—: «Por si no te has dado cuenta, ya he bajado media torre. Soy bastante capaz de salvarme yo solita». —Entonces, su voz se hace más grave para imitar al príncipe—: «Lo siento. Pero es que... si logras salvarte tú sola, ya no sé cuál es mi papel». A lo que la princesa contesta: «Ay, por Dios, qué dilema»; un dilema es un problema —especifica Ethan con su tono de voz normal.

—Está siendo sarcástica otra vez.

—Gracias, Elinor —le dice Ethan a la niña antes de continuar—: De repente, la princesa pierde su agarre...

—Ay, no —dice el niño—. ¿Se cae? ¿Se muere?

Ethan sonrío y, con su propia voz, o al menos con la voz con la que yo estoy familiarizado, dice:

—Suenas demasiado alegre, Zach Dashwood.

La niña vestida de caballero se ríe y le da un empujón a su hermano.

—La princesa no puede morir. Sería un final supertrágico.

—Todos los clásicos originales son trágicos.

Ethan se pone ambas manos en las caderas.

—Este no. Espera, ya llegará el «felicis para siempre». ¿Por dónde iba?

—¡La princesa se estaba cayendo!

—Vale. La princesa se balanceó agarrada al tacón del zapato, aferrándose a la vida con todas sus fuerzas. El príncipe la miraba desde abajo, bastante inútil el chico, la verdad. —Ethan balancea un brazo y estira el otro por encima de la cabeza, agarrándose a una torre imaginaria—. Ella clava más el tacón en la torre y logra afianzarse. Por los pelos. Con cuidado, baja lo que le

queda hasta llegar al suelo, orgullosa de sí misma.

—¿Y ya está? ¿Así acaba?

—¡Ni de lejos! —dice Ethan—. Porque esta princesa no solo quiere salvarse a sí misma. Mira por encima del hombro del príncipe, más allá de donde este está, y ve a un jovencito atrapado en un árbol. El chico está pidiendo a gritos que alguien lo ayude.

Sin dejar de mirar a los niños, Ethan se dirige hacia la valla, hacia el peral. Levanta la cabeza y me sonrío.

«Ups, pillado».

Con un gusano bailándome en la tripa, apoyo la cabeza contra una rama y lo miro con vergüenza a través de las hojas.

—Me has visto, ¿eh?

Ethan usa su voz de princesa y, con mucho dramatismo, me contesta:

—Te vi mientras bajaba de la torre y supe que tenía que ayudarte.

Los niños se ríen y le piden a la princesa Ethan que me salve.

—Déjate caer —me ordena Ethan, alzando la voz—. ¡Yo te cogeré!

No tengo claro cuál es el plan, pero Ethan no deja de animarme con su voz de princesa y los niños no paran de chillar, encantados; no quiero decepcionarlos. Me balanceo hacia abajo agarrándome con las dos manos a la rama. Ethan me rodea los muslos con los brazos y pega la cara a mi abdomen; la camiseta se me sube mientras me deslizo hasta el suelo.

Apenas he rozado la hierba con los pies cuando Ethan me agarra por detrás de las rodillas y me levanta como a una novia recién casada.

—Hagámoslo bien.

Los niños corren haciendo círculos a nuestro alrededor, animando a su princesa.

Se me escapa una carcajada, mi risa sale volando hacia el brillante cielo azul; la risa con la que Ethan me responde me hace cosquillas en el puente de la nariz y se asienta como una caricia entre mis cejas.

—Dejad ya de hacer tonterías.

Una voz enfurecida rompe nuestra alegría.

Ethan se gira con brusquedad y me agarra con más fuerza.

Tom aparece por la puerta y nos mira horrorizado.

—Baja a tu hermano de inmediato.

Me separo de Ethan y me agarro el pecho, que me va a mil por hora.

Tom nos mira primero a nosotros y luego a la mesa de pícnic a nuestra espalda.

—Entrad. El sastre ha venido a mediros para haceros los trajes.

Ethan se queda callado; toda esa increíble energía, todo su color —¡la emoción!— se comprimen de golpe y se transforman en breves asentimientos y respuestas educadas. Vuelve a ponerse la gorra de béisbol.

A simple vista, no parece odiar a su padre por ello. Al menos, no discute con él. Acepta lo

que Tom dice y hace lo que le manda.

Yo, sin embargo... Yo sí estoy enfadado. Lo fulmino con la mirada, pero no me presta atención, está mirando la retirada de su hijo con el ceño fruncido.

—Era solo un cuento de hadas. En una fiesta del té infantil.

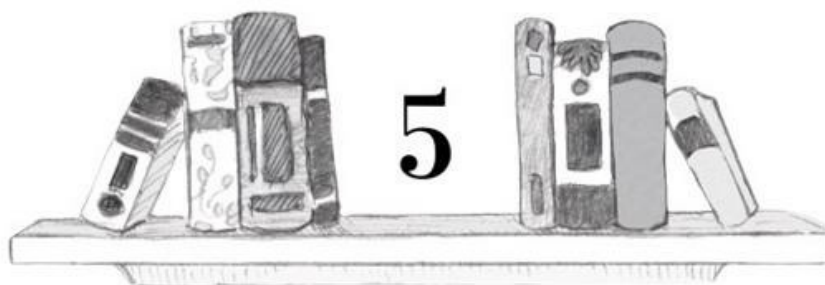
—¿Has sido tú quien lo ha liado para que haga esto?

—¿Perdona?

No debería reírme, pero lo hago. Una parte de mí es feliz. Ahora tengo pruebas. Tengo algo con lo que ir a mi madre: «Tom no es buena persona. Es un homófobo». No creo que pueda respetar a este hombre en la vida.

—Espero que mi madre cambie de opinión y no quiera casarse contigo.





«Alguien a quien coger de la mano».

K. Mansfield, Cuento de hadas

—**E**s tóxico, mamá. ¿Qué ves en él?

Mi madre deja de pelar verduras y me mira desconcertada a través de la isla de mármol de la cocina.

Le cuento lo sucedido y hace un ruidito de asentimiento, pensativa.

—Estoy segura de que lo has malinterpretado. Tom apoya al colectivo. Todos los años hace donaciones a organizaciones LGBT.

Su respuesta me deja perplejo. ¿Cómo...? ¿Es que...?

—Me preguntó si lo de la fiesta del té era cosa mía; que si había liado a su hijo para hacer algo así.

—Teníais una cita con el sastre, Fin. ¿Podría ser que estuviera molesto por eso, por tener que ir a buscaros? No lo sé, pero estoy segura de que malinterpretaste sus palabras.

No paro de pelar. Cada vez lo hago más deprisa, cada tira es más corta que la anterior y cada vez aprieto la *kumara*¹ con más fuerza.

—No digo que sea perfecto —continúa mi madre—. Pero en el fondo tiene buenas intenciones. Se ha peleado con el consejo escolar para que te dejaran entrar después de las vacaciones de verano. Es el colegio más prestigioso de toda la Isla Sur.

Frunzo el ceño. ¿Un colegio privado?

—¿Me han admitido? Pero si soy un zote.

—No es verdad.

—Mis malas notas lo demuestran.

—Eres inteligente. Lo que pasa es que te agobias. Es la presión.

—O que soy vago.

—No, no eres vago, veo cómo te esfuerzas. Soy testigo de ello. Cada uno aprende a su ritmo, eso es todo —me dice con el ceño fruncido.

Sé a qué se debe esa cara. Una vez me llevó a un psicólogo; me hizo muchísimas pruebas y

no parecía haber nada fuera de lo normal. El psicólogo parecía pensar que mis problemas en clase eran emocionales. Que, una vez superado el dolor por la repentina muerte de mi padre, estaría bien. Pero ya han pasado casi tres años y... Es solo que estudiar me consume, me quita una enorme cantidad de energía. Después de media hora de lectura, lo único que quiero es echarme una siesta.

—Es un nuevo comienzo. Tendrás nuevos profesores, en uno de los mejores colegios que hay. Y clases con menos alumnos, quizá eso sea bueno.

Mi ceño se hace aún más pronunciado.

—¿Es el mismo colegio al que va Ethan?

—Él está un curso por encima, pero sí.

—¿Y Tom quiere que vaya allí?

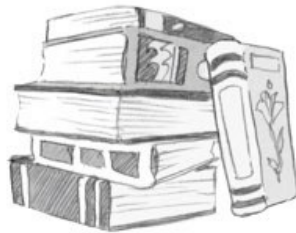
—Y está pagando una cantidad exorbitante para que sea posible. Gracias a Dios que os hacen el descuento de hermanos.

Me estremezco.

—No entiendo por qué se molesta, la verdad.

Mi madre rodea la isla de la cocina y me levanta la barbilla con la mano. Me mira a los ojos con cariño.

—Porque te considera familia.



LAS VACACIONES DE VERANO ACABAN Y EMPIEZA EL COLEGIO.

Odio el uniforme pijo que tengo que llevar, pero tampoco es el fin del mundo. Al menos es un cole mixto y hago una amiga. Quizá no sea una amiga íntima, pero es alguien con quien sentarme a la hora de la comida. Se llama María, es pelirroja, siempre va perfecta y lo sabe todo de todo el mundo; así que es bueno tenerla cerca. Incluso me ha dicho qué chicos son gais. Que no son muchos, todo sea dicho, pero los pocos que hay me han causado buena impresión.

Ethan ha estado raro conmigo desde la fiesta del té. Apenas hablamos, cada uno va a lo suyo como si el otro no existiera. Él viene en coche al colegio y yo en autobús. Que sé que es porque tiene un permiso restringido de principiante y no tiene permitido llevar a nadie, pero aun así me parece..., no sé, algo simbólico. Igual de simbólico que el vómito de la señora Norris en mi

cama. Ya van dos veces esta semana...

María se recoloca la mochila en el hombro mientras zigzagueamos por el camino de tierra que lleva al aparcamiento y a la parada del autobús. Por una vez, estoy deseando volver a Mansfield. El enorme y grandioso «suficiente» me quema en la mochila. El primer examen importante de Lengua que he aprobado en... toda mi vida. A mi madre le va a dar algo de la alegría. Pero si hasta yo estoy medio mareado desde que me lo han dado.

Y ese mareo es casi lo bastante potente para compensar los pinchazos que noto en la nuca y que me dicen que Ethan está cerca.

Lo veo por el rabillo del ojo; va unos pasos por detrás de nosotros, haciendo girar las llaves del coche en un dedo; les da una vuelta y otra, haciéndolas tintinear sin parar.

Una hoja de helecho enorme me da en la cara —gracias por eso, María— y me aparto para evitar que a Ethan también le dé. Al hacerlo estoy reconociendo su presencia, pero me da igual. Estoy contento. Mi profesor es genial y puede que por fin yo esté mejorando.

—Hay que reconocer que el examen de Lengua ha sido fácil —dice María—. Superfácil. Le he preguntado a todo el mundo y la mayoría ha sacado un sobresaliente. Rush es el único al que le han puesto un suficiente. ¿Cómo de tonto tienes que ser para sacar tan poca nota?

En un abrir y cerrar de ojos, su risa me roba toda la felicidad y ligereza que sentía.

Me detengo de forma abrupta; lo que hace que Ethan también se detenga, oigo sus pies derrapando en el suelo. Una pesada bola se me hunde en la tripa. Me arden las mejillas.

María se da la vuelta con la boca entreabierta, a punto de decir alguna otra cosa; pero, al verme la cara, me pregunta:

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza y trago saliva. Ojalá Ethan pasara de largo de una vez.

—Si quieres, podemos ir a tomar un chocolate caliente. Para celebrar nuestros sobresalientes. Porque has sacado sobresaliente, ¿verdad?

Empiezo a contestar. Tartamudeo.

—Genial. Vamos a Tranquil Café.

Ethan carraspea detrás de nosotros y María lo mira por encima de mi hombro. Ahora está más cerca. Lo siento como si fuera una estufa a mi espalda.

—Perdona, pero Finley no puede ir. Mi padre nos ha dicho que tenemos que ir directos a casa.

Frunzo el ceño.

—Ah, ¿sí?

—*Sip*. Ya os veis mañana, María.

María suspira como si esto fuera un contratiempo horrible, comprueba la hora y se encoge de hombros.

—Vale, pues mañana entonces. Me voy a buscar a Rush para tocarle un poco las narices. Hasta luego.

Se marcha; la sigo con la mirada.

Ethan se pone a mi lado, perfecto en su impecable uniforme; sin la gorra y, por tanto, con el rostro libre de sombras. Lleva una mano a mi mochila y noto el movimiento de la cremallera.

—Estaba abierta —dice.

Y solo por eso ya sé que ha visto mi examen sobresaliendo por detrás de mi libro de Matemáticas; con el círculo rojo en la esquina superior derecha en el que puede leerse: «suficiente».

No puedo mirarlo a la cara. Las náuseas me trepan por la garganta y de la presión me empiezan a picar los ojos.

—Hum... Nos vemos en casa —le digo.

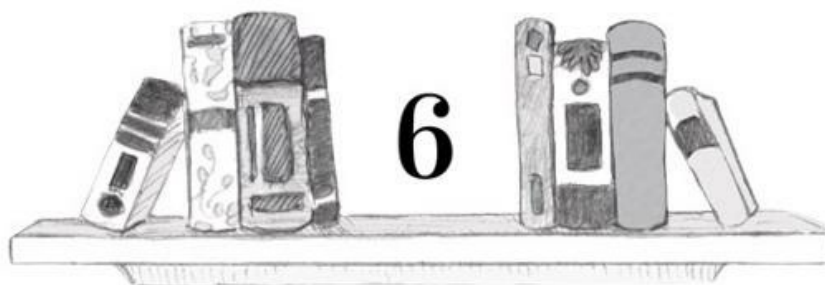
Recorro el último tramo y salgo al aparcamiento. Estoy a medio camino cuando Ethan me alcanza y me coge de la mano.

Sus dedos rodean con firmeza los míos y nuestras miradas se encuentran. Me empuja hacia su coche y me insta a entrar.

—Te meterás en un lío —le digo mientras se coloca tras el volante.

Ethan se queda mirando por la ventanilla un momento, luego coge el cinturón de seguridad y se lo pasa por el pecho despacio.

—Tendré cuidado.



«Alguien con quien dormir por la noche».

K. Mansfield, Cuento de hadas

Pasa otro mes.

Ethan está más simpático. Al menos, cuando estamos solos. Lo que no parece importar a la señora Norris, que me bufa siempre que me cruzo con ella.

Hoy Tom parece feliz. Acabamos de terminar de cenar y no para de tamborilear con los dedos sobre la mesa mientras nos apremia para que terminemos de recoger y volvamos a sentarnos. Él y mi madre tienen «algo que contarnos».

Ethan y yo compartimos una mirada de desconcierto mientras llevamos el resto de los platos a la cocina. Mi madre entra canturreando, coge una botella de vino y, cuando Ethan se va y nos quedamos solos ella y yo, le pregunto.

—¿De qué va todo esto?

La calidez de su sonrisa me desarma. No me gusta, pero lo cierto es que está más feliz que nunca.

—Os lo diremos en el comedor, cariño; juntos. Pero quiero que sepas que tú decides.

—¿Que yo decido? ¿Qué tengo que decidir?

—Aunque lo cierto es que..., bueno, ya somos *whānau*. Así que sería un bonito gesto, el más bonito.

Whānau. Familia.

Tom, yo...

Con el estómago revuelto, sigo a mi madre hasta el comedor. La lámpara de araña brilla en el centro de la estancia e ilumina la mesa —y a nosotros— formando pequeñas gotas de lluvia. No, lo que parece que forman son lágrimas.

—Siéntate, siéntate —dice Tom.

Me siento en el borde de la silla, enfrente de Ethan. Mi madre está de pie detrás de Tom, con las manos sobre sus hombros.

—Maata y yo nos casaremos dentro de dos semanas, lo que nos unirá más como familia. Y

nos gustaría solicitar vuestra tutela legal; la de ambos. Así Maata tendrá los mismos derechos que tengo yo contigo, Ethan.

—Y Tom los mismos derechos que yo contigo, Fin —dice mi madre.

Me quedo petrificado.

—Tutela. ¿Qué significa eso?

—Es un documento legal que dice que os proporcionaremos un hogar seguro, que os ayudaremos a crecer y a desarrollaros emocional, física, cultural y educativamente.

Mi madre sonríe a Ethan.

—Sabemos que ambos sois adolescentes y que estáis a punto de abandonar el nido, pero queremos que sepáis que siempre podréis volver al nuestro. La tutela es algo simbólico.

—Nos gustaría que pensarais en nosotros, en ambos, como vuestros padres —añade Tom—. Y que vosotros os vierais como *hermanos*.

El silencio se prolonga durante largos segundos. Ethan cambia de postura en su silla antes de levantarse y abrazar a mi madre; pero, cuando me mira, veo su ceño ligeramente fruncido. Aparta la mirada enseguida.

—A mí me parece bien.

A mí no. De hecho, creo que he dejado de respirar.

Mi madre me mira con ojos suplicantes.

Tom está esperando mi respuesta.

Pronto seré su hijastro, ¿es que eso no es suficiente? ¿Por qué insiste tanto en el tema legal? ¿De qué va todo esto en realidad?

Me pongo de pie y niego con la cabeza, las palabras se me escapan de los labios:

—¿Por qué no adoptáis un perrillo o algo así y jugáis a papás y mamás con él?

La expresión de Tom se endurece.

—Siéntate —ladra.

Me deja helado.

Pero una mierda me voy a sentar.

—Si sigue comportándose como un niño, Maata, tendrá que cambiar de habitación. Podría mudarse al cuarto de Ethan cuando era bebé, por ejemplo.

¿Cambiar de habitación? La mera idea me deja más congelado aún.

—Vivir en el ático es un privilegio —continúa Tom—. Y para eso hay que madurar y dejarse de dramatismos.

—Mamá, pero ¿tú lo estás escuchando?

—Cariño, ¿te estás escuchando a ti mismo? Os lo hemos ofrecido con cariño y, aunque aceptaremos tu decisión, tu rechazo duele.

Hasta Ethan parece decepcionado conmigo.

Eso es lo que más me molesta, tanto que incluso me revuelve el estómago. Quizá porque tenemos casi la misma edad y aquí estoy yo quejándome como un niñoato.

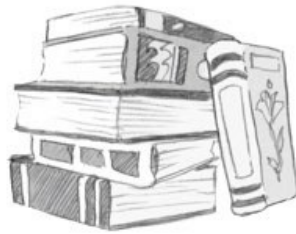
—Solo estoy... sorprendido.

—Tómate tu tiempo para hacerte a la idea —dice Tom—. Pero sigo creyendo que cambiarte de habitación es buena solución.

Me tiembla la voz y me pesa tanto el corazón que parece que se me ha caído hasta los pies.

—Me gusta mi cuarto. No me quiero cambiar.

Con escozor en la garganta y los ojos húmedos, subo corriendo las escaleras y me tiro en la cama.



MÁS TARDE, ETHAN SE CUELA EN MI HABITACIÓN.

Las cortinas están abiertas de par en par y la luz de la luna se filtra por las ventanas e ilumina la cama, la alfombra, la foto de mi padre en la pared. Aún no he parado de llorar cuando noto que el colchón se hunde a mi lado.

—No me gusta, Ethan —le digo—. Y no quiero cambiar de habitación.

—Yo tampoco quiero que te cambies de habitación. —Frunce el ceño; desde mi ángulo de visión sus cejas parecen una sola—. Pero, aunque tuvieras que hacerlo, no sería el fin del mundo.

Suelto un bufido.

—Las habitaciones de abajo están muy bien. Algunas son más grandes que estas. Y hay varias con terraza.

—Me gusta vivir aquí arriba, cerca de ti. Oír como te mueves por el ático a horas intempestivas. No sé, es reconfortante; o algo así.

Ethan parpadea, como si lo que he dicho fuera lo último que esperaba oír. Una ola de calor me trepa por el cuello.

—Hum, bueno, eso, que no quiero que las cosas cambien. Me he acostumbrado a ellas. Sé que soy muy emocional y muy transparente, pero soy así, qué le voy a hacer.

Ethan se deja caer sobre las almohadas y suspira mirando al techo.

—Sí que eres emocional; y dramático. Y me parece maravilloso. ¿Por qué tenemos que ocultar lo que de verdad sentimos y pensamos? ¿Por qué tenemos que encajar en un determinado papel? —Su voz, ya de por sí tranquila, baja hasta convertirse en un susurro—: Ojalá yo fuera más como tú.

—¿Como yo?! Pero antes... parecías disgustado conmigo.

Ethan gira la cabeza; tiene los ojos oscuros, la cara pálida contra las almohadas.

—Contigo no. Conmigo mismo, por no poder ser tan honesto.

Titubeo.

—Ahora estás siendo honesto.

—Contigo es más fácil. Aunque tampoco estoy seguro de que lo sea del todo.

Alzo las cejas.

Se lleva las manos a los ojos y se los frota. No me explica qué quiere decir. Un cosquilleo en la tripa me impide preguntar.

Ethan suspira.

—¿Podríamos..., no sé, intentar conocernos mejor?

Mi cuerpo me traiciona, cobrando vida de la forma más inapropiada; cojo una almohada, me la pongo encima y la abrazo; me escondo tras ella.

—Claro. Venga, dime, ¿qué música te gusta?

Espero que diga rock independiente, pop o algo así. En lugar de eso, dice:

—El arpa.

—¿El arpa?

—Sí, no sé, es diferente, ¿no crees? Un instrumento tan grande con un sonido tan suave. ¿Y a ti?

—El arpa no.

—No me digas que la odias.

—No, solo quiero regodearme un poco más. En plan... *arponearte* un ratito. Oh, el arpa, qué bello instrumento...

Pone los ojos en blanco y me da un empujón en el hombro.

—Vale, ahora en serio. El arpa está bien. Ahora me gusta aún más —le digo—. De hecho, me gusta todo tipo de música. Crowded House.

Ahora es Ethan quien sonríe y es mi turno de empujarlo.

—Vale, vale.

Lo miro de soslayo.

—¿Por qué siempre dejas encendida la luz del salón por la noche?

Llevo meses queriendo preguntárselo. Pero me daba la sensación de que podría avergonzarlo. Ahora, sin embargo, la vergüenza parece formar parte natural de este acercamiento.

La cama retumba con su risa, aunque parece más un quejido que otra cosa.

—Creí que no te molestaba. Siempre cierras la puerta por la noche.

—¿Tú no la cierras? —le pregunto, aunque sé de sobra que no lo hace.

Ethan se pone de lado y baja la almohada para que podamos vernos bien.

—¿Me dirás por qué siempre escuchas audiolibros, pero rara vez lees?

Me tenso. Parece que él también ha estado prestando atención.

Respiro hondo.

—Es solo que... me gusta más que me cuenten las historias, que me lean. Leer me cansa.

—Si te cansa, quizá sea porque estás leyendo los libros equivocados.

Siento que la vulnerabilidad me invade, me da miedo que Ethan descubra este defecto. Su opinión significa muchísimo para mí. Se me seca la boca, trago saliva.

—Escucho las mismas historias que leo, no es eso. Quizá sea vago, sin más.

Ethan frunce un poco el ceño.

—Pero estudias. Para los exámenes, digo. A veces durante horas.

Me sonrojo al pensar que me ha visto estudiar.

—Horas y horas repasando los mismos párrafos.

Me río de mí mismo, pero es una risa vacía, que duele; espero que él no se ría.

No lo hace.

—Horas y horas... ¿Por eso estabas tan decepcionado con tu «suficiente»?

Recordar aquel día me da vergüenza.

—Me bajaron la nota por la ortografía y la comprensión lectora. Creo que... No sé, en plan... ¿que a veces quiero leer entre líneas? ¿Como si siempre estuviera esperando una pregunta con truco? Tengo que leer las preguntas de los exámenes hasta tres veces antes de poder contestar y luego se me acaba el tiempo antes de terminar de responder.

—La presión del tiempo en los exámenes es difícil incluso cuando lees rápido. —Ethan hace una pausa—. ¿Las palabras te juegan malas pasadas alguna vez? ¿Saltas de unas a otras?

—Es más como... que soy demasiado impaciente. Quiero leer con calma, pero muevo los ojos demasiado deprisa. Entonces todo se me desordena y tengo que obligarme a ir más despacio.

—¿Te han hecho alguna vez pruebas para detectar un trastorno de lectura?

—Sí. No tengo ningún problema.

No parece convencido.

—Puede que tenga algún tipo de bloqueo emocional; o eso dijo un psicólogo. Ahora dime: ¿qué pasa con la luz?

Debe percibir mi necesidad de cambiar de tema, porque asiente y lo deja correr. Luego gimotea y se hunde más en la almohada. Las puntas de su pelo me hacen cosquillas en la boca cuando se vuelve a girar para mirarme.

—Tengo... miedo a la oscuridad.

—¿Un tío grande y fuerte como tú? —Lo digo en broma, para aligerar el ambiente.

Ethan se incorpora.

—¿Qué significa eso?

Mierda. Me pongo de rodillas y le paso un brazo alrededor de su duro bíceps.

—Lo siento. Ha sido una chorrada.

No me mira, y la decepción me traspasa la piel y se me instala en el estómago. Le subo la

mano por el brazo, hasta el hombro.

—Lo siento mucho.

Se encoge de hombros.

—Sé que lo de dejar encendida la luz se tiene que acabar. A mí también me desvela. Pero me parece el menor de dos males.

—¿Ayudaría si...?

—¿Si qué?

—¿Si apagáramos la luz del salón, pero yo dejara la puerta de mi cuarto abierta? ¿Para que sepas que estoy justo al lado?

—¿Te estás ofreciendo a hacerlo?

Ethan se ríe, es una risa de desprecio hacia sí mismo, y yo lo agarro y lo empujo hacia abajo con torpeza, para que se tumbe de nuevo en la cama. Le pongo una mano en la cintura para que no se mueva.

—Yo no tengo miedo a la oscuridad —digo—, pero a veces tengo pesadillas.

—¿Y qué haces cuando eso pasa?

—Me voy a dormir con mi madre.

—¿En serio?

Titubeo.

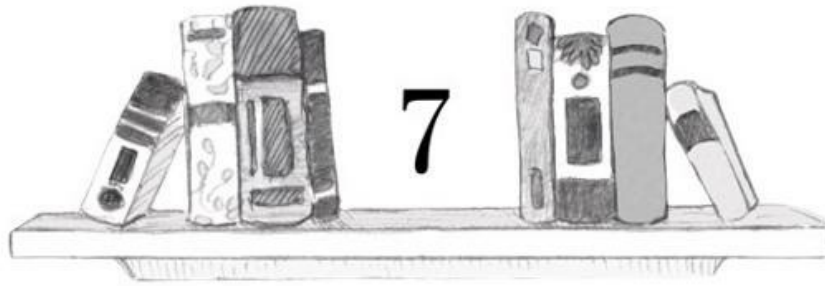
—Bueno, no desde... Tom. Pero... a veces quiero salir corriendo y meterme en su cama.

—Ya, hum, no veo yo a mi padre dejándome dormir con él.

Me acerco y pego mi frente a la suya; llevo una mano a su cálido cuello y le doy un apretón. La almohada sigue aprisionada entre nosotros, pero el calor de su cuerpo la atraviesa. Su aliento me acaricia la mejilla, el labio, mezclándose con el mío.

Lo miro a los ojos, oscurecidos por la noche, y le susurro:

—Siempre puedes dormir conmigo.



«Alguien que lo entendería».

K. Mansfield, Cuento de hadas

Cuando me despierto, Ethan sigue a mi lado.

Tiene una pierna sobre mi cadera; la almohada está encajada entre nuestras ingles, lo que es un alivio, porque la tengo más dura que la trompa de un elefante. Creo. Porque tampoco sé lo dura que es la trompa de un elefante. La cuestión es que la tengo durísima.

Ethan cambia de postura y se tumba boca arriba, llevándose su pierna con él; me hormiguea la cadera cuando pierdo la calidez de su peso. El sol que entra por la ventana ilumina varios mechones de su pelo rubio; es una franja de luz que empieza en la almohada y sube por la pared, reflejándose en el cristal de la foto de mi padre. Es como si, por un momento, ambos estuvieran conectados de forma mística. Como si papá quisiera tantear a Ethan. Ver si le gusta.

La sonrisa tras el cristal parece iluminarse.

Me incorporo, me apoyo en un codo y yo también sonrío.

—¿Has dormido bien? —le pregunto.

Gimotea y se ríe.

—Mejor que nunca.

—Eso me parecía. Si no, ahora mismo estarías haciendo largos en el río.

—¿Qué hora es?

Me giro y miro el reloj-despertador.

—Las seis y media.

—¿Y tú has dormido bien?

—Sí.

—Eso me parecía. Si no, ahora mismo estarías «durmiendo».

Pongo los ojos en blanco e Ethan sonrío. Su mirada sigue bajando y se desliza hacia mi pecho; bajo la vista hasta donde él ha fijado la suya.

Se me ha salido el jade de la camiseta. Es la primera vez que ve la piedra.

Ethan duda antes de decir.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Asiento.

—¿Qué significa?

—En teoría, me da valor en los momentos difíciles. El *koru*¹ tallado en él representa a la familia. Nuestro vínculo, nuestro amor. —Me aprieto la piedra rectangular contra el corazón y siento los contornos en espiral contra la palma de la mano—. Era de mi padre.

—Pues funciona, creo. Eres muy valiente. Viniendo aquí. Viviendo aquí. Teniendo que lidiar con mi padre.

Las palabras son como un cálido abrazo. Suelto la piedra, cojo la almohada entre nosotros y, sonriendo, le doy en la cara con ella.

Se ríe y ambos nos levantamos de la cama a trompicones. Yo voy al baño primero; luego entra él. Nos vestimos e Ethan tira de mí hacia la pequeña puerta que da a la azotea. Solo he subido aquí un par de veces, y nunca con él. Siempre me ha parecido algo muy suyo, que al subir invadía su espacio.

Las escaleras son estrechas y oscuras; la luz nos ciega cuando salimos al exterior. Ethan se apoya en la barandilla y respira el amanecer. Yo lo imito. Abajo, en el jardín de atrás, dos largos pasillos de perales se extienden hacia las montañas y hacia el río. El cielo es de color amarillo y proyecta una suave luz sobre la hierba, los árboles y el agua.

—Ahora tengo aún menos ganas de cambiar de cuarto.

—Este sitio es tuyo, sin importar si te cambias de habitación o no. Siempre puedes venir aquí. Es un gran lugar para pensar. Para inspirarse. O, ya sabes, para cagarte en mi padre.

Compartimos pequeñas sonrisas.

—Siempre he pensado en este sitio como tuyo —digo—. Subes muy a menudo.

—Es nuestro, Fin... Finley.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Retractarte. Tú puedes llamarme Fin.

A Ethan se le ilumina la cara; su sonrisa hace que me arrepienta de no habérselo dicho el día que nos conocimos.

—Es nuestro, Fin.

—*Kia ora*.

Se lleva la mano a la cabeza como si quisiera ajustarse la gorra, pero se da cuenta de que no se la ha puesto. Traga saliva.

—Me gusta cuando hablas te reo.

—¿Sí?

—*K-ka rata ahau i a koe* —me dice con un ligero tartamudeo.

Se sonroja. «Me gustas».

Mi sonrisa es enorme. «Tú a mí también me gustas», le respondo. Lo agarro del cuello y

acercó su frente a la mía, nuestras narices rozándose. «No tengas vergüenza de hablar maorí, atesora cada palabra», le digo en te reo.

—¿Qué significa eso?

Se lo digo.

—¿Me enseñarás más?

—Claro. Pero no soy bueno con la ortografía; mi madre sí, ella te ayudará en eso.

—¿Puedo ayudarte yo a ti? ¿Con la ortografía? ¿Con la lectura? ¿Con la escritura?

—¿Como, en plan... un *quid pro quo*?

—No, en plan... porque quiero.

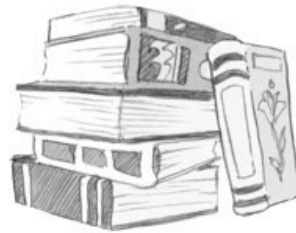
—Vale, sí. Siempre y cuando...

—Siempre y cuando ¿qué?

—No me obligues a leer a Katherine Mansfield.

Se ríe y niega con la cabeza.

—Ni hablar. Mansfield es una imprescindible.



ABSORBEMOS EL AMARILLO DEL CIELO DURANTE OTRA MEDIA HORA ANTES DE BAJAR. MI MADRE está en la cocina cantando *Te Kāinga Tupu*. «Hogar, dulce hogar».

La ayuda a hacer tortitas y luego cojo los manteles individuales para poner la mesa. Tom e Ethan están sentados en un extremo; Tom hojeando un periódico, Ethan acariciando a la señora Norris, que está acurrucada en su regazo.

La gata levanta la cabeza cuando me acerco, muy orgullosa ella. Como si esto fuera una competición, una lucha para ver quién consigue más atención de Ethan. Pongo los ojos en blanco.

«Ya verás, gata; hoy no hay comida húmeda para ti», le digo de forma silenciosa mostrando la misma suficiencia que ella.

Posa la cabeza contra el abdomen de Ethan, abre la boca y se pone a ronronear. Vale, con eso me gana, no hay forma de superar algo así.

Me río entre dientes mientras vuelvo a la cocina a por más individuales. Cuando me acerco de nuevo al comedor, Ethan está charlando con su padre. Al oír mi nombre, me detengo y me

quedo detrás de la puerta.

—¿De verdad vas a hacer que Finley se mude a otra habitación?

Tom gruñe.

—Porque... en la primera planta las únicas opciones son los cuartos que están a ambos lados de vuestro dormitorio... —Baja la voz—: No sé... ¿No será un poco incómodo? ¿Para ti y para Maata? ¿Para mi... futuro hermano?

Tom gruñe de nuevo antes de contestar.

—Tienes razón. No querría que... ¿A ti te parece bien que se quede arriba contigo?

—Bueno, ya sabes. Tendremos nuestros altibajos, como les pasa a todos los hermanos, pero sí, me parece bien.

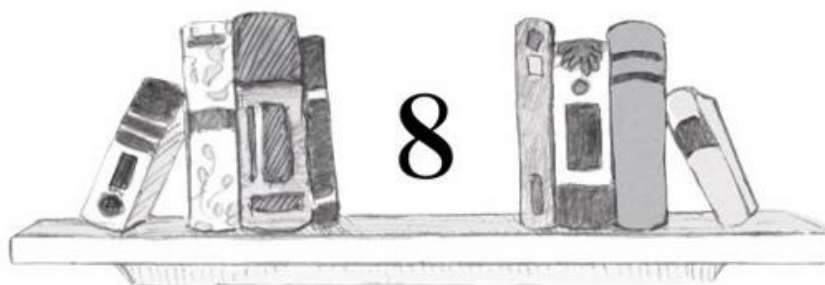
Aganto la respiración mientras espero a que Tom conteste.

—Vale. Entonces no hay razón para hacer ningún cambio.

El estrépito que hago al entrar en el comedor y poner los mantelitos sobre la mesa no es del todo una pantomima. Al salir de nuevo, busco la mirada de Ethan.

—Gracias —artículo.

Me guiña un ojo.



«Siempre he creído que el mayor privilegio, alivio y consuelo de una gran amistad era que uno no tenía que dar explicaciones sobre nada».

K. Mansfield, carta

—**D** deja de leer, Fin —me dice Ethan con voz suave.

Llevo diez minutos estudiando y ya estoy bostezando y frotándome los ojos.

—Lo siento. —Doblo la esquina de la página y cierro el libro—. Supongo que no he dormido bien.

—Vamos a intentarlo de otra forma. Te lo voy a leer yo en voz alta, ¿de acuerdo?

Cierro los ojos y absorbo la cadencia de su voz, su deliciosa entonación, cómo el texto cobra vida gracias a él. Respondo a sus preguntas; me hace otras más complicadas, tampoco me resultan tan difíciles.

Debatimos sobre el tema del fragmento que ha leído; él cree que trata sobre adquirir conciencia de la identidad de uno mismo; yo, de tener valor para vivir esa identidad; él asiente, aunque no estoy seguro de si lo hace porque está de acuerdo con mi postura; es más bien como si de repente se hubiera dado cuenta de algo.

Se queda mirándome durante bastante rato, sus ojos grises pensativos.

Deja el libro sobre el escritorio y me pide que lo acompañe. Fuera hace calor, pero la brisa que corre entre los árboles templó el ambiente. Ethan llama a mi madre, que está midiendo la distancia entre los perales —algo relacionado con la boda, sin duda— y, agarrándome del bíceps, tira de mí hacia ella.

Siento la presión de cada uno de sus dedos. También siento la extraña necesidad de que me suelte, de que mi madre no lo vea agarrarme.

Me suelta.

—¿Maata?

—¿En qué puedo ayudarlos, chicos?

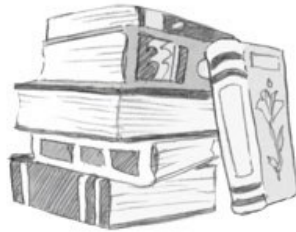
—Creo que hay que intentarlo de nuevo, lo de la lectura de Fin.

—¿Qué?

—Es tremendamente brillante y tiene una comprensión lectora perfecta cuando se le da la oportunidad.

Mi madre lo mira sorprendida. Lo anima a continuar.

—Sé que le han hecho pruebas antes, pero... creo que deberías pedir una segunda opinión.



LAS SOSPECHAS DE ETHAN SE CONFIRMAN UNA SEMANA DESPUÉS. MI MADRE DICE QUE SIEMPRE se lo había preguntado, pero... Se pasa toda la tarde llorando, culpándose por no haber repetido las pruebas antes.

«Esto es bueno», dice abrazándome. Que podemos informar al colegio. Que los profesores lo tendrán en cuenta a la hora de hacer los exámenes. Que podemos replantearnos mi forma de estudiar.

El escritorio de Ethan de repente está lleno de libros sobre problemas de aprendizaje. Se le ocurre una estrategia multisensorial y elabora un programa en el que me deja tomarme mi tiempo para leer; cuando lo que tengo que estudiar no requiere que sea yo quien lea de forma activa, como en ciencias, por ejemplo, me lee en voz alta y me hace preguntas sobre la materia. El sonido de su voz se convierte en parte de mí, como una huella en mi cerebro.

A veces me distraigo.

Pero no tiene nada que ver con la lectura.



UN DÍA, «SIN QUERER QUERIENDO», VEO A ETHAN DESNUDO.

No es culpa mía que no haya toallas en el baño.

Aunque podría habérselo dicho antes.

—Mierda —lo oigo cagarse en todo desde fuera; estoy al otro lado de la puerta esperando con una toalla—. ¿Fin?

—¡Dime!

Estoy seguro de que la gente como yo tiene un lugar reservado en el infierno.

—Necesito una toalla y una alfombrilla de baño. ¿Podrías traérmelas?

Abro la puerta y avanzo tan contento hacia la ducha de mamparas transparentes. Ethan ha frotado el cristal empañado y ha hecho un círculo libre de vapor.

—Qué rapidez.

—Ajá.

—Lo sabías, ¿no?

—Déjame disfrutar el momento, Eth.

Se ríe, sacudiendo la cabeza.

—Vale.

Entonces, cuando estoy colocando la alfombrilla en el suelo, sale de la ducha. De hecho, aún estoy de rodillas; qué oportuno...

Mis ojos van directos a su paquete; y ahí se quedan. Puede que se la acabe de cascar, porque no la tiene para nada encogida. Está... bastante regordeta.

—¿Fin? ¿Me das la toalla?

Me pongo de pie y le lanzo la toalla al pecho; me ruborizo. Ethan se me queda mirando.

—¿Te da... vergüenza verme desnudo?

Me sonrojo más e intento encogerme de hombros con naturalidad.

—No. —Me río. Se nota que es forzado—. Es solo que... lo siento por ti, ya sabes.

Ethan frunce el ceño y, en lugar de taparse, se mira la polla.

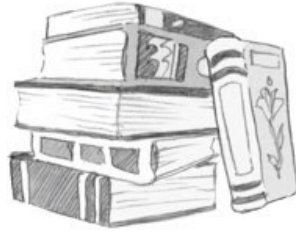
Luego levanta la vista y me mira a mí.

—*Ahakoā he iti he pounamu* —me dice.

Es el proverbio maorí que le enseñé la semana pasada, aunque quizá el contexto no sea el más apropiado. «Aunque es pequeño, es un tesoro».

Jamás en mi vida me había reído tanto. Me duele la tripa de las carcajadas que suelto.

Ethan también sonrío. Le brillan los ojos mientras disfruta de mi risa.



LAS TORNAS CAMBIAN EL DÍA ANTES DE LA BODA.

Estoy mirándome al espejo, desnudo, cuando Ethan irrumpe en mi habitación.

Se detiene en seco al verme. Luego sonrío.

—¿Ups?

Si eso es una disculpa, es bastante lamentable. Y más cuando, acto seguido, se tira en mi cama y se queda ahí tumbado con las manos detrás de la cabeza. Aunque ya no me mira.

—¿Cómo va tu discurso?

Me doy la vuelta de golpe.

—¿Tenemos que dar un discurso? —pregunto con voz aguda y el estómago revuelto.

—Un brindis. No tiene que ser largo. Un par de frases bastarán. O una cita.

«Joooooooooder».

—¿Qué vas a decir tú?

—Podría resumirse en: os deseo un amor para toda la vida y un hogar feliz.

Me pongo un bóxer y cojo el libro de cuentos de Katherine Mansfield que Ethan me ha estado leyendo.

Lo abro por una página al azar y, a ciegas, señalo un párrafo con el dedo.

Ethan se ríe.

—Vale, ¿qué tienes?

Abro los ojos, lo leo en voz baja y luego lo miro.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —me pregunta antes de agarrarme y tirarme con él a la cama.

Mi piedra se balancea mientras me rodea con un brazo e intenta quitarme el libro y verlo por sí mismo.

Le doy un pellizco.

—Venga —me dice al oído, riéndose—. Dímelo.

Nuestras miradas se encuentran mientras digo las palabras y la piel de todo mi cuerpo se pone de gallina.

—«Deseo hacer cosas salvajes y apasionadas».

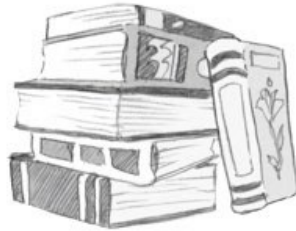
Su sonrisa desaparece y yo bufo.

—Va a ser que no; no pienso decirles eso a mi madre y a Tom.

Ethan aparta la mirada y también se ríe.

—No creo que sea la mejor idea, no.

Me coge el libro y busca él mismo. Lee algo que le hace sonreír, y ya no quiero buscar más; eso, eso es lo que quiero decir en mi brindis.



MI MADRE Y TOM SE CASAN. ETHAN Y YO FIRMAMOS LOS PAPELES DE LA TUTELA.

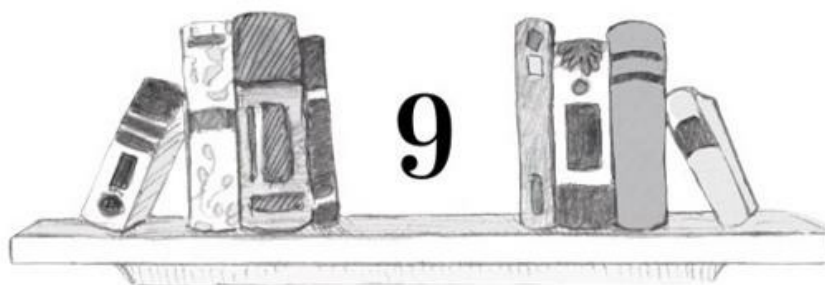
Más tarde, cuando todos los invitados se han marchado y en el jardín trasero solo queda el eco de la última risa de la noche, Ethan y yo subimos a la azotea.

—Bonito brindis.

—El tuyo también.

Nos miramos y nuestros ojos lo dicen todo.

Ahora somos hermanastros.



«Te estoy tratando como a un amigo; te pido que ahora compartas mis momentos bajos con la esperanza de poder pedirte en un futuro que compartas los buenos».

K. Mansfield, carta

Pasa medio año.

Es mi cumpleaños. Hay regalos, tarjetas de felicitación y mucha comida; también he invitado a María y a Rush. Se quedan a dormir, pero, antes de acostarnos, se nos ocurre la gran idea de ver una película de terror.

En un momento dado, Ethan se asusta tanto que deja a la señora Norris en el suelo y me pone a mí en su regazo, como si yo pudiera protegerlo de la mierda macabra que estamos viendo de la tele.

María y Rush están ocupados enrollándose en el sofá de al lado. No nos hacen ni caso. Además, está oscuro.

Y tampoco es que estemos haciendo nada malo. Solo estoy sentado sobre los cálidos muslos de Ethan, sintiendo sus duros músculos debajo de mí, notando cada flexión de sus abdominales contra la espalda. Cada vez que la música lo pone ansioso, entierra la cara en mi hombro.

Y, cada vez, me hace cosquillas y me río.

Pero se acaba demasiado pronto.

Les enseño a María y a Rush sus respectivas habitaciones en la planta baja. Cuando vuelvo a subir, todas las luces están encendidas e Ethan está riñendo a la señora Norris, apuntándola con un dedo acusador. Es tan adorable que sonrío. En serio, ha sido el mejor cumpleaños del mundo.

Ethan me ve y hace una mueca.

—¿Qué?

—La señora Norris ha hecho algo malo.

Miro a la gata negra con curiosidad.

—¿Cómo de malo?

—Se ha hecho pis en tu almohada; ese nivel de malo.

—¡¿Qué?! —Voy corriendo a mi habitación; al entrar, lo primero que noto es el olor y

retrocedo a toda prisa—. Dios, qué asco. ¿Qué hago?

Ethan tampoco sabe muy bien qué hacer. Coge la almohada sucia y desaparece.

—La he metido en la lavadora —me dice al volver—, pero... quizá tengamos que comprarte otra almohada.

De mal humor, vuelvo a mi habitación. Todavía apesta.

—Yo aquí no puedo dormir.

—Ya. —Ethan abre las ventanas, me agarra, me saca de mi cuarto y cierra la puerta. No parece muy afectado por todo esto. De hecho, parece bastante aliviado—. Supongo que tendrás que dormir en mi habitación.

Nos quitamos la ropa hasta quedarnos en calzoncillos y nos metemos entre las sábanas de algodón de su cama perfectamente hecha. Apagamos todas las luces, pero Ethan insiste en que las cortinas se queden abiertas para que al menos entre la luz de la luna. Se estremece y se asusta ante cada sombra y sonido. La película le ha afectado un montón.

Y lo entiendo. A mí también me ha dado miedo.

—¿Crees en fantasmas? —me pregunta intentando parecer indiferente, pero sin lograrlo.

Me pongo de lado.

—Creo en los espíritus de nuestros antepasados.

Levanta la cabeza y mira hacia la foto de su madre que tiene colgada en la pared. Ahora mismo no es más que un borrón en grises y negros, pero he pasado muchas horas mirándola, admirando lo preciosa que era. Lo mucho que Ethan tiene de ella.

—Son espíritus buenos —le digo—. Nos protegen.

Asiente y se acerca más a mí.

—Gracias por dejar que me acojone sin hacerme sentir mal por ello.

Encuentro su mano bajo la sábana y se la cojo. Empiezo a entrelazar mis dedos con los suyos, pero los retiro. Se supone que esto es platónico. Aunque el hormigueo que recorre mi cuerpo dice lo contrario.

Me quito de la cabeza ese pensamiento y pego mi palma húmeda a la suya.

—No pasa nada. Estoy aquí para lo bueno y para lo que duele.

Me da un apretón en la mano.

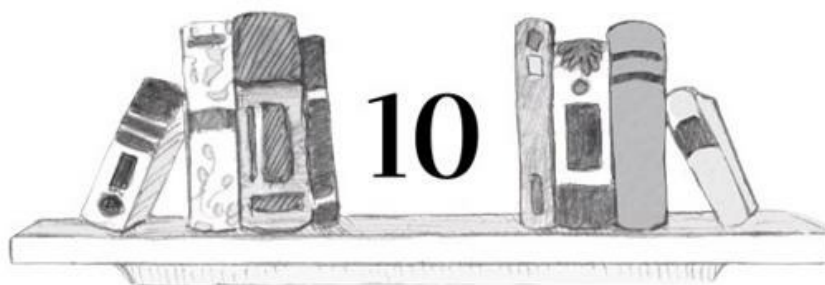
—Yo también.

Vuelvo a mirar la foto de su madre.

—¿La echas de menos?

—Cada vez que me miro al espejo.

El vínculo que ha ido creciendo entre nosotros desde el primer día se solidifica, y sé que será permanente. Para siempre.



«El placer de leer se duplica cuando uno convive con otra persona a la que le gustan los mismos libros».

K. Mansfield, carta

—V
amos, Fin. A nadie le importará.

—¿Y si nos estrellamos contra una valla?!

Ethan resopla y me lanza las llaves por encima del techo de su coche.

—Pues será una buena excusa para por fin arreglarla.

—Una buena excusa para que Tom me castigue para toda la eternidad, querrás decir.

Ha pasado casi un año desde que mi madre y yo nos mudamos y los perales ya están en flor. La brisa trae consigo hojas y pétalos que caen en el gran prado en el que nos encontramos y donde me dispongo a conducir por primera vez en mi vida.

Me subo al coche de Ethan.

Él no es el más idóneo para enseñarme, ya que le acaban de dar el carné definitivo, pero tiene razón en lo de que no estamos en medio de la ciudad y que a nadie le importará.

—No te castigaría.

—¿No? ¿Y qué paso en las vacaciones de invierno?

—Ah, eso.

—Estuve dos semanas sin teléfono. Dos. Nunca debí aceptar lo de la tutela.

—Teníamos que aceptarla, era lo correcto —murmura Ethan, pero veo su reflejo en la ventana y está frunciendo el ceño.

—Hum, ya.

Mi madre se puso tan contenta...

—Además, tu madre estaba aún más cabreada que mi padre; es que mira que quedarte toda la noche por ahí con María sin decirle a nadie dónde estabas... Casi les da un infarto.

Hago una mueca. María discutió con su novio y yo tuve la mala suerte de estar en medio; me quedé con ellos hasta que lo arreglaron y, sí, debí haber llamado.

—Venga, va, ¿cómo conduzco esta cosa?

Ethan me lo explica todo paso a paso hasta que el coche empieza a traquetear sobre la hierba irregular y llena de desniveles. Yo no paro de repetir, horrorizado, que estoy a punto de matarnos a los dos.

Me alejo de las vallas todo lo que puedo y conduzco en grandes círculos. En un ataque de risa, a Ethan se le cae la gorra y se agacha para buscarla a sus pies. Al ver que no está atento, me asusto y freno de golpe.

—Au. —Ethan se incorpora y niega con la cabeza—. Bueno, poco a poco. ¿Otra vuelta? ¿Intentamos la marcha atrás?

—¿Quieres más? ¿En serio?

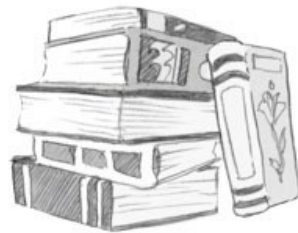
Ethan se ríe, un sonido cálido y lleno de cariño, y coloca su mano sobre la mía en la palanca de cambios. Me estremezco mientras me guía y enseña a meter la marcha atrás.

—Yo creo que en seis meses podrás sacarte el carné de conducir provisional.

—Voy a necesitar... —miro nuestras manos unidas y aparto la vista hacia el parabrisas a toda prisa; mi voz suena inestable cuando añado—: mucha práctica.

Su mano se queda unos instantes sobre la mía y luego la retira muy despacio.

—Te enseñaré todo lo que sé.



DURANTE EL VERANO Y, DESPUÉS, EN OTOÑO, A TOM LE DA POR HACER SENDERISMO LOS domingos. Siempre nos pide a Ethan y a mí que lo acompañemos. Yo siempre digo que no.

Ethan es más agradable; va un fin de semana sí y otro no, y vuelve diciendo que a su padre le gustaría que yo también fuera. Suelo cambiar de tema y él lo deja correr.

Hoy no lo hace.

—Ven la semana que viene, ¿vale?

Estamos en la terraza de la azotea, Ethan acaba de llegar de la excursión y está recién salido de la ducha; se ha puesto la gorra con el pelo aún húmedo y ahora le está goteando y mojándole los hombros de la camiseta. Apoya los brazos en la barandilla y mira más allá de nuestro jardín y del de los Dashwood, hacia la lejana montaña donde él y Tom han estado hoy.

Vuelve a hablar:

—Hay un enorme bosque de avellanos que te quiero enseñar.

—¿Quieres enseñármelo, o tu padre quiere que lo vea?

—Basta, Fin.

Parece cansado; y también un poco molesto. No sé qué decir. Me sonrojo y frunzo el ceño, y por primera vez pienso que ojalá no hubiera sido tan brusco esa mañana cuando Tom me preguntó si quería ir con ellos.

—Yo... No sé, es que...

Me mira con ojos amables.

—Lo entiendo, es solo que... A veces se equivoca, pero nunca acertará si no lo intenta.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Que tú tampoco acertarás sin intentarlo antes.

Tartamudeo mientras me esfuerzo por encontrar algo que defienda mis acciones, pero no lo encuentro. Me doy la vuelta y me dirijo a la puerta del torreón.

Ethan me agarra del codo, deteniéndome.

—No salgas corriendo, no tienes por qué que huir.

—No he salido corriendo.

Levanta una ceja, incrédulo.

Me duele la garganta al tragar. Odio haberlo decepcionado y odio aún más saber que me va a perdonar enseguida.

—Estoy caminando; despacio.

—¿Puedo ir contigo entonces?

«¡No! No puedes, porque he sido un gilipollas y ahora mismo me siento como el culo».

—Eh, si no hay más remedio...

Se ríe.

—¡Sí que estás huyendo!

—Vale, sí —admito, zafándome de su agarre y sacándole la lengua—. Pero vas a dejar que me vaya.

—Ah, ¿sí?

Abro la puerta para bajar.

—Sí, porque la semana que viene iré contigo.



EL BOSQUE DE AVELLANOS ES IMPRESIONANTE, LO QUE ES UNA PENA, PORQUE TOM E ETHAN NO paran de mirarme con cara de «te lo dije».

Así que atempero mi asombro y finjo aburrirme.

—¿Y ahora qué?

Ethan me mira y niega con la cabeza. Ha visto con qué impaciencia he cogido varias avellanas y las he abierto. Y ahora mismo está viendo cómo las hago rodar entre los dedos como si fueran bolitas; o amuletos de la buena suerte.

—Hay un mirador no muy lejos de aquí. Te lo enseñaré. Papá, volvemos en diez minutos.

Tom, que está descansando en un banco al pie de un árbol, vacila unos segundos. Al final, se acomoda contra el respaldo y nos indica con una mano que «adelante».

—Enséñale a Finley lo que se ha estado perdiendo.

Empiezo a refunfuñar e Ethan me pone una mano en la espalda para que me mueva. Debe de haber pulsado un botón mágico o algo así, porque, aunque deja de tocarme, sigo sintiendo su contacto. Y ya no me quejo; en absoluto. De hecho, vaya puta maravilla de vistas. ¿Por qué es la primera vez que las veo?

Port Rātapu descansa majestuosa en aguas de un azul resplandeciente. Es una estampa que parece sacada de una postal.

—No se lo digas a tu padre, pero es la mejor vista del mundo.

Ethan mira a nuestro alrededor, me coge la mano en la que no tengo las avellanas y tira de mí hacia un saliente. Miro hacia abajo, hay unos tres metros de caída; es un terreno empinado y salteado de rocas que acaba en un estrecho sendero embarrado. El acantilado sigue unos metros más con una caída bastante pronunciada hasta otro saliente. Hay un *laaargo* trecho.

Ethan me coloca delante de él, me acaricia los bíceps mientras arrastra los dedos por mis brazos y me los levanta, uno a cada lado, en forma de cruz. Me habla al oído.

—¿No te da la impresión de que estás en la cima del mundo?

Es que estoy en la cima del mundo. La vista, el viento, Ethan pegado a mi espalda.

Ethan riéndose contra mi pelo.

Ethan... alejándose.

Me giro de forma abrupta y las prisas hacen que se me caigan las avellanas. Mi mirada va de Ethan al saliente.

—Mierda. He perdido mis bolitas.

Oigo su risa detrás de mí.

Me pongo de rodillas e intento coger la que ha caído más cerca, en un matojo de hierba en la ladera. Miro a Ethan por encima del hombro, le sonrío.

Se deja caer a mi lado y roza mi brazo con el suyo.

—Deja que yo te coja las... *bolitas*.

—¡Ethan!

Suelto una carcajada, pero es forzada porque, bueno..., no es que no lo haya pensado alguna

vez...

Ethan se ríe mientras se agacha hacia la pendiente y, de repente, ya no se ríe. Ni siquiera está a mi lado.

—¡Ethan!

No aparto la vista de él; su caída parece no tener fin. Me bloqueo de puro miedo.

Ethan aterriza con un gemido en la cornisa de más abajo. No pienso, llamo a Tom a gritos, y sé que me oye. Lo sé porque grito tanto que el mundo entero tiene que oírme.

Me tumbo boca abajo, con el abdomen contra el suelo y las piernas colgando por el borde y así me dejo caer. Empiezo a descender por la hierba llena de rocas, arrastrando trozos de tierra conmigo.

Cuando llego abajo, Ethan se incorpora sobre los codos y hace una mueca de dolor; yo corro a su lado y veo la mancha oscura que traspasa la tela de su camiseta gris.

—No deberías haber bajado. Te podrías haber hecho daño. ¿Por qué te estás desnudando?

Me quito la camiseta y los rayos del sol me queman la espalda casi al instante.

—Ay, joder —dice Ethan.

Se levanta la camiseta y deja al descubierto un profundo corte en la cadera. Hay mucha sangre. Hago un ovillo con mi camiseta y la aprieto contra la herida. Ethan sisea.

No hago más que repetir «ay, Dios», «joder, joder, mierda» y «lo siento mucho». Todo el rato, como una letanía. Me tiemblan las manos, pero no dejo de presionar la herida. Aprieto con fuerza y su sangre me empapa la camiseta. ¿Es que... acaso no estoy presionando con suficiente fuerza?

—S-sujeta esto, Ethan.

Ethan la sostiene contra la herida mientras me quito el cinturón y se lo ciño alrededor de las caderas. Mis dedos temblorosos y ensangrentados recorren su torso y bajan por sus piernas, comprobando que no he pasado por alto ninguna otra herida.

—¿Fin? Fin. —Presiona su mano contra la mía, estabilizándola—. Ey, mírame.

Lo miro a la cara. Sus labios están apretados en una mueca, como si estuviera conteniendo el dolor.

Se me escapa un sollozo.

Me acaricia los dedos.

—Estoy bien. Voy a estar bien.

—¡Y todo por las estúpidas bolitas!

Ethan empieza a reírse, pero se detiene de golpe, dejando escapar un siseo.

—No me hagas reír, que duele.

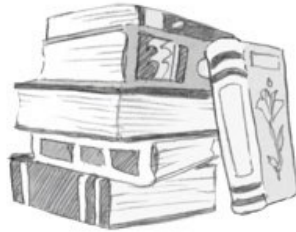
—No sé cómo puedes seguir pensando en el doble sentido tal y como estás.

Sus ojos centellean; luego se oscurecen de dolor.

—¿Chicos? —El grito de Tom es profundo y urgente.

Jamás me había sentido tan aliviado al oír su voz. Vuelvo a llamarlo.

Mientras avanza a toda velocidad hacia nosotros, dejo de tocar el cuerpo de Ethan y me levanto para buscar su gorra. La encuentro a unos metros de distancia y me la pongo para que no se pierda; y para que Tom no vea las lágrimas en mis ojos.



—VAMOS A DAR UNA VUELTA EN COCHE —SUGIERE ETHAN—. PODEMOS ACERCARNOS A VER LOS pingüinos.

—¿No tienes que estudiar?

Me queda un año y pico para acabar el colegio. Ethan ya casi ha terminado. Tiene los últimos exámenes la próxima semana y, una vez los haga, ya está. Pasará aquí las Navidades y luego se irá a pasar un año en el extranjero como suele ser costumbre.

Y yo me quedaré solo en Mansfield.

Agarro con fuerza el volante y miro al frente con aire taciturno; acabamos de salir de clase y nos dirigimos a casa.

Odio lo rápido que pasa el tiempo. Odio que cada segundo pese más, como una losa contra el pecho, como si las paredes de un hogar vacío se me cayeran encima.

—No, tengo la cabeza que me va a explotar. Esta noche no voy a estudiar. Solo quiero hacer algo contigo. Disfrutar de nuestro tiempo juntos antes de que me vaya.

Gimoteo.

—¿De verdad tienes que irte?

—Fin...

—Lo sé, lo sé, pero es que... te voy a echar mucho de menos.

—Ya. Yo también.

—Será rarísimo no tenerte a mi lado tirándote pedos en la cama cada noche.

—Pero qué morro; mira quién fue a hablar.

Nos reímos.

Ethan suspira.

—Me encantaría que pudieras venir conmigo.

A mí también me encantaría.

—Bueno, por lo menos tendré a la señora Norris para acurrucarme con ella.

—Vosotros dos no os habéis acurrucado en la vida.

—Lo haremos ahora; nos uniremos ante la angustia de tu ausencia.

Ethan se ríe.

—En dos años volveremos a estar juntos.

—¿Dos?

Ethan frunce el ceño.

—Sí, o sea, que cuando yo vuelva te tendrás que ir tú.

—No me pienso ir.

—Por supuesto que lo harás, Fin. El mundo está deseando conocerte. A ti y a tus historias.

Siento que el rubor me trepa por el cuello, apretando hasta casi ahogarme.

—Nadie quiere leer mis historias.

—Yo quiero. —Se acerca más a mí y me tira del pelo, que tengo salvaje y descontrolado; no del todo largo, pero sí un poco—. Oye, quizá te hagas tan famoso que tengamos que cambiar el nombre a nuestra casa y poner el tuyo.

—Anda, calla —le digo dándole un puñetazo en el brazo pero sin parar de sonreírle.

Los dos sonreímos.

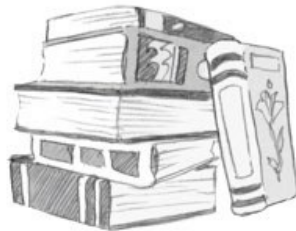
—*Ka whakapono ahau i a koe* —dice. «Tengo fe en ti».

El sollozo que he estado conteniendo durante estos últimos meses amenaza con salir. Le agarro la mano que tiene apoyada en el muslo. No nos miramos, pero Ethan me la aprieta; el deslizar de mis nudillos sobre sus pantalones me reconforta. Porque sigue aquí conmigo.

—¿Y qué pasa con *tus* exámenes? —me pregunta entrecerrando los ojos—. El próximo lunes tienes el de Lengua y Literatura.

—No me puedo creer que te sepas el horario de mis exámenes.

—Lo sé todo sobre ti, Fin. Ahora vayamos a ver pingüinos y luego a casa a estudiar.



—TE PROMETO QUE HACER UNA REFERENCIA A KATHERINE MANSFIELD TE DARÁ PUNTOS EXTRA.

—¿En serio?

Ethan deja de pasearse por mi habitación, se detiene detrás de mí —que estoy sentado en el escritorio—, me pone una mano en el hombro y se queda mirando el libro frente a mí: *Felicidad*

y otras historias.

—Bueno, no sé, pero merece la pena intentarlo. Leamos uno juntos. ¿Qué te apetece? ¿Felicidad?

—¿Que si quiero leer sobre la euforia que supone descubrir tu sexualidad a la vez que descubres que tus sentimientos no son correspondidos y la cruda realidad te da en toda la cara? Sí, por favor.

Se ríe de mi sarcasmo, pero hay tirantez en su risa, una tensión que noto a través de su mano, que ejerce más presión en mi hombro.

—¿Preludio?

—Ese es más interesante.

—¿Tú crees?

Paso las páginas del libro.

—Sí. Hace una especie de, no sé..., de pregunta silenciosa sobre los roles de género.

Sus dedos se deslizan por mi nuca, pero al instante desaparecen. Como si entendiera lo que quiero decir. Como si supiera que yo también le estoy haciendo una pregunta silenciosa sobre roles de género.

—La parte del niño jugando con muñecas —continúo—; la forma en que disfruta con ellas... Cómo se dice que es vergonzoso. Me... llega mucho. Me enfadada, me frustra, me entristece. Sobre todo, porque...

Veo su reflejo en el espejo del tocador. Está sentado en mi cama, mirando al suelo, cabizbajo.

—¿Porque qué? —me pregunta en un murmullo.

Me aclaro la garganta.

—Esto se escribió hace cien años, y todavía la cultura de hombres supermachos está tan a la orden del día... Ser uno mismo es una lucha constante.

—Mi padre no es tan supermacho.

—Pero espera que tú lo seas. ¿A quién le importa si a veces queremos vestarnos de princesas? ¿A quién le importa si queremos expresar nuestro lado más sensible? ¿A quién le importa si nos enamoramos de alguien de nuestro mismo sexo? Sin embargo, a la gente sí le importa. Como en este libro; a la gente le sigue importando, aunque no les afecte en absoluto.

—Fin...

Alzo la vista y me encuentro con el reflejo de esa puta gorra que siempre lleva puesta. Es una máscara. Es su forma de hacerle creer a Tom que es el típico chico, un tío más del montón. Dejo caer la mirada hacia los ojos tristes bajo la visera.

—Yo te acepto, Eth. Haz lo que hagas, seas quien seas.

Aparta la vista y hace una mueca.

—Mi padre no es perfecto, Fin, pero me quiere. Y también te quiere a ti.

—A mí solo me tolera.

—No. Eso no es verdad. Si supieras... —Se interrumpe.

Me giro para mirarlo.

—¿Si supiera qué?

—Nada. No importa.

—Cuéntamelo, Ethan.

—¿El gilipollas que te estuvo acosando al final de la segunda evaluación?

El solo recordarlo hace que quiera desaparecer. Me arden las mejillas.

—¿Cómo lo iba a olvidar?

—Mi padre hizo que lo expulsaran.

Por supuesto que me pregunté por qué había desaparecido de repente. Pero en esos momentos sentí tal alivio que no lo pensé más.

—¿Sí?

—Sí. Puede que no lo demuestre como a ti te gustaría que lo hiciera. Pero está ahí para ti.

—Vale. ¿Y entonces por qué no le dices que prefieres hacer Educación Infantil que Económicas?

Ethan sale de mi habitación sin mediar palabra. Oigo cómo cierra de golpe uno de los armarios de la cocina.

Hago una mueca y miro las palabras borrosas del libro frente a mí.

Más tarde, lo encuentro en la azotea, apoyado en el parapeto, escudriñando un cielo cada vez más oscuro.

—Lo siento.

Suspira, el vaho de su respiración se mezcla con el mío.

—Tienes razón, Fin. Es solo que es difícil de escuchar. Cuando vuelva de Europa, se lo diré.

La mera mención de Europa hace que se me revuelva el estómago. Me apoyo contra la pared del torreón junto a él.

—Sé que has estado cuidando a los hijos de los vecinos y mintiendo a todo el mundo al respecto.

—A ti no te he mentado nunca.

—Nunca te pregunté nada porque no iba a permitir que me mintieras.

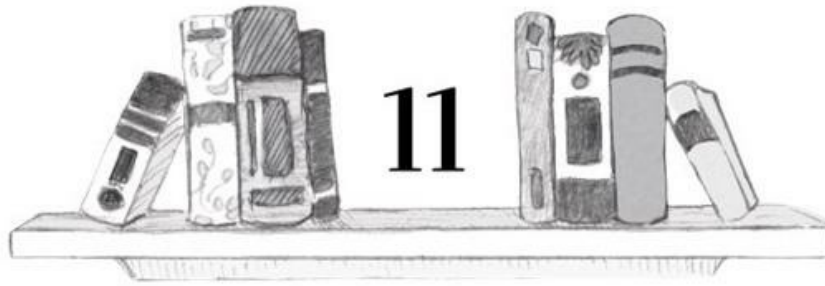
—Eres demasiado listo. Eres demasiado... —Traga saliva—. Eres mi mejor amigo.

—Sí, lo sé.

Su cuerpo se sacude con la carcajada que suelta y de repente me veo envuelto en su abrazo, en su suave aroma a río.

—Empieza a hacer frío aquí fuera. Entremos. Quiero leer contigo.

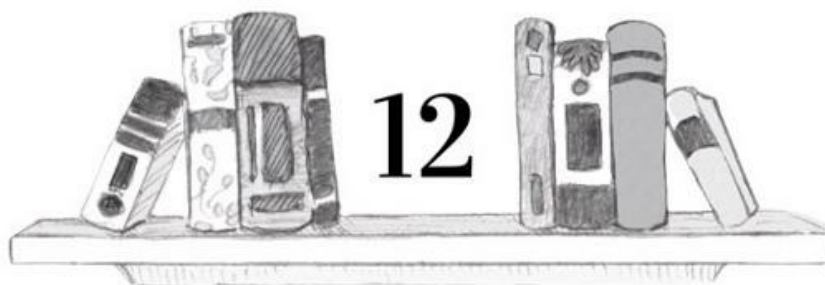




«En estos momentos soy como una reclusa. No hago más que escribir, leer; leer y escribir».

K. Mansfield, carta

Terminamos los exámenes. Se acaban las clases.
Sigo trabajando en mi lectura y escritura. Como si eso me diera el poder de
detener
el
t
i
e
m
p
o.



«Y le parecía que los besos, las voces, el tintineo de las cucharas, las risas y el olor a hierba aplastada estaban de alguna manera dentro de ella».

K. Mansfield, Fiesta en el jardín

El fin de semana antes de que Ethan se marche, lo invitan a una fiesta de máscaras.

Van a ir todos los de su curso. Lo hacen a modo de despedida; puede que sea la última vez que se vean hasta que se reencuentren dentro de un año.

Ethan insiste en que vaya.

Pero yo no estoy seguro de poder soportarlo. No sin llorar a mares en algún momento de la noche.

—Rush y María también estarán allí —me dice Ethan como si eso fuera un consuelo.

—La fiesta se celebra en la casa de vacaciones de Rush. Por eso va. Así que encima tendría que ir de sujetavelas... No, gracias.

Estoy sentado en el borde de su cama, frotándome las palmas de las manos sobre la colcha. El pelo de gato se me pega a los dedos y me lo sacudo.

Me pregunto si la próxima vez que pase el aspirador por el suelo de nuestro espacio compartido Ethan ya se habrá ido.

La mochila que usa para hacer senderismo descansa en su sillón, esperando a que la llene para su próxima aventura. Ojalá fuera tan pequeño como para esconderme en ella como hace la señora Norris. Su ronroneo se escucha por toda la habitación.

Ethan por fin elige una camisa y cierra el armario. La deja sobre mi regazo y se empieza a quitar la camiseta negra que lleva puesta. Cuando habla, la prenda aún le cubre la cara y sus palabras suenan amortiguadas.

—No vas a ir de sujetavelas. Yo estaré allí.

—Estarás allí, pero para pasar el rato con los de tu clase. Ambos sabemos que casi no te veré en toda la noche.

Su tonificado y estilizado abdomen se ondula frente a mí y la cicatriz de su caída por el acantilado destaca en su piel.

De forma instintiva, le toco la cicatriz.

Se sobresalta; le acaricio la cadera y engancho los dedos en la cintura de sus vaqueros.

—¿Te duele?

—¿La cicatriz? No.

El cálido aroma de Ethan lo inunda todo cuando se inclina hacia mí y una descarga eléctrica me recorre todo el cuerpo. Siempre es así de intenso cuando lo tengo cerca. Me he acostumbrado a ignorarlo, pero esta noche me resulta más difícil, porque está a punto de irse y no logro controlarme del todo.

Me quita la camisa del regazo; el mero deslizar de la prenda sobre mi entrepierna me hace jadear.

Ethan no se da cuenta y se pone la camisa; yo salgo corriendo al baño y cierro la puerta tras de mí. Me dejó caer contra la pared y, allí, con los hombros apoyados en los azulejos, me agarro la erección. Otra cosa en la que me he hecho experto: en masturbarme en silencio.

Llama a la puerta cuando la última gota aterriza en mi mano. El corazón se me acelera, tiro de la cadena y me lavo.

—¿Sí? —pregunto, todo inocencia.

—No te vas a encerrar en el baño como hiciste en tu cumpleaños. Si no quieres ir, me quedaré aquí contigo.

Abro la puerta y lo veo con la camisa ya abotonada, una sonrisa en los labios y ese estúpido hoyuelo que tanto echaré de menos.

—Tú tienes que ir. Es obligatorio, como una especie de rito de iniciación o algo así.

—Pues ven conmigo. ¿Por favor? Venga, porfa. *Porfaaa. ¿Superporfavortelorque?*

Suelto una risita y lo empujo hacia mi habitación.

—No tengo máscara.

—¿Crees que me compraría una y no te compraría otra a ti?

Se lleva una mano a la espalda y me enseña dos máscaras venecianas que cuelgan de unas finas cintas de raso y están hechas de intrincadas filigranas metálicas tachonadas con piedras negras. Son preciosas, sofisticadas. Me encantan.

Paso junto a él y entro en mi cuarto.

—Te lo advierto —le digo mientras me pongo una camisa—, hay probabilidades de que me ponga muy muy borracho.

Ethan resopla y deja los antifaces sobre el escritorio.

—No si yo puedo evitarlo.

—Vale, pues muy borracho; sin el segundo «muy».

—Prueba a rehacer la frase.

—¿Borracho, sin más?

—Un poco achispado, eso te lo concedo.

—Quiero que todo el mundo se achispe con la chispa de la vida.

Se ríe.

—Nos quedaremos en uno de los dormitorios de la casa. No quiero que ninguno de los dos conduzca.

Sonrío.

—¿Eso significa que, por una vez, piensas beber?

—Tú lo has dicho, es como un rito de iniciación o algo así. Y además...

Ethan se deja caer sobre mi cama y se queda ahí tumbado, bocarriba y con las piernas abiertas.

Me tumbo a su lado.

—¿Y además...?

—Hay alguien a quien quiero besar. Aunque no sé cómo.

Me quedo de piedra. Una suave sonrisa se le dibuja en los labios y frunzo el ceño. Ethan nunca ha mostrado interés por nadie; al menos, nunca ha mencionado a nadie. ¿Y ahora, de repente, hay alguien a quien quiere besar?

Se me revuelve la tripa. Ahora sí que no puedo ir a esa fiesta.

Pero tengo que hacerlo. Por él.

—¿A quién?

Abre los ojos y me mira. Contrae las cejas y se lame los labios.

Luego mira hacia las ventanas.

—A... una chica de mi clase.

—¿A quién? —Insisto con voz entrecortada.

—Hum... A Laura Turner.

—¿Quieres besarla?

—El problema es que no sé cómo.

No, ese no es el puñetero problema.

Me levanto de la cama de un salto y me asomo por la ventana; espero que el escozor que siento en la garganta no se refleje en mi voz:

—¿Desde cuándo te gusta?

Pasan unos segundos eternos hasta que contesta:

—Fue amor a primera vista.

Duele.

No debería, joder. Es algo natural. Así es la vida. Sabía que en algún momento se enamoraría de alguien.

Me abrazo a mí mismo y niego con la cabeza.

—La he cagado —me dice en un murmullo.

Me encojo de hombros.

—No, no pasa nada. Es que me sorprende oírte hablar de ella. Es la primera vez.

—Dejemos el tema.

Me doy la vuelta y lo miro.

—No, no, cuéntame; a ver, te gusta una chica y quieres besarla, ¿no? Entonces, ¿por qué no lo haces?

Ethan se sienta a los pies de la cama y se agarra al borde del colchón con ambas manos. Mira hacia abajo, fija la vista en sus rodillas. La incertidumbre es como un ente vivo que crepita a su alrededor.

Odio verlo así.

«Ha compartido algo especial contigo», me digo. «Su hermano. Su mejor amigo. Se merece más».

—No quiero hacerlo mal, Fin.

Ah. Nunca ha besado a nadie.

Me duele todo, pero hay algo tan vulnerable en esta admisión... y yo necesito —anhelo— hacerle sentir mejor.

—No lo harás mal —le digo.

Un beso con Ethan jamás podría ser algo malo.

Me mira de soslayo, pero aparta la vista enseguida. Cuando habla, su voz es un susurro tembloroso.

—¿Te parece una tontería que te quisiera pedir que me enseñaras?

—¿Yo? —le preguntó también en un susurro.

—Sí.

—¿Porque tengo experiencia?

—Porque confío en ti.

Ardo por dentro, estoy mareado. Me ahogo en lágrimas no derramadas.

Me acerco a él.

Tiene los ojos brillantes, llenos de indecisión. Llenos de *esperanza*.

Es la decisión más difícil de mi vida, pero sé que aceptaré. ¿Cómo voy a decirle que no si es algo que llevo tanto tiempo deseando? Al menos así sabré lo que se siente.

Sabré lo que me estoy perdiendo. Lo que nunca llegaré a tener de verdad.

Mi sombra se cierne sobre él, el resto de la habitación resplandece bajo el sol del atardecer, impregnada en el tenue aroma a desodorante que aún flota en el aire. Le roza la mejilla. Ya le está empezando a salir la barba, a pesar de haberse afeitado esta mañana. Me roza el interior de la muñeca con la nariz y noto su inhalación en la piel.

—¿Qué clase de beso quieres?

—Uno inolvidable.

—Eso es mucho esperar de un beso.

Niega con la cabeza.

—No cuando quien te lo da es alguien que ya te ha robado el corazón.

—¿Y tú le has robado el suyo?

Vacila.

—Eso espero. —Otra pausa—. Quiero decir, sé que nunca podremos...

Porque se va a Europa. Y ella quizá no, y puede que siga con su vida aquí sin él.

—Pero me gustaría...

Ya no oigo nada más. Le agarro la mandíbula con más fuerza, me inclino hacia él y junto nuestras bocas en un beso tembloroso. Tiene los labios húmedos, como si se los hubiera estado lamiendo una y otra vez; de nervios.

La respiración se le entrecorta y me pone una mano indecisa en la nuca; los dedos se le enganchan en el cordón de mi jade y la piedra se me sube por el pecho.

—No es posible que esto esté mal —murmura. Sorprendido, quizás.

Niego con la cabeza, despacio; nuestros labios se rozan por el movimiento. ¿Cómo va a estar mal? Nunca...

—Estamos explorando. Solo eso. Practicando. Seguro que es algo normal entre hermanos.

Se retira un poco y me maldigo por haber hablado; por romper el hechizo...

Me agarra por la nuca con más fuerza y me pone encima de él. Caigo en su regazo y me siento a horcajadas sobre sus muslos mientras me succiona el labio inferior. Me cuesta reprimir un gemido.

«Eres perfecto. Te sale natural. Besas como si hubieras nacido para ello».

Debería decírselo, pero ¿por qué hacerle creer que no necesita más práctica? Yo quiero seguir. Aunque sea un poco. Solo un poco más.

Noto el pulso en los oídos, el corazón me late desbocado. Su eco también resuena bastante más abajo; me muevo para que no se dé cuenta.

Acaricio su lengua con la mía y él se estremece debajo de mí. Sabe a todos mis sueños hechos realidad a la vez. Sabe tan bien que estoy casi seguro de que me voy a despertar en cualquier momento solo para darme cuenta de que esto no está sucediendo de verdad.

Su brazo en mi espalda me mantiene en un firme agarre, y sé que seguiré sintiendo su huella incluso cuando se haya ido.



EL BESO TERMINA DEMASIADO RÁPIDO.

Antes de que me dé cuenta, Ethan me ha traído a la casa de vacaciones de Rush, en la parte peninsular de Port Rātapu.

Me encantan nuestras máscaras, tan delicadas y bonitas que su padre pensaría que son de mujer; e Ethan lleva la suya de forma tan atrevida..., pero odio que solo sea por esta noche. Odio que mañana vuelva a ponerse la gorra. La pena es una bola gigante en mi interior, pero por una vez me guardo mis sentimientos, los escondo. Y él no para de observarme, como si supiera que le estoy ocultando algo.

Mientras avanzamos por la gran casa, a través de la música atronadora, me entretengo con cosas varias: me quito pelusas invisibles de la camisa, buscó las llaves de casa en los bolsillos, saludo a amigos imaginarios entre la multitud que se agolpa en la terraza de Rush...

Me reajusto el antifaz.

—¿Lo tengo bien puesto?

La mirada de Ethan cambia, se ilumina. Sonríe.

—Prepárate para que la mitad de la fiesta te coma con los ojos.

Me sonrojo y siento cierto alivio cuando María —con la cara oculta tras una máscara de plumas— llega hasta nosotros.

—Esta casa es es-pec-ta-cu-lar. Tiene un montón de habitaciones y Rush puede usarla cuando quiera. ¿Sabéis qué regalo le han prometido sus padres para cuando acabe el colegio el próximo año? Un apartamento. Su propia casa. ¿Os lo podéis creer?

Se deja caer contra mí y me apoya la cabeza en el hombro, las plumas de su máscara me hacen cosquillas en la sien. Se queda mirando a Rush, que se ha quitado su máscara de cuero para tirarse a bomba a la piscina.

Ethan y yo intercambiamos miradas. Ambos pensamos lo mismo con respecto a Rush. En palabras de Ethan, si no fuera tan rico, María nunca se hubiera fijado en él y se daría cuenta de que está saliendo con el bufón del colegio.

Rush sale del agua con el labio ensangrentado, pero riéndose. María corre hacia él, gritando y arrastrando a Ethan con ella para ayudarlo. ¿Acaso yo no le sirvo o qué?

Empiezo a caminar para ir tras ellos, pero me detengo. Hay demasiada gente.

La fiesta sigue a tope sin su anfitrión. Lo más seguro es que casi nadie haya visto lo que ha pasado. Escucho un murmullo a mi espalda, es la voz de Elliot Anneston:

—Lo que te he dicho en la biblioteca iba en serio, Laura. Sin tocar —oigo que dice en un murmullo.

Unos chicos frente a mí levantan sus cervezas y empiezan a corear: «¡Que hable, que hable!».

Se me revuelve el estómago cuando escucho la risa empalagosa de Laura.

—Eres la estrella, Elliot. Te reclaman. Quieren que el campeón del equipo de debate dé el discurso. Y a ti te *encaaaaanta* decir lo que piensas, así que dale, haz tú el discurso.

—Lo haré —contesta Elliot con voz tirante justo antes de pasar por mi lado y subirse a la

mesa de pícnic.

Lleva una máscara de lentejuelas verdes que brillan contra su pelo oscuro bajo los focos que iluminan el jardín. Levanta su botella de cerveza y antes de que Wentworth, su novio, llegue hasta dónde él está —acaba de salir por la puerta trasera de la casa—, Elliot ya tiene a todo el mundo comiendo de su mano.

Los ojos de Wentworth, centelleantes tras una sencilla tira de tela, están clavados en Elliot. Silba y grita con su marcado acento escocés:

—¡Ahí está mi abejita!

La sonrisa de Elliot se hace enorme, sus labios se elevan tan rápido y tan alto que es como presenciar el despegue de un cohete y verlo subir directo a la luna. Mira a sus compañeros y dice:

—En las sabias y ligeramente adaptadas palabras del inmortal doctor Seuss: «Oh, la de lugares que nos quedan por conocer».

Todos se ríen y beben, y Wentworth extiende los brazos hacia él, diciéndole:

—Deja que yo te cuente todos los lugares que a ti y a mí nos quedan por conocer. Salta, yo te cojo.

Elliot no vacila y Wentworth lo coge en brazos con un jadeo, riéndose medio obnubilado en su nube de amor.

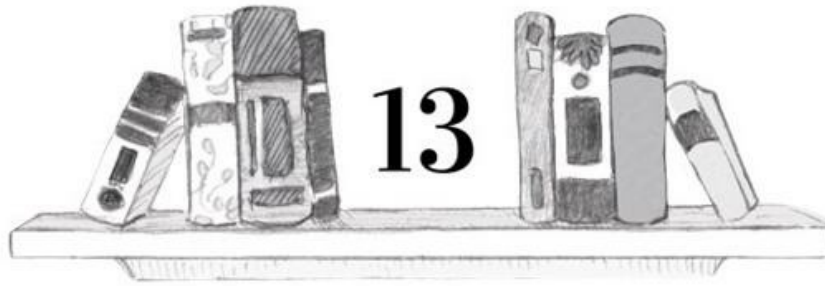
—¿Has cogido unos kilitos, amor?

Me giro cuando alguien me da un golpecito en el hombro; se me borra la sonrisa. Laura, con un vestido negro ceñido. Largas pestañas oscuras, una máscara de terciopelo color rubí y los labios pintados de un rojo igual de intenso que su antifaz. Labios que quizá no estén tan rojos en un rato.

—¿Has visto a Ethan?

Tartamudeo.

Y luego la mando en dirección contraria.



«Pienso en ti a menudo. Sobre todo, por las noches; cuando estoy en el balcón y está demasiado oscuro para escribir o para hacer otra cosa que esperar a ver las estrellas».

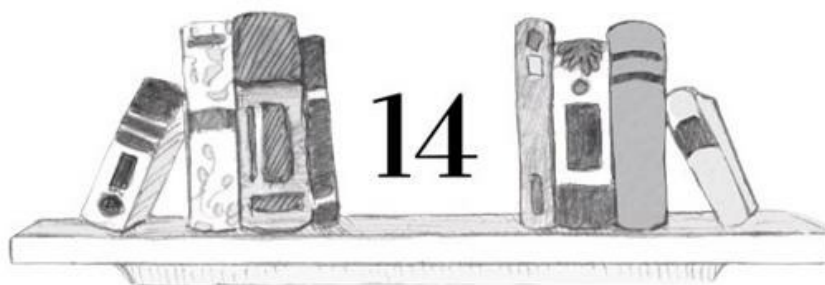
K. Mansfield, carta

Ethan se va a Europa.

Escribo una obra de teatro tal como él quería que hiciera. La imprimo, orgulloso, y luego la meto en el cajón de mi escritorio.

Vivo anhelando sus llamadas.

Cada vez son menos frecuentes.



«Si fuéramos capaces de cambiar de actitud, no solo veríamos la vida de otra manera, sino que la vida misma sería diferente. Cambiaría de aspecto porque nosotros mismos habríamos experimentado ese cambio de actitud».

A.R. Orage habla con Katherine Mansfield

Estoy desgastando el suelo de la azotea de lo mucho que voy y vengo, voy y vengo. Mientras camino, no paro de mirar hacia la carretera. Llegará en cualquier momento.

Compruebo que la pancarta de bienvenida esté recta. Luego aprieto un poco más uno de los nudos, porque tengo que hacer algo. Llevo así toda la semana. Nervioso y descentrado; y sin parar de sonreír.

Mi madre ha notado el cambio. Ayer me abrazó y me susurró al oído que se alegraba de ver que he recuperado el ánimo.

Le dije que echaba de menos a Ethan.

Ella frunció el ceño y asintió.

—Sí, lo sé —me dijo.

Por fin aparece el coche de Tom y padre e hijo se bajan de él.

Grito su nombre y él alza la vista hacia el tejado. Ethan grita el mío y echa a correr.

Forcejeo con la puerta —la maldita no quiere abrirse— y bajo de un salto las escaleras del torreón. Se escuchan sus pasos subiendo; los míos bajando. Nos encontramos en el rellano y nos lanzamos el uno contra el otro, compartiendo apresurados «holas» y «te he echado de menos». Nos abrazamos tan fuerte que es como si intentáramos que nuestros cuerpos se fundieran en uno.

—Un año es demasiado tiempo. Demasiado.

Se aparta un poco, apenas unos centímetros, y me mira de arriba abajo.

—Ahora eres igual de alto que yo. Te sienta bien.

Él tiene los hombros más anchos. Como si hubiera nadado el doble mientras estaba fuera.

—Dios, hueles a cacahuetes salados y a desodorante rancio.

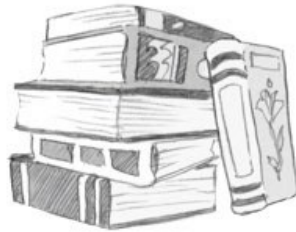
—Tanto tiempo en un avión pasa factura.

Lo aplasto de nuevo contra mí.

—Por mí como si no te duchas jamás, no me importa. Pero no te vuelvas a ir.

Me abraza hasta que Tom se aclara la garganta y deja la mochila de Ethan en el suelo, contra la pared de la escalera.

—Ve a ducharte. La cena estará lista en media hora.



ETHAN SE VA A LA CAMA NADA MÁS CENAR. TIENE *JET LAG*, ESTÁ AGOTADO.

Yo ayudo a mi madre a fregar y, por las prisas, rompo un plato.

Ella niega con la cabeza y suspira.

—Venga, anda, vete. Y no se te olvide decirle que has aprobado todas las asignaturas.

Subo las escaleras de dos en dos y abro de golpe la puerta de su habitación. Su cama sigue intacta, su mochila sin deshacer sobre el sillón.

—¿Eth?

Se me hace un nudo en el estómago, o quizá, más que un nudo, es un lazo; y me muerdo los labios para evitar la sonrisa llena de esperanza que amenaza con salir. Abro la puerta de mi cuarto.

Y allí, acurrucado entre mis sábanas, duerme Ethan.

Me quito la ropa, me quedo en bóxer y camiseta, como él, y me meto en la cama, a su lado. Se mueve y le digo en un susurro:

—Vuélvete a dormir. Seguiré aquí cuando despiertes.



SE DESPIERTA A LAS TRES DE LA MAÑANA.

No me importa la hora. Me quedo despierto con él. Hablamos, bajito, nuestros susurros nos envuelven. Al principio solo nos decimos cosas bonitas, palabras llenas de euforia y alivio porque por fin las cosas vuelven a estar bien.

Luego el tono cambia. He terminado el colegio; ahora me toca a mí viajar y conocer mundo.

No quiero. Se lo digo.

—Al principio estarás con María y Rush, eso lo hará más fácil.

Niego con la cabeza.

—Acabo de recuperarte. Nada de lo que digas puede hacer que me vaya.

Suspira y se lleva mi mano al pecho. Sus ojos se clavan en los míos.

Su peso junto a mí, su calor corporal, su aroma a río... No hay nada en el mundo que pueda lograr que quiera dejar esto.

Vuelvo a negar con la cabeza.

Ethan me coge la cara con una mano que, de alguna forma, parece más grande; quizá sea la forma en que me sujeta. Con más seguridad en sí mismo. Con más experiencia. Su pulgar sobrevuela mis pestañas, como un susurro, y se desliza por mi mejilla; lleva la mano a mi nuca, me masajea el cuello.

—Te he estado escribiendo cartas; a mano. Cuatro, una en cada país; las he dejado pegadas bajo los escritorios de las habitaciones en las que he estado.

Me incorporo y él levanta la vista, sonriendo.

—Necesitaba que tuvieras una razón para salir de aquí.

—¿Sabías que no querría ir?

—Quiero que experimentes el mundo, para que puedas averiguar lo que de verdad quieres. Quién eres.

—Quiero quedarme contigo, en Mansfield.

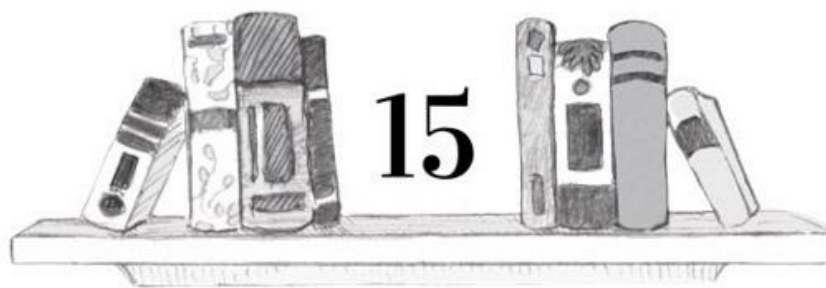
Le centellean los ojos.

—Pero también quieres esas cartas.

Le doy suaves puñetazos en los brazos hasta que tira de mí hacia abajo y me rodea con ellos.

Maldigo contra el cálido pulso de su cuello.

—Quiero esas cartas.



«Esto no es una carta. Son mis brazos rodeándote durante un breve minuto».

K. Mansfield, carta

Londres, febrero

Está dentro de una bolsita hermética de esas que se usan para congelar alimentos, pegada con cinta adhesiva a la parte inferior de un antiguo escritorio victoriano. Recorro de un lado a otro la minúscula habitación en la que Ethan vivió cuando estuvo aquí el año pasado. Su presencia invisible se agita a mi alrededor mientras leo su cuidada letra:

Fin:

He decidido que voy a escribirte cartas a la vieja usanza. Ford me ha conseguido una pluma estilográfica y todo.

Hace dos meses que me fui de Mansfield y no pasa un día sin que me pregunte qué estarás haciendo. Cada mañana y cada tarde me siento entre las chimeneas del tejado y te imagino en nuestra azotea. Me encanta cuando por la mañana veo que la luna se sigue viendo en el cielo, siento cosquillas en la tripa, como si volviéramos a compartir algo.

¿Es una chorrada? ¿Demasiado cursi?

No, seguro que ahora mismo estás sonriendo. Te encantan mis cursiladas.

Casi puedo oír tu risa. Creo que tendré que llamarte justo después de terminar esta carta.

Llamarte es lo mejor del viaje. Quiero vivir mil aventuras solo para poder contártelas y que te diviertan tanto que acabes rogándome que te cuente más. Gracias por llevarte el teléfono lejos de mi padre y Maata la última vez que llamé; me gustó mucho hablar con nuestros vecinos. Echo de menos esas fiestas del té con ellos. Me alegro de que te hayas ocupado mi lugar y te hayas hecho cargo.

En fin, creo que no me queda nada por contarte, te lo he ido contando todo. Estoy muy contento de vivir con Cress y Ford. Si vives aquí el año que viene (¡y lo harás, me aseguraré de ello!), creo que a ti también te gustarán. Son muy agradables y no se quejan porque me pase todo el día hablando maravillas de casa. Según parece, quieren hacer un postgrado en Nueva Zelanda. Tú animales, que me encantaría presumir de Mansfield. Sobre todo con Cress. Se ha hecho muy amiga mía estas últimas ocho semanas. No sé, congeniamos.

¿Te cae bien? ¿Habéis congeniado?

Espero que sí.

Ford también está muy bien. Aunque se pasa un poco con el coqueteo.

Bueno, pues nada, ¿me podrías llamar en cuanto leas esto?

Abrazos,

Ethan

P.D.: Siento que la señora Norris se haya vuelto a hacer pis en tu almohada. Espero que tu habitación no huela demasiado y que estés usando mi cama mientras. Qué graciosa la gata,

¿eh? Aunque creo saber por qué le caes tan mal. Eres su mayor competencia. Odia que siempre esté pensando en ti (los gatos perciben estas cosas).

Pero te diré que la echo muchísimo de menos. Sé que la abrazarás por mí; o lo intentarás... Me lo estoy imaginando.

Adiós; esta vez de verdad,

Ethan.

P.P.D.: No, adiós no; hasta luego.

La palabra «adiós» es demasiado definitiva.

Hasta luego,

Ethan

Miro hacia afuera, a los tejados de Londres. Me imagino a Ethan saliendo por la ventana y sentándose en el tejado, abrazándose las rodillas. Sé que yo haré lo mismo.

Un golpe en la puerta me sobresalta y un destello de pelo rojo aparece ante mí: María.

—Fin. ¿Cuánto tiempo necesitas? Baja ya.

Con mucho cuidado, vuelvo a meter la carta en el sobre y dentro de la bolsita, y la dejo encima de la maleta, que ni siquiera he deshecho porque lo primero que he hecho ha sido buscar la carta.

Bajo las escaleras. La casa es angosta, de tres pisos, con paredes empapeladas y suelos enmoquetados. Oscura. Todo lo contrario de Mansfield. De no ser por la carta, sentiría mucha nostalgia. Aunque también tengo la necesidad de seguir los pasos de Ethan, andar el mismo camino que él.

Paso junto a María y Rush, que están discutiendo en la cocina, y sigo adelante.

Cress está en el salón, sacando brillo a un arpa recién restaurada. Tiene el pelo oscuro y corto, le llega hasta la barbilla, y unos ojos verdes grandes y brillantes. Los vaqueros y la camiseta que lleva se ciñen como un guante a sus curvas.

Es impresionante. Preciosa, me atrevería a decir. Puedo verlos a ella y a Ethan estrechando lazos, haciéndose íntimos mientras toca el arpa para él.

«No sé, congeniamos».

Sonríe y acaricia una cuerda. Es una belleza. Y encima toca su instrumento favorito.

Trato de aplacar la envidia que hierve en mi interior y me siento muy rígido en el sofá.

—Gracias por dejar que nos quedemos aquí.

—Alquilamos las habitaciones todos los semestres. Pero que seas tú quien está aquí esta vez me hace superfeliz. Ethan me ha hablado mucho de ti.

¿Por qué tiene que ser tan amable?

—Ah, ¿sí?

—Sí. Tanto que es como si ya te conociera. —Toca algunas cuerdas y suena como algo salido de un cuento de hadas—. ¿Él... te ha hablado de mí?

Dudo. Estoy a punto de decir: «¡No! Durante un año solo hemos hablado por teléfono y apenas pasamos una semana juntos a su vuelta. Ni te mencionó». Las palabras me revolotean en la lengua.

Pero no estaría bien decir semejante cosa.

Y tampoco sería cierto. Porque Ethan sí me ha hablado de ella. Bastante, ahora que lo pienso.

Asiento y ella sonríe.

—¿Estudias Música? —pregunto, señalando el arpa.

—No como carrera; me encanta la música, pero no quiero ser una artista muerta de hambre. Quiero vivir bien, tener una buena casa. Por eso estudio Económicas.

Oigo los segundos pasar en el reloj de pared que hay sobre mí. Cinco minutos más e Ethan se habrá levantado.

—¿Hermanita? —dice una voz llena de entusiasmo.

Cress pone los ojos en blanco.

—Ford ya está en casa.

Ford entra en el salón, lo hace rodeado de un aura de arrogancia y seguridad en sí mismo. Es bajito, pero lo compensa con su enorme presencia. Todo en él pide que le prestes atención. El pelo oscuro y sus intensos ojos verdes ayudan.

Me mira, me dice apenas un «ey» y se acerca a Cress. Acaricia el arpa con los dedos mientras mira a su hermana gemela y le pregunta:

—¿Quién ha sido el idiota que ha dejado la maleta delante de la puerta para que todo el mundo se caiga?

—Y con «todo el mundo» te refieres a ti, ¿no?

—Me suena que Rush comentó algo sobre volver a bajar a por su segunda maleta. Se le habrá olvidado.

—¿Rush?

—El novio de María. Están por aquí.

—En la cocina —digo.

Ford me mira otra vez; en esta ocasión me presta un poco más de atención antes de desestimarme.

—Vale.

Cruza de nuevo la habitación para irse, pero se detiene cuando María entra por la puerta con el pelo suelto bailándole sobre los hombros. Ella, que lleva una bandeja con sándwiches en las manos, mira a Ford y se detiene con brusquedad. Coge aire, se le nota en la forma en la que sube y baja el pecho, y sus labios se curvan en una sonrisa.

—Hola. Soy María, tú debes de ser...

—Ford.

—Eso espero —dice con voz ronca cuando el pobre Rush aparece a su espalda despeinado y desorientado por el largo viaje—. ¿Quieres un sándwich?

La mirada de Ford sigue fija en María; apenas reconoce la presencia de Rush.

—Quiero lo que sea que me ofrezcas.

«Ford también está bien, aunque se pasa un poco con el coqueteo».

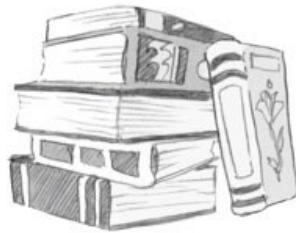
Me pongo de pie.

—Cress, prometí llamar a Ethan. ¿Puedo usar el teléfono?

Ella hace un precioso punteo antes de contestar.

—Venga, llamémosle juntos. Prometí tocar para él cuando llegara mi nueva arpa.

Su sonrisa soñadora me hace estremecer. Es como sentir la primera brisa de otoño sobre la piel desnuda.



París, abril

Fin:

Elliot acaba de llamarme para decirme que al lado de casa de su madre se ha quedado libre un apartamento. Me ha dicho que está muy bien. Está pasando, Fin. Nos estamos haciendo mayores. Lo siguiente será prometernos, casarnos, elegir nombres para nuestros hijos, vernos en Mansfield en puentes y vacaciones...

Sé que debería lanzarme de cabeza. Pero no me atrevo a decir que sí. Mansfield es mi hogar y quiero vivir allí mientras estudio. Quiero vivir allí... mientras pueda.

Me estoy imaginando a mí mismo dentro de un año, durmiendo en casa mientras tú lees esto. Sé que estaré soñando contigo.

Por favor, come canelés en las escaleras de la basílica del Sagrado Corazón y mándame fotos.

Abrazos,

Ethan



Berlín, julio

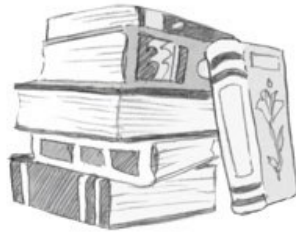
Fin:

Sé que estoy llamando menos. Es que... cada vez que lo hago, quiero volver a casa. Pero este año es importante para mí, como lo será para ti.

Considera esta carta como todos mis abrazos en uno.

Te echo de menos,

Ethan



Madrid, octubre

Fin:

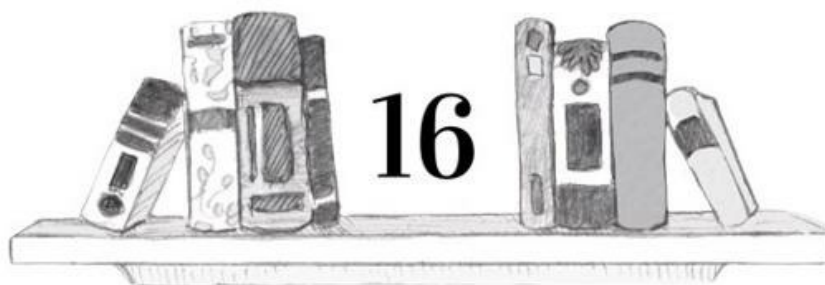
No siempre he sido sincero contigo.

Me resulta muy duro. Pero...

Necesito decirte una cosa. Aunque solo sea una.

Nunca quise besar a Laura Turner.

Ethan



«Me encantaría poder absorberte en todos los sentidos posibles, jugar con tu pelo, perderme en tus ojos, sentirme desarmada en tu presencia. Me encantaría disfrutar contigo de un momento de ternura en el silencio más absoluto».

K. Mansfield, carta

Esta vez, cuando nos abalanzamos el uno hacia el otro y nos abrazamos, es diferente. Lo que sentimos es más que alegría, felicidad y alivio; se trata de algo más profundo. Es necesidad, es ansia.

Es la capacidad de poder respirar de nuevo.

Es como si todos nuestros recuerdos colisionaran de golpe y trataran de decir todas las cosas que nunca nos hemos dicho.

Es esperanza. Es miedo.

Es salvaje y lo envuelve todo, y no puedo dejarlo ir.

Me lleva a casa y me urge a subir las escaleras a toda prisa. Hemos llegado antes que mi madre y Tom; tenían una cita importante. Me da igual. Nos reímos. Me dice que me meta en la ducha y que me quite de encima un poco del cansancio del avión.

Cuando llegan mi madre y su padre, me coge de la mano y bajamos a verlos. Sus dedos se aferran a los míos. Sé que más tarde nos desahogaremos y nos contaremos de forma torpe todos los sentimientos que nos hemos estado guardando. Sé que querrá dejarme dormir para que me recupere del *jet lag*. Lo que no sabe es que, antes de que eso pase, lo voy a besar.

Ahí están mamá y Tom, y no tengo ni idea de cómo lo haremos, pero en estos momentos no noto el suelo bajo los pies. Estoy volando..., cayendo...

Si es necesario, huiremos.

Ethan me suelta la mano en el último escalón y se ajusta la gorra. Luego entra en el comedor con aire despreocupado.

Mi madre y Tom están sentados en un banco junto a las ventanas abiertas. Hablan en voz baja; Tom le acaricia el muslo con suavidad. Una brisa cálida recorre la habitación y, sin embargo, no puedo evitar el escalofrío que me recorre el cuerpo.

Cuando me ven ahí, se levantan y vienen a saludarme. «Bienvenido a casa», me dice mi madre en maorí. Tom me abraza, como si él también me hubiera echado de menos. Puede que sea —es— la primera vez que nos abrazamos.

Me siento un poco incómodo y me alejo enseguida.

Los brazos de mi madre ocupan el lugar de los suyos al instante. Se queda pegada a mí un buen rato, me mira y me dice que me he convertido en un hombre muy guapo.

Ethan está detrás de mí, observando. Hay tarta en la mesa y Tom nos dice que nos sentemos, que nos sirvamos un trozo.

Están siendo muy amables. Demasiado.

Cuando ya me he comido la mitad de mi tarta de zanahoria, Tom se aclara la garganta.

—Hay algo que nos gustaría compartir con vosotros.

Otra vez ese puñetero escalofrío.

—Hemos estado esperando para contároslo —dice mi madre—. Queríamos decíroslo a los dos al mismo tiempo.

Eso suena a mal augurio.

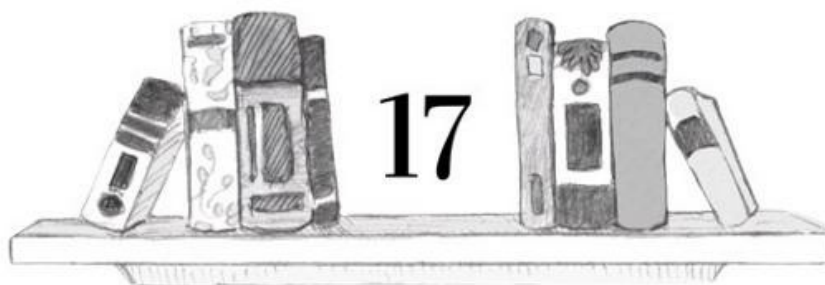
Ethan también se ha puesto rígido a mi lado.

Tom nos mira, pletórico.

—*Kua hapu ahau* —susurra mamá.

Siento cómo las palabras apartan a Ethan de mí.

—Tu madre está embarazada.



«Las cosas que de verdad llegamos a aceptar en la vida mutan, experimentan un cambio. Así que nuestro sufrimiento debe convertirse en amor. Ese es el misterio».

K. Mansfield, diario

Seis meses después, nace nuestra hermana Julia Bertram-Price.

El embarazo ha sido de alto riesgo.

Mi madre está en la cama recuperándose.

Ethan y yo estamos de pie junto a su moisés. Nuestras miradas se encuentran y entrelazan cuando ella nos coge los dedos, uno a cada uno, y los une con sus manitas.

Mamá y Julia nos necesitan.

Y estaremos aquí para ellas. Somos familia. *Whānau*.

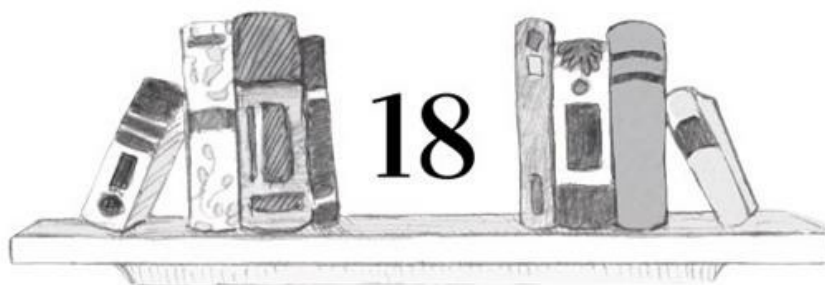


ETHAN EMPIEZA A SALIR CON UNA CHICA.

Yo con un chico.

PARTE II

Amando Mansfield



«Me he perdido en el hábito de existir en secreto bajo tu piel. Está increíblemente oscuro ahí abajo; soy feliz».

K. Mansfield, carta

La mañana antes del último examen de Literatura de mi tercer año de carrera, mi novio me deja. Que estoy demasiado centrado en Ethan, dice Daniel.

Me río, porque no creo que sea verdad. Ethan y yo no somos para nada lo que éramos en el pasado. No compartimos cama, tenemos mucho cuidado de no tocarnos; nuestras miradas se cruzan, pero nunca se prolongan demasiado.

La mayor parte del tiempo que pasamos juntos es con Julia entre nosotros; un recordatorio constante de lo que estamos destinados a ser. De lo que somos.

Daniel me ayuda a hacer la maleta; bueno, la mochila. Una camiseta de repuesto, un desodorante; le digo que el cepillo de dientes lo puede tirar. Él se ríe, me da una palmada en el culo y me desea suerte para el examen. Pero está triste, se lo noto. Le he hecho daño. Él sí quería algo más que sexo.

Lo intenté.

Anoche me dijo enfadado que no debería de ser tan difícil. Mencionó el nombre de Ethan unas cuantas veces. Cómo dejo todo si es él quien me necesita, cómo se hubiera conformado con apenas una pizca de lo que siento por mi hermanastro; que eso hubiera sido suficiente.

Acabamos en la cama, pero una vez más, solo es sexo. Sexo de despedida, además.

No logro concentrarme en el examen, y necesito aprobar para poder graduarme; si no, tendré que hacer un curso de verano para sacar los puntos que necesito y no me apetece; quiero pasar el verano con Ethan y Julia. Porque será el último. Porque ya habrá llegado la hora de buscar trabajo. De irme de Mansfield...

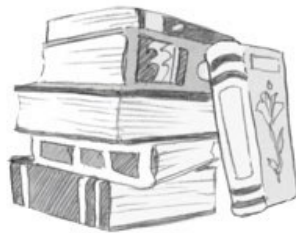
Lo único que puedo escuchar es el sonido de mi bolígrafo arañando el papel. Dejo de escribir, retomo, vuelvo a parar; las palabras me empiezan a bailar, a desdibujarse ante mis ojos. Se me entrecorta la respiración, se me hace un nudo en la garganta. Se oye un chasquido; es el boli, se ha roto. La tinta me salpica y me mancho la palma de la mano.

Me limpio con la camisa, cojo otro bolígrafo. Las palabras siguen cambiando de lugar.
No puedo hacerlo. No puedo.

El sonido de mi silla arrastrándose por el suelo de madera retumba por toda la clase. Unas diez cabezas se giran a mirar qué ocurre y de inmediato vuelven a sus exámenes. Salgo corriendo del aula, llego al patio exterior y respiro una gran bocanada de aire primaveral; luego me dejo caer en un banco bajo el sol y me sorbo la nariz.

El área de Comercio donde estudia Ethan está a un bloque de distancia; desde donde me encuentro puedo ver la azotea de su edificio. Quiero ir a buscarlo. Quiero que me abrace y me diga que al final todo saldrá bien.

Como cada vez que me he sentido así en los últimos tres años, ignoro el impulso de hacerlo.



A MEDIO CAMINO DE CASA, SE ME ESTROPEA EL COCHE.

Viene la grúa y se lo lleva. Hago los últimos diez kilómetros hasta Mansfield a pie.

Julia me rodea con sus pequeños brazos en cuanto me ve y me pide que la lleve a caballito. Su risa es la única fuente de energía que tengo en esos momentos; corro por el jardín trasero con ella encima, trotando sobre una alfombra plateada de flores de peral hasta que me quedo sin aliento y me desplomo con dramatismo sobre la hierba.

—Te relevo —dice Ethan.

Me incorporo de forma precipitada al escucharlo. No sabía que estaba ahí. Está sentado en la terraza trasera, con el tobillo sobre la rodilla y la gorra tapándole los ojos. Su sonrisa con hoyuelos brilla bajo el sol y se hace más grande cuando Julia se abalanza sobre él.

Observo cómo se repite la misma rutina: Ethan zigzagueando por el jardín, Julia sin parar de reír.

Ethan me encuentra más tarde en nuestra azotea. Se apoya en la barandilla, imitando mi postura.

—¿Qué tal el examen?

Me encojo de hombros. Frunce el ceño; se lo cuento.

—Lo siento, Fin. Pensé que teníais algo especial.

Lo miro con dureza; debería saber que no era así.

—Era solo sexo.

Desvía la mirada.

—Abi también me ha dejado; la semana pasada.

Me tenso. Los dos estamos solteros; ya no es una cuestión de fidelidad. Una parte de mí cobra vida al darme cuenta de ello, pero la sofoco con relativa facilidad. Porque también estoy un poco cabreado.

—¿La semana pasada?

Baja la cabeza.

—Quería que te concentraras en los exámenes. Si te lo hubiera dicho, te habrías volcado en consolarme.

No estoy seguro de que esa explicación me guste. ¿Significa que la ruptura... le ha dolido de verdad?

—Lo siento. ¿Te dijo por qué?

Agarra la balastrada de madera con fuerza, tiene la mirada fija en nuestro jardín trasero.

—Mencionó alguna que otra cosa, sí. —Entonces se ríe e, irguiéndose, me pregunta—: ¿Quieres ir a dar un paseo por la playa?

—¿Tú y yo solos?

—Y Julia.

Por supuesto. La sonrisa que se me dibuja en los labios duele.

—Mientras seas tú quien conduzcas...

Le cuento lo de mi coche para evitar que el nudo que noto en la garganta me ahogue.

—No tiene arreglo.

—¿Se lo has dicho a mi padre?

—Se lo mencioné cuando llegué a casa.

—¿Y?

—Me dijo que debería buscar trabajo y empezar a ahorrar para uno nuevo.

Ethan frunce el ceño.

—Pero necesitas un coche ya.

—Pues más me vale que encuentre trabajo pronto.

—No puedes ponerte a trabajar ahora. Después de lo del examen de hoy te va a tocar hacer un curso de verano.

—Haré ambas cosas, me apañaré.

—Es nuestro último verano... —Ethan se separa de la barandilla y se dirige a las escaleras—. Necesitas un coche, Fin.

Bajo con él y lo sigo hasta el despacho de Tom, en el cual irrumpe sin pensárselo; nunca lo había visto así de alterado con su padre. Al llegar a la puerta me detengo, me quedo fuera.

Tom lo mira desde donde está sentado en su escritorio de caoba y le da a Ethan la misma explicación que me ha dado antes a mí.

—Tiene veintidós años. Tú veintitrés. Ya va siendo hora de que aprendáis cómo ser económicamente independientes.

—¿Y no podrías prestarnos algo de dinero? Fin necesita un coche para ir a la universidad.

—No soy un banco, y si lo fuera, no vería razón para prestarle nada a Fin. No tiene trabajo.

—Entonces préstamelo a mí.

—Lo haría si trabajaras más de quince horas a la semana.

—No puedo sacar más horas con todas las asignaturas que tengo el próximo semestre.

—Si decides desperdiciar tu grado en Comercio para dedicarte a la Educación Infantil será mejor que vayas acostumbrándote a vivir con muy poco.

—Papá —dice Ethan en voz baja—. Llegamos a un acuerdo. Me saco el grado en Comercio y luego puedo hacer lo que de verdad me gusta. Y eso es lo que me gusta.

—Entonces espero que también te guste caminar.

—Pero el coche que se ha estropeado es el de Fin. Si esta es tu forma de castigarme, no la tomes con él.

—Creo que de esta forma te afectará más.

Ethan abandona la habitación en silencio y cierra la puerta. Se detiene a mi lado, sin mirarme. Cierra los ojos, y me fijo en que tiene los párpados inferiores más oscuros de lo normal, más hinchados también. No es que esté cansado, es que está agotado. Ha estado agotado los últimos tres años. Siempre es «sí, papá», «está bien, papá», «lo entiendo, papá».

Y acaba de enfrentarse a él *por mí*.

Por primera vez desde que supe que mi madre estaba embarazada, le cojo la mano y entrelazo nuestros dedos. «*Kia ora*. Gracias».

En el pequeño espacio que nos separa, noto cómo se le entrecorta la respiración y se me acelera el corazón. Sé que sentiré su pulgar acariciándome el dorso de la mano durante semanas.

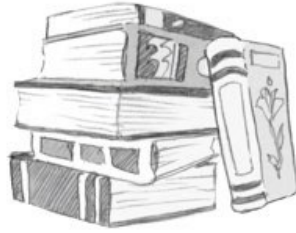
Tom está al otro lado de la pared, mi madre en la cocina preparando algo que huele de maravilla, se escuchan dibujos animados en la televisión del salón y él y yo estamos a medio metro de distancia, agarrándonos las manos a escondidas, obligándonos a no mirarnos a los ojos.

Su suspiro me acaricia la barbilla, nuestros dedos están cada vez más húmedos por el sudor, y me empiezan a apretar los vaqueros. Muevo un poco el pie, mis calcetines se deslizan por el suelo de madera, unos centímetros más cerca de él.

—Fin —me susurra; una advertencia.

—¡Pipí! ¡Pipí! —grita Julia, que sale corriendo del salón.

Nos separamos de un salto, evitamos hacer contacto visual e Ethan se lleva a Julia al baño a toda prisa. Vamos a la playa como habíamos planeado.



ESE DOMINGO, MIENTRAS COMEMOS, PARECE QUE TODOS ESTAMOS OCUPADOS CON ALGO. ETHAN Y mi madre se turnan para cortarle la comida a Julia y para limpiar el zumo que de vez en cuando se derrama de su tacita; yo tengo el portátil sobre la mesa y estoy echando un ojo a las opciones para el curso de verano; Tom está terminando una llamada de trabajo en el vestíbulo.

—¿Hay algo con buena pinta? —me pregunta Ethan.

—Nivel avanzado de Teatro. «Escribe y representa tu propio guion». Trabajo en grupo. Parece fácil y puede ser divertido.

Julia se lanza a los brazos de Ethan y él la sienta sobre sus piernas.

—Yo no empiezo las clases hasta finales de febrero. Quizá pueda hacerlo contigo.

Levanto la cabeza.

—Pero tú ya tienes créditos suficientes para poder graduarte.

—Sí, pero puede ser divertido, ¿no? ¿Y así pasamos tiempo juntos?

—Si os pasáis el día juntos —dice mi madre riéndose.

—Como amigos —dice Ethan en voz baja, y mueve la rodilla haciendo botar a Julia cuando ella se lo pide.

—Ah. —Mi madre asiente—. Hay que ver que buenos hermanos habéis terminado siendo.

No aparto la vista de él. Me tengo que aclarar la garganta antes de poder hablar.

—La fecha límite de inscripción es el once de enero.

—Hay otra cosa...

Lo miro, expectante.

—Esta mañana recibí un correo electrónico de Cress. Ella y Ford van a venir a hacer un máster. Llegarán el dos de enero. Han reservado un hostel hasta que encuentren otro alojamiento.

—Ethan sonríe—. ¿Qué te parece si se quedan con nosotros?

¿Todos viviendo juntos bajo el mismo techo?

—¿Va a traer su arpa?

Ethan se ríe.

—Supongo que no.

Fijo la vista en mi portátil.

—¿Te han avisado con solo tres semanas de antelación? ¿No es un poco raro que organicen un viaje de esta magnitud y no nos escriban antes para decírnoslo?

—Bueno, ella me ha escrito varias veces. Pero no habíamos concretado nada. La universidad

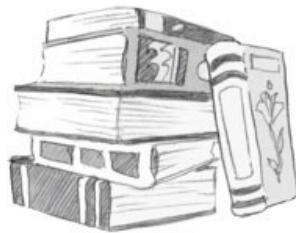
metió la pata con el papeleo y al final tuvieron que organizarlo con prisas; lo cerraron la semana pasada.

Frunzo el ceño. Yo también me llevaba bien con Cress, pero a mí nunca me ha escrito. Ethan lo ha mantenido en secreto.

—¿Qué te parece? —pregunta, dubitativo, como si no estuviera seguro de qué estaré pensando—. Si a Maata y a mi padre les parece bien, claro.

Tom entra en la habitación justo cuando Ethan dice esto último.

—Hay sitio más que de sobra. —Está de buen humor—. Me acaban de ofrecer un contrato de un mes en Melbourne; empezaría en enero. ¿Qué me dices Maata? ¿Te apetece que Julia, tú y yo hagamos un viejecito?



LA NAVIDAD LLEGA Y, COMO VIENE, SE VA; ENERO EMPIEZA COMO UNA ESPECIE DE TORBELLINO.

Mi madre, Tom y Julia se van a Melbourne el primer lunes de mes.

Casi en el mismo momento en el que su taxi desaparece tras la curva, Ethan me tapa los ojos con un pañuelo y me saca de casa.

—¿Qué estás haciendo?

—Tengo algo para ti.

—Sabes que Navidad fue hace unos diez días, ¿verdad?

Se ríe entre dientes.

—Este regalo me ha llevado un poco más organizarlo.

El polen me hace cosquillas en la nariz y noto el sol en la piel. Nos detenemos.

—¿Puedo abrir los ojos ya?

Me agarra los hombros por detrás y me coloca en posición. Siento el calor de su pecho en la espalda mientras desata el pañuelo. El suave material cae y se detiene en mi cuello.

Parpadeo con la vista fija en el prado colindante donde hay dos coches viejos aparcados uno junto al otro. Uno es de un tono azul descolorido; el otro, verde desgastado, y tiene una abolladura en la puerta trasera.

—Nuestros nuevos transportes —dice.

—¿Cómo que «nuestros»? Tú ya tienes coche. Uno muy bonito, por cierto.

—Bueno..., digamos que los dos necesitábamos uno, Fin

Me doy la vuelta para mirarlo; sonrío, nervioso.

—¿Has... vendido tu coche?

—Te dejo elegir. Ahora mismo los dos están a mi nombre, pero podemos cambiarlo cuando quieras.

—¿Has vendido tu Mercedes por mí? ¿En serio?

¿El regalo de graduación de su padre?

Me mira desconcertado, como si no entendiera por qué me sorprende. Pero me sorprende, claro que lo hago. Porque sí, es cierto que yo también vendería lo que fuera por él. Pero de saberlo a experimentarlo..., a sentir que la tripa me burbujea, que me mareo...

Le rodeo el cuello con los brazos y lo aprieto contra mí. Le huele el pelo a río, tiene la nuca caliente, la noto un poco sudorosa contra el brazo. Con la otra mano le agarro la parte trasera de la camiseta y me aferro a él.

Deja salir el aliento sorprendido y su respiración me acaricia la sien; su risa me eriza la piel. Él también me abraza, lleva la mano a la parte baja de mi espalda, su palma me marca allá donde me toca.

Los pájaros cantan en la distancia, el aire hace ondear las sábanas que tendimos hace un rato. Un recordatorio de que Cress y Ford llegarán mañana.

«¿Te disgusta la idea de que vivan con nosotros?», me preguntó Ethan el domingo por la noche cuando estábamos solos.

Parecía decepcionado, pero dispuesto a hacer lo que yo quisiera.

Y lo que yo quiero es hacerlo feliz.

«*Nau mai ratou ki konei*», le contesté. «Son bienvenidos».

Me separo de él de mala gana. Solo tenemos una noche para nosotros solos. Tengo que aprovecharla al máximo.

—Dame la llave de... Venga, del verde.

Ethan se ríe y me la lanza.

—Sube, Eth. Vamos a dar una vuelta.



LLEGAMOS A CASA RIÉNDONOS, SACIADOS TRAS UNOS GRASIENTOS *FISH 'N CHIPS* Y RELAJADOS después de un paseo por la costa. He insistido en conducir con las ventanillas bajadas para empaparnos del olor a sal y ahora mi pelo parece un nido de pájaros. El de Ethan está bien. Además de llevarlo más corto que yo, no se ha quitado la gorra.

Se ríe de cómo lo tengo e intenta tocármelo. Me agacho y me escapo fuera de su alcance, riéndome mientras me persigue por dos tramos de escaleras oscuras. Será mejor que encendamos alguna luz antes de que nos caigamos y nos matemos.

Tanteo la pared en busca del interruptor e Ethan aprovecha esa pérdida de tiempo para atraparme. Se aprieta contra mí, seguimos riéndonos sin parar. La presión de su cuerpo contra mi espalda es cálida, sólida; su risa se pierde en mi pelo enredado y aterrizo, húmeda, en mi cuero cabelludo.

Me agarra las muñecas, me las sujeta contra la pared para que no pueda soltarme y, dado que tiene las manos ocupadas, traza la catástrofe que es mi pelo con la nariz.

De repente, ya no nos reímos. Sus labios me rozan la oreja, su aliento parece crepitar...

Se aparta con brusquedad; me estremezco.

Tengo el interruptor justo al lado, pero no puedo encender la luz.

—Debería... —empieza a decir Ethan; solo veo su silueta, un contorno oscuro señalando su habitación con el pulgar—. ¿Quieres ducharte tú primero?

Quiero que nos duchemos juntos.

—No, da igual. Ve tú.

Se va y yo apoyo mi frente sonrojada contra la pared, dándome un par de golpes y gimoteando.

Después, cuando cada uno está en su habitación, cada uno en su cama, me toco. Caricias lentas y lánguidas, hasta que me empalmo y noto que el líquido preseminal me perla la mano...

Toc, toc.

—¿Fin?

Me subo el bóxer y me pongo de lado.

—Entra.

Ethan lleva unos calzoncillos de raso y una camiseta holgada. Se acerca a mi cama y vacila.

—¿La oscuridad? —le pregunto. Sé que aún la odia.

La luz del salón siempre está encendida cuando él está en casa. Como ahora mismo; puedo verla por las pequeñas rendijas de la puerta.

Ethan niega con la cabeza.

Noto un aleteo en el pecho y una bola de nervios en el estómago, pero me muevo en la cama y aparto las sábanas para que se meta dentro.

Lo hace, acomoda la almohada y se gira hacia mí. Es como viajar en el tiempo. Como si los últimos tres años no hubieran pasado.

Nuestra respiración agitada se oye como un estruendo en la quietud de la habitación. Cambia

de postura, se pone más cómodo, acorta otro centímetro la distancia entre nosotros.

Subo la rodilla y apoyo la espinilla en su cálido muslo.

—¿Podemos... hablar? —pregunta en un susurro.

—¿De qué quieres hablar? —le susurro yo a mi vez.

—De todo. De cualquier cosa. Siento que ya nunca compartimos cosas importantes.

—¿Como qué, Eth?

—Cosas personales. No sé. Supongo que las hablarías con Daniel.

—¿Eso es lo que hacías tú con Abigail?

Se queda callado.

—Lo nuestro era físico, nada más.

Siento el alivio como si una gran ola me diera de lleno y luego se me arremolinara en los dedos de los pies.

—Igual que lo mío con Daniel. Solo sexo.

—¿Y era...? —Se detiene.

Le ayudo a terminar la frase:

—¿Bueno?

Su siguiente exhalación es profunda, como si no quisiera preguntar, pero no pudiera evitar lo mucho que quiere saberlo. Cuando vuelve a hablar, se le quiebra la voz.

—Espero que te tratara con cuidado.

—Él...

«No era en él en quién pensaba; eras tú quien estaba allí conmigo».

Quiero que me mire a los ojos y lea allí la verdad. No lo hace. Tal vez no puede. Tal vez quiere creer que pensaba en él mientras lo hacía. Tal vez no quiere que le quite la esperanza.

No lo haré.

—Me trató con cuidado.

—Cuéntame.

Quiero contárselo, quiero que lo sepa.

—Yo también quiero saber cómo fue para ti.

Traga saliva de forma audible. De hecho, se oye más que su siguiente palabra.

—Vale.

—Cierra los ojos... No, déjalos abiertos. —Respiro hondo, nervioso—. Hemos bajado al río a darnos un baño nocturno. Aún estamos húmedos, ya en la cama, solos, a oscuras. Me he quitado la gema, pero pienso en aquella vez que compartí lo que mi piedra verde significaba para mí.

»Hay música de fondo, su cuerpo desnudo y caliente contra el mío, empujando con suavidad. Pero aún tengo frío. Hasta que... respiro el olor del río, cierro los ojos y... su cara me viene a la mente.

Mis ojos encuentran la mirada oscurecida de Ethan. Se me entrecorta la voz.

—Le pego más a mí, saboreo el río en su hombro, y de pronto me estremezco excitado bajo él. Visualizo su pecho fuerte, sus músculos tonificados, la cicatriz de su cadera. Eso es en lo que se convierte el peso de su cuerpo sobre el mío. Me envuelve como una enorme y cálida manta y me acurruco bajo ella. Sé que esta noche llegaré hasta el final. Quiero darle más. Quiero que nos fundamos, quiero sentir cada centímetro de su piel; a mi alrededor, dentro de mí.

»Entonces siento unas manos exploradoras que me agarran el culo, separan mis nalgas y hacen que el corazón me lata desbocado, como en un redoble de tambores. Me agarro a su espalda, aferrándome a él con los dedos mientras el lubricante se desliza, frío, por mi entrada.

Ethan traga con dificultad.

Estoy entrando en excesivos detalles. Demasiados, quizá. Pero necesito hacerlo así.

Porque tiene que sentirlo mucho. Porque, así, cuando piense en ello, quizá pueda pensar que el recuerdo es suyo, su propia experiencia.

—Se pone un condón y frota su erección contra mí, su respiración entrecortada me roza la mandíbula. Cambia de postura, se agarra la polla y la coloca en mi entrada. Lo noto temblar; puedo sentir cuánto me desea. Lo mucho que me necesita. Es abrumador. Me invade la boca con la lengua; cada centímetro de mi piel palpita, me hormiguea.

Ethan respira de forma agitada. Tiene la polla tan dura como la mía; la siento contra la espinilla. Sus manos se mueven bajo las sábanas; se detienen.

—Empieza a entrar en mí, siento la punta en mi interior; se queda quieto. Hasta que ya no puede más. Ambos gemimos mientras me la mete más profundo; más y más profundo. Me duele. Mi cuerpo se resiste, pero la incomodidad solo dura un momento, porque entonces vuelvo a sentir el aroma a río y encojo los dedos de los pies y abro más las piernas y relajo el esfínter a su alrededor. Me recorre la oreja con la lengua y me gruñe al oído; sus jadeos son calientes, húmedos, me hacen cosquillas. Quiere más, lo noto. Intenta contenerse, pero no puede. Me saca la polla hasta dejar solo la punta en mi interior y vuelve a entrar, más fuerte y más profundo que antes. Entra del todo. No podría estar más lleno.

Busco los dedos temblorosos de Ethan y los dirijo hacia su erección bajo el bóxer de raso. Le estoy pidiendo permiso.

Se queda muy quieto.

—Fin —me advierte entre dientes.

—Es solo un desahogo —le digo con indiferencia.

Como si no fuera para tanto. Es mentira, por supuesto, pero es una mentira que necesitamos. Una justificación a la que aferrarnos para aliviar nuestra desesperación.

Noto la tensión en sus dedos. Lo desea tanto... y, sin embargo, siento un abismo entre nosotros.

—Lo habríamos hecho en nuestras camas. La única diferencia es... que lo estamos haciendo aquí. Cualquiera lo haría si escuchara esta historia.

Me alejo de él, rompiendo nuestra unión; quizá esta excusa le valga.

Mueve la mano bajo las sábanas.

Continúo:

—Cierro los ojos con más fuerza. Lo veo cernirse sobre mí mientras me penetra hasta el fondo. La lujuria es evidente en sus labios entreabiertos, pero tiene los ojos fijos en los míos y, por encima de la creciente excitación, hay ternura. Una sonrisa. Una promesa.

»Me relajo y él lo nota. Quiere hacerme sentir lo mismo que está sintiendo él, lo increíble que puede ser; sus besos se hacen más dulces mientras bombea en mi interior.

»El ardor se desvanece y sus embestidas se hacen adictivas. La erección, que se me había bajado un poco, de nuevo está dura como una piedra. «Quiero cada parte de ti», parece decir su cuerpo. «Lo quiero todo». Dentro y fuera, dentro y fuera; entra y sale de mi culo virgen y apretado, y yo me entrego a él. Y quiero que él se sienta tan bien como yo lo hago. Me abrazo con más fuerza a su espalda y lo insto a seguir.

El sonido de la mano de Ethan al moverse sobre su polla casi hace que yo también me empiece a tocar. Me abstengo. Me apoyo en un codo y me inclino hacia él, sin tocarlo, pero cerca; muy cerca.

—Fóllame como si quisieras quedarte a vivir en mí —le digo al oído.

Ethan entierra la cara en mis sábanas.

—Se convierte en un animal encima de mí. Me embiste el culo sin parar y la sensación es impresionante. Es eléctrico. Estoy en el acantilado más alto que jamás he escalado; y sigo subiendo.

»Dice algo, pero no logro oírlo, aunque me imagino lo que es: que no se quiere ir nunca.

Ethan gime con voz ronca. El movimiento bajo las sábanas se acelera.

—Noto cómo se le pone aún más dura en mi interior y la sangre me baila en las venas. Me agarro a sus fuertes hombros y le arañó la piel. Más rápido, más fuerte. Cierro los ojos para poder ver su cara; sobre mí, mirándome.

»El corazón se me acelera y lo rodeo con las piernas. El placer me recorre entero, de los pies a la cabeza, cada vez más intenso. Llevo un dedo a su culo y tanteo su entrada con torpeza. Desde este ángulo no puedo metérselo demasiado, pero el mensaje es claro: Algún día a mí también me gustaría estar dentro de ti.

Ethan emite una especie de gruñido.

La tengo tan dura que duele.

Sigo hablando con voz áspera:

—Somos un amasijo de extremidades; gemimos, gruñimos. Y yo tiemblo por la inminente liberación. Necesito correrme, pero quiero que se quede dentro de mí. Es una agonía. Es el placer más intenso de mi vida.

»Sus jadeos en mi cuello hacen que me hormiguee la piel; lo noto en el hombro, en el brazo. Yo también respiro con dificultad. No puedo aguantar más. Estoy a punto de estallar en llamas.

»Le suplico que se corra dentro de mí, contraigo los músculos a su alrededor. Se le hincha

aún más, se empieza a mover más deprisa y yo me lamo la mano antes de llevármela a la polla y empezar a masturbarme con prisa.

»Se queda quieto mientras se corre; parece no tener fin y yo me deleito en el aroma a río que saboreo en su clavícula y grito cuando el orgasmo me atraviesa el cuerpo.

Ethan respira de forma entrecortada hasta que todo movimiento bajo las sábanas se detiene y sus inhalaciones y exhalaciones se ralentizan y se convierten en silencio.

—¿Se...? ¿Se ocupó de ti después? ¿Te cuidó?

—Se fue al baño y yo te llamé.

—¿Sí?

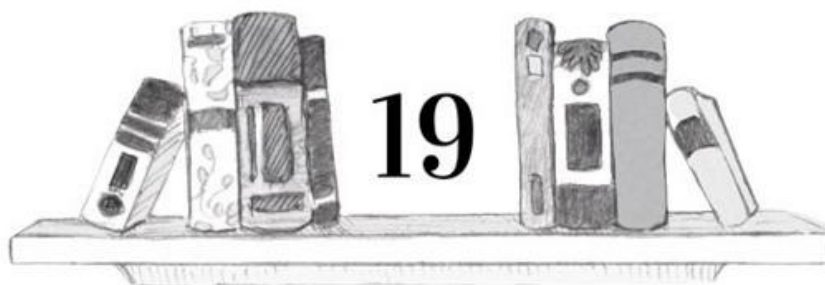
—Cuando descolgaste, dije tu nombre. Solo eso, y tú te reíste por lo bajo y me preguntaste si estaba bien. Y lo estaba.

—Finley...

Me meto bajo las sábanas y le quito el semen de la mano, provocando que contenga la respiración.

Me lo llevo a mi dolorida longitud y, con la polla húmeda y resbaladiza, le pregunto:

—¿Cómo fue para ti?



«Lo que siento por ti no se puede expresar con frases u oraciones; o grita muy fuerte o permanece en el silencio más absoluto, pero te prometo que supera a las palabras. Lo supera todo».

K. Mansfield, carta

Gimoteo cuando me despierta y él se ríe cuando lo alejo de un manotazo y le digo que me deje dormir más. Llevaba años sin dormir así de bien; me gustaría quedarme a vivir en esta sensación de saciedad. Las sábanas están un poco duras en la zona en la que me corrí anoche, pero al notarlas contra el muslo recuerdo el momento y sonrío.

Quizá... Quizá haya alguna posibilidad de que podamos hacerlo de nuevo.

—Levántate, dormilón. Cress y Ford ya han llegado. Están en el comedor esperando a que bajes.

Me incorporo y me froto los ojos, tratando de quitarme el sueño de encima.

—¿Ya están aquí?

—Son más de las diez.

Lo miro; ya está vestido y parece que incluso se ha afeitado.

—¿Cuándo te has levantado?

Su hoyuelo hace aparición.

—He estado nadando; y hasta me ha dado tiempo a hacer bollos de queso.

Eso explicaría las manchas de harina.

—¿Tú? ¿En la cocina? Qué miedo, ¿no?

Se ríe.

—A Cress parece que le gustan.

Me tomo la forma en la que pronuncia su nombre como un desafío; me levanto de la cama a toda prisa y me visto. Tengo el pelo aún peor que anoche; cuando me lo intento peinar, el cepillo se me atasca entre tanto enredo. Ethan se apoya en la pared y por el rabillo del ojo veo cómo me mira de arriba abajo.

Intento pillarlo infraganti, pero él aparta la vista.

Es como un cubo de agua helada, un golpe de realidad. Por la noche se nos permite soñar. Durante el día, todo sigue siendo igual.

Bajamos juntos las escaleras; Ethan lo hace con más ganas, como si estuviera deseoso de volver con nuestros invitados. Le frunzo el ceño a su espalda hasta que entramos al comedor, donde cambio el gesto por una sonrisa.

Sentados a una mesa repleta de bollos, platos con untables varios y café, Cress y Ford parecen más gemelos que nunca frente al sol cegador que atraviesa las ventanas. Tienen el pelo oscuro del mismo tono, los mismos espectaculares ojos verdes y ambos llevan camisetas negras y vaqueros. Ford es más grande y tiene la mandíbula fuerte y cuadrada mientras que Cress tiene rasgos suaves y delicados, pero no hay duda de su parentesco.

Cress se levanta de un salto cuando me ve y viene corriendo hacia mí. Me da un abrazo y me saluda de forma animada antes de susurrarme al oído:

—¿Le has dejado entrar en la cocina?

Le aprieto la espalda con la mano.

—¿Están muy malos?

—El queso sabe raro —me dice en voz baja antes de apartarse, mirar a Ethan y añadir—: Gracias por dejarnos vivir con vosotros, chicos. Va a estar fenomenal.

Ford le da un sorbo a su café y hace un ruidito de asentimiento.

—Bueno, no sé. ¿Qué se hace en un lugar tan pequeño? Hemos cruzado en taxi la ciudad y me ha dado la impresión de que no tenía más que cuatro calles. ¿Dónde están los bares? ¿Y las discotecas? ¿Y las galerías de arte? ¿Y los teatros?

—¡Ford! —le reprende Cress mientras se sienta de nuevo a la mesa—. Esto no es Londres.

Ford sonríe con malicia.

—Tienes razón. Seguro que encuentro algo divertido que hacer. —Sus ojos verdes se clavan en los míos—. ¿Veremos algún día a tus amigos? ¿María y... *comosellame*?

Ethan y yo nos sentamos a la mesa.

—¿Rush? Claro. Podemos verlos esta misma semana si te apetece.

Ford me dedica una sonrisa que es todo dientes.

—Mira, ya me estoy divirtiendo.

La señora Norris se acerca caminando por el alféizar de la ventana y, de un salto, se sube al regazo de Cress.

—¡Ay! —Cress la acaricia, encantada—. Adoro a los gatos.

Ethan sonríe.

—Es raro que salte a las piernas de alguien. Debes de gustarle.

La señora Norris me contempla con suficiencia por encima de la mesa y nos enzarzamos en una lucha de miradas.

Ethan me sirve café y me pone un bollo en el plato.

—Gracias, Eth —le digo con una mueca cuando veo el enorme bollo ante mí.

Si Cress puede comérselo con una sonrisa, yo también.

La señora Norris ronronea como si se riera de mí.

—¿Y vosotros qué vais a hacer todo el verano? —nos pregunta Ford, que de verdad parece desconcertado.

—Vamos a hacer un curso —dice Ethan—. Guion y puesta en escena de una obra de teatro. Yo, además, tengo que trabajar en la empresa de mi padre. Aparte de eso..., pasar el rato en el río, ir a la playa, dar paseos, ir al mercadillo. Ese tipo de cosas.

—Qué pintoresco todo.

«No tienes por qué unirme a ninguno de nuestros planes», quiero decir; pero, en lugar de eso, me meto un poco de bollo en la boca. Al principio no está mal, hasta que el característico sabor a moho me golpea de lleno.

Me dan arcadas y lo escupo en el plato.

—No puedo tragármelo, Ethan; ni siquiera por ti.

Lo veo parpadear mucho y muy rápido, asustado por mi elección de palabras; me arrepiento de ellas al instante.

Cress y Ford no parecen haberse dado cuenta, están ocupados teniendo una conversación silenciosa llena de asentimientos y muecas.

Con rapidez, añado:

—Este verano tienes prohibido entrar en la cocina.

Cress se gira hacia nosotros.

—O quizás —dice dedicándole una sonrisa soñadora a Ethan mientras acaricia a su gata—. ¿Podría enseñarte a cocinar alguna cosa?



—¿QUÉ PIENSAS, FINLEY?

Abro los ojos y contemplo la dorada puesta de sol sobre los perales de Mansfield. Cress y Ford se han ido pronto a la cama, agotados por el desfase horario, y es la primera vez en todo el día que puedo respirar.

—¿Que qué pienso de Cress y Ford?

—¿Son como los recordabas de tu estancia en Londres?

Pues sí, la verdad.

—¿Por? ¿Crees que han cambiado?

Ethan frunce un poco el ceño.

—Supongo que es porque acaban de llegar de un largo viaje. Estoy seguro de que todo irá mejor mañana.

Un furtivo zarcillo de esperanza me serpentea en el pecho.

—¿No has... *congeniado* con Cress como la otra vez?

—Bueno, a ver... Es muy amable por su parte que quiera enseñarme a cocinar.

Quiero prohibirles la entrada en la cocina a ambos. La cocina es mi dominio, mío; si alguien tiene que enseñar a alguien...

—¿Por qué crees que no habéis congeniado?

—No te sabría decir por qué exactamente. Es como si conmigo fuera superdulce, pero luego contigo...

Me encojo de hombros y, a regañadientes, admito:

—Conmigo es normal; correcta.

—No parece natural. Es como si... se hiciera la simpática contigo solo porque yo estoy delante.

Se me escapa una carcajada.

—Es que eso es lo que hace, idiota. Porque le gustas.

Ethan levanta las cejas.

—Le gusto.

—Le gustas, sí, le gustas. Es amable conmigo porque sabe que te importo y quiere quedar bien. —Sonrío, pero me rechinan los dientes—. He sabido que quiere liarse contigo desde que la conocí.

Ethan parpadea. Me parece adorable que no se haya dado cuenta; adorable y frustrante.

—¿En serio?

—Pensé que lo sabías. Es más, pensé que a ti también te gustaba un poco. Si hasta toca el arpa, por Dios. El hecho de que os hayáis estado escribiendo, tu afán por que se quedaran aquí...

Ethan se queda un rato mirando al vacío. Luego me mira a mí con el ceño fruncido, y yo me odio a mí mismo por haberle metido la idea en la cabeza, por plantar la semilla de lo que podría ocurrir.

«¡Eres idiota!», me reprendo.

—¿Quieres que entremos ya? —sugiero, porque quiero que deje de pensar en lo que le acabo de decir—. Podríamos ver una película de miedo juntos.

—No creo que sea buena idea —dice en voz baja. Un poco después, añade—: Acabaré en tu cama otra vez.

De eso se trata.

—¿Sería tan malo?

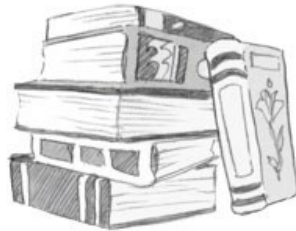
—Sí.

La respuesta, simple y directa, duele. Se me seca la garganta y le exijo en silencio que me mire. No lo hace, no puede.

—Solo fueron unas pajas —susurro.

Me mira con tristeza.

—No, no fueron solo eso.



NO, NO FUERON SOLO ESO.

Lloro en la cama mientras me toco recordando cada palabra que me susurró.

Su novia tenía más experiencia que él, así que le ofreció hacerlo como Ethan quisiera.

Y lo que quiso fue hacerlo a oscuras. Por detrás; sentir una espalda suave contra su pecho.

Él también cerró los ojos.

Se dejó los calcetines puestos, los de las piñas que yo le acababa de regalar por su cumpleaños.

Su imaginación fue la que lo controló todo.

Cuando el orgasmo le atravesó el cuerpo, donde más tiempo lo sintió fue en los dedos de los pies, curvados contra el algodón de sus calcetines nuevos.



CRESS Y FORD LLEVAN AQUÍ UNA SEMANA E ETHAN PASA CADA MINUTO POSIBLE EN SU COMPAÑÍA. Sé por qué lo hace; y lo entiendo. Pero cómo duele.

Suelo sorprenderlo mirándome con ojos melancólicos, pero siempre termina apartando la mirada.

Nos sentamos juntos, entablamos conversación, sonreímos.

Por dentro no paro de gritar.

El fin de semana, nos invitan a una fiesta en la piscina de Rush.

Hemos quedado un par de veces con ellos; la primera vez fuimos al río, donde a María se le cayó «por accidente» la parte de arriba del bikini y Ford se lanzó al agua para recuperarla. La segunda vez, hicimos senderismo por el bosque y María —que llevaba unos pantalones tan cortos que ni se veían—, se clavó una astilla al sentarse en el tronco de un árbol caído. Rush intentó sacársela, pero lo dejó por imposible alegando que tenía los dedos demasiado gordos; y entonces apareció Ford, que se subió a María al regazo y buscó de forma minuciosa por su culo.

Dados los antecedentes, espero cualquier cosa de esta noche.

Sobre todo, si hay alcohol de por medio.

Rush me ofrece un chupito de gelatina y estoy a punto de rechazarlo cuando la risa de Cress me llega desde el otro lado de la piscina.

Ethan la tiene en brazos; amenaza con dejarla caer al agua vestida.

Tomo dos chupitos; seguidos, uno detrás de otro.

Conozco a unas cuantas personas en la fiesta; no de forma íntima, de clase o de verlos por la universidad. Charlo con unos y otros, pero, sobre todo, lo que hago es quedarme hablando con Rush en la barra.

—¿Has visto a María? —me pregunta, inspeccionando la terraza.

No, no la he visto.

Y tampoco a Ford. Pero no sé cómo decírselo a Rush.

—Ah, ahí está.

Rush me da el Long Island que acaba de preparar y se dirige a María, que viene hacia él bastante despeinada.

Ford aparece justo detrás.

Me estremezco y desvío la mirada.

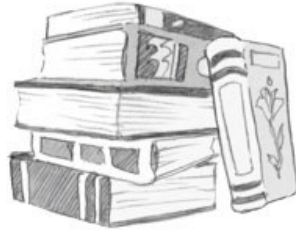
Cress se ha quedado en bikini y prueba el agua con la punta del pie. Ethan, que ya está en la piscina, con el pelo mojado goteándole sobre sus anchos hombros, la mira y le hace señas para que se tire.

Me bebo el Long Island en dos tragos.

El vaso vacío golpea la barra como si de una epifanía se tratara y me quito la ropa hasta quedarme en bañador.

Tres son multitud.

Me tiro a la piscina.



MÁS TARDE, CUANDO YA ME HE VESTIDO DE NUEVO, ENCUENTRO A ETHAN Y A CRESS EN EL SOFÁ de dentro. Cress se está poniendo una toalla alrededor de la cabeza.

No hay mucho espacio entre ellos, pero sí el suficiente para hacerme un hueco y sentarme en medio. Ignoro el ligero ceño fruncido de Ethan y paso los brazos por detrás de los dos.

—¿De qué estamos hablando?

Nunca fui así con Abigail. Con ella me comportaba de forma más inteligente.

La evitaba. Y, tal y como hacía yo con Daniel, Ethan rara vez la traía a Mansfield. Abigail existía en un plano teórico. Nunca tuve que presenciar su existencia en el plano real.

A Cress sí tengo que verla.

Es tremendamente guapa, tan lista como él, ingeniosa. Toca el arpa, adora a Ethan; Tom aprobaría su relación, podría tener hijos...

Vale. Creo que no he bebido lo suficiente.

—Hablamos de la carrera de Ethan —dice Cress, mirándolo sonriente por encima de mi cabeza—. Creo que mis asignaturas de Económicas fueron un poco más completas.

Suena a provocación, lo sé por el tono que usa; y la risa asombrada de Ethan logra que se me revuelva la tripa.

Le revuelvo el pelo a Ethan de broma, con cariño, hasta que termina poniendo los ojos en blanco.

—Menos mal que va a ser educador infantil.

Estoy orgulloso de él, y se me nota en la voz. Seguro que también en la forma en que lo miro. Sus ojos plateados se posan en los míos, sonrientes, y quizá algo preocupados...

—¡Profe de guardería! —dice Cress muerta de la risa. Tras unos segundos, deja de carcajearse y pregunta—: ¿No era una broma?

Me tenso.

—No, profesor de Educación Infantil. ¿Y por qué iba a ser una broma? —pregunto.

Se repone con rapidez y esboza una sonrisa.

—Nunca lo habías mencionado, Ethan... No me habría reído de haberlo sabido —dice y, cuando Ford la llama, se levanta de un salto, como si estuviera contenta por el indulto que se le acaba de conceder—. Esperad un momento.

En cuanto se aleja lo suficiente como para poder hablar sin que nos oiga, Ethan se gira hacia mí y me mira con detenimiento. Lleva una mano a mi frente y extiende la palma.

—Fin, estás muy caliente. Aún no arrastras las palabras, pero... creo que estás borracho.
No puedo negarlo. Pero lo intento.

—No, estoy bien.

—No te creo. Conozco todas y cada una de tus expresiones. Es la primera vez que te veo así.

—Bueno, puede que haya bebido un poquito. Es una fiesta.

—¿Cuánto es «un poquito»?

Me encojo de hombros.

—¿Qué haces, Fin? —susurra, echándome el pelo hacia atrás con los dedos antes de darse cuenta de lo que está haciendo y soltarme como si se hubiera quemado.

Trago saliva, nos quedamos mirando el uno al otro.

Rush nos interrumpe y nos sugiere dar un paseo a la luz de la luna.

Coge tres linternas, las reparte y nos guía por la finca. Majestuosos senderos delimitados por álamos, grandes prados y bosques; y todo bajo el cielo estrellado.

—Trescientas hectáreas sin incluir el lago —presume Rush.

—Algún día quiero tener algo así —murmura Cress.

Dirijo mi linterna a la nuca de Ethan; no le veo la cara, pero me lo imagino frunciendo el ceño.

—¿A alguien le apetece un trago? —pregunta María a la vez que levanta una botella de *bourbon* por encima de la cabeza.

Ford se la quita y bebe directamente de la botella. Tras hacerlo, como parece que no quiere cargar con ella, se gira y me la pone a mí contra el pecho.

—Te vendría bien beber algo, amigo.

La cojo y sigo andando detrás de ellos, pendiente de lo que dicen.

—¿Así que quieres ser profesor? —Cress sigue sonando sorprendida.

—Eso es.

—Pero has hecho un grado en Comercio. Creía que trabajabas a tiempo parcial para tu padre.

—Tengo el grado y trabajo para mi padre. Pero no es lo que quiero hacer con mi vida.

—Vale, pero ¿por qué no... profesor de instituto o de universidad? Algo más...

—¿Más qué?

—Es que, no sé, ¿no te aburrirás? ¿Sin la estimulación intelectual necesaria?

—Seguro que no me aburre tanto como pasarme el día trabajando con números y hojas de cálculo.

Ella se ríe.

—Ahí tienes razón. Solo que... me parece que estás sobrecualificado.

—¿Cómo se puede estar sobrecualificado para ayudar a niños pequeños a tener el mejor comienzo que puedan tener en la vida?

—Ah, vale, ¿así que quieres trabajar en el desarrollo y mejora del sistema de Educación Infantil?

—No. Quiero ayudarlos a aprender a usar cucharas, cuchillos y tenedores, a recortar estrellas de papel amarillas y a fingir que son princesas que vuelan en dragones y buscan tesoros en el patio. Quiero ayudarlos a aprender el abecedario y los números básicos, a colorear y a hacer casitas con cartones de huevos.

Cress engancha un brazo alrededor del suyo.

—Eres muy dulce. Pero todo eso podrás hacerlo cuando tengas tus propios hijos, ¿sabes? Deberías pensar en otras formas de ayudar. Algo que se pague mejor.

—A Ethan no le importa el dinero —murmuro.

Cress me mira por encima del hombro.

—Eso es porque lo tiene. Se alegrará de tener un título en Comercio cuando empiecen a lloverle todas las responsabilidades financieras de una familia.

—Suenas como su padre.

Ethan frunce el ceño más aún de lo que ya lo tenía.

—Entiendo que la vida es cara y que formar una familia requiere un cuidadoso presupuesto y organización, pero no sé por qué se da por sentado que tengo que ser yo el que traiga el dinero a casa; o por qué se presupone que quiero vivir a todo tren. Quizá quiera ser ese padre que se queda en casa y se ocupa de todo mientras mi pareja es quién más aporta económicamente. O podríamos hacerlo todo a medias.

—¿Quieres ser un mantenido? —pregunta ella ladeando la cabeza. Parece intrigada por la idea.

Ethan se inclina hacia ella.

—Lo que quiero es ser profesor de Educación Infantil.

La risa de Cress es dulce e Ethan sonríe. Es oficial: la detesto.

Un agudo y quejumbroso gemido nos llega desde delante; Rush se ha dado un golpe en el pie con una roca y está dando saltitos y siseando de dolor. María lo lleva a un banco cercano y le da un beso en la mejilla antes de decirle:

—Quédate un poco en reposo, te pondrás bien.

Todo me da vueltas, pero dejo el *bourbon* al lado de Rush y le examino el pie. No está roto, pero puede que necesite poco de esparadrapo.

—Vale, Ford y yo vamos a por él. No tardaremos nada.

Rush hace una mueca.

—En el armario del baño. Lo encontraréis enseguida, es rosa brillante.

María sale disparada y Ford lo hace tras ella; el susurro de sus pasos alejándose se mezcla con un silbido fuerte y melancólico.

—¿Qué es ese sonido? —le pregunta Cress a Rush.

—Solía aterrorizarme cuando era pequeño. Pero no es más que el viento. —Señala hacia un hueco entre los álamos que bordean el sendero; en la distancia, una colina llena de árboles se mece y tiembla por el aire—. Lo llamamos «el bosque de los lamentos».

—Suenan fantástico —dice Cress antes de agarrarle la mano a Ethan—. Quiero echar un vistazo. ¿Vienes conmigo?

Parece que Ethan no está tan colado por ella como para olvidar su miedo a la oscuridad.

—¿Crees que..., hum, es buena idea?

—Será divertido —dice ella, tirando de él.

Me pongo en pie de un salto.

—Yo iré contigo.

Cress no parece muy entusiasmada, pero no me importa en absoluto, porque la sonrisa aliviada que me dedica Ethan me cubre de pies a cabeza y me calienta más que la brillante luz del sol.

—¿Me vais a dejar aquí solo? —pregunta Rush con expresión triste pero resignada. Como si estuviera acostumbrado a que lo dejaran atrás.

Cojo la linterna con más fuerza. Aprieto más mi agarre. Luego se la tiendo a Ethan.

—Estaréis bien juntos. Yo me quedo aquí con Rush.

Ethan coge la linterna, rodea mi mano con la suya durante unos segundos y me dice:

—Es muy amable por tu parte.

Cuando ya solo estamos Rush y yo, le doy un golpecito en el hombro con el mío y le digo:

—¿Te has dado cuenta..., no sé..., de que María siempre está con Ford?

Rush deja caer los hombros.

—Creo que está tratando de ponerme celoso.

—¿Celoso?

—Hace unos meses me preguntó por nuestra relación; hacia dónde iba lo nuestro. Creo que sé lo que está tratando de conseguir con lo de Ford.

¿Mostrarle que se están distanciando? ¿Que es hora de dejarlo?

Rush suspira.

Levanto la botella.

—¿*Bourbon*? —le ofrezco.

Ambos bebemos y nos vamos pasando la botella.

No puedo apartar los ojos del bosque de los lamentos.

—Dios, están tardando mucho.

Rush deja de observar el camino que lleva a su casa, me mira y da un buen trago.

—Eso es porque estamos esperando, y quien espera no sabe juzgar bien el tiempo. Diez segundos parecen un minuto.

Cuento hasta diez. Es cierto, parece una vida.

Rush se ríe y me pone la botella contra el pecho.

—Esto hace que nos sea más leve.

Tiene razón.

Cuando Ford y María vuelven, nos encuentran cantando a pleno pulmón, riéndonos entre

estrofa y estrofa. Yo estoy de pie en el banco, con los brazos extendidos, y Rush se me abraza a una pierna como si fuera un peluche.

—*Pōkarekare ana...*

—Dios mío —dice María, sacudiendo la cabeza y, con ella, todo ese pelo rojo suyo—. Nunca pensé que vería el día.

—¿El día que qué? —le pregunto. Me río.

María se saca el móvil.

—Algún día me lo agradecerás. Continúa.

Doy otro trago y vuelvo a extender los brazos, haciendo que el líquido que queda en la botella se agite. Echo la cabeza hacia atrás y canto con todas mis fuerzas; empiezo de nuevo: la primera estrofa otra vez, el estribillo, la segunda.

—*Tuhituhi taku reta...*

«Te he escrito una carta», quiere decir. Es una canción de amor, una que le habla a mi alma.

Me encanta y, en especial, la parte en la que dice que el amor nunca se secará con el sol. «*Mākūkū tonu i aku roimata e*»; que siempre estará mojado por las lágrimas.

Ethan y Cress vuelven durante el último estribillo. Cress rodea a su gemelo con un brazo e Ethan pasa junto a María, tratando de sujetarme cuando me balanceo tanto que parece que me voy a caer

Me agarra de las caderas y dice... algo.

—¿Qué?

Los álamos frente a mí parecen cuadruplicarse. Parpadeo.

—¿Te has traído el bosque de los lamentos contigo?

Alzo la vista hacia las estrellas y me río.

De repente, el mundo empieza a girar, hasta que el rostro de Ethan aparece frente a mí. Esos ojos tan llenos de sentimientos. El hoyuelo en la barbilla.

—Te tengo, Fin.

—Siempre lo has hecho. —Echo la cabeza hacia atrás y sigo cantando—: *Pōkarekare ana*.

A lo lejos, como por un túnel, escucho a Ethan decir: «Necesito llevar a Fin a casa».



CUANDO VOLVEMOS A LA FIESTA CON EL RESTO DE INVITADOS, YA ME ENCUENTRO MEJOR. INTENTO convencer a Ethan de que estoy bien, pero no lo consigo. Me hace comer un poco de pan y beberme una botella de agua. Luego me dice que nos vamos a casa.

—Nosotros también nos vamos —dice Cress—. Así te ahorramos el tener que recogernos por la mañana. ¿Verdad, Ford?

Ford aparta la mirada de la orgía de gente semidesnuda que tiene lugar en la piscina.

—Creía que había muchas habitaciones y que nos íbamos a quedar a dormir aquí.

—Ford.

—Claro, claro, por supuesto.

Hacemos el trayecto a casa con las ventanillas bajadas, y cuando entro en mi habitación un rato después, ya estoy recuperado del todo. Se lo hago saber a Ethan.

—Ya estoy bien.

A ver, todavía estoy un poco achispado, pero no necesito un cubo para vomitar, tal y como me ofrece.

Pero a lo de la ducha no puedo negarme, es buena idea.

Entro en el cuarto de baño y me quito la ropa con la puerta abierta. Desnudo, me acerco al lavabo y me lavo los dientes. Luego me meto bajo el chorro de agua caliente durante quince largos minutos, hasta que Ethan llama a la puerta.

—¿Todo bien, Fin?

Cierro el grifo y salgo.

Ethan se acerca a mí despacio y me tiende una toalla.

—¿Dónde está Cress? —le pregunto. Espero que mi tono de voz no sea tan amargo como me suena en la cabeza.

—Se ha ido a la cama. Ford también.

—Siento haberte estropeado la noche.

Me dirijo a mi habitación, con el vello de la nuca erizado porque sé que Ethan me sigue. Quiero que lo haga.

Apago la luz, dejo caer la toalla al suelo y me meto bajo las sábanas.

Ethan recoge la toalla y la coloca en la silla de mi escritorio, oigo el ruido que hace el algodón húmedo contra el respaldo.

—Buenas noches, Fin.

No, no; necesito que se quede.

—¿No deberías vigilarme? Por si me ahogo en mi propio vómito y eso.

—Creí que no estabas tan borracho.

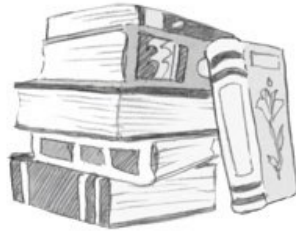
Y no lo estoy.

—Pero ¿no deberías quedarte para estar seguro?

Cuando habla, se le quiebra la voz.

—Luego me paso a ver cómo sigues.

Miro hacia el techo, hacia la oscuridad, y las lágrimas me inundan los ojos. Cuento todas las veces que oigo crujir su colchón y sé que no para de dar vueltas.



UNAS HORAS MÁS TARDE, ENTRA EN MI HABITACIÓN Y SE CUELA ENTRE MIS SÁBANAS.

Me pongo de lado y él esconde la cabeza en mi hombro; suspira.

—¿Te encuentras bien, Fin?

—Ahora mucho mejor.

Me rodea con los brazos y me aprieta con fuerza contra él. La tela de su bóxer satinado se desliza contra mi polla y tengo que morderme el labio para contener la ola de excitación que me cubre. Trato de ignorarla.

Estoy feliz de que esté aquí. Es lo único que importa. Yo también lo agarro con fuerza, pego la frente a la suya, mi piedra verde queda aprisionada entre nuestros hombros mientras le susurro en te reo que me gusta estar así.

Él también me contesta en maorí: «A mí también me gusta», dice.

Sus palabras suenan como si viniera un «pero» después y quiero volver a oírlas sin esa condición tácita cerniéndose sobre ellas.

Tiro de él, lo acerco más a mí, deslizo una pierna entre sus muslos y flexiono los dedos de los pies contra los suyos, cubiertos por el suave algodón de los calcetines.

—¿Te quedas a pasar la noche conmigo?

Me roza el pómulo con los labios. Su exhalación me acaricia un lado de la nariz y se queda atrapada entre mis labios.

—¿Me cuentas un cuento? Se te da tan bien...

—¿Qué clase de historia quieres?

—Algo que nos haga dormir.

—¿Uno aburrido, quieres decir? ¿Eso es lo que se me da bien, darte sueño?

Su risa silenciosa sacude la cama y los centímetros que nos separan desaparecen por un instante. Noto el raso, el algodón, el vello de sus piernas contra mi piel desnuda.

Se me pone aún más dura y mi polla le golpea el muslo, desvergonzada. Esta vez es imposible de ignorar.

—Hay otra cosa que nos podría ayudar a dormir —susurro, con el corazón golpeándome con fuerza la caja torácica.

—Fin —me advierte de nuevo, como la última vez.

Pero él también quiere esto. Está en mi cama. La tiene tan dura como yo. Nuestros cuerpos también ansían esta intimidad. No es solo algo emocional, también es físico.

Ethan sigue moviéndose; noto su cuerpo vibrar contra mí. Su piel arde contra la mía.

«¿De verdad sería tan horrible que exploráramos lo que tenemos?».

—¿Solo una vez? —susurro, y le acaricio la mandíbula con la nariz mientras empujo mi gruesa longitud contra su cadera.

Ethan se tensa.

Yo aprieto los dientes. Me escuecen los ojos, pero no puedo contenerme. Necesito... Anhele...

Vuelvo a arremeter contra él, con suavidad, arqueando la parte superior de mi cuerpo contra el suyo.

Y, aunque la mera idea me entristece, me repugna incluso, también creo que es la única llave que podría ser capaz de abrir a Ethan en esos momentos. Así que, con todo mi dolor, le susurro al oído:

—Dame esta noche, solo esta; ya te enamorarás de Cress mañana.

—Oh, Dios, Fin...

—Por favor. Te necesito.

Giro mis caderas contra él, siento lo dura que le tiene.

Jadea. Me clava los dedos en el brazo.

—Solo así. Solo esta vez —le digo. Se me escapan las lágrimas, brotan de mí sin ningún tipo de control. Tiemblo—. ¿Por favor?

Tira de mí y me pone encima de él. Es todo calor y músculos y no para de decirme entre susurros que está ahí, que me tiene.

Es como si mi cuerpo intentara escribir en su piel todo lo que he estado callándome. Cada movimiento brusco es otra palabra; otra frase que sale de mí. Qué bien sienta sacarlo todo...

Ethan también llora. Sus sollozos me acarician la mejilla, el cuello. Me abraza con más fuerza, abre las piernas y deja que me frote con él.

No quiero parar.

Quiero que esto dure para siempre, solo él y yo y este momento en el que por fin nos tocamos.

Mi polla se cuela por la bragueta de su bóxer de raso y, al sentir el calor palpitante de su erección contra la mía, me aferro con fuerza a sus bíceps y encojo los dedos de los pies contra la suave sábana bajo nosotros.

A él también se le entrecorta la respiración y se arquea contra mí buscando más fricción. Me siento tan bien entre sus brazos, tan arropado, tan tranquilo, tan seguro, tan... nosotros.

¿Por qué no podemos tener esto siempre?

¿Por qué tiene que importarnos lo que piense el resto del mundo?

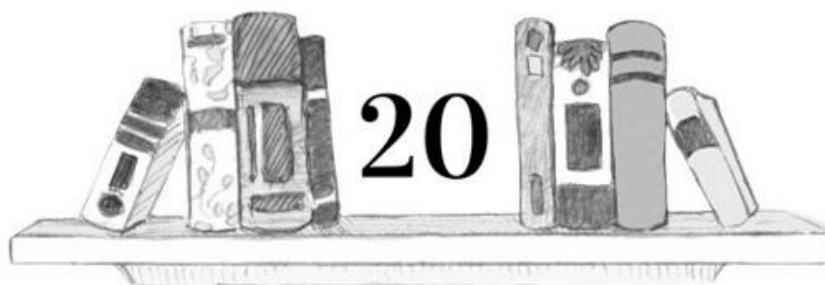
Se me escapan las lágrimas, cierro de golpe los ojos y aprieto la mandíbula. Mi cuerpo garabatea con ferocidad sobre el suyo. Gimo, gruño; le susurro al oído que ojalá pudiera follármelo.

Ethan me sostiene con una fuerza increíble mientras nos frotamos y mecemos juntos. Me rodea la cintura con las piernas, me golpea el culo con los talones, espoleándome, llora cuando se corre. Y se corre, y se corre...

Mi polla resbala contra su liberación y le ruego que me deje quedarme así para siempre, con él; cuando me contesta ejerciendo más presión con las piernas, me corro en respuesta, y él me enreda los dedos en el pelo.

Me desplomo contra él.

No me suelta.



«¿No te gustaría probar todo tipo de vidas? Una sola es muy poco tiempo, y por eso escribir es tan satisfactorio: uno puede hacerse pasar por tanta gente...».

K. Mansfield, carta

Tenemos que hablar de ello, por supuesto que tenemos que hacerlo. Pero es que la mañana arroja demasiada luz sobre lo ocurrido la noche anterior.

Lo primero que hacemos es desenlazar nuestras piernas, levantarnos, darnos una ducha — primero uno, luego el otro— y vestirnos. Y yo beber mucha agua, necesito librarme del tremendo dolor de cabeza que tengo.

No vuelvo a beber.

Hoy Ethan no ha salido disparado hacia el río; lo encuentro en su dormitorio, sentado en el borde de su impoluta cama, con la cabeza inclinada hacia abajo y el teléfono en la oreja. Por la ventana abierta se cuela una cálida brisa veraniega y, aun así, yo me estremezco de frío.

No levanta la vista, no me mira.

Me siento a su lado y cierra los ojos.

—Sí, claro —dice al teléfono—. Está aquí mismo, te lo paso.

«¿Quién es?», articulo.

«Julia», masculla él.

Se me cae el alma a los pies y cojo el teléfono con dedos temblorosos.

—¡Hola! —intento sonar tan alegre como suena su vocecita.

—¡Te echo de menos! —dice ella—. Te quiero con todo mi corazón. —Se oye la voz de mi madre de fondo, preguntándole si ya ha acabado y ella contesta con un ruidito de asentimiento y canturrea—: Tengo ganas de ver a mis hermanos. *Los quiero* muchísimo.

La llamada se corta. Debe de haber colgado.

—Supongo que... esto pone las cosas en perspectiva, ¿no?

Sé que así es, pero aún tengo la loca esperanza de que Ethan me contradiga.

—Quizá deberíamos... ya sabes. Como la última vez; cuando supimos que Maata estaba embarazada.

—¿Buscar una pareja para distraernos?

—Intentar seguir con nuestras vidas.

Me duele todo. Aunque lo entiendo. Aunque estoy de acuerdo. Creo que lo estoy, al menos.

Cuando hablo, la voz me sale estrangulada.

—¿Eso significa que no harás el curso de verano conmigo?

—¡¿Qué?! Por supuesto que lo haré. Dios, Finley. No puedo tenerte de *esa* forma, pero no soportaría no tenerte de todas las demás. —Me mira a los ojos con intensidad. Su mano roza la mía, que descansa en el espacio que nos separa—. Tienes que saber lo mucho que...

—¡Yuju! —Cress llama a la puerta y entra con una falda vaporosa, sobresaltándose al verme allí—. ¡Sois tan monos! Estáis todo el día juntos. Ojalá Ford pasara menos tiempo ligando por ahí y un poco más conmigo.

Como no decimos nada, frunce el ceño y se apoya en el marco de la puerta.

—Quería pedirlos un favor —dice—. Los autobuses que van al centro no parecen seguir ningún horario regular. ¿Podríais llevarnos a alguna empresa de alquiler de coches para que Ford y yo podamos movernos con algo de independencia?

—Yo puedo llevaros —me ofrezco.

Quiero que Ethan vea lo maduro que soy. Esto es duro para ambos; quiero ponérselo lo más fácil posible.

Cress sonríe, pero la decepción se le nota en el gesto. Supongo que esperaba que fuera Ethan quien se lo ofreciera.

Ethan se aclara la garganta.

—No tenéis por qué alquilar un coche. Podéis usar el mío mientras estéis aquí.

—¿En serio? —Cress sonríe—. Eso sería increíble. Pero ¿y tú?

Mi mirada se cruza con la de Ethan; parece tan triste... Pero sonríe a Cress, no le llega a los ojos, pero lo intenta.

—Quizás me una a vosotros.



QUEDAN DOS DÍAS PARA EL COMIENZO DEL CURSO DE VERANO E ETHAN PASA LA MAYOR PARTE del tiempo en la parte trasera de su coche mientras Cress y Ford van de un lado a otro.

Yo también podría ir con ellos. Pero es demasiado pronto.

Necesito reorientarme, volver a ubicarme. Volver a ser el Finley que fui durante tres años. Ahora es más difícil, porque ahora sé qué se siente al estar entre sus brazos. Pero lo lograré. Claro que sí.

Me paso el día grabando ideas para la obra de teatro que tendremos que representar en grupo. Estoy deseando empezar.

Crear historias me hace sentir bien. Me ayuda a evadirme. Puedo convertirme en un personaje, preocuparme por sus problemas. Encontrar soluciones que no siempre son posibles en la vida real. Termino de dictar, hago lo que puedo para editar el texto.

La señora Norris se sube a mi escritorio y decide que el pequeño rastro de sol sobre mi obra recién impresa es el mejor lugar de toda la casa para tumbarse. Se queda mirándome, sacando las uñas y tratando de coger mi bolígrafo cada vez que intento añadir notas en el guion.

Al final, me rindo; me reclino en la silla y sacudo la cabeza.

—Eres de lo que no hay.

La gata levanta la pata y se lame el trasero con minuciosa dedicación.

Abro el portátil sobre las rodillas y compruebo varias ofertas de trabajo. Tendré que hacer algo después del verano. No puedo quedarme para siempre en Mansfield.

Se me revuelve el estómago y noto las náuseas treparme por la garganta. El cambio está cerca, casi puedo tocarlo. Y duele, me deja la piel en carne viva.

Mi portátil me avisa de que he recibido un correo.

Las mariposas que descansan en mi interior alzan el vuelo. ¿Bennet? ¿Mi primer novio? Hace años que no sé nada de él.

Querido Finley:

Quizá esto te parezca muy salido de la nada, pero quería escribirte, saludarte; saber cómo has estado, qué has hecho estos años. Cómo te va ahora.

Cuando te fuiste de Cubworthy, te eché muchísimo de menos. Mis padres no estaban entusiasmados con que fuera gay y, cuando terminé el instituto y me fui, me dijeron que no querían que volviera. Ha sido una tortura no poder ver a mi hermano. Es tan pequeño... No entiende por qué no voy nunca a visitarlo. Mi madre me deja que lo llame por su cumpleaños, pero eso es todo; una llamada supercorta en la que me resulta difícil no romper a llorar. Los dos primeros años no paraba de decir que me echaba de menos. Este año no lo ha hecho. Creo que me está olvidando, y la mera idea me rompe el corazón. Aunque creo que yo también se lo he roto a él.

Espero que nunca tengas que pasar por algo así.

Mierda. He empezado más intenso de lo que esperaba, pero es la verdad, así que no lo borraré. En otro orden de cosas, me mudé a Wellington e hice la carrera en Vic. He terminado el grado, pero voy a hacer un año adicional para sacarme la licenciatura con honores. También estoy trabajando, montando mi propia empresa de edición. He corregido y editado los trabajos de

todos mis compañeros de clase y, no sé, creo que es vocacional. Pero, ya puestos, prefiero trabajar en proyectos de ficción y no en ensayos.

¿Cómo te ha ido la vida? ¿Dónde estás? ¿Qué estás haciendo?

Me encantaría que nos pusiéramos al día. Me tomaré unas semanas de vacaciones en verano; quiero viajar, así que ya me dirás si estás interesado en retomar el contacto.

Te deseo lo mejor,

Bennet

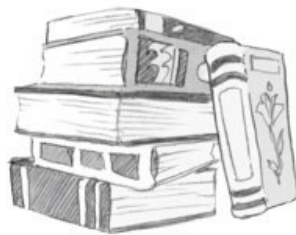
Lo releo.

Dos veces.

«Espero que nunca tengas que pasar por algo así».

Es como si el mundo se hubiera puesto de acuerdo para advertirme de que no me puedo volver a dejar llevar con Ethan.

Me cuesta todo un día encontrar la energía necesaria para contestarle.



LLEVO A ETHAN AL CAMPUS. ME CUENTA LO QUE HA ESTADO HACIENDO CON CRESS Y FORD; YO sonrío, me río y le doy un pequeño puñetazo en el brazo cuando hace un pésimo juego de palabras.

—¿Qué van a hacer hoy? —le pregunto, feliz de tener este rato solo para nosotros.

—No lo sé. Salieron temprano.

Le cuento algunas de mis ideas para la obra y, como quien no quiere la cosa, le dejo caer lo de Bennet.

—¿Lo verás cuando venga? —me pregunta mirándome con intensidad.

Yo mantengo la vista en la carretera e ignoro las cosquillas que su mirada me provoca.

—Estaba pensando que él también podría quedarse en Mansfield unos días.

—Hum. ¿Está soltero?

—No se lo he preguntado.

—Hum —vuelve a decir en voz baja.

—¿Crees que no debería quedarse con nosotros?

Ethan hace una pausa.

—Sí, sí, claro que puede. Debería quedarse. También es tu casa.

—Por ahora.

—Siempre será nuestra casa, Fin. Nuestro hogar. Incluso cuando nos mudemos. Seguirá habiendo cumpleaños, aniversarios, vacaciones de Pascua y Navidad. Julia nos querrá allí cada fin de semana. Estoy casi seguro de que me quedaré en la ciudad, en algún sitio cerca.

—¿En serio? —Lo miro—. ¿Has estado pensando en ello?

—¿Tú no?

Me callo. Pero, a los pocos segundos, respondo:

—Sí, yo también quiero estar cerca.

Aparcamos detrás de una vieja capilla, corremos por las calles y atravesamos el patio a toda prisa para llegar a tiempo al departamento de teatro.

Irrumpimos en el auditorio justo cuando suenan las campanas del reloj de la torre.

Es un espacio acogedor, con un escenario de madera e hileras de butacas rojas. Habrá unos veinte estudiantes ya sentados, charlando de forma relajada mientras la profesora organiza sus papeles.

Bajo el pasillo con paso alegre, impaciente; Ethan se ríe detrás de mí.

Dos cabezas de pelo oscuro se giran en la tercera fila y nos miran. Me paro en seco cuando los ojos verdes de ambos se clavan en mí.

Cress y Ford se ponen en pie de un salto, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Nos apuntamos en cuanto nos lo contasteis. Lo hemos mantenido en secreto. ¡Sorpresa!



CUANDO LLEGAMOS A CASA, CORRO A MI HABITACIÓN; ME ES IMPOSIBLE FINGIR UNA SOLA sonrisa más. A duras penas me contengo de dar un portazo.

«Está bien, está bien, no pasa nada», me digo. «¿Nos han puesto a los cuatro juntos? Vale, pues hacemos la obra y ya está».

Camino de un lado a otro de mi cuarto, aprieto mucho los dientes. La pena me embarga. ¿Mi tiempo a solas con Ethan? Perdido, desaparecido.

«Quizá sea mejor así», susurra una voz en mi interior.

Llaman a la puerta de mi cuarto; me hierve la sangre. Será Ethan, que viene a decirme cuánto

lo siente; a asegurarme que no tenía ni idea.

—Adelante.

Cress entra en mi habitación con su sonrisa de hiena, toda esperanzada; Ford entra justo detrás de ella, mirando algo en su teléfono. Ethan no está con ellos.

Me detengo, vuelvo a caminar; voy hasta la ventana y me apoyo en el alféizar.

—Ethan nos ha dicho que eres escritor. Que tienes ideas para el guion.

Me cruzo de brazos.

—Sí, se me ha ocurrido alguna cosa. Pero no estoy seguro de que haya algo aprovechable.

Ford se guarda el móvil y me dedica una sonrisa deslumbrante.

—Yo también soy escritor. Echaré un vistazo a lo que tienes.

Le dedico una leve sonrisa.

—Claro. Debajo de la señora Norris.

Por primera vez, la señora Norris parece estar de mi lado. Se niega a quitarse de encima de mis notas e incluso bufa y le saca las uñas a Ford.

Él le devuelve el bufido.

La gata se queda tan descolocada que, cuando Ford agarra mi trabajo y tira, ella se baja del escritorio.

Cress suelta una risita y se sienta a los pies de mi cama.

Como si estuviera en su casa, Ford planta el culo en mi escritorio y pone los pies en mi silla. Lee algunas páginas del diálogo que he escrito y hace un ruidito.

¿Qué se supone que significa eso?

—A ver, está bien.

—¿Está bien?

Hace un gesto con la mano.

—O sea, la forma de escribir está bien. Pero ¿queremos hacer una obra de teatro de fantasía?

Cress asiente con la cabeza.

—Un poco ambicioso para una obra de veinte minutos.

—¿Qué tipo de personajes os gustaría interpretar? —les pregunto.

—Creo que podría hacer cualquier tipo de personaje que escribas. Soy fan de los clásicos; Shakespeare, Beckett. Pero creo que una historia contemporánea también se me daría bien. Comedia o drama.

—¡Me encantaría hacer una comedia! —Cress aplaude, encantada—. Ya sé, ya sé, ¡una comedia romántica!

—Mira, eso da igual —dice Ford—. Escribas lo que escribas, haré que cobre vida, aunque creo que un drama sería más fácil de llevar a cabo.

—Hum, puede que tengas razón —asiente Cress.

—Si queremos hacerlo bien, necesitaremos ensayar al menos tres veces por semana. Si pudieras esbozar un guion para antes del fin de semana, Finley, sería estupendo.

Se baja de mi mesa, me guiña un ojo y sale a grandes zancadas de la habitación.

Cress sonríe a modo de disculpa.

—Es un poco mand n, pero porque es muy perfeccionista. Conseguiremos que te pongan notaza, ya verás.

Tras decirlo, sale de la habitación y yo me quedo mirando el guion que Ford ha dejado caer sobre la silla, pero que ha terminado cayéndose al suelo. Me hierven las entrañas, puedo quemarlo todo con solo respirar.

Cojo la grabadora con furia y empiezo a dictar.

Me paso la noche en vela creando otra historia.

Pero no es buena, no me convence.

La borro y empiezo otra. Y otra.

Al final imprimo una, pero la frustración hace que la atraviese con un bolígrafo rojo. Me duermo sobre páginas que parecen sangrar.

Cuando me despierto, Ethan est  agachado a mi lado y me acaricia la espalda formando suaves círculos.

Me incorporo, desorientado, con un trozo de papel pegado a la mejilla. Me lo quito. La luz del sol hace que brille; casi translúcido donde mis lágrimas lo han empapado.

— Ad nde fuiste ayer? —le pregunto a bocajarro.

—Lo siento. Estaba frustrado. Me qued  con un amigo.

— Frustrado por... nosotros?

—Porque Cress y Ford nos quitaron la oportunidad de hacer este curso juntos, solos los dos. Quería saltarles a la yugular y sabía que no me iba a poder contener, así que preferí irme. S  que su intención era buena, pretendían darnos una agradable sorpresa. Por eso he decidido superarlo y disfrutar todo lo que pueda de la experiencia.

—Yo también estaba cabreado —susurro.

—A mí se me pas  un poco cuando me di cuenta de que era un trabajo en grupo, que s  o sí nos iba a tocar hacerlo con otras personas; que, al menos de esta forma, nos tocaba con gente que nos ca a bien. El hecho de que vivamos con ellos también facilitará las cosas desde el punto de vista logístico.

Hago una mueca.

— Por qué siempre tienes que ser tan razonable?

—No creo que lo sea.

—Ya es bastante d f cil no... tocarte. Lo  nico que quería era hacer esto contigo.

Ethan se levanta.

—Ven conmigo.

Lo sigo en silencio por las escaleras que llevan al torreón y salgo a la azotea. Todo Mansfield se abre ante nosotros; y es precioso. Está tan bonito bañado por el rocío de la mañana, como si un millón de cristales hubiera caído del cielo y hubiera cubierto el césped, las hojas, los

tejados...

—Me encanta estar aquí arriba.

Ethan me mira como si quisiera estrecharme entre sus brazos; en su lugar, se agarra a la húmeda barandilla.

—Este sitio es nuestro. Solo tuyo y mío; nadie más puede subir aquí.

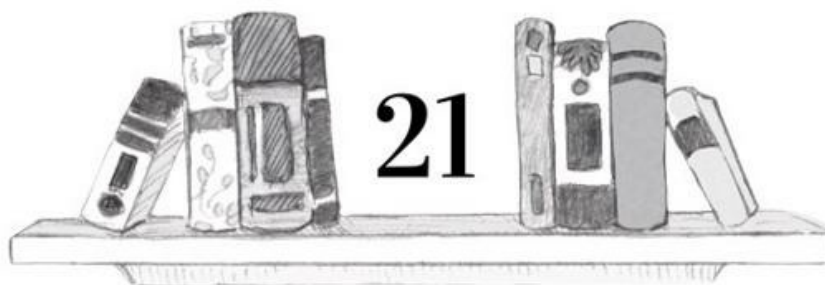
Me agarro a la parte superior del parapeto, muy cerca de él. La electricidad chisporrotea entre nuestros brazos, que no llegan a tocarse.

—¿Puedo montar una tienda de campaña y mudarme aquí arriba?

Se ríe entre dientes, su respiración empaña el aire.

—Todas las mañanas antes del desayuno. Diez minutos. Tú, yo y todo esto.





«Que tu nueva regla en la vida sea no arrepentirte de nada y nunca mirar atrás. El arrepentimiento es un tremendo desperdicio de energía; no se puede construir nada sobre él; solo nos sirve para hundirnos más».

K. Mansfield, carta

Tres días después, termino un borrador. Dejo a la señora Norris aplanando las páginas sobre mi escritorio y bajo las escaleras de dos en dos hasta la cocina.

Cress está enseñando a Ethan a hacer tortitas. Llevan delantales a juego, con peras doradas estampadas en ellos; Ethan está sentado en un taburete mirándola, parece más cómodo ahí que participando en la preparación en sí.

Las ventanas están abiertas de par en par, lo que ayuda a mitigar el ligero olor a quemado que flota en el aire.

Retrocedo y atravieso el vestíbulo de mármol hasta el salón; voy mirando hacia atrás, como si en algún momento esperara ver una escena diferente.

Tropiezo con algo y me caigo al suelo de culo.

Ese algo es Ford, que está haciendo abdominales en la alfombra. Se ríe como si el hecho de que alguien se le caiga encima fuera lo más gracioso que le ha pasado en toda la semana. Entrecierra sus ojos verdes, se sienta y se pasa una mano por el pelo empapado en sudor.

—No me esperaba... esto —le digo mientras me arrodillo y me froto el culo magullado.

Se lleva una mano a la camiseta mojada.

—María y Rush han dicho que se pasarían por aquí —es la única explicación que me da.

¿Y qué significa eso? ¿Que esperaba que aparecieran y se lo encontraran trabajando en la tableta de chocolate que es su abdomen? ¿Que ella vería su cuerpo, se olvidaría de su novio y se le sentaría sobre la polla?

—Tío —le digo—. Tiene novio.

—A él no le importa —me contesta con ojos brillantes.

Yo pongo los míos en blanco.

—Tú eres muy amigo suyo, ¿no?

Dudo. ¿Somos *muy* amigos? Me da la sensación de que María me soporta, sin más. Siempre hemos ido a la misma clase, no teníamos a nadie más, digamos, así que creo que me adoptó como una especie de... mascota mona. Ahora que somos mayores..., la verdad es que la he visto más desde que llegó Ford que en todo el año pasado.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—Solo te lo pregunto por hablar de algo; eres... difícil. Charlar contigo es complicado.

—¿Soy difícil?

—Estás tenso, como uno de esos muñecos dentro de una caja que salta cuando le quitas la tapa. —Ladea la cabeza y me mira—. Estoy deseando que salgas de ahí; verte liberado.

—No tengo nada que liberar —le digo con rotundidad.

Se ríe.

—Vaya, eso suena a reto, Finley.

Ignoro su comentario.

—He terminado un guion... —empiezo a decir.

—Tortitas, tortitas —canturrea Cress que aparece con una fuente en la mano.

Ethan va detrás de ella con una bandeja de cremas para untar y nata montada.

—Vamos, Fin —me dice—. Atrévete y prueba una.

Me siento a la mesa y me pongo a comer. Ford dice que está haciendo ayuno intermitente y no se une a nosotros, pero se pone de pie detrás de mí, se apoya en el respaldo de mi silla y se me acerca en exceso, intoxicándose con su olor almizclado, y me susurra:

—¿Dónde está el guion que yo lo vea?

Me alejo de él y, con la boca llena de esponjosa tortita, le digo:

—En mi escritorio.

Regresa veinte minutos después con unas hojas enrolladas que sujeta por encima de la cabeza como si de un premio se tratara.

—Esto es lo más fascinante y sórdido que he leído nunca. Me encanta.

Me sonrojo. Aunque... ¿cómo que sórdido?

—Solo son tres papeles, pero creo que puede funcionar. Que Finley dirija la obra, que es suya, y el resto actuamos.

¿Tres papeles?

—A mí me encantaría interpretar al padre. Es un personaje tozudo y cabezota, y creo que el más difícil de encarnar. Lo disfrutaré.

¿El padre?

¿Se refiere al dueño de la tienda?

—Ethan y tú seréis la hermana y el hermano —le dice a Cress guiñándole un ojo.

Noto como se me acelera el corazón, me zumba en los oídos. Ford desenrolla las hojas, hojas viejas, antiguas, y lee por encima.

—Grey y Alex.

Me quedo sin aire, me entran náuseas.

Niego con la cabeza mucho y muy rápido.

—Ese no es el guion.

—Ah, ¿no? Estaba en el primer cajón de tu escritorio.

—No, ese no es. Es una tontería que escribí hace años.

Miro a Ethan, cuyos ojos preocupados siguen cada uno de mis movimientos.

Hay pánico en mi voz e Ethan lo nota. Se levanta.

—¿Voy a por el bueno?

—¡No, no! —dice Ford dando un golpe contra la mesa con mi obra como si fuera un mazo—. Este es perfecto. Lo tiene todo. Drama, desamor, incesto. Es la declaración de amor de un personaje a otro.

Me muero. No puedo mirar a Ethan, pero supongo que ha palidecido.

Un silencio incómodo y abrumador se extiende entre nosotros hasta que Cress lo rompe.

—Bueno, pues pásamelo. —Se inclina sobre la mesa y coge las hojas—. No me importa hacer de hermana incestuosa siempre y cuando no tenga que hacerlo con mi hermano de verdad.

Cress se estremece y Ford se ríe a carcajadas.

—Es algo que da mucho juego tanto en teatro como en relatos eróticos —dice Ford—. Pero qué desgracia como te ocurra en la vida real.

—Ya te digo.

—Son *hermanastros* —digo a la defensiva.

No les digo, sin embargo, que se supone que Alex es un chico. No quiero que se imaginen cosas. Repaso mentalmente el guion, analizando cada detalle por si hubiera algo que pudiera delatarnos. Creo haber cambiado las cosas lo suficiente, eso espero. Pero lo cierto es que, si arañas un poco la superficie, resulta obvio.

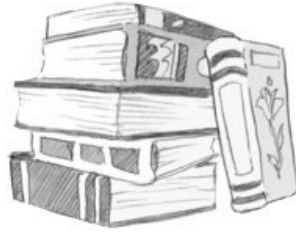
—Eso no lo dice el guion —dice Ford mientras flexiona las manos como si ya estuviera tratando de meterse en el personaje—. Y crecieron juntos, así que es más o menos lo mismo. De todos modos, es brillante, Fin. Deberíamos empezar a ensayar.

Suena el timbre; yo sigo en silencio, hiperventilando, con la mirada fija en mi historia aún apresada en las garras de Cress, mientras María y Rush entran en medio de una espesa nube de perfume.

Me siento expuesto, como si cualquier frase del guion pudiera delatarme. La forma en la que se han reído, asqueados, ya me parece demasiado difícil de enfrentar en esos momentos.

No puedo quedarme ahí. No, no puedo.

Hago ruido al levantarme, la silla chirría al arrastrarse por el suelo. Les doy la espalda a todos y subo las escaleras corriendo.



LA SEÑORA NORRIS.

Si no fuera tan malvada... Seguro que ocultó el guion nuevo a propósito. Ford no habría rebuscado en mis cajones si no hubiera sido por ella.

—No pienso volverte a hacer mimos —le digo.

Sus minilabios se levantan en una pequeña sonrisa.

Ethan entra corriendo en mi habitación y yo señalo a la señora Norris con el dedo.

—Llévatela. No quiero volver a verla.

Mira a su gata, que está tumbada tan contenta sobre mi obra, y se acerca a mí; su boca denota diversión, pero tiene los ojos llenos de preocupación.

Quiere abrazarme, aunque no lo va a hacer; y eso lo empeora todo todavía más. Llevo una mano a su pecho y lo empujo. Lo hago de nuevo, y él se deja.

«¡Abrazame! ¡No te pido más!».

—Fin. Fin, háblame.

Me dejo caer sobre el alféizar y él se sienta a mi lado. Habla tan bajo que casi no lo oigo.

—¿Escribiste una historia sobre nosotros?

Trago saliva. El sol nos calienta la espalda. Ambos nos agarramos al borde del alféizar bajo nosotros.

—Estuviste fuera un año. Te echaba de menos.

Asiente, como si le pareciera comprensible. ¿Cómo puede estar tan tranquilo cuando es a él a quien le asusta tanto tocarme?

Porque en su mente, esa parte de nosotros ha terminado. No se regodea en ello como yo. Él ha decidido cumplir su intención de pasar página y seguir adelante.

—No se me ocurrió que pudiera encontrarlo, Eth. Lo siento.

—¿Por qué lo sientes?

Me esfuerzo por alzar la vista y mirarlo, su confusión es evidente en su rostro.

—No es cien por cien autobiográfico —le aseguro.

Se encoge de hombros y se ríe entre dientes.

—Cambiaste los nombres. Ford habría dicho algo si hubiera sabido que estaba basado en nosotros. Ya verás, seguro que no pasa nada.

Sacudo la cabeza. No lo entiende.

—Es una... fantasía.

—Vale.

Sigue sin entenderlo.

—Ahí está todo aquello que quería decirte y no podía. —Noto como me sonrojo—. Todo lo que soñé que tú podrías haberme dicho.

Ethan traga saliva.

—Ah.

—Eso mismo, «ah». Es como si me hubieran pillado haciéndome una paja.

—¿No quieres que yo lo lea?

—¡Y menos que interpretes el papel!

Asiente con la cabeza.

Dios, ¿cuándo confiará lo bastante en sí mismo como para volver a abrazarme?

«Si llega a ese punto es que no siente nada de eso por ti».

Me quedo helado al darme cuenta de que así es.

—Los convenceré para hacer otra obra —dice.

No quiero que confíe en sí mismo lo suficiente como para poder controlarse en mi presencia. Nunca.

Ethan se levanta y yo lo detengo agarrándole el codo. Lo suelto enseguida.

—No creo que puedas.

—Claro que puedo. Y lo haré.

—No, quiero decir que..., si lo haces, sabrán que pasa algo. Adivinarán la verdad.

Ethan lo asimila durante unos instantes y se sienta de nuevo en el alféizar.

—Mierda ¿Y si...? ¿Y si...?

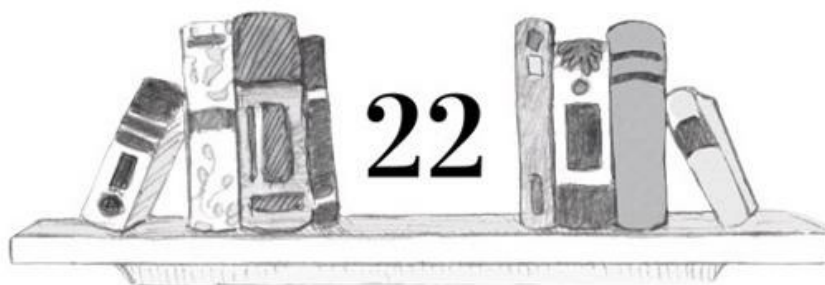
No hay «y si» que valga y ambos lo sabemos.

Apoyo la cabeza en el cristal y me río.

—Vas a leerlo. Vas a interpretarlo.

—Fin...

—Y voy a ver cómo lo haces y fingir que no son mis sueños, las fantasías que espero que un día se hagan realidad.



«La mente de quien me enamore tiene que seguir teniendo sus lugares salvajes».

K. Mansfield, diario

Las semanas siguientes son un infierno.

Parece como si ensayaran la obra todo el día, de sol a sol, sin pausa; y en mi cara, como si el mundo se riera de mis anhelos y deseos más secretos.

Aunque no todo es terrible. Ethan interpreta su papel con tanto sentimiento que estoy convencido de que lo hace por mí. De modo que cada una de sus frases, esas que no pueden decirse en nuestra realidad, son ciertas en esta versión de la misma.

Es una sensación agridulce.

Y no aguanto a Cress.

Esta tarde hemos bajado al río que se encuentra en la parte de atrás de Mansfield; hemos venido todos, incluidos María y Rush; también se han acercado nuestros vecinos Elinor y Zach, pero ellos se han quedado en las rocas al otro lado de la orilla, parece que les da vergüenza unirse a nosotros.

Ethan nada hacia ellos todo el rato, los salpica e intenta que se acerquen, pero es en vano. Ya no son los niños pequeños a los que solíamos cuidar. Han crecido y son tímidos.

Me pregunto cuánto hemos crecido Ethan y yo en el tiempo en el que ellos se han hecho mayores. No físicamente, en ese sentido no hemos cambiado demasiado, sino en el aspecto emocional. ¿Seguimos siendo aquellos adolescentes que vivían con miedo a no cumplir con las expectativas de los demás? ¿O somos más valientes ahora?

Se me revuelve el estómago y no me gusta el sabor de la respuesta; ni la rapidez con la que yo mismo me respondo.

María se lanza al agua desde una roca y sale a la superficie con un gritito y una carcajada. Se le ha caído la parte de arriba del bikini. Otra vez. Mira a Ford, que pasa nadando a su lado, pero él la ignora y continúa a lo suyo.

—¿Rush? —lo requiere en tono exigente tras medio minuto de ser ignorada.

Rush, que está de pie en la parte que no cubre, se zambulle en el agua y sale con la prenda

perdida.

Yo estoy en la orilla, donde todavía hay hierba, justo antes de que el verde se convierta en piedras y más piedras bañadas por el agua y el sol; estoy en bañador, tumbado de lado sobre una manta de pícnic de cuadros azul marino y blancos.

La sombra que arrojan los árboles parece dibujar el patrón de sus ramas; se está bien, hace calor, pero la brisa me hace cosquillas sobre la piel desnuda.

A mi lado, Cress se da crema solar en las piernas y en los brazos; huele a coco, el aroma de la mayoría de mis recuerdos de verano. Aunque Ethan ya no me la extenderá por la espalda con un masaje como solía hacer.

Ethan...

Veo como sale del río, mojado y esplendido; todo él brilla, cada músculo ondulante...

Cierro los ojos.

Cress lo llama.

—Si no te das más protector solar, te quemarás. Sécate y te daré crema en la espalda.

No rechino los dientes ni los aprieto con fuerza. Qué va, en absoluto...

Siento que llega a nuestro lado, porque noto el movimiento de la manta y varias gotas de agua aterrizan en mi pantorrilla. Pequeñas gemas que me acarician la pierna.

—Todavía no te has metido.

Creo que me está hablando a mí y se me dibuja una sonrisa en los labios, pero es Cress quien responde.

—En cuanto alguien me dé crema en la espalda, me meto. Es una indirecta, Ethan.

Lo escucho tragar saliva.

—Sí, claro.

Odio el sonido resbaladizo del protector solar sobre la piel. Odio el olor.

Cress suspira de placer.

—Qué gusto.

Me dan ganas de ponerme tapones en los oídos, pero en lugar de eso aprieto los puños.

—¿Finley? —me llama ella.

Abro los ojos de mala gana y la miro. Ethan, detrás de ella, sigue extendiéndole la crema con sus grandes manos. Sus pulgares se mueven en círculos por su espalda; es minucioso. Me mira.

—Hum, ¿sí?

—¿Te has fijado en el chico con el pelo azul que va a nuestra clase de teatro?

—El pelo azul llama la atención.

—Pues estoy bastante segura de que cuando te ve, te come con los ojos.

Ethan deja de mover las manos.

Cress continúa:

—Yo creo que le gustas.

—Pues claro que le gusta.

Me incorporo sobre los codos.

—¿Tú también te has dado cuenta?

—No. Pero... —Se aclara la garganta y, cuando vuelve a hablar, se dirige a Cress—: Supongo que estarás de acuerdo conmigo en que quien vea a Finley y no piense que es impresionante es que no tiene gusto alguno, ¿no crees?

Sus palabras son lo más cerca que voy a estar de su tacto, así que me empapo de cada una de ellas.

Cress se pone de rodillas, le brillan los ojos.

—Tú también eres guapo —le dice. Luego coge la gorra de Ethan, se la pone y le aprieta el duro bíceps—. Eres un pedazo de hombre. Y me encanta.

—Y tú eres... una mujer.

Es tan torpe... Es adorable; a pesar de que mil cuchillos se me clavan en la piel cortando y arrancando la pequeña satisfacción que he sentido minutos antes.

Cress suelta una risita y se vuelve hacia mí.

—Si quieres, puedo averiguar cómo se llama e invitarle a tomar un café con nosotros.

Fuerzo una sonrisa.

—Gracias, pero creo que soy bastante capaz de invitar a salir a un chico sin ayuda.

—Claro, por supuesto. Lo siento, es que estoy tan acostumbrada a interceder con Ford... ¿Lo viste mirándote?

Asiento.

—¿No es tu tipo?

—No.

—¿Por qué? —pregunta, pero se sonroja, como lamentándose por ser tan curiosa.

Me compadezco de ella y suavizo la voz.

—Llámalo instinto. —Me cuesta no mirar a Ethan, no dejar de sonreír, no dejar de mirarla—. No me dice nada.

Cress alza las cejas, preguntándome sin decir nada.

Me paso la mano por la pierna, por donde las gotas de agua de Ethan se han secado.

—Es una especie de reconocimiento instantáneo. Algo en la otra persona que me llama, que llama a esa parte salvaje que hay en mí. Es algo que sientes casi desde el primer momento en que la conoces.

Miro a Ethan con disimulo y me sorprendo al ver que me está mirando.

—Creo que me gustará leer las historias que escribes —murmura Cress, e Ethan y yo apartamos la mirada—. ¿Has pensado alguna vez en escribir romances gays?

«Si supieras que la obra que estamos haciendo es gay...».

Me aclaro la garganta.

—Deberías hablar más con Ford —continúa—. Gana bastante como escritor de ficción erótica.

Nos quedamos atónitos, en silencio absoluto durante unos segundos.

—¿Ford?!

Cress se ríe.

—No son novelas románticas como tal. Escribe las fantasías secretas de la gente: erótica gay, heterosexual, con extraterrestres... Cualquiera cosa.

Ethan y yo la miramos boquiabiertos.

—¿Qué? Todos tenemos fantasías. —Su mirada busca la de Ethan—. ¿No es así?

—Sí —digo yo con el estómago revuelto por los celos mientras me pongo en pie—. Yo soy muy fan de lo prohibido.

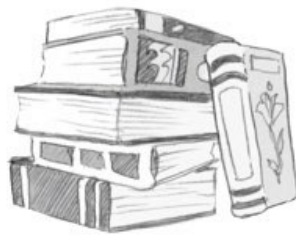
Ethan mueve la cabeza en mi dirección y se baja más la gorra, cubriéndose los ojos.

—Escribe bajo el nombre de O. Cox —dice Cress a mi espalda mientras camino sobre las rocas, que me queman las plantas de los pies.

Luego lo voy a comprobar. Lo sé. Tengo demasiada curiosidad para no hacerlo.

Lo que no me despierta ninguna curiosidad es el tonto de Ethan y Cress. Y nada más meterme en el río, cuando el agua apenas me cubre los tobillos, me giro para mirarlos una última vez.

Cress le está susurrando algo al oído.



MÁS TARDE, CERCA DE LA MEDIANOCHE, ETHAN Y YO ESTAMOS SENTADOS BAJO UN CIELO LLENO de estrellas, nuestras espaldas contra la pared del torreón, cada uno a un lado de la puerta, con las piernas estiradas y los teléfonos en las manos.

—Vaya —dice Ethan—. Es verdad que Ford escribe esas cosas.

Yo también lo busco.

—Vaya.

Ethan se recoloca contra la pared, mueve el pie de forma nerviosa.

—¿Qué? —le pregunto.

—Que, hum, no sé..., ¿deberíamos...?

—¿Comprar alguno? ¿No te lo has bajado ya?

Se ríe.

Nos quedamos callados mientras descargamos un recopilatorio de relatos cortos de Ford y echamos un vistazo al índice. Hay más de sesenta títulos.

—El sexto es M/M.

—¿Mmm?

—M/M quiere decir *male-male*; una historia chico-chico.

—Mmm.

Pongo los ojos en blanco y me río entre dientes. Él también se ríe.

—Venga —digo con una sonrisilla—. Lo voy a empezar.

Pajeando a mi hermanastro en su cuarto de la residencia

«Sumido en una neblina de alcohol, me meto en la cama de mi hermanastro. Estoy demasiado borracho para llegar a mi piso, y a Casey no le importa. Farfulla algo —está igual de borracho que yo— y me dice que al menos me quite los putos vaqueros.

—Voy en plan comando.

—Y qué, tío. Yo también.

Me asomo bajo las sábanas. Está desnudo, su cuerpo es pequeño y delgado, comparado conmigo. Lo he visto desnudo un millón de veces, pero el alcohol hace que esta parezca la primera vez; un escalofrío me recorre el cuerpo. Me quito la ropa y me meto dentro. Pega su cálido cuerpo al mío al instante y nos acurrucamos. Es de los que abrazan, siempre lo ha sido y, cuando lo hace, yo le devuelvo el abrazo. La presión de mi cuerpo contra su suave piel es una sensación nueva. Muy agradable.

—Duérmete, Casey.

—Toy bien —dice, riéndose y plantando sus dulces labios contra los míos.

Me quedo helado y él se vuelve a reír.

—Pero si quieres follarme, puedes. Que conste. Antes de que entraras estaba jugando, ya sabes. Estoy lubricado.

—¿Cómo de borracho estás, Casey? —susurro, temblando.

Noto como su polla se endurece contra mi muslo.

—Un poco. Lo justo para atreverme a decírtelo. —Cambia de postura y su susurro me hace cosquillas en el oído. También hace que mi erección crezca—. Quiero que me folles desde que nuestros padres se casaron.

—¿Desde que tenía quince años?

—Y yo aún menos.

—Casey..., no está bien.

Me mordisqueea la mandíbula.

—Bueno, yo solo digo que ahora soy mayor de edad; que, si pasa, pasa. Nadie tiene que saber que fuiste tú quien me quitó la virginidad.

—¿Todavía eres virgen? —susurro.

—Mi apretado agujerito quiere que seas tú quien lo invada.».

Dejo de leer; tengo las mejillas sonrojadas y la polla semierecta. Miro a Ethan. Está inclinado sobre el teléfono, sigue leyendo, sus ojos vuelan por la pantalla y parece respirar con cierta dificultad. Se pasa la lengua por el labio.

Mi mirada se dirige a su entrepierna, al *bulto* en su entrepierna. Se recoloca la polla de forma inconsciente y me mira de soslayo.

Tengo que seguir para saber con exactitud lo que está leyendo:

«—Shsss, Casey.

Se pega más a mí y el movimiento me hace sisear.

—Se te está poniendo dura —susurra.

Sí, es cierto; pero estoy borracho. Y él es mi hermanastro. Y puede que tenga dieciocho años, pero parece tan diminuto en mis brazos.

—No quiero... romperte.

Él también me responde en un susurro:

—Pues yo espero que lo hagas.

Luego se da la vuelta, me coge un brazo, se rodea la cintura con él y me da las buenas noches.

Tardo un rato en dormirme, pero, al final, el sopor del alcohol hace su efecto y me quedo dormido. Y descanso bien. Calentito y tranquilo.

Cuando me despierto, tengo una erección enorme y algo muy suave contra ella.

Abrazo a Casey, envolviéndolo con mi cuerpo.

Él se retuerce un poco y mi polla se desliza entre sus nalgas. Pego mi enorme cuerpo al suyo. Me duele la polla y Casey no para de moverse, de frotar su culo contra ella.

Un escalofrío me recorre de pies a cabeza.

Su gemido sexi me llena los oídos y me froto más fuerte contra él; me deslizo sobre su entrada resbaladiza.

Aprieto más con cada pasada, con suavidad, pero cada vez con más vigor. Tentándolo.

Casey se quiere empalar, tiene prisa, pero el gusto es tal que quiero seguir así unos minutos más, estirándolo un poco y retirándome de nuevo, una y otra vez, cada vez un poco más.

Gime y susurra un «por favor» entre jadeos.

Le doy un pequeño mordisco en la curva del hombro y embisto contra él, la dura cabeza de mi polla contra su suave entrada.

Echa una mano hacia atrás y me agarra el culo con ella, con fuerza, y esta vez empujo más fuerte. Su entrada se estira a mi alrededor, lo suficiente para que la punta de mi polla entre. Me encanta sentir ese apretado anillo de músculos contra el glande; dentro y fuera, dentro y fuera. Jadeo.

Casey me suplica, quiere más, le agarro la erección y a la vez me introduzco un poco más en su calor suave y apretado.

Se le entrecorta la respiración.

—¿Sigues queriendo que lo hagamos?

—Sí.

Lo pongo boca abajo y me coloco detrás de él. Separo sus nalgas y admiro ese pequeño agujerito rosado. Me palpita la polla. Necesito entrar en ese delicioso culo virgen. Lo agarro por las caderas, me coloco en el ángulo perfecto y los dos gritamos cuando su cuerpo me aprieta en su calor y me da cabida en su interior. Dios, cada contracción alrededor de mi erección es tan increíble...

Le sujeto las caderas para que no se mueva y me introduzco poco a poco en él, la fricción contra mi polla es una locura; cómo resbala, qué dentro estoy de mi querido hermanastro. Y, ay, Dios, la sensación de mis huevos golpeando contra los suyos...

—Qué bien —gime Casey mientras se retuerce pidiendo más—. Demuéstrame cuánto me quieres.».

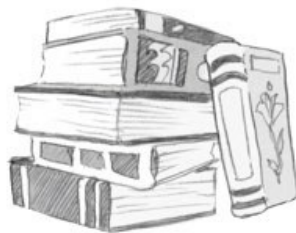
Hay más, pero no puedo leerlo. Tengo a Ethan en mi visión periférica y ese simple hecho hace que mi cabeza transforme la escena; los rostros del relato, los cuerpos...

Me mira y nuestras miradas se pierden la una en la otra.

Como si una granada hubiera caído en el espacio que nos separa, nos alejamos de un salto y bajamos corriendo a nuestros cuartos.

Me quito los pantalones al segundo de cerrar la puerta y me envuelvo la polla en la mano. En la distancia, oigo los muelles del colchón de Ethan.

Sé que ambos estamos imaginando la historia que acabamos de leer, y sé que, en nuestras versiones, no estamos borrachos.



A LA MAÑANA SIGUIENTE, CUANDO SUBIMOS A LA AZOTEA, APENAS PODEMOS MIRARNOS.

Ethan es el primero en hablar.

—No volvamos a leer algo así.

—Me parece bien.

—No porque Ford no tenga talento, está claro que...

—Sabe cómo escribir una escena sexi, sí.

—¿Crees que todas sus historias son tan... eróticas?

—Supongo que sí, que por eso está ganando tanto dinero con ellas.

—Hum. Ya.

—¿Ethan?

—Dime.

Mi voz es un murmullo ronco.

—Estás deseando leer otra de esas historias.

Su rubor lo dice todo. Tartamudea.

—No es *leerla* lo que quiero.

Oh.

Me sonrojo. Doy un paso hacia él.

Se mete las manos en los bolsillos para dejar claro que existe un abismo insalvable entre querer hacer algo y hacerlo. La decepción que me llena era de esperar, pero no por ello menos amarga.

—Será mejor que baje a desayunar —murmura—. Cress quiere ensayar y solo tengo media hora.

—¿Tienes que cuidar a los Dashwood?

—Sí, su madre no se encuentra bien. He pensado en llevarlos de excursión.

—Vale. Coge mi coche. —Hago una pausa—. Esta noche haremos un ensayo grabado, ¿cómo lo llevas?

—Mi parte es... muy difícil de olvidar.

Trago saliva con dificultad.

—A Cress y a ti os sale bien; al menos lo que yo os he visto interpretar.

—Siempre sales de la habitación cerca del final.

Antes de una escena en concreto; sí.

Mi voz suena rota.

—Estoy seguro de que eso también os sale bien.

—El final es lo más difícil. No sé si lo hemos pillado.

Nos miramos con intensidad. Se pasa una mano por el pelo, se ríe con tirantez y niega con la cabeza.

—¿Qué?

Sus ojos se posan en mí, su mirada me acaricia, pero los aparta con rapidez.

—Es como si estuviera ardiendo por dentro y no se me permitiera gritar.

Me quedo callado unos instantes.

—¿Por qué no gritamos?

Ethan tiembla y yo pienso en la razón por la que no lo hacemos, por qué no decimos ni una palabra. Nuestra hermana pequeña; con la piel oscura como la mía y los ojos brillantes y plateados como los de Ethan. Su amor por nosotros, sus dos hermanos mayores. Sus bracitos alrededor de nuestros cuellos, su dulce voz cantarina, su alegría; sus «os *quieros* muchísimo».

¿Me arriesgaría a perderla por él?

Sí.

Desecho el pensamiento de inmediato, aterrorizado. Avergonzado.

¿Lo haría Ethan?

No, nunca.

—Tal vez... —dice, pero se detiene.

—Tal vez, ¿qué?

Noto como la respiración se me queda contenida en el pecho.

—Tal vez necesitamos algún tipo de cierre.

Se me revuelve el estómago y me cae en picado hacia los pies.

—¿Un cierre?

Frunzo el ceño.

Se lleva una mano a la nuca.

—¿Y si...? Quiero decir... ¿Podríamos practicar esa escena juntos? ¿Tú y yo solos?

—¿Quieres practicar la declaración conmigo?

Sus ojos se encuentran con los míos.

—Me gustaría tener un momento en el que poder fingir que es real.

—¿Y que luego baje el telón y no volvamos a pensar en ello?

—Bueno. Lo que no volveremos a hacer será mencionarlo.

—Un cierre —repito, tragando saliva.

—Sí.

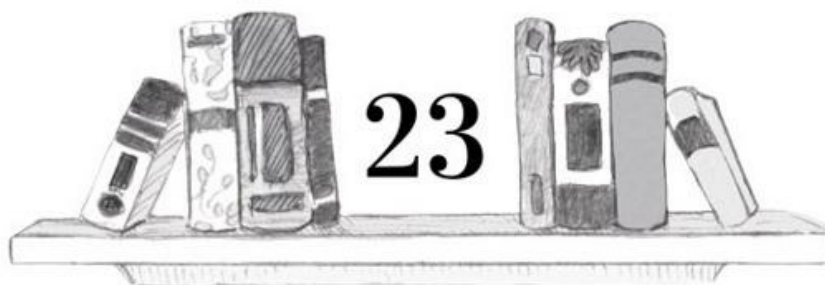
—¿Podré besarte por última vez?

Su voz es como un pequeño guijarro lanzado al río; silencioso, pero sus ondas se expanden más y más.

—Sí —responde.

Giro sobre mis talones con brusquedad y me dirijo a la puerta.

—Ven a buscarme cuando vuelvas a casa.



«El mundo entero será nuestro gracias a nuestro amor».

K. Mansfield, carta

No puedo concentrarme, es imposible. Salgo a correr, me ducho, intento escribir, también leer, pero termino dejándolo; me pierdo la mitad de la narración del audiolibro que estoy escuchando, como algo, limpio, cambio las sábanas, evito a Cress.

Por la tarde, se escuchan golpes y estruendos en la planta de abajo y decido seguir los ruidos, que me llevan hasta el despacho de Tom.

—¿Qué narices está pasando?

Ford levanta la vista; ha movido el escritorio de Tom y lo ha retirado a un extremo de la habitación.

—Hola, Finley. ¿Me echas una mano?

Sorprendido, entro.

—¿Qué estás haciendo?

—Preparando esto para el ensayo que vamos a grabar, ¿qué si no?

—Creí que lo haríamos en el salón.

—No tiene la estructura adecuada. Esta estancia es perfecta. Mírala; las puertas dobles que dan a la sala de billar, la arcada que la enmarca y la hace parecer un escenario...

—Hum, pero... —Señalo los muebles que han sido arrinconados para despejar el centro y hacer espacio.

Me hace un gesto con la mano restándole importancia.

—En cuanto acabemos lo volveremos a poner todo en su sitio. Ahora, ¿me puedes ayudar? Mira, levanta el otro extremo de este mueble.

Lo ayudo a moverlo y, una vez que hemos terminado, Ford se queda mirando las puertas abiertas y el resto de cosas que ha ido apartando, y asiente, satisfecho. Luego se apoya en la estantería y me mira con la sonrisa más amplia que le he visto nunca.

—¿Qué?

Su sonrisa se hace aún más enorme.

—¿Lo pasaste bien anoche?

Me quedo petrificado tal y como estoy: agachado y con un cojín que se ha caído del sofá en las manos.

—¿A qué te refieres?

—Ah, pues no sé. A que supongo que habrás dormido... relajadito, ¿no?

Trago saliva y, cuando hablo, bajo la voz.

—¿Cómo lo sabes?

Se ríe y camina hacia mí.

—Por Cress. Me dijo que ayer dejó caer mi seudónimo y, ¡voilà!, anoche tuve dos ventas.

—¿Podría haber sido cualquiera!

—Es un libro antiguo. Es cierto que vendo un par de ejemplares al mes, sí, pero ¿dos en un día? —Entonces, al oído, me susurra—: Demasiada coincidencia, ¿no?

Tartamudeo, no me sale nada y él suelta una carcajada antes de volverme a mirar y sonreír.

—Te lo pasaste bien, ¿a que sí? ¿Cuál te leíste? ¿El del kraken lleno de amor? Muchos tentáculos, muchos agujeros... ¿Te pusiste a tono? ¿O leíste el de...?

—Calla —digo en un chillido.

—Fuera cual fuere, te corriste fijo. Soy así de bueno.

Pongo los ojos en blanco y devuelvo el cojín a la butaca.

—*Kāore te kumara e kōrero mō tōna ake reka.*

Arquea una ceja.

—Oooh, ¿qué significa eso?

—La *kumara*...

—¿Qué es una *kumara*?

—Una patata dulce.

—¿Insinúas que soy dulce?

Alzo las manos en señal de rendición. Es inaguantable.

—«La *kumara* no presume de lo dulce que es». Lo que viene a decir: deja de ser tan engreído.

Ford me enseña los dientes en otra sonrisa deslumbrante.

—Estoy bien dotado en engreimiento, qué le voy a hacer.

Un poco exasperado, le pongo las manos en el pecho y lo empujo para apartarlo de mi camino.

Escucho su risa a mi espalda mientras salgo de la habitación y niego con la cabeza. Este tío es de lo que no hay.

Un rato después oigo a Ethan llegar a casa. Mis dedos bailan por el teclado mientras contesto a Bennet. Llevo un rato escribiendo sin prestar demasiada atención, quiero parecer ocupado cuando llegue, como si no hubiera estado esperándolo todo el día como el ser lamentable que soy.

Llaman a la puerta con suavidad.

—Adelante —digo.

Veo como gira la manivela a cámara lenta y la decepción al abrirse la puerta es tan grande que se me extiende por todo el cuerpo hasta las puntas de los dedos de los pies. No es Ethan. Es Cress.

Cierra la puerta tras de sí y se apoya en ella. Lleva un uniforme de colegiala, la falda le queda demasiado pequeña.

—¿Te la ha dejado María?

Ella asiente.

—He decidido usar otra chaqueta. No quería que fuera demasiado reconocible, por si le buscaba un lío a alguien.

Asiento con la cabeza.

—Ya. Y... ¿necesitas algo?

Se le iluminan los ojos y me dedica una pequeña sonrisa; parece nerviosa.

—Vamos a grabar nuestro primer gran ensayo en media hora, pero creo que me he atascado en una de las escenas finales.

Me acomodo contra el respaldo de la silla y fijo la mirada en la pantalla del portátil.

—¿Qué escena? —pregunto, aunque sé muy bien de qué escena se trata.

Me lo dice y cierro los ojos un instante.

—En esa escena se supone que estás nerviosa. Enfadada, incluso. Necesitas un cambio, necesitas que por fin te diga la verdad, que te quiere, y lo estás incitando para que lo haga, Porque... lo sabes; pero saberlo no es lo mismo que oírlo. Y es más de lo que esperabas. Es como volar. Es el paraíso. Cuando lo besas, ya no hay rabia ni frustración; solo hay alegría. Y, cuando dices esas palabras finales...

Ella dice.

—... Lo haces con todo el sentimiento del mundo, porque no crees que nadie haya podido sentir jamás algo así.

—Guau. —Se queda callada unos segundos—. ¿Ensayas conmigo?

Me quedo de piedra.

No.

No quiero decir esas palabras si no las siento. No quiero debilitar su potencia antes de poder decírselas a Ethan.

—Seguro que ya lo tienes.

—Por favor. Me dará la confianza que necesito.

—Quizás más tarde. Tengo que terminar unas cosas antes.

—Pero ¡hay que grabarlo y enviárselo a la profesora!

Excusas, excusas, ¿dónde están cuando más las necesitas?

—Eh...

Cress ladea la cabeza.

—No quieres practicar conmigo.

No digo nada.

—Creí que teníamos buen rollo, Fin. Pero no te gusto, ¿verdad? No te caigo bien.

«No, no me caes bien. Porque tú podrías tener a Ethan y yo, no».

Se va a dar cuenta.

—No es eso —me apresuro a decir—. Es que... me da vergüenza que veas lo mal actor que soy. Sería humillante.

Suspira aliviada.

—¿Eso es todo? Venga, vamos. Ponte frente a mí. —Se saca una copia del guion del bolsillo interior de su chaqueta y la desenrolla—. Penúltima página. No te preocupes, te prometo que no me reiré de ti.

Miro los papeles. Parpadeo.

Vuelve a fruncir el ceño. De mala gana, me levanto y cojo los papeles. Paso las hojas de una en una; con calma, procrastinando, preguntándome si podría librarme fingiendo que, de repente, me encuentro mal. Podría tener diarrea...

—Llegarás más rápido si empiezas a pasar las hojas desde el final.

—Claro.

Le doy la vuelta al guion y lo abro por la última página. Por *la escena*.

Cress trata de meterse en el personaje; da varios saltitos sobre las puntas de los pies y luego cruza la habitación y me agarra de la camiseta.

—Mírame, Grey.

La miro.

—Mírame de verdad. ¿Qué ves?

Me tiembla la voz. Nunca he visto la escena desde el punto de vista de Grey. Son mis emociones, siempre a flor de piel, alborotadas; y que me las lancen así a la cara... Grey debe de sentirse abrumado. ¿Es acaso justo mi dolor? ¿Mi indignación?

—Veo... Veo...

La puerta de mi habitación se abre y el alivio me llena el pecho. ¡Ethan!

Entra con su gorra bien encajada y los brazos algo quemados por el sol. También tiene rojo un lateral del cuello. Me mira; ve a Cress y se detiene.

—Ha venido Cress. Ha insistido *mucho* en que necesita ayuda con la última parte de la obra.

Espero que entienda lo que le quiero decir.

Ethan asiente y sus hoyuelos hacen aparición, aunque de forma leve y efímera.

—Ya.

—Pero ahora que estás aquí, Ethan —dice ella con una sonrisa—, tú puedes actuar conmigo y Finley puede dirigirnos.

No. Ethan ha venido a ensayar conmigo. ¡Conmigo!

Ethan vacila, pero no parece que haya nada que podamos decir o hacer. Para ella tiene todo el sentido que practiquemos los tres juntos.

Joder.

La sensación de vértigo que he notado en la tripa durante el día, se solidifica y se convierte en algo pesado; el burbujeo previo es sustituido por náuseas.

Aprieto los papeles con fuerza mientras Cress coloca a Ethan en posición y empieza de nuevo.

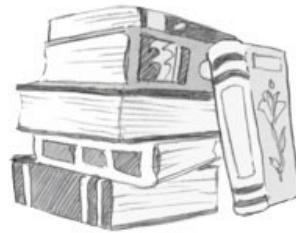
Toda ella resplandece cuando pronuncia mis frases; las interpreta a la perfección. Cada palabra sale de sus labios como si le saliera del alma.

Entonces llega al clímax. A mi declaración. ¡Mía!

Me gustaría que Ethan dejara de mirarla, que me mirara a mí; pero no lo hace. La acuna entre sus brazos y le aparta el pelo de la cara.

Está a punto de pronunciar las palabras que siempre he deseado escucharle decir...

No puedo, no me sale quedarme ahí sonriendo y asintiendo. Salgo de la habitación.



MARÍA Y RUSH HAN VENIDO A AYUDARNOS CON LA GRABACIÓN Y LA MÚSICA, Y YO HAGO LO imposible por mantenerme ocupado organizando el escenario para que ni Cress ni Ethan tengan la oportunidad de preguntarme qué leches ha pasado para que saliera así de mi cuarto.

Todo marcha según lo previsto, pero, nada más empezar, se escuchan unas risas procedentes del vestíbulo.

Salgo al pasillo a ver de qué se trata.

Mi madre y Tom arrastran las maletas por el pasillo con aspecto agotado mientras Julia, llena de energía, le suplica a mamá que le haga algo de comer. Cuando me ve, corre feliz hacia mí con los brazos extendidos y sus dos trenzas rebotando. Me da un abrazo enorme y un sonoro beso en la mejilla.

—Te he echado de menos. —Me agarra la barbilla para asegurarse de que la miro—. ¿Tú me has echado de menos?

Me río y doy una vuelta con ella en brazos.

—Todos los días. —Dios, es tan adorable. Y cómo ha crecido. Yo, al menos, la veo muy

mayor—. *¡Āe rā, kua hoki mai koe!* —le digo en te reo. «Ya estás en casa».

Mi madre es la siguiente en darme un abrazo; deja salir un suspiro cansado contra mi cuello.

—Una cosa nos ha quedado clara: los aviones y los niños pequeños no hacen buena pareja.

Tom se ríe.

—Ye te digo —dice.

Le doy un beso a mi madre antes de que se lleve a Julia a la cocina a por algo de comer.

Tom deja sus cosas en un rincón del vestíbulo de mármol y se lleva las manos a las caderas. Parece más ancho de lo que lo recordaba; un poco más mayor también.

—¿Qué tal Melbourne?

—Tuve más volumen de trabajo de lo que esperaba, pero aprovechamos bastante bien el tiempo. —Se interrumpe porque oye las voces procedentes de su despacho—. ¿Qué está pasando aquí?

Me tiembla el pulso y la culpa me revuelve el estómago.

—Ah, eso, hum, es para mi curso de verano. Estamos grabando una obra de teatro.

—¿Qué obra?

—Es un guion original.

—¡Bueno, pues echemos un vistazo!

A grandes pasos se dirige a su estudio, hacia las voces, y entra en la sala de billar. Su paso vacila un poco cuando ve lo que hemos hecho con los muebles, pero se limita a dedicarme una breve mirada acusadora.

Ethan está en el escenario; me estremezco al ver el sombrero de princesa que lleva puesto. Conozco esta escena al dedillo. Igual que Tom.

«—¿Y ya está? ¿Así acaba?

—*¡Ni de lejos! Porque esta princesa no solo quiere salvarse a sí misma.*

La princesa mira por encima del hombro del príncipe, más allá de donde este está y ve a un jovencito atrapado en un árbol. El chico está pidiendo a gritos que alguien lo ayude.

—*¡Ayuda!*

—*Déjate caer. Yo te cogeré.»*

Tom aprieta los dientes y yo solo quiero que se vaya. Ha echado un vistazo tal y como quería, ¿no? Es hora de irse.

—Puede que mamá y Julia te necesiten para algo —le susurro.

Me mira, sus ojos fríos y duros como el acero, y luego se sienta en un taburete.

Se queda a ver toda la obra. Y yo espero en agonía, ardo de mortificación. Y, una vez más, me voy antes del final.

Me apoyo contra la pared del pasillo e intento absorber toda su quietud, que se me pegue algo.

No hay aplausos al terminar, solo taburetes arrastrándose sobre el suelo de madera.

Tom es el primero en salir de la sala de billar. Me clava la mirada y se detiene. Sus ojos lo dicen todo, tan fríos, tan duros.

Me estremezco mientras espero sus palabras. Algo, lo que sea.

Empieza a caminar hacia mí, pero me pasa de largo.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunto en un susurro.

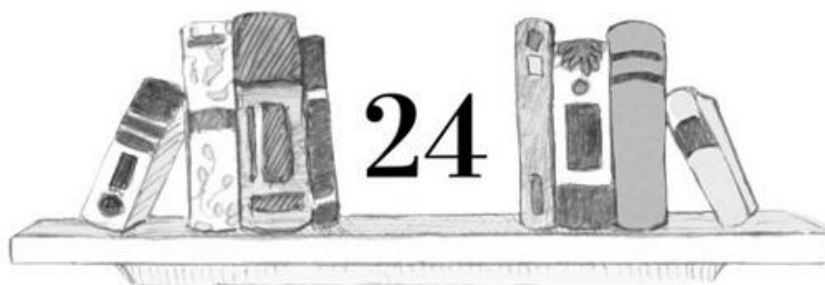
Tengo que saber cuánto me odia ahora mismo.

Se gira y me mira a los ojos.

—No quiero volver a hablar de esa obra. Jamás.

Se aleja y yo me voy en la dirección opuesta. Veo Ethan en la puerta, está lo bastante cerca para haberlo oído. Tiene los ojos cerrados y una mueca de dolor. Siempre sospechamos que sería así, pero sospecharlo y vivirlo son cosas distintas. Se acabaron los finales de cuento de hadas con los que fantasear.

Ethan me mira y aparta los ojos de nuevo.



«El cielo se ha abierto para la puesta de sol. Cuando creía que el día ya estaba cerrado e incluso sellado, la noche ha estallado en miles de pétalos brillantes».

K. Mansfield, diario

—... Fin no quería.

Me detengo al oír la voz de Ethan en el despacho de Tom; me pego al pecho la bolsa de la ropa sucia que llevo conmigo y me quedo escuchando. La última vez que Ethan se enfrentó así a Tom fue para defenderme. La última vez, me sentí eufórico. La última vez, volvimos a ser nosotros, a estar unidos de nuevo.

—Lo ha escrito él —dice Tom con una severidad que me hace estremecer.

Me acerco más a la puerta para poder echar un vistazo. Tom está sentado tras su escritorio, con la mirada fija en su portátil mientras Ethan se pasea frente a él.

—¡Hace años!

—Da igual cuando fuera...

—Ford encontró un par de escenas en los cajones de Fin —lo interrumpe Ethan. Deja de andar—. Y fue *él* quien terminó de escribir la obra.

Al escucharlo la bolsa de la ropa sucia se me resbala, pero logro cogerla contra los muslos; me quedo muy quieto rezando para que nadie me haya visto.

Tom alza la vista, pero no en mi dirección. Mira a Ethan.

—¿Ford?

—Sí. Es escritor de ficción erótica. Fue idea suya.

Miente por nosotros, por mí, pero... lo que siento en mi interior al escucharlo es lo opuesto a orgullo. Me temo que esta vez puedo salir decepcionado. Me temo que esta vez Ethan y yo podemos terminar más separados que nunca.

—Ya veo. Hum...—Tom no parece del todo convencido—. ¿Por qué no lo detuviste?

—Es nuestro invitado y, además, cuando se empeña en hacer algo es difícil pararlo. Pensamos que era muy shakesperiano y nos dejamos llevar. Fin tuvo poco que ver; lo único que hizo fue dirigir.

—¿Me estás diciendo que no hay nada de cierto en esa obra?

Veo cómo Ethan aprieta el puño.

—¡No! Nada.

—O puede ser que tú no te des cuenta.

Ethan niega con la cabeza; flexiona la mano. Eso es lo que hace para tratar de mantener el control cuando le entra el pánico.

—Creo que Fin tiene una relación a distancia... Alguien de Wellington. Bennet, creo que se llama.

—Ah, ¿sí?

—Creo que va a venir de visita pronto. Se quedará aquí con nosotros.

—Sería la primera vez que trajera a alguien a Mansfield.

La aprobación de Tom es un arma de doble filo. Parece decir: «Puedes estar con quien quieras, pero no con mi hijo».

—¿Y qué hay de ti, Ethan? ¿Estás interesado en alguien?

Ethan traga saliva, pero cuando ve que Tom entrecierra los ojos, suelta:

—Me gusta... ¿Cress?

—Pues parece un encanto de chica. Anoche estuvimos charlando sobre mi trabajo como una hora. Incluso preguntó si había alguna posibilidad de hacer prácticas en mi empresa mientras estudia.

No puedo con el entusiasmo de Tom, es demasiado para mí. Empiezo a retroceder justo cuando la dirección de su conversación toma un giro de ciento ochenta grados.

—Bueno y cuéntame, ¿te ha sido fácil pagar el alquiler y la comida solo con tu sueldo de media jornada?

Frunzo el ceño. ¿Tom está obligando a Ethan a pagar el alquiler? Para forzarle a hacer, ¿qué? ¿Trabajar para él a tiempo completo? ¿Renunciar a sus sueños?

—Me apaño.

—¿No has tenido que hacer horas extra de canguro para compensar?

Ethan dirige su mirada hacia la puerta y yo retrocedo, esperando que no me haya visto.

—Habría hecho de canguro de todas formas.

—El dinero que ganas a tiempo parcial es tanto como el que ganarías a tiempo completo en una *guardería*.

Ethan no dice nada.

—Mira, sé que quizá parezca que estoy siendo injusto, pero es una lección de vida. Quiero que entiendas las consecuencias de tus decisiones.

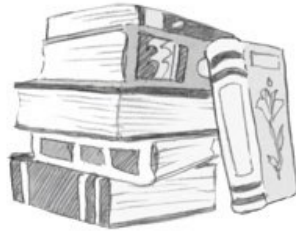
—¿Como ser feliz?

Tom se queda callado unos instantes.

—Podrías ser feliz, sí; durante un tiempo —lo escucho decir mientras me escabullo por el pasillo con el corazón triste por Ethan—. La semana que viene tendrás que volverme a pagar el

alquiler.

—La semana que viene ya me habré mudado.

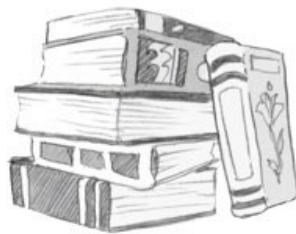


UNA SEMANA. CREÍ QUE TENDRÍAMOS EL RESTO DEL VERANO. PERO NO. UNA SEMANA ES TODO LO que nos queda. Y el primer día de esa semana estamos tan callados los dos... Por la mañana, nos apoyamos en el parapeto de nuestro torreón, por la tarde también; pero la distancia que nos separa es tan grande como la enormidad del cielo.

La conversación es trivial, sin sentido. La risa poco natural.

No le menciono que he escuchado sus planes de mudarse.

Él no comparte esos planes conmigo.



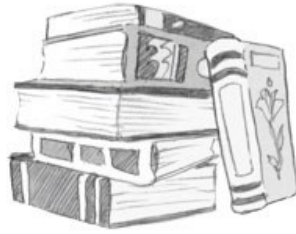
ÉL PASA MÁS TIEMPO CON CRESS; Y LA COLMA DE AGRADABLES CUMPLIDOS CADA VEZ QUE TOM está cerca. La ayuda a alquilar un arpa del departamento de Música de la universidad. La ponen en la sala de billar y, por la noche, cuando me escondo en mi habitación, la delicada música flota por toda la casa, dulce y bien ejecutada.

Más tarde, escucho las voces de Ethan y Cress.

—Si tuviera que resumir en una palabra cómo me siento al escucharte sería... tranquilidad. ¿Pero no estás cansada de tocar para nosotros?

—Cuando disfruto algo, no me canso. *Nunca*.

Cojo los auriculares y me tapo los oídos.



LLEGA EL VIERNES. POR PRIMERA VEZ VEO A CRESS, ETHAN Y FORD REPRESENTAR TODA LA obra. Nuestra nota está en juego; tengo que hacerlo.

La escena del final es como un puño que se me clava en el pecho y me arranca el corazón.

Las palabras, *esas* palabras, son pronunciadas con suavidad en el escenario de un teatro oscuro. Ni siquiera estoy cerca.

Soy uno más entre la multitud, soy parte del público; testigo de una felicidad que se torna intangible.

Y, entonces, se besan...



ESA NOCHE, NOS ARREGLAMOS Y VAMOS A LA FIESTA QUE HA ORGANIZADO RUSH. YO VOY POR MI cuenta. Se celebra en una casa histórica del centro, en un gran salón con paredes de madera y lámparas de araña. Ha organizado una cena de etiqueta con música en directo. Alguien toca el piano. También hay un violín.

No hay arpa. Soy feliz.

Más de veinte invitados se reúnen alrededor de cuatro mesas. Los padres y abuelos tanto de Rush como de María se sientan en la mesa más cercana a los músicos.

Ver a su familia ahí me pone de los nervios. Se supone que están celebrando su graduación. Que estén los padres es lógico, pero ¿los abuelos? Mi mirada va de Rush, elegantemente vestido y con una sonrisa nerviosa, a María, sentada entre las madres de ambos con un largo vestido rojo de lentejuelas.

Ethan llega con Cress y Ford; camina unos pasos por detrás de los sonrientes hermanos. Yo estoy en la barra que hay en el rincón más alejado de la sala, la voz me sale ronca cuando pido algo de beber:

—Un *whisky* con hielo.

Lleva pantalones de vestir, chaleco negro sobre camisa y corbata también negras y una americana color mostaza. En un mar de trajes negros y azul marino, destaca. Destaca mucho. Sin duda es el mejor vestido.

Cojo mi *whisky*, me aferro al vaso frío y húmedo por la condensación y le doy un buen trago; me arde en la garganta.

Noto sus pasos que se acercan a mí por detrás. El olor de la colonia que usa en ocasiones especiales; la última vez fue en mi cumpleaños.

Noto su cercanía en la nuca, como miles de agujas que se me clavan en el cuello. Me estremezco.

Ethan se apoya en la barra y pide lo mismo que yo. Raro. No suele beber.

¿Está tan necesitado de una anestesia como lo estoy yo?

Se queda mirando su vaso.

—Me lo pones tan difícil...

Lo miro.

Me mira de soslayo.

—... Siempre tan guapo.

Ansío oírle decir estas cosas; es un anhelo que da vértigo. Es como estar en el centro de una explosión de pétalos brillantes cuando lo único que esperaba del día a estas alturas era que acabara.

—No puedes decir ese tipo de cosas, Eth. Es injusto.

Baja la cabeza. Le da un sorbo a su bebida.

¿Querrá quemar el sabor de Cress en sus labios?

—Deberíamos... —Hago un gesto hacia nuestra mesa, donde Cress y Ford nos hacen señas para que nos acerquemos.

Tomamos asiento junto a ellos, yo a la derecha de Ford, Ethan a la izquierda de Cress. Eso hace que quedemos el uno frente al otro; será imposible no fijarme en él durante la cena.

—Madre mía, la comida es increíble —murmura Cress—. Vivir así debe de ser... Tanta riqueza, tanta opulencia. Rush es un tío con suerte.

Hago una mueca y miro a Ford de reojo; está recostado en su silla, con un codo apoyado en el respaldo mientras observa con atención la sala. ¿En busca de su conquista de esta noche, quizá?

—Bueno, tiene dinero, ya ves. —Sus ojos verdes buscan los míos, divertidos, y añade—: Ah, y también tiene a la chica.

—¿Sí? ¿La tiene?

—Puedo ser un provocador al que le gusta tontear y esas cosas, pero nunca cruzo la línea.

—No sé si te creo.

Suelta una carcajada.

—Un escéptico. —Se inclina hacia mí para poder hablarme al oído—: No eres la primera persona que duda de mí, pero siempre consigo que las mujeres cambien de opinión... o los hombres.

Pongo los ojos en blanco y él vuelve a sonreír.

Cress e Ethan están hablando, pero me he perdido el principio de su conversación.

—Tendrías que ser muy rica para eso —murmura Ethan.

—Quizá lo sea.

—Bien por ti. Yo me conformo con no ser pobre.

—Estaba pensando en todo el asunto ese de la Educación Infantil —dice Cress—. ¿Y si buscaras un socio y pusieras en marcha tu propio concepto de guardería? Podrías montar una cadena de centros estupendos que proliferaran por todo el país. Quizá incluso en otros países. Y, bueno, también podrías trabajar como profesor, claro.

Ethan se echa hacia atrás en la silla y se queda pensando unos instantes; no estoy seguro de si la idea le gusta o es que ya ni se molesta en defenderse. Odio no saberlo, siempre he sabido —o he creído saber— lo que piensa; y ahora de repente me oculta su futuro. Como si no tuviera sentido compartirlo conmigo. Porque no formaré parte de él.

La mesa entre nosotros parece estirarse y estirarse y estirarse. La música parece más alta, el murmullo de otras conversaciones me embota los oídos, los camareros son una ola negra que atraviesa el salón. Los vasos alzados de la gente difuminan sus rostros mientras se mueven de un lado a otro recogiendo nuestros platos.

—¿Y tú qué, Fin? —me pregunta Ford.

¿Eh?

—Si pudieras ser lo que quisieras, ¿qué serías? —aclara Cress.

—Escritor —murmuro.

La mano de Ford aterriza con un golpe seco entre mis hombros. Se ríe.

—¿Quieres ganarte la vida como escritor? Pues vas a tener que mejorar tu ortografía.

Ethan se inclina hacia delante, su cara entra en mi campo de visión. Mira a Ford con dureza, con ojos entrecerrados y la mandíbula apretada. El hoyuelo de la barbilla, más pronunciado que nunca. Parece enfadado. Precioso. Como un dios a punto de lanzar miles de rayos sobre la tierra. Su voz es fuerte, pero totalmente controlada, tranquila.

Me encanta.

Lo odio.

—¿Siempre criticas así a tus amigos?

Ford hace girar su merlot en la copa y le da un sorbo.

—La verdad es que sí. ¿Qué hay más satisfactorio en la vida que reírse de los demás y que

ellos a su vez se rían de nosotros?

—Hacer una referencia a Austen no te hace tan encantador como crees.

Ford ladea la cabeza.

—¿Estás seguro?

Ethan abre la boca para replicar, pero yo lo detengo, fijando la mirada en sus increíbles ojos plateados.

—No pasa nada. Sabes que la ortografía no es mi fuerte.

—Y, sin embargo, te lo curras muchísimo; escribes a pesar de ello, Fin, él... —Ethan hace un gesto hacia Ford.

Lo interrumpo.

—Él al menos me dice las cosas como son.

Ethan esconde cualquier emoción que antes mostrara su rostro y me mira; parpadea.

Se oye un tintineo de vasos. Cress dice en voz baja que Rush está en el escenario.

Ya no hay música.

Rush coge el micrófono. Pero no habla, ¡canta! Me estremezco. El pobre Rush está ahí, desnudando su alma y hablando del amor de su vida cuando los que estamos presenciándolo nos hacemos una única pregunta: ¿es él el de ella?

Se me revuelve el estómago de solo pensar en lo que va a ocurrir a continuación. Lo siento en el aire como una nube negra que se acerca de forma inminente a una celebración al aire libre.

Recuerdo nuestra conversación de aquella noche en la que nos emborrachamos en la fiesta en su piscina. Creía que María intentaba darle celos; yo pensé que eso significaba que lo dejarían. No esto.

Tras un incómodo silencio, María se levanta. Mira un instante hacia nuestra mesa —¿como si esperara oposición, quizá?—, endereza la espalda y se dirige al escenario. Le coge el micrófono.

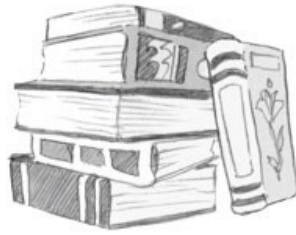
—Sí —dice.

El público estalla en aplausos; Ethan y yo también, pero seguimos mirándonos el uno al otro. Atrapados en nuestro propio momento, esperando que se nos permita continuar.

Todos beben de sus copas; champán, vino, cerveza, *whisky*.

Ethan me suplica con la mirada que le explique qué me pasa, así que eso hago:

—¿Cuándo pensabas decirme que te vas de Mansfield?



DEJAMOS EL COCHE EN EL CENTRO Y VOLVEMOS EN TAXI. CUANDO LLEGAMOS A CASA SON LAS tres de la mañana.

Cress y Ford están llenos de energía, como si pudieran quedarse despiertos hasta el amanecer. Caminan despacio hacia la casa con las cabezas alzadas hacia el cielo estrellado. Ethan y yo los seguimos en silencio.

Ford se aparta del camino para subirse a un árbol. Arranca una pera y se la lanza a Cress, que la coge, riendo.

—¿Ya están maduras?

Ford muerde una y, acto seguido, escupe.

—No. Les quedan unas semanas. Pero se está muy bien aquí arriba. —Admira la vista desde el árbol y se acomoda, apoyando la espalda en el tronco y llevándose las manos a la nuca—. ¿Os unís a mí?

Cress le lanza su pera a Ethan, que la coge con una leve sonrisa.

—¿No es un poco tarde para trepar árboles? —les pregunta.

—Siempre es demasiado pronto o demasiado tarde para algo. No dejaré que el tiempo dicte lo que quiero hacer.

Ojalá yo pudiera afirmar lo mismo con tanta seguridad. Pero ya es sábado, y el lunes...

Agarro a Ethan por la muñeca y lo arrastro hasta la casa. Noto cómo se le acelera el pulso bajo mis dedos, como un reloj. Una cuenta atrás.

Subimos a nuestra terraza.

Aquí arriba la brisa es más fría y, a regañadientes, suelto a Ethan para que ambos nos arropemos mejor con nuestras chaquetas. Rodeamos el torreón y buscamos un rincón en el que estemos más protegidos del viento. Debajo de nosotros, el césped de la entrada, ensombrecido por la oscuridad de la noche; la luz de la luna baña las hojas del peral donde están subidos Cress y Ford. Hablan en susurros, sus palabras no nos llegan aquí arriba; las nuestras tampoco llegan hasta ellos.

—Vendré muchísimo. —Sus ojos parecen apagados, sombríos—. Durante el día, cuando mi padre esté trabajando. Solo que no... comeré aquí. Ni dormiré aquí.

No será lo mismo. Si pudiera ser racional y ver la situación con objetividad, me daría cuenta de que no hay motivo para que me angustie de esta forma. Al fin y al cabo, hace mucho que ya no dormimos juntos.

Y que se vaya hará que las cosas sean más sencillas.

Pero no... No puedo parar de mover el pie. Tap, tap, tap contra el suelo. Como si con el movimiento pudiera quitarme la desilusión de encima.

—Encontraré trabajo y le pagaremos el alquiler entre los dos.

Niega con la cabeza.

—La vida está siguiendo su curso natural, Fin. Siempre supimos que me iba a mudar. Y tú también vas a hacerlo. Unas semanas de diferencia no cambiarán el hecho de que así es.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería que sufieras antes de que fuera necesario.

—¿Así que admites que sí será diferente?

—Es el primer paso real hacia nuestra separación. Nuestras vidas se van a bifurcar.

Dejo salir un suspiro, frustrado.

—¿A dónde te mudas? ¿Puedo ir contigo?

Quiere decir que sí, lo veo en sus ojos.

—Eso sería... —Traga saliva—. Demasiada tentación para mí.

—¿Por qué tenemos que cambiar? —susurro—. ¿Por qué no cambia el resto del mundo?

Nos quedamos en silencio durante largo rato, mirando a nuestros amigos que siguen en el árbol. Me pica la garganta.

—Así que... Cress, ¿eh?

—Es buena persona.

Se me revuelve el estómago. Me quedo mirando la pera que tiene en la mano. Se la sigue sujetando, se la está guardando.

—Ella te aprecia —continúa—. Eso es muy importante para mí.

Cierro los ojos. Cuando hablo, mi voz no es mi voz:

—Lo que te ha propuesto en la cena..., lo de hacer una franquicia de centros de Educación Infantil. ¿Te ha gustado la idea?

«No. Di que no. Di que no dejarás que te cambie».

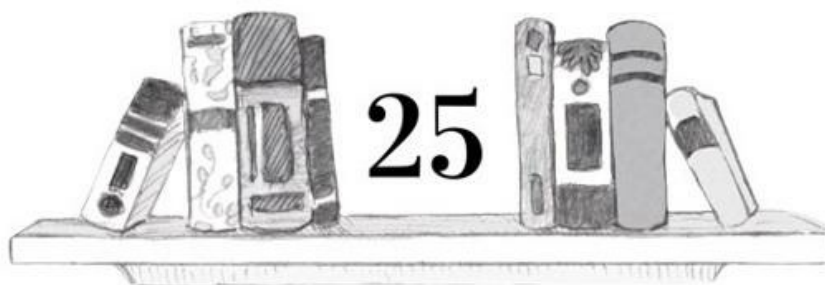
—Bueno..., no sé... Si se me diera la posibilidad de dar clase también...

Me duele mucho la garganta al tragar.

—Estoy agotado. Creo que voy a...

Ethan me abre la puerta.

Respiro su olor al pasar. No lo miro y no miro atrás.



«Solo tienes que decir una palabra y reconoceré tu voz entre todas las demás voces».

K. Mansfield, Un pepinillo al eneldo

Si una historia puede ayudarme a olvidar, aunque sea durante unos minutos, merece la pena.

Me llevo el Kindle al río y me siento contra un árbol. Ethan terminó de nadar hace horas, así que ahora mismo estoy yo solo, que es justo lo que necesito. Hace un día precioso y sentarme a la sombra, contemplar el paisaje, el verde de la hierba, la luz que se refleja en el agua debería de ser la más pura perfección.

Leo una página. Dos.

Cada vez que respiro huele a agua, sabe a sol. Y, sin embargo...

Echo la cabeza hacia atrás, la apoyo contra el tronco y dejo escapar una risa amarga. ¿De verdad he venido aquí? ¿Aquí es donde se me ha ocurrido buscar un poco de paz mental? Soy idiota.

Me levanto y vuelvo a casa. Mi madre me llama para que la ayude a coger a Julia para poder vestirla; es un arduo trabajo en equipo, pero al final logramos ponerle unos pantalones y una camiseta. No para de reírse y al final hace que mi frustración se desvanezca y que termine sonriendo y negando con la cabeza.

—No puedes correr tanto si quieres que las mariposas se posen sobre ti.

Mi madre la va a llevar a la exposición sobre naturaleza y parece que Ethan se ha ofrecido voluntario para acompañarlas.

—Nos vamos en cinco minutos —le dice a Julia antes de que ambos vayamos a la cocina, donde ella coge su café y se lo bebe, aunque se le haya quedado frío. La cafeína es su chaleco salvavidas.

Abro la nevera, miro lo que hay, pero no tengo hambre. Yo solo...

—¿Mamá?

—¿Sí?

Cierro el frigorífico y me apoyo en la miriada de fotos que hay en su puerta —Ethan, Tom, yo, mamá, Julia— sujetas con imanes. Se mueven bajo mi espalda cuando me cruzo de brazos.

Mi madre me mira con la taza aún entre las manos. Parece cansada, pero... feliz. Satisfecha.

—¿Cómo lo lograste?

—¿El qué?

—Superar a papá —susurro.

No me pregunta por qué digo algo así; a veces me parece ver un brillo en sus ojos, como si... Como si tal vez supiera más de lo que dice.

—Era el amor de tu vida.

Guarda silencio durante unos instantes. Luego deja la taza y se acerca a mí. Me atrae en un abrazo que hace que me separe de la nevera y las fotos se caigan al suelo. Su perfume me resulta tan familiar y es tan reconfortante que me dejo caer en sus brazos. Me besa la mejilla y me la acaricia con el pulgar. Sus ojos oscuros están llenos de compasión, de comprensión.

—*Titiro whakamuri, kōkiri whakamua*. —«Mira atrás, reflexiona y sigue adelante»—. Lo que quiero decir es que te permitas amar tu pasado, recordarlo con cariño, y entregarte a tu futuro. Pon el corazón en ello.

—¿Eso es lo que hiciste?

—Era feliz entonces y lo soy ahora.

—¿Ya no te duele?

—Si no me doliera, ¿hubiera sido amor?

La abrazo con fuerza.

—*Ngā mihi*.

Hay alguien en la puerta. Es Tom, en pantalones cortos, polo y gorra. Tiene a Julia cogida de una mano; su otro brazo alrededor del cuello de Ethan. Sonríe orgulloso y me mira.

—¿Te unes a nosotros, Finley?

Sacudo la cabeza. Hoy no. No puedo.

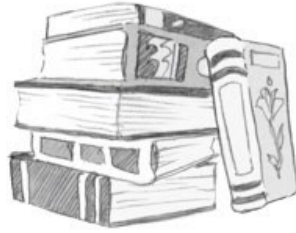
—Voy a mirar ofertas de trabajo.

Inclina la cabeza.

—Bien hecho. Cuenta conmigo para echarle un ojo a las cartas de presentación.

No miro a Ethan, pero vislumbro su expresión bajo la gorra de béisbol.

Mi madre me besa una vez más, guía a los demás hacia la puerta principal y pierdo de vista el ceño fruncido de Ethan.



RECOJO UNA FOTO DEL SUELO. ETHAN Y YO EN AQUELLA ÚNICA SEMANA QUE COMPARTIMOS antes de que me fuera a Europa.

Voy al porche con ella en la mano; me siento al sol, en los escalones delanteros, y la estudio.

Estamos sentados en el techo de mi antiguo coche, riéndonos. No recuerdo por qué estábamos allí arriba. No recuerdo ninguna de nuestras conversaciones de ese día. Solo una vaga sensación de calidez.

No recordar duele; la memoria es tan equívoca... Se torna borrosa cuando lo que necesito es recordarlo todo, hasta el más mínimo detalle.

Una sombra se cierne sobre la foto y levanto la vista. Cress acaba de volver de correr; está sonrojada, se le escapan varios mechones de pelo de la cinta que lleva a la cabeza y se le pegan a la frente. Le brillan los ojos.

—¿Qué haces? —Se sienta a mi lado en el escalón y le doy la vuelta a la foto para que no la vea.

—Nada, pensando.

Pensando en lo mucho que deseo que los últimos recuerdos que he hecho con Ethan no se desvanezcan en la oscuridad de la memoria. Que al menos nos queden esos.

Ella sigue charlando y yo murmuro y asiento con la cabeza. Me da la sensación de que está tratando de ser amable, pero que en realidad no le gusta que Ethan y yo pasemos tiempo juntos. No deja de preguntarme si tengo ganas de que venga mi novio.

Se refiere a Bennet. No sé lo que Ethan le ha dicho, pero está claro que alguna mentira ha caído. Finjo que es verdad.

Sus mentiras también son las mías. Las protegeré.

El brazo bañado en sudor de Cress choca con el mío.

—Pareces triste. ¿Mal de amores?

—Es que lo voy a echar mucho de menos cuando se vaya —digo con la voz cargada de nostalgia. Distráído.

Su risa me saca de mis pensamientos.

—Ni siquiera ha llegado aún y ya lo echas de menos. Quién sabe, quizá Bennet y tú descubráis una forma de estar más cerca el uno del otro.

—Tal vez.

—Al final todo saldrá bien, ya verás.

Se escuchan unos pasos a nuestra espalda; Ford, que se sienta a mi otro lado, recién duchado y con el pelo goteando sobre una camiseta negra que pone «Móntame».

Me preparo para sus bromas groseras; miro al cielo y rezo en silencio para que no duelan demasiado.

Lo primero que hace es pasarme el brazo por los hombros.

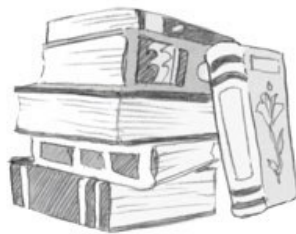
—Así que quieres ser escritor, ¿eh? —Me mira de soslayo, me guiña un ojo—. Pues cuando se trata de embestir a golpe de bolígrafo, soy tu hombre, ya sabes.

Gimo por dentro. Es tan ridículo que hasta me quiero reír.

Que me entregue a mi futuro, ha dicho mi madre. Que ponga el corazón en ello.

Ser el objeto de este tonto podría ser una especie de evasión. Podría distraerme.

Miro los brillantes ojos verdes de Ford y me río.



—FIN —DICE ETHAN A LA MAÑANA SIGUIENTE EN UNA ESPECIE DE SISEO. ESTÁ HACIENDO PESAS en un rincón de nuestro salón; las deja caer al verme, el metal hace un ruido al chocar contra el suelo, y cruza la estancia hasta llegar a mí—. ¿A dónde vas?

Me mira con curiosidad; los pantalones cortos y las zapatillas que llevo puestas.

—Ford va a salir a correr temprano. Me ha dicho que vaya con él, no sé qué sobre sentir el amanecer.

—¿Ford?

Ethan parpadea, confuso.

—Sí, ¿el chico ese que está viviendo aquí?

—¿El que coquetea con cualquier cosa que tenga pulso?

Le guiña un ojo.

—Ese mismo.

Se pasa una mano por el pelo húmedo.

—¿Vas a salir a correr con él?

—A lo mejor es divertido.

—Nunca corres. Odias correr.

—Bueno, voy a probar algo nuevo.

Sus ojos plateados se encuentran con los míos, confusos.

—Pero, cuando vuelvas, ya será hora de desayunar —me dice.

Lo que en realidad quiere decir es: «¿Qué pasa con nuestro rato en la azotea?»

«¿Y qué pasa con las tres semanas que se suponía que tenía para estar contigo?», quiero preguntar yo.

—Quizá podamos subir más tarde, no sé.

Es satisfactorio observar el gesto de dolor que cruza su cara durante un instante. Es mezquino por mi parte, lo sé. Pero no puedo evitarlo.

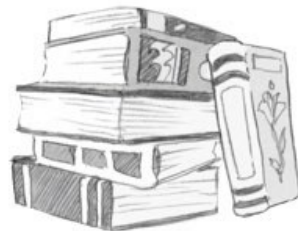
Ethan esconde su dolor enseguida. Está acostumbrado a reprimir sus emociones; lo hace siempre con su padre.

Pero el dolor pasa de su cuerpo al mío; atraviesa músculos y huesos. Se me clava muy profundo.

Ethan nunca ha reprimido sus emociones conmigo. ¡No! ¡Conmigo, no!

Pero la puñalada final es la sonrisa con hoyuelo incluido que me dedica a continuación. Parece que, una vez alcanzada la bifurcación en el camino, hemos cogido direcciones opuestas.

—Pásalo bien con Ford.



EL LUNES SACA LAS POCAS CAJAS QUE TIENE Y LAS METE EN SU COCHE, EL QUE LE PRESTÓ A Cress. Lo hace temprano. Tan temprano que deja claro que no tendremos nuestro momento en la azotea antes del desayuno. Cuando me levanto de la cama, me lo encuentro a punto de bajar las escaleras. Parece que tiene prisa. Tiene el pelo hecho un desastre, como si no hubiera dormido; como si ni siquiera se hubiera duchado. Como si necesitara salir de aquí cuanto antes.

Lleva la mochila colgada de un hombro, está llenísima, e Ethan da unos saltitos para reajustarse el peso. O para hacer algo mientras cruzo los últimos metros que me separan de él.

—¿Así que esto es un adiós? —pregunto con un tono ronco.

Me acabo de levantar, y lo he hecho para darme de bruces con esta nueva realidad, normal que se me quiebre la voz.

Tiene los ojos brillantes, los labios curvados hacia abajo y las mejillas pálidas. Se le escapa una lágrima y se le desliza por la cara como un pequeño río que se bifurca al llegar al pómulos;

una parte se dirige a la oreja, la otra hacía la mandíbula.

Me mira como si tuviera un millón de cosas que decir. Solo dice una.

—No, adiós no; hasta luego.

«No, adiós no; hasta luego. La palabra “adiós” es demasiado definitiva».

Cuando sus pasos se desvanecen en las escaleras, voy a su habitación vacía. No hay nada en los cajones, nada en el armario, nada en el escritorio. La cama está bien hecha, la almohada aún huele a él. El aire está cargado de algo indescriptible, del peso que ha dejado su ausencia.

«Una exhalación suya y sabría que está cerca».

¿Cómo puedo dejar de buscar su respiración?

Ford me llama y me levanto de la cama de Ethan a toda prisa. No me da tiempo a salir de la habitación así que me detengo en la ventana y la abro de par en par, haciendo un gesto con la mano como si oliera mal.

—Necesita airearse —le digo.

Ford se limita a sonreír.

—¿Qué te parece si salimos a desayunar?

—¿Quieres desayunar fuera?

—Sí, contigo. Cress sigue durmiendo. ¿Te apetece?

Yo lo único que quiero es salir de la habitación de Ethan.

—Vale, pero no te hagas ilusiones.

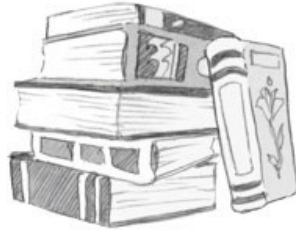
—¿Ilusiones? ¡Qué va! Yo solo espero que te sientes frente a mí en una cafetería, que me sonrías con dulzura, que, con suerte, me dediques alguna de esas miradas tímidas, que me des a probar lo que sea que pidas y que hablemos un rato. Que compartas tus pensamientos, que te intereses por los míos. Quiero que quieras saber más de mí, que intentes convencerme de que me tome otro café para que podamos alargar nuestra conversación y que te pongas un poco triste cuando todo eso acabe. Nada más.

Suelto una carcajada cuando paso por delante de él al salir de la habitación.

—Ya, eres todo inocencia.

Se ríe.

—Es un desayuno, no significa nada —le digo por encima del hombro de camino a mi cuarto.



ETHAN NO PARA DE MIRARME.

Ford y yo estamos puntuando los libros de la estantería que cubre una de las paredes de la sala de billar. Hay una mesita baja entre nosotros y ahí vamos colocando los que hemos leído ambos, apilándonos en orden ascendente: del que menos nos ha gustado al que más.

Ethan y Cress están jugando al billar detrás de nosotros.

—¿Austen? —pregunta Ford tratando de sonar indignado—. ¿Mejor que Dickens?

—El audiolibro me maravilló.

—Los audiolibros no cuentan.

—¿Por qué no? Es igual que leer la historia.

—No, el narrador interpreta la historia de una forma que no tiene por qué ser la tuya.

El libro que acabo de dejar en la pila se tambalea y se cae sobre la mesa.

Se oye el estruendo de una bola de billar chocando contra el resto.

—¿Has leído a Orwell? —continúa Ford, sacándolo de la estantería.

Solo lo he escuchado en audiolibro. Pero omito el dato.

—Es un gran escritor.

—Tienes buen gusto.

—Pero no es tan bueno como Austen.

—Tienes un gusto pésimo.

La señora Norris se sube de un salto a nuestra mesita —que ya tiene una pila de libros que nos llega a la altura de la cintura— y se sienta encima antes de que Ford pueda colocar el suyo. Cuando intenta hacerlo y meterlo por debajo de la gata, ella le bufar y le levanta una pata en señal de advertencia.

Ethan, que está tizando su taco, sonrío. Es sutil, pero lo pillo haciéndolo. Yo también sonrío.

—Oh, pero ¿qué es esto? —le dice Ford a la gata.

Le pasa la mano por detrás de las orejas y saca una flor hecha de hojas de papel. La señora Norris intenta cogerla, pero Ford la aparta de su alcance, jugando con ella.

—¿Qué les has hecho a los libros? —le pregunto, atónito.

Sonríe.

—No se ha dañado ningún libro en la producción de este truco. —Me pone la mano detrás de la oreja y saca otra flor—. Ni en la de este.

Me toca la nariz con ella.

Muy zalamero todo.

Espera una sonrisa por mi parte, un rubor, que le muestre lo deslumbrado que me tiene.

Pero es que lo tengo calado. No he olvidado la forma en la que tonteaba con María.

Alzo una ceja, dejándole ver que no estoy impresionado en absoluto.

Me vuelve a dar un golpecito en la nariz.

—Eres difícil de complacer, Fin. Pero no pasa nada. Me gustan los retos... ¡Eh, oye, que eso no es para ti!

La señora Norris tiene una pata en la manga de Ford y otra flor enganchada en las uñas; intenta quitársela y en el proceso, tira todos los libros.

La cojo en brazos y la aparto de Ford; le desengancho la flor, riéndome.

Busco a Ethan con la mirada; él agacha la cabeza y da un fuerte golpe a la bola ocho.



AHORA SOY YO QUIEN NO PARA DE MIRARLO MIENTRAS ESTÁ CON CRESS.

—Acércate un poco más —le susurra ella—. Más cerca aún.

Ethan mueve su silla hacia el arpa; Cress le levanta el brazo para medir la distancia y se lo coloca para que llegue bien a las cuerdas.

—Ahora inclina el arpa contra el hombro. No debería de resultarte complicado mantener el equilibrio. Los pies apoyados en el suelo.

—¿Lo estoy haciendo bien?

A ella le brillan los ojos al mirarlo.

—Estás perfecto. —Se coloca detrás de él, cerca, muy cerca; y acaricia las cuerdas para tocar una escala—. Relájate —le susurra al oído—. Toca una cuerda. Siente cómo te vibra en la piel, cómo serpentea en tu interior.

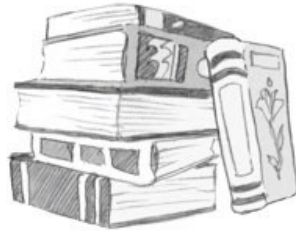
Ford se deja caer en el sofá a mi lado y mira el portátil que tengo abierto sobre las rodillas.

—«Aaaaaaa» —lee en voz alta—. Pues sí que está gritando tu personaje, ¿eh?

Levanto los dedos de las tecla «a» y cierro el portátil.

—¿Le están echando un buen polvo? —me pregunta subiendo y bajando las cejas.

—Hecho polvo es lo que está.



—ESTA MAÑANA HE PASADO POR DELANTE DE TU NUEVA CASA —LE DICE FORD A ETHAN.

Esto ocurre al día siguiente. Estamos sentados a la mesa del comedor jugando al póquer. Apenas conozco las reglas, pero Ford me ha sentado a su lado para enseñarme a jugar.

Cress, a mi izquierda, mira a Ethan con ojos brillantes.

—¿Cómo sabes dónde vivo? —pregunta Ethan, desconcertado.

—Finley y yo estábamos dando una vuelta en coche y te vi entrando.

Ethan me mira; yo miro las cartas.

—¿Estás seguro?

—Te vi abriendo la verja de una casita de ladrillo muy bonita; pequeña, con una veleta con forma de kiwi que no para de dar vueltas con el viento.

—Sí, esa es.

—Es una casa con muchísimo potencial.

—¿Cómo te has podido fijar tanto si solo has pasado por delante con el coche?

—Bueno, puede ser que convenciera a Finley para hacer una paradita allí al volver del mercadillo. Creímos que estarías en casa, pero, cuando llamamos a la puerta, nadie abrió.

—Yo también podría haber ido al mercadillo.

—Aunque Finley no dijo nada, se le notaba que tenía mucha curiosidad por saber dónde vivías. Así que lo arrastré conmigo, rodeamos la casa y echamos un vistazo a través de las ventanas.

Me pongo rojo, noto el rubor que me sube por el cuello. Es cierto que tenía curiosidad. Pero también es cierto que me opuse a la sugerencia de espiar por las ventanas.

—Ah, ¿sí? ¿Y bien? —pregunta Ethan con voz ronca— ¿Qué te pareció?

Sé que me está hablando a mí, pero es Ford quien responde:

—Me gusta. Además, tienes dos habitaciones para ti solo. Aunque aún está un poco vacío. ¿O vas a compartir piso?

—Por ahora voy a vivir solo.

«¿Y dejarás las luces encendidas por la noche? ¿Pensarás en cuándo compartíamos cama?»

Levanto los ojos, despacio, y nuestras miradas se encuentran. Una sensación de vértigo me recorre todo el cuerpo en el espacio de un segundo; me alegro de estar sentado. Apartamos la

vista.

—Oye, si tienes una habitación de sobra —dice Cress—, ¿quizá te la pueda alquilar durante un semestre?

Ethan se queda callado. Yo, helado.

—En la otra habitación no hay cama.

Ella lo mira con el ceño fruncido y después niega con la cabeza, riéndose.

—Vale, te lo he soltado muy a lo loco. Olvídalo. O... piénsatelo; te dejo lo que queda de verano para que lo medites.

Ford me da un golpe en el brazo, lanza unas monedas al centro de la mesa y sube la apuesta.

—¿Quizá tú y yo deberíamos hacer lo mismo y compartir piso?

Bufo y miro a Ethan de soslayo antes de decir:

—Nos mataríamos el uno al otro el primer mes.

Ethan parece aliviado.

Ford se ríe, como si vivir conmigo fuera cuestión de tiempo.

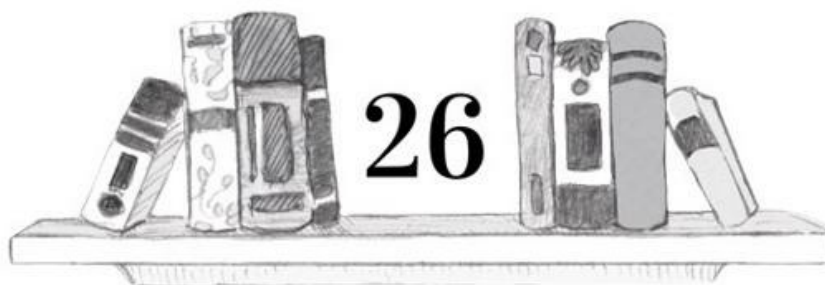
—Tú piénsatelo.

Cress también sube la apuesta, sonriendo mientras sus monedas repiquetean sobre las demás.

—Si pierdo, que no sea por no intentarlo.

Sus palabras se me cuelan dentro y me recorren la espalda en forma de escalofrío.





«Cuando seamos capaces de no tomarnos nuestros fracasos en serio, significará que hemos dejado de tenerles miedo».

K. Mansfield, diario

Bennet llega al día siguiente; está todavía más guapo de lo que lo recordaba.

Tiene un pelo rubio precioso y brillante, unos ojos azules deslumbrantes y una sonrisa permanente. También es inteligente. Y es fácil hablar con él; enseguida nos ponemos al día y las horas pasan volando. El día siguiente fluye igual de bien. Podría pasar semanas con él sin aburrirme. Más tiempo, quizá.

Y, sin embargo...

No siento ni un atisbo de atracción sexual.

No es que pensara que sería fácil retomar las cosas donde las habíamos dejado cuando nos separamos, pero...

La verdad es que sí era eso lo que esperaba; eso exactamente. Alguien que aliviara la angustia de echar de menos a Ethan. Alguien que no fuera... Ford.

El mismo que está ahora conmigo en el río, ambos tras un saliente al que me quiero subir para saltar al agua desde arriba. Es una zona muy profunda del río, pero nosotros estamos de pie en una pequeña pasarela y el agua nos cubre hasta el pecho.

—Tu novio no parece tocarte mucho —me susurra al oído a la vez que alza una mano y me acaricia la nuca.

No creo ser capaz de subir más las cejas.

—Para alguien que cree que tengo novio, *tú* me tocas demasiado.

Se ríe y baja la mano, rozándome el brazo con los nudillos a su paso. Me mira con una sonrisa de suficiencia.

—Eres de lo que no hay.

Ladea la cabeza, noto sus ojos verdes clavados en mi perfil mientras trepo la roca.

—Entonces, ¿no estás con Bennet?

—Es mi ex.

—¿Así que estás disponible? ¿Del todo?

Sigo trepando y lo miro con recelo.

—¿Por qué?

Se lanza al río desde donde está y el agua me salpica los pies. Se pone de espaldas, flotando, todo sonriente.

—Me alegra oírlo.

Cuando llego a la cima del risco, me encuentro a Ethan. Está sentado en el borde, con las piernas colgando, el vientre tonificado se le marca por la forma en la que está inclinado. La cicatriz de su cadera brilla, pero no tanto como sus ojos. Se mueve hacia un lado para hacerme sitio y a mí se me revuelve el estómago. ¿Cuánto habrá oído?

Me dejo caer a su lado; la roca está ardiendo de lo fuerte que pega el sol. Me quema cada milímetro en el que nos rozamos; saltan chispas y, a pesar del calor, todo yo tengo la piel de gallina.

No habíamos estado tan cerca el uno del otro desde nuestra última noche en el torreón.

Desearía poder curar esta incómoda incisión entre nosotros; quiero decir algo, pero no me salen las palabras. Aparto la mirada de sus ojos plateados y entonces es él quien me mira. Siento su atracción, su desesperación.

Él tampoco dice nada. Al menos, no sobre nosotros.

Se aclara la garganta.

—Bennet es más bajito de lo que me imaginaba.

—¡Ethan! —Me río.

—Sí, eso ha sonado raro. Me gusta su estilo.

—Está muy a gusto consigo mismo.

Nos quedamos mirando la orilla del río, donde Bennet y Cress están charlando junto a las sobras del pícnic que acabamos de hacer.

—¿Cómo van tus clases de arpa?

—¿Cómo van las tuyas de escritura?

Cuando le contesto, lo hago en voz baja:

—Solo me ha ayudado a crear una cuenta para poder autopublicar. Y me ha sugerido algunos *podcasts* que me podrían interesar.

—Solo me ha enseñado una escala.

El río brilla bajo la luz del sol, es casi cegador. Una ráfaga de viento me azota la espalda mojada. Pero no es eso lo que me hace temblar.

—Joder, Eth —susurro—. ¿Por qué es tan difícil?

Se frota las sienes.

Se oyen unos vítores procedentes de la orilla; Bennet y Cress nos saludan.

—¿Vais a saltar o qué?

Ethan se pone de pie y me ofrece una mano para levantarme.

Creo que agarrarle la mano puede ser peligroso, pero, de todas formas, lo hago. Nuestros dedos se tocan y entrelazan durante más tiempo del necesario; maldigo al mundo en silencio y hago lo único que se me ocurre para mantener el control.

Lo empujo y él suelta una carcajada al caer; el agua que levanta en su caída es tan épica que hasta me salpica los pies. Nunca había sido tan consciente de mis dedos de los pies.

Ethan sale del agua y se cubre los hombros con una toalla.

Solo cuando todas sus ondas se han calmado, me permito saltar.

Noto el aire contra la piel, el vértigo haciéndome cosquillas en la tripa, y luego el golpe frío del agua, su opacidad al hundirme en sus profundidades.

Más y más abajo.

Toco con el pie el lecho del río y cojo impulso para subir hacia la superficie; de forma un tanto inconsciente, sé que no debería volver a saltar. Pero también sé que lo haré.

Cojo aire cuando saco la cabeza del agua y nado hacia el acantilado, subiendo a las rocas una vez más. Y otra vez. Y otra.

Es como una metáfora de mi relación con Ethan. Las cosquillas en la tripa al lanzarme, al caer, caer...; la confusión del «durante»; la forma de hundirme, la pesadez al tener que separarnos.

Salgo chorreando agua, con el pelo en los ojos y los dedos de los pies aún hipersensibles a pesar de los numerosos saltos.

Bennet y Cress charlan y se ríen. Ford camina por las piedras calientes dando saltitos e Ethan va a buscar mi toalla.

Se acerca a mí en silencio con ella en las manos, estirándola con cuidado, como si se dispusiera a envolverme con ella.

Ford se la quita y, con una sonrisa enorme, me la pone alrededor de los hombros.

Me molesta.

Y, a la vez, qué alivio.



HORAS MÁS TARDE, REGRESAMOS A CASA. YO ME QUEDO RECOGIENDO LA MANTA DEL PÍCNIC E Ethan también se queda atrás; sacude su toalla, se la pone alrededor del cuello y me espera.

Caminamos despacio por el jardín, sin apenas hablar. Debería decirle que no puedo seguir «saltando» así.

Sí, debería...

—Ethan...

—¿Fin?

El desgarrador sonido de alguien llorando acapara de golpe toda nuestra atención. Intercambiamos miradas preocupadas y seguimos los sollozos hasta la valla, donde nos encontramos a Elinor apoyada en la mesa de jardín, con la cabeza entre los brazos. Los espasmos de su espalda evidencian lo fuerte que llora. Pasamos la verja con sigilo y nos acercamos a ella. No creo que hayamos visto llorar a Elinor jamás.

Cuando nos oye, levanta la vista y se seca las lágrimas con la camiseta holgada que lleva puesta.

Cogemos una silla a cada lado de ella y tomamos asiento.

—¿Hay algo en lo que te podamos ayudar, cariño? —le pregunta Ethan.

Su voz es suave y dulce, y me doy cuenta de repente de lo mucho que ha estado actuando desde que llegaron Cress y Ford. Ahora que lo pienso, lo veo con claridad. *Este* es el verdadero Ethan.

Elinor tiene el pelo corto, pero, aun así, le cae sobre los ojos; se lo echa hacia atrás y nos mira.

—Odio crecer.

Hago una mueca y le acaricio la espalda.

—Es un momento difícil.

—Nadie lo entiende —dice Elinor, ahogándose con sus propias palabras—. No soy como ellos.

—No tienes que ser como ellos, tienes que intentar ser tú —le dice Ethan, que al instante cierra los ojos como si interiorizara sus propias palabras.

—Es difícil ser yo en este cuerpo —lo dice en un susurro y yo me quedo inmóvil; noto que Ethan también.

Puedo verlo buscando qué decir, queriendo encontrar una respuesta adecuada, sensible. Yo también tengo miedo de decir algo equivocado.

—Siento que lo estés pasando mal.

Elinor se sorbe la nariz.

—Debería haber sido... Me siento como si fuera...

Escuchamos, esperamos.

Elinor se ríe.

—¿Me...? ¿Me podríais empezar a llamar Noah?

—Por supuesto —decimos Ethan y yo al mismo tiempo.

—¿Podríais..., hum..., usar... *elpronombreélpapareferirosamí*? —pregunta Noah de forma

atropellada. Está temblando.

—Por supuesto que sí, Noah —dice Ethan—. Y que sepas que estamos aquí para lo que necesites.

Noah nos dedica una sonrisa temblorosa. Primero me abraza a mí y luego a Ethan. Sigue llorando, pero ahora también sonríe.

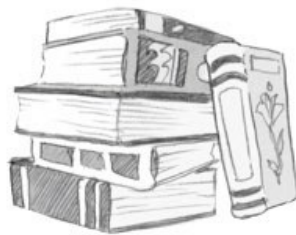
Entonces aparece Zach y coge a su hermano de la mano.

—Te quiero, Noah —le dice, aunque la voz se le quiebra al final—. Mamá y papá también y quieren que los avises cuando estés listo para volver a verlos.

Esa es nuestra señal para marcharnos. Ethan y yo volvemos a casa en silencio. Me saco el móvil del bolsillo y envío a Noah todos los enlaces e información que creo que le pueden ser de ayuda. Termino el mensaje con varios corazones y un: «si necesitas hablar...».

Miro a Ethan. Él me mira a mí. Los dos pensamos lo mismo.

Oh, vivir con libertad en nuestros verdaderos yos.



LLEVO VARIAS NOCHES SIN DORMIR BIEN. QUE BENNET ESTÉ EN LA HABITACIÓN DE ETHAN ES... raro; saber que hay otra persona allí, alguien que no es él...

Se me escapa un bostezo bastante escandaloso. Al otro lado de la mesa de billar, Cress me mira sorprendida; Ford, que está en la estantería, divertido; Bennet con compasión, como si se hubiera dado cuenta de lo cansado que estoy últimamente. Ethan está callado, su expresión ilegible.

Es su turno de tirar, coloca el taco en la mesa y su mirada se desliza sobre el fieltro hacia mí. Falla el tiro.

Me toca; examino la mesa y me coloco bien.

Qué rápido he pasado de la firme decisión de que tengo que dejar de saltar a esta indómita esperanza de que ojalá pudiéramos saltar juntos.

Estoy temblando.

Fallo mi tiro.

Cress entabla conversación con Ethan mientras se prepara para tirar, y yo me apoyo el taco en el pie y, de forma inconsciente, subo y bajo la mano por la punta del palo.

A mi lado, Bennet mira su móvil con el ceño fruncido.

—¿Estás bien?

Se guarda el teléfono en el bolsillo trasero.

—Sí, sí. Pero es que me ha llegado un mensaje para decirme que mi tarjeta regalo no ha sido usada.

—¿Qué tarjeta regalo?

—Una para Lyon —contesta. Lyon es su hermano pequeño—. Su cumpleaños fue a finales de enero.

No dice nada más, pero siento su dolor, mucho y muy profundo.

De fondo, se oye la risa de Julia, que le dice a Tom que a ver si la encuentra; deben de estar jugando al escondite.

El teléfono de Bennet vuelve a sonar y se apresura a comprobarlo. La forma en la que deja caer los hombros lo dice todo.

—Es uno de mis clientes.

—Por cierto, ¿cómo te va siendo editor?

Se acerca a la mesa de billar, es su turno.

—No sé si va a funcionar. De momento solo tengo dos clientes.

—No te rindas tan pronto. Acabas de empezar, necesitas tiempo para crearte una reputación. Estoy seguro de que lo harás. *Kia kaha* —le digo. «Sigue así».

Por un momento, mis palabras me transportan a cuando tenía quince años y me dieron la nota del último examen de Lengua que había hecho. Me senté frente a mi escritorio y arranqué todas las páginas del cuaderno. Ethan hizo rodar mi silla, se arrodilló ante mí y, clavando sus ojos en los míos con solemnidad, dijo: «Vale, no has aprobado, ¿y qué? Eso no quiere decir que no puedas ser escritor. Lo serás. *Kia kaha*».

—¡Acabo de tener una idea estupenda! —La voz animada de Cress me hace volver al presente.

Está dando saltitos cerca de Ethan. Bennet me da las gracias por los ánimos; Ford sigue al lado de la estantería, escuchando todo de forma disimulada.

—¡Deberías hacer una fiesta de inauguración! —continúa Cress.

Ethan hace un ruidito de asentimiento, pensativo.

—Una fiesta temática. Será divertido.

—¿Vendrías todos? —pregunta Ethan, mirándome.

Cress y Ford están dentrísimo.

—Podríamos celebrarla este sábado. Hay tiempo más que suficiente para avisar a todos tus amigos.

Vacilo.

—No lo sé. Es la última noche de Bennet...

—Cuenta conmigo —dice Bennet—. Me encanta lo de la fiesta temática, como un baile de

disfraces clásico.

—Uy, sí, un baile clásico. Suena fenomenal. —Cress chasquea los dedos—. Nos pondremos de gala, llevaremos máscaras y tomaremos mimosas. Suena perfecto.

La mirada de Ethan busca la mía de forma disimulada y es como volver a tirarme desde el acantilado al río de nuevo. La última vez que fuimos a una fiesta de máscaras fue la primera y única vez que nos besamos.

—Máscaras —la palabra se me escapa, como si me la arrancaran de lo más profundo de mi ser.

—¡Y mimosas! —Dice Cress—. ¿Quién se apunta?



—TU PADRASTRO NO PARECE SABER QUE TÚ Y BENNET NO ESTÁIS JUNTOS —ME SUSURRA FORD mientras desayunamos.

Aparto la vista de él y miro a Bennet y Tom al otro lado de la mesa. Tom está absorto en la conversación que están teniendo, como lo ha estado en todas las que han tenido durante la semana. Tom aprueba a Bennet. Sus ojos siempre tienen un brillo de diversión cuando está cerca de él.

Me pregunto qué parte de ese brillo es puro y simple alivio.

Mi respuesta consiste en un encogimiento de hombros y Ford suelta un «hum» lleno de curiosidad. Luego, tras una pequeña carcajada, añade:

—Vale, ya lo entiendo. No estáis juntos, pero queréis estarlo.

No le digo que se equivoca. Lo ignoro e intento escuchar la conversación de Tom y Bennet.

—Gracias por dejar que me quede —dice Bennet.

—Eres bienvenido aquí cuando quieras. ¿Sabes qué planes tiene Finley? ¿Crees que se mudará a Wellington?

Bennet me mira con el ceño fruncido, está confundido.

—No estoy seguro de cuáles son sus planes. ¿No te ha dicho nada a ti?

Los ojos de Tom se encuentran con los míos y hay algo triste en su forma de mirarme.

—No demasiado. Me ofrecí a ayudarle con el currículum y las cartas de presentación, pero aún no me ha dicho nada.

Agacho la cabeza y miro mi tostada con huevos escalfados. Cuando la corto, la yema se rompe y se derrama por todas partes, y la verdad es que bien podría ser mi corazón. ¿Cómo puede quererme y odiarme al mismo tiempo? ¡Que elija una y que se quede con esa para siempre!

Como hice yo; decidí aferrarme al «lo odio» y no cambiar de opinión.

El pensamiento me revuelve la tripa, no puedo comer.

¿Soy tan frío con él como él lo es conmigo con respecto al tema de Ethan? ¿Parte de la causa de nuestra relación fragmentada es mi terquedad, mi negativa a aceptarlo?

Echo mi silla hacia atrás y abandono en silencio la animada charla en torno a la mesa del comedor.

Me encuentro con Cress en el vestíbulo. Tiene el teléfono en la mano y sonríe de oreja a oreja. Estoy casi seguro de que estaba hablando con Ethan. Quizá estuvieran ultimando los detalles para la fiesta de esta noche.

Cuando me ve, frunce el ceño.

—¿Estás bien, Fin?

—Sí.

Ella titubea.

—¿Seguro? Ethan viene de camino.

—De verdad, estoy bien.

—Ya, hum..., ¿quieres ver lo que Ford y yo hicimos anoche? —Me coge de la muñeca y me lleva a rastras por la casa. Su habitación huele a perfume, intensificado quizá por el sol que entra a raudales por la ventana abierta. Sobre el escritorio, en la única superficie en la que parece haber sombra, hay cientos de plumas de colores, pequeños cristallitos y minipiedras brillantes.

—Hicimos como una docena de máscaras. Yo me voy a poner esa de la esquina, la de pavo real.

—Es preciosa.

—¿Tú ya tienes una?

He buscado por cada rincón de mi cuarto la máscara veneciana que llevé aquel día, pero, nada, no la encuentro.

—Todavía no.

—Entonces tienes que coger una de estas. Elige la que quieras.

Dudo. ¿Llevar un antifaz hecho por Cress y Ford? No me parece adecuado. Es como aceptarlos, como reconocer su importancia. Como si me alejara de la bifurcación y entrara en... este camino.

—Esta en tonos dorados quedaría impresionante con tu color de piel.

Me insta a que me la pruebe.

Noto su peso en la nariz, me reajusto las correas. El espejo me devuelve mi reflejo; sencillo pero impresionante.

Cress aplaude.

—Te queda increíble. Tienes que ponértela.

—Hum, gracias.

—No me lo agradezcas. Ford la hizo específicamente para ti.

—Ah, ¿sí?

—No paró de hablar de ti en toda la noche. Creo que estaba un poco alicaído porque tuvieras planes con Bennet y no pudieras acompañarnos. —Me pasa un brazo por la cintura y me aprieta contra ella—. Se sentirá halagado cuando te la vea puesta.

Veo su sonrisa en el espejo. Parece tan amable, tan atenta...; pero a mí no me engaña.

—¿Halagado? ¿Por qué?

—Muy halagado. Le gustas, Fin —parece hablar en serio, suena sincera.

—Ya.

—Lo digo en serio.



SUBO CORRIENDO A DEJAR LA MÁSCARA Y ME DETENGO DE GOLPE EN LA PUERTA DE MI CUARTO; Ethan está allí, escribiendo una nota sobre mi escritorio.

—Fin —dice, y deja el bolígrafo—. Ford me acaba de decir que saliste a toda prisa; creyó que habías ido a dar un paseo. No sabía si te vería antes de esta noche; solo he venido a recoger a Cress y a dejarte esto.

Mi máscara veneciana, la que pensé que había perdido.

—Me debí de llevar las dos cuando me fui.

Me acerco y la toco, noto cómo el alivio se me cuela por las yemas de los dedos y me recorre entero.

—He pensado que quizá querrías ponértela esta noche. —Mira el antifaz dorado que cuelga de mi otra mano—. Pero parece que has encontrado otra cosa.

Deja la máscara sobre el escritorio y se levanta a toda prisa. Se hunde más la gorra para cubrir la decepción que cruza por un breve instante su rostro.

—Espera —le digo con suavidad—. La había estado buscando.

«Me estaba poniendo malo por no encontrarla».

—Pues aquí está.

Levanto el nuevo antifaz por el lazo, y este gira y se retuerce por el movimiento.

—Me lo ha dado Cress. Ella y Ford estuvieron haciéndolos ayer.

Levanta su mirada hacia la mía. La esperanza es visible en su expresión durante un breve momento, pero luego desaparece.

—Entonces supongo que será mejor que lleves ese. No quiero herir los sentimientos de nadie.

—Ojalá nos hubiéramos visto hace diez minutos. Le habría dicho que ya tenía uno.

Ethan sonríe. Sus palabras me desgarran.

—Quizá tengas razón y sea mejor que te pongas algo nuevo. Que no te aferres a cosas del pasado.

Se me revuelve el estómago.

Y, sin embargo, aquí está él; ha venido a traerme mi máscara, la que va a juego con la suya. Seguro que esperaba que me la pusiera.

Parece listo para huir. No quiero que lo haga.

—¿Necesitas ayuda para organizar tu casa para la fiesta? —pregunto con voz ronca.

Niega con la cabeza.

—Cress y yo estamos en ello. Solo tenéis que estar allí a las ocho y disfrutar.

—¿Has...? —Me aclaro la garganta y por fin logro soltar la pregunta que he estado conteniendo durante días—: ¿Has pensado en lo que te dijo? ¿En lo de vivir con ella un semestre?

—Yo... No lo sé. —Aparta la mirada—. ¿Y qué pasa contigo y con Ford? Parece que le gustas.

Su voz tiene un filo cortante y me resulta... satisfactorio. Un alivio.

—No sé yo, Eth. Es un excelente actor.

—Es más que actuar.

Me acerco un poco más y bajo la voz.

—Y, si así fuera..., ¿qué pensarías?

El silencio rebota entre nosotros.

—Pues que..., si eres feliz...

Busco su mirada y fuerza una sonrisa.

—¿Y si no lo soy?

Deja salir la respiración que había estado conteniendo. Yo también lo hago.

Nuestro silencio dice demasiado, cosas que no quiero oír. Es como rendirse, como dejar de luchar. La verdad me golpea tan fuerte que hasta me tambaleo.

Eso es lo que quiero.

Luchar.

Que él luche.

Que lo hagamos los dos.

Ha traído mi antifaz, tan cargado de recuerdos...; una parte de Ethan no quiere rendirse. No puede rendirse.

Lo miro a los ojos.

—Yo también quiero que seas feliz.

Se estremece y se acerca más a mí; desgarrado, confuso.

Cress lo llama. Oímos su voz a lo lejos; sus pasos subiendo las escaleras.

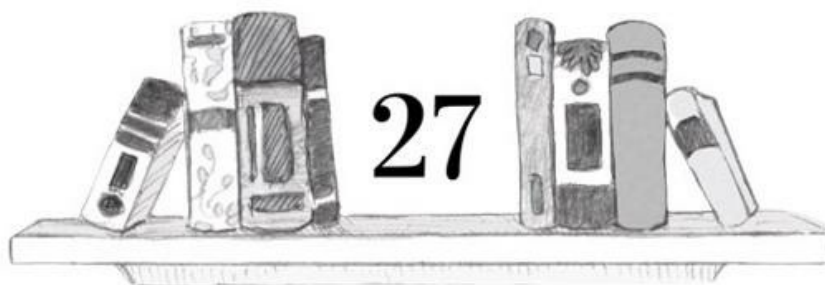
Ethan da un paso atrás. Dejo mi máscara dorada sobre el escritorio y él sale de mi habitación.

Su voz cambia al saludar a Cress; suena alegre, despreocupado, y cierro los ojos hasta que se desvanece.

Tembloroso, me dejo caer en la silla y leo la nota de Ethan: «Fin, espero que te la pongas esta noche».

Observo su letra, tan cuidada y clara; por mí. Para que la entienda bien. La releo una y otra vez. Hace que se me acelere el corazón. Hace que me muera de ganas de estar ya allí.

Hace que tenga esperanza.



«Contigo podría conquistar el mundo; contigo podría coger la luna y sostenerla como si fuera una pequeña moneda de plata».

K. Mansfield, diario

Vamos a casa de Ethan en taxi. Va a haber alcohol de por medio y ninguno quiere ser el que no beba y tenga que llevar al resto. Cress vuelve por la tarde para vestirse y asegurarse de que estamos listos a tiempo; así que cogemos un taxi entre los cuatro, yo voy apretujado en la parte de atrás entre Bennet y Ford mientras ellos hablan sobre escritura y edición.

Al final del trayecto, Bennet está radiante de felicidad. Ford tiene tres novelas cortas y una larga casi terminada que necesitan una buena corrección; además, conoce a un montón de autores a los que les puede hablar de sus servicios; si Bennet quiere, claro. Su entusiasmo y su genuina amabilidad hacen que le sonría mientras nos bajamos del taxi.

Cuando me ve hacerlo, se agarra el pecho como si una simple sonrisa le hubiera robado el corazón.

Pongo los ojos en blanco.

La puerta de Ethan está abierta, se oye la música del interior y los invitados —muy bien vestidos todos— entran y salen de la casa y del jardín, bebiendo champán con zumo de naranja en copas de plástico.

—Chicos, las máscaras —dice Cress, jugueteando con sus plumas, y todos sacamos las nuestras de los bolsillos interiores de nuestras americanas.

—Ay, pero pensé que... —me dice Cress con el ceño fruncido.

Respondo con una mentira piadosa.

—Quería ponerme vuestro antifaz. Pero me apretaba un poco en la nariz y al aflojarlo se me soltó del todo.

Ella lo entiende y asiente mientras entramos en casa de Ethan, al que no veo por ninguna parte, pero la fiesta ya está en pleno apogeo, así que Bennet y yo nos servimos unas mimosas y nos sentamos en el alféizar de una ventana.

—No puedo creer que te vayas mañana.

—Lo sé. Se me ha pasado volando. —Bennet da un sorbo a su bebida— ¿Qué ha pasado esta mañana en el desayuno? Tu padrastro parece pensar que hay posibilidades de que te mudes a Wellington.

Un poco avergonzado, sonrío.

—Puede que piense que eres mi novio. Puede que yo no lo haya sacado de su error.

No puedo explicarlo. Y menos aquí, así. Bennet no presiona; tiene curiosidad, eso sí, se le nota.

—Si decides mudarte —dice—, puedes quedarte conmigo mientras encuentras algo.

Alzo las cejas.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Cuando quieras.

Sonrío. Tener a Bennet de nuevo en mi vida es... bueno. Muy bueno. Me gusta estar con él, es de trato fácil y la conversación fluye de maravilla; como ahora, que me estoy riendo con una historia que me acaba de contar.

Bennet coge mi vaso vacío y se dirige a la cocina. De camino, un tío al que se le nota que está interesado en él lo detiene; yo paso junto a ambos y le guiño un ojo a Bennet. «Está bien. Ya voy yo, diviértete».

Cress se acerca a mí, tanto que me hace cosquillas en el pelo con las plumas de su antifaz.

—Ford dice que quiere *hablar* contigo. Ya sabes —me susurra al oído.

Un escalofrío de pavor me atraviesa el cuerpo ante el énfasis que hace de la palabra «hablar»; le digo que antes necesito otra copa y me pierdo entre la multitud.

Miro por encima del hombro para asegurarme de que Ford no me sigue y salgo del salón. Me choco con un chico alto muy agradable que se presenta como Brandon. Hablamos durante un minuto sobre cuál es su relación con Ethan. Guardo silencio unos instantes mientras pienso en qué más charla banal puedo ofrecer, pero entonces siento algo en mi interior que me obliga a girarme y a mirar hacia el pasillo.

Ethan. Está hablando con alguien; y, como si él también se sintiera compelido por algo, levanta la vista.

Pierdo el hilo de mi conversación con Brandon mientras me sumerjo en un juego de miradas con él; su máscara enmarca sus ojos de forma espectacular, todo en él se ilumina cuando se ríe.

Un poco después, el amigo de Ethan se aleja y Brandon va tras él con un educado «ahora vuelvo».

Ethan se aparta de la pared y camina hacia mí. Tiene los ojos clavados en mi máscara veneciana y noto su mirada en cada centímetro de mi piel. Me estremezco.

—¿Qué te parece mi casa? —me pregunta.

—Me he fijado en el suelo de madera, en las grandes vidrieras y en las claraboyas del techo. Pero, por ahora, no he visto nada más.

—¿Quieres que te enseñe el resto?

Trago saliva. Asiento.

Él también traga con dificultad.

Con cautela, enlaza su dedo al mío y el mero contacto hace que pierda el equilibrio; una sensación de vértigo me recorre el cuerpo. Me tropiezo al seguirlo y me río.

Abre una puerta tras otra: habitación de invitados —es pequeña, cree que como despacho funcionaría mejor—, cuarto de baño, cuarto de la colada, armario para sábanas y toallas. Si sigues el pasillo y giras, vuelves a la cocina y, frente a ella...

—El dormitorio principal —dice y abre la puerta con cuidado.

Cuando entro está todo oscuro y el único punto donde nos tocamos parece zumbar todavía más.

—¿Duermes con la puerta abierta y la luz del pasillo encendida? —susurro.

Se ríe entre dientes.

—Tengo una lamparita de noche.

Algo se mueve en la cama de matrimonio que hay en una esquina de la habitación.

—¿Ethan? —es la voz de Cress.

Ella se incorpora y nosotros nos soltamos a la velocidad de la luz.

—¿Cress?

—Lo siento —murmura—. Un idiota que iba medio pedo me ha dado un golpe en la cara con uno de los armaritos de la cocina.

Ahora que mis ojos ya se han adaptado a la oscuridad, puedo verla con más claridad: se ha quitado la máscara y tiene una bolsa de hielo en la cara.

—Pensé que no te importaría que descansara aquí un rato.

Ethan se apresura hacia ella.

—¿Estás bien? —Enciende la luz de la mesilla, es muy tenue, y se arrodilla ante Cress para ver cómo está.

Noto un peso oprimiéndome el pecho. Quiero decirle que está bien, que no le pasa nada, y mandarla de vuelta a la fiesta. Quiero salir corriendo y ahogar mi frustración en diez mimosas.

Me siento a su lado, le doy unas palmaditas en la mano y le pregunto si necesita algo.

—Descansar un poco —me contesta. Luego mira a Ethan—. No te importa que esté en tu cama, ¿verdad?

Sí, sí, claro que le importa.

—No, en absoluto.

Me pongo en pie.

—Yo..., hum..., traeré un poco de agua.

Salgo de la habitación en cuestión de segundos y me mezclo entre los invitados, desesperado por llegar a la puerta principal y pedir un taxi.

Estoy escribiendo un mensaje de disculpa a Bennet cuando me doy de bruces con una cascada de pelo rojo.

—¡Fin! —María me echa los brazos al cuello y me da un beso en cada mejilla—. Su antifaz choca contra el mío—. Por fin veo a alguien que conozco. Quédate conmigo.

—¿Dónde está Rush?

—Aparcando el coche. Espero que no muy lejos, el regalo de inauguración que le hemos traído a Ethan pesa un montón.

Engancha un brazo alrededor del mío y me lleva hacia las bebidas.

—¿Qué se siente al estar prometida? —pregunto, observando con atención sus reacciones.

Se ríe.

—Me encanta ser el centro de atención. Es todo muy halagador.

—Espero de corazón que seáis muy felices.

—¿Por qué no íbamos a serlo? Tenemos todo lo que podríamos necesitar.

—¿Amor?

Ella titubea.

—Eso también.

—Es una buena persona, María —le digo en voz baja—. Espero que entre los dos logréis que funcione.

Ella se enerva.

—¿Qué se supone que significa eso? Llevo con Rush desde el instituto. Lo nuestro va en serio. He firmado hasta un acuerdo prenupcial a petición de sus padres. Así de en serio voy.

—Muy bien, vale.

—¿Sabes, Fin? No eres nada bueno conmigo, siempre me estás juzgando. Ah, mira, ahí está Ford. ¡Ford! —Ella lo llama con la mano y yo me escabullo en la dirección opuesta.

Rush entra en esos momentos por la puerta principal sosteniendo a duras penas un árbol en una enorme maceta. Lo ayudo a llevarlo a la habitación de invitados.

—Es precioso.

Rush parece satisfecho.

—Espero que a Ethan le guste.

—Le gustará. Ah, he visto a María; hace un momento estaba en la cocina.

Su sonrisa se desvanece y asiente.

—¿Estás bien?

Elude la pregunta y se limita a decir:

—No pasa nada. Todo irá bien.

Se dirige a buscar a su prometida y yo salgo por fin de la casa y me siento aliviado al encontrarme fuera con Bennet. Está sentado a un lado del porche, bebiendo y disfrutando de los tonos violetas del cielo, cada vez más oscuro. Me siento a su lado.

—¿Qué pasó con el chico de antes?

—Lo llamó su novia.

—Oh.

—No me gustan los chicos complicados. Ni los que están en el armario; gracias, pero no.
Desvió la mirada.

—No estoy seguro de que siempre podamos elegir.

—¿Estás bien, Fin? —me pregunta con voz suave—. Me da la sensación de que me estoy perdiendo algo.

Abro la boca y la vuelvo a cerrar.

—Estoy... Estoy bien. No pasa nada.

Levanta una ceja y me da una palmada en el hombro.

—No tienes por qué contármelo. Pero si alguna vez quieres hablar con alguien...

Asiento con la cabeza y él se excusa para ir al baño. Desaparece por la puerta justo cuando aparece Ford.

Ford me sonríe como si acabara de encontrar su juguete favorito.

Me aterra, pero él se sienta a mi lado y malinterpreta mi aprensión.

—Estás triste porque Bennet se va.

Nada más lejos de la realidad.

Me pasa un brazo por los hombros.

—En la vida nos llevamos muchas decepciones, sobre todo cuando esperamos demasiado. Pero una semana sin él y verás que vuelves a estar bien. —Levanta ambas manos—. Puede que la felicidad se nos escape, pero estamos diseñados para encontrarla de nuevo.

—¿Tú crees? —digo en tono monocorde y sin entusiasmo.

Pega sus labios a mi sien, por encima del lazo del antifaz, su aliento con un deje de alcohol recorre mi mejilla.

—Si el primer chico no es el correcto, busca un segundo. El hombre adecuado está en algún sitio —me dice, y luego hipa.

Lo empujo y lo aparto de mí.

—Estás borracho.

—Borracho de vida.

—Borracho de alcohol.

Sube y baja las cejas.

—Borracho de amor. —Me coge la mano y se la lleva al pecho—. Llevo toda la noche esperando estar a solas contigo. Dios mío, estás tan bueno...

—Elige a cualquier otra persona de la fiesta, anda. Tu hermana tiene a Ethan para ella sola. No necesitas distraerme.

Me mira boquiabierto y me da un golpecito en la nariz con el dedo.

—Se suponía que me ibas a decir que yo también estoy bueno.

—Tu aspecto es irrelevante.

—Esperaba que, quizá, no sé, yo también te gustara a ti.

—Y me gustas.

—No, gustarte de verdad. Gustarte en serio. Como tú me gustas a mí.

—Pero si yo soy un juego para ti, Ford.

—No... —Hace una pausa—. Lo eras. Al principio. Pero ya no lo eres. Me gustas de verdad. Niego con la cabeza y me río.

—¿Qué? Me gustas mucho.

Sigo riéndome.

—Te lo demostraré.

—Ya.

Ford me pone las manos en las mejillas y me planta un beso en los labios.

—Esto es de verdad, Fin. Me estoy enamorando de ti. Y estoy seguro de que al menos una parte de ti también se está enamorando de mí.

Un movimiento en la puerta llama mi atención y alzo la vista para ver a Ethan congelado en el umbral. No nos está mirando, pero sé que lo hacía hace unos segundos; se lo noto en lo rígido que está; en lo mucho que aprieta la mandíbula.

Se vuelve a meter en su casa y yo me pongo en pie de un salto.

—No tenemos nada, Ford. ¡Nada! —le digo.

—Pero podríamos tenerlo.

—No me gustan los chicos que juegan con los sentimientos de la gente.

—Esta vez no estoy jugando, te lo prometo.

—No me lo creo.

—Te convenceré —dice con mucho dramatismo detrás de mí—. Te bajaré la luna si es necesario.

Lo dejo en el porche como un alma en pena. Diga lo que diga, sé que se le pasará en cuanto se cruce con la próxima persona que le resulte atractiva.

Entro en la casa y veo a Ethan, pero Rush frustra mis planes, llevándoselo hacia la terraza acristalada.

—¡Es un peral! —le dice—. Pensé que así te llevarías un poco de Mansfield contigo y podrías hacer de esta casa un verdadero hogar.

—Me parece mucho pedirle a un árbol —murmura Ethan.

Él está dentro, a un lado de la puerta; yo al otro, fuera.

—¿Perdona? —dice Rush.

—He dicho que es un árbol precioso. Gracias.

—¿Puedo pedirte consejo sobre una cosa?

Supongo que Ethan asiente, porque Rush continúa.

—¿Crees que, si se lo pidiera, Fin accedería a ser mi padrino de boda?

Hay tanta esperanza en su tono que es casi doloroso. No creo que lo conozca lo suficiente como para ser el padrino de su boda, pero que no tenga nadie más a quien pedirselo...

Ethan siente lo mismo que yo, lo noto en su voz.

—Estoy seguro de que sí.

—Bien. Excelente. Fin es un buen tío.

—El mejor.

—Apuesto a que algún día hará muy feliz a alguien. Tal vez a ese tal Ford. Parecían llevarse muy bien en mi fiesta de compromiso.

Ethan guarda silencio.

—Bien. —Rush da una palmada—. Vamos a tomar una copa.

Me escondo cuando salen de la terraza acristalada. Rush va tan contento y, detrás de él, camina Ethan, sombrío.

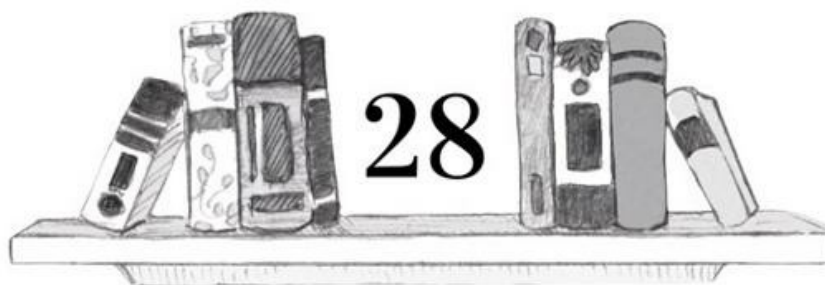
No puedo más con esta fiesta. Necesito... Necesito ir a casa. Necesito... mi hogar.

Llamo a un taxi.

Le mando un mensaje a Ethan ya de camino:

Fue él quien me besó, Eth.





«... De repente te invade una sensación de felicidad —de absoluta felicidad—, como si te acabaras de tragar una parte del precioso sol del atardecer y ahora te ardiera en el pecho, enviando chispas de luz a cada parte de tu ser, a cada partícula, a las puntas de los dedos de las manos, a las de los pies...».

K. Mansfield, Felicidad

Me escabullo con sigilo por la casa y subo a la azotea. Sigo llevando la máscara, me gusta sentir su peso sobre el puente de la nariz. Si cierro los ojos puedo sentir a Ethan a mi lado.

«—Me gusta cuando hablas te reo.

—¿Sí?

—*K-ka rata ahau i a koe.*».

Me obligo a salir del recuerdo, abro los ojos y me agarro a la barandilla.

Un taxi se detiene frente a la casa. Espero ver a Cress y Ford. Pero pasan los segundos y quien aparece es... Ethan.

Se detiene en el camino de entrada y se yergue. Luego levanta la vista. Su mirada se clava en la azotea, en mí. El tiempo se detiene. O tal vez es mi respiración. Ambas cosas.

Ethan clava los ojos en mí. Yo en él.

Empieza a andar de nuevo.

Sus pasos se comen el camino hasta que desaparece de mi vista. Se mueve en silencio hacia el interior y, aunque no lo veo, siento su presencia quemando las escaleras que lo llevarán hasta aquí arriba.

La puerta del torreón se cierra tras él con un sonido quedo; se detiene, respira con dificultad, la incertidumbre es más que evidente en su postura. Me zumba la piel, me escucho el pulso en los oídos. Las zapatillas me hacen cosquillas en los pies. Yo tampoco estoy seguro de lo que viene a continuación. Es aterrador. Excitante.

—¿Tu fiesta...?

—Dejé a Rush a cargo de todo.

Nos separan unos metros; Ethan recorre la mitad de la distancia y se detiene. El suelo cruje

bajo sus pies, como animándolo a acercarse. Otro paso.

Todavía lleva la máscara; como yo.

—Has venido.

—Te has ido.

Estudia cada centímetro de mi cara, tratando de leerme. Lo hace con cautela. Con intensidad.

—¿Y Cress?

Sus ojos se fijan en los míos.

—Está bien. Durmiendo.

—Eso no es lo que... No me refería a eso.

Se queda callado y luego:

—¿Y Ford?

—Ford es... divertido. Pero no me tomo en serio nada de lo que dice. Es muy excesivo en todo lo que hace y se pasa con las insinuaciones sexuales, pero no hay nada detrás.

Ethan exhala; su aliento me acaricia la mandíbula.

—¿Por qué estás aquí? —susurro.

Mira por encima de mi hombro, a lo lejos, a la grandiosidad que es Mansfield. Cuando habla, su voz también es un susurro:

—Tengo miedo. Quiero dormir contigo.

—Tienes una lamparita de noche.

Me mira y se une a mí en la barandilla.

—Hay algo que me da mucho más miedo que la oscuridad, Fin.

Las estrellas resplandecen en el cielo y la luz de la luna tiñe los árboles de tonos plateados. Es una imagen preciosa, digna de un cuadro; y los suaves murmullos de la noche contienen más sosiego que cualquier música relajante.

Durante un breve instante, existe la idea de perfección. Aquí, en este lugar y este momento, no hay confusión ni tristeza.

Sé lo que me deparará el resto de la noche.

Absorbemos la magnitud de nuestro hogar en silencio hasta que Ethan se estremece ante una ráfaga de aire frío.

Cubro su mano con la mía y espero a que enlace nuestros dedos. Lo hace, y siento el pulso de ambos en la piel mientras lo llevo a mi dormitorio.

Nos desnudamos. Las camisas, los pantalones, la ropa interior..., todo cae al suelo entre nosotros.

Ethan tiembla y yo le tiendo la mano y engancho mi dedo alrededor del suyo, como antes; ese punto es nuestro nexo de unión. Y, a través de él, lo siento todo, como un rugido en mi interior: percibo su anhelo, su deseo, su miedo. Los míos.

Muevo el dedo, muy poco, un mero deslizamiento de piel contra piel.

Nos quedamos así, acostumbrándonos a los escalofríos que nos recorren el cuerpo. Estamos

aquí. Él y yo. Dos ríos corriendo hacia el abismo que nos separa.

—Ethan —susurro.

—¿Fin? —me responde él también en un susurro.

—Yo también tengo miedo.

Camina hacia atrás, su dedo tirando con suavidad del mío. Me muevo con él y trago saliva cuando nos tumbamos en mi cama. Ethan se pone de lado; yo hago lo mismo, me pongo de cara a él. El silencio nos rodea, las sábanas están frías, las almohadas mullidas. Nos miramos a través de las sombras, como hemos hecho miles de veces antes.

Los dos la tenemos durísima, tanto que duele, pero es algo secundario en esos momentos; cada segundo que pasa es puro placer, es esperanza. Lleva una mano a mi jade, que me cae por el pecho hacia el colchón, cerca del corazón. Es un contacto íntimo, poderoso; como si estuviera impregnando la piedra —a mí— con el recuerdo de este instante.

No dice nada. No necesita hacerlo.

Trazo las venas de su mano con los dedos.

Él deja la piedra, el contacto con mi piel, y lleva la mano a mi mejilla. Posa el pulgar en mis labios y le beso la punta.

Me mira la boca, me la acaricia con el dedo y avanza unos centímetros hacia mí. Me encuentro con él a mitad de camino. Nuestros labios apenas se rozan. Nos respiramos el uno al otro, sentimos los latidos de nuestros corazones.

Siento toda la casa.

Las fotos en nuestras paredes. A mi madre, Tom y Julia en el piso de abajo. A la señora Norris correteando tras una araña.

Siento nuestra conexión.

La presión de sus labios contra los míos. Nuestros jadeos. La urgencia de nuestros cuerpos colisionando.

No podemos parar quietos mientras nos besamos, rodamos uno encima del otro, nos recorremos con las manos, no dejamos ni un centímetro de piel sin tocar, lo siento en cada músculo y tendón, hasta en el de Aquiles. Sus dedos son cuidadosos, exploradores, maravillosamente firmes y rítmicos donde necesito que lo sean.

Hay susurros.

«Eres tan precioso...».

«Quiero...».

«¿Puedo...?».

Se oye el chasquido de un tapón siendo abierto, la presión de mis dedos, su respiración entrecortada. Me rodea con los brazos. Deslizo la punta lubricada de mi polla contra él.

Abre las piernas en un gesto de rendición. Nuestras miradas se encuentran, nuestras narices chocan. Su respiración y la mía se convierten en un gemido y un jadeo cuando me empujo dentro de él.

Me detengo y enlazo una mano con la suya, que tiembla. Siento como se contrae a mi alrededor. Su interior es cálido y estrecho.

«¿Estás...?».

«Continúa».

Pongo los ojos en blanco del placer. Le digo entre susurros lo increíble que es sentirlo así, cuánto hace que sueño con estar tan dentro de él. Me acaricia el pelo, me lo pone detrás de la oreja. «Siempre has estado muy dentro de mí», me susurra.

Me tiembla el alma. Cuando me muevo en su interior, trato de demostrarle que siento lo mismo, que él está muy dentro de mí también. Y algún día espero que sea literal; es una promesa.

Me agarra con fuerza, aprieta las manos contra mi espalda. Levanta la cabeza y nuestros labios se encuentran.

Él deslizándome su lengua en mi boca, yo deslizándome dentro de él.

Gime y mueve las caderas ante mis embestidas. La tiene dura otra vez; la punta deja un rastro húmedo sobre mi abdomen.

Cambio el ángulo.

Lo noto palpar en mi mano. Mis dedos están cada vez más resbaladizos.

Me gruñe al oído, su respiración caliente me hace cosquillas en el cuello.

Acelero mis embestidas, estoy al borde, a punto de caer.

Se contrae a mi alrededor, aún más duro en mi mano.

Un «Fin» susurrado contra mi mandíbula.

Precipitarse al vacío, caer en picado, llegar, chocar, fusionarse.

Nos quedamos muy juntos, tratando de recuperar el aliento.

No quiero salir de su interior. Él tampoco quiere. Ambos sentimos la pérdida cuando eso ocurre.

Lo beso de nuevo, despacio, como en un sueño. Él sonríe. Me abraza fuerte y me da la vuelta. Se ríe en mi clavícula y su aliento se desliza por mi piel y me hace cosquillas en la axila. Gime, perdido en lo que acabamos de hacer, y yo busco sus dedos y los entrelazo con los míos. Las palmas de nuestras manos se tocan y nos estremecemos.

Cuando no podemos soportar más lo pegajosos que estamos, nos duchamos y compartimos mil besos mientras el agua caliente cae sobre nosotros.

Luego nos acurrucamos en la cama; muy cerca, con las mantas hasta las orejas, y tejemos un capullo a nuestro alrededor con nuestros suaves susurros.

«¿Puedes quedarte esta noche?».

«¿Puedo quedarme todas las noches?».

«¿Puedes repetirlo por la mañana?».

«¿Puedes mudarte conmigo?».

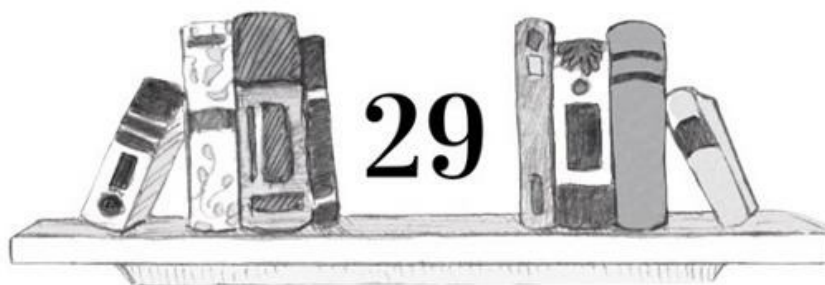
«¿Podemos decirles a mi madre y a Tom la verdad?».

«¿Podemos hacerlo juntos?».

«¿Podemos huir, si...?».

«¿Pueden detenernos?».

Estas preguntas y reflexiones se me agolpan en la cabeza, son mis nuevas compañeras de viaje mientras sueño que no me separo de Ethan y me paso toda la noche haciendo planes de futuro con él.



«La noche de ayer la pasé en sus brazos y esta noche la odio; lo que en el fondo significa que la adoro; que no puedo tumbarme en mi cama sin sentir la magia de su cuerpo. He sentido más eso que llaman «impulso sexual» con ella que con cualquier hombre. Me fascina, me cautiva y la venero; su cuerpo, a toda ella».

K. Mansfield, diario

No recuerdo en qué escalón nos hemos dejado de coger la mano. No recuerdo quién ha soltado a quién. Lo único que sé es que, cuando entramos en la cocina, donde mi madre sujeta a Julia mientras prepara la masa para las tortitas y Tom sirve el café, ya no nos tocamos.

—Ethan —dice Tom, sorprendido—. Llegas temprano.

Mi madre levanta la vista y nos mira con intensidad. No parece sorprendida.

Anoche parecía tan simple... Haríamos de tripas corazón y tragaríamos con lo que fuera.

Julia se escapa del agarre de mi madre y grita nuestros nombres, feliz. Sus zapatitos golpean las baldosas mientras corre hacia Ethan con los brazos en alto, rogando en silencio que la coja.

Él palidece y le da unas palmaditas en la cabeza.

Ella sigue con los brazos alzados, insistente.

Tengo el estómago en la garganta.

«¿Cómo va a ser amor si le hago elegir de esta forma?»

Tom entrecierra los ojos. Hay algo en ellos, rechazo, quizá. Como si lo adivinara, como si no quisiera oír lo que tenemos que decir. Como si se negara a hacerlo.

Hay movimiento detrás de nosotros, alguien cerca de la puerta.

—¿Y bien?

Mi madre le coge la mano y la aprieta.

—Puede que les resulte difícil, Tom. Dale un momento.

La tensión aumenta entre nosotros. Va a explotar en cualquier momento.

—Efin —gimotea Julia.

«Cógela ya, por Dios».

Ethan está petrificado.

Yo he empezado a sangrar por dentro; y a odiar a Ethan, pero igual que me odio a mí mismo por no mantenerme firme y fiel a nosotros.

Ethan me mira, una ráfaga de dolor le relampaguea en la cara. Niega con la cabeza, un leve movimiento que dice mucho.

«Ojalá pudiera...».

«Sí, ojalá».

«No puedo estar cerca de ti».

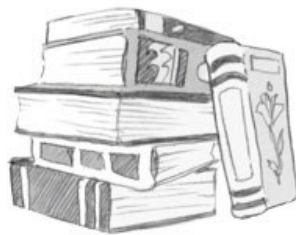
«Te echaré de menos».

«Llevamos echándonos de menos desde que nos conocimos. Siempre supimos que lo nuestro no podía ser».

«¿Qué es esto? ¿Un “hasta luego”?».

«No. Es un adiós».

—Bennet me ha ofrecido una habitación en su casa.



NOS HACEN QUEDARNOS A DESAYUNAR Y LES SEGUIMOS EL JUEGO, INTERPRETANDO NUESTROS papeles a la perfección.

Cress, Ford y Bennet también se unen a nosotros, confundidos por la presencia de Ethan, sobre todo Cress; al fin y al cabo, es ella quien se ha despertado en una casa vacía.

Ford me lanza miraditas de reojo y Bennet, sentado a mi lado, se inclina hacia mí y me dice que puedo mudarme a Wellington cuando quiera.

—Gracias.

—No hay de qué.

Tom hace un brindis por el cambio. Por las alegrías que espera que nos depare el futuro. Le pregunta a Cress si puede tocar algo en el arpa y una delicada música llena el ambiente, notas que se interponen entre Ethan y yo; cada una de ellas nos aleja más y más.

Él tendrá a Cress.

Yo tendré a Bennet.

Ford no deja de mirarme y, en cuanto tiene ocasión, me agarra, me arrastra hasta el vestíbulo y tira de mí escaleras arriba. Está tan ansioso que me tropiezo con un escalón.

Antes de que me caiga, Ethan aparece y me agarra; mira a Ford con el ceño fruncido.

Ford se ríe.

—¿No eres demasiado protector con tu hermanito pequeño?

—Mi *hermanastro*.

Algo parpadea en la cara de Ford y se me eriza el vello de la nuca. Me libero del agarre de Ethan, a pesar de que temo que este pueda ser el último contacto entre nosotros. Él maldice en voz baja y dice que necesita algo del piso de arriba.

Cuando se marcha, Ford me arrincona contra las estanterías del rellano, junto a una balda de libros de Katherine Mansfield.

—¿Ethan y tú...? ¿La obra de teatro...? —me pregunta en voz baja.

—No.

Abre los ojos de par en par. No me cree.

—Ya.

—No hay nada entre nosotros.

Él asiente.

—Por eso te vas.

No digo nada.

Él tampoco.

Me aclaro la garganta y me preparo para su mofa.

—¿Acaso importa? —le pregunto.

Ladea la cabeza.

—Nunca se trató de Bennet...

Le doy un empujón en el pecho y me alejo de él.

—Tengo que hacer las maletas.

—No me importa —me dice.

Miro hacia atrás y veo que me está mirando fijamente, serio.

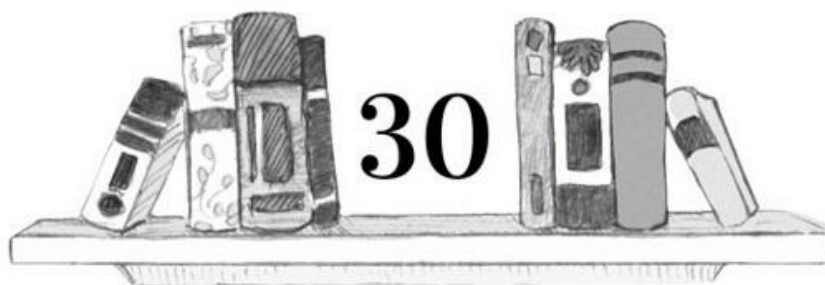
—Lo que dije anoche era de verdad —continúa—. Nunca había conocido a alguien como tú. Hay algo mágico en ti. Hay mucho más en ti de lo que se ve a primera vista, mucho más de lo que jamás podría haber imaginado. ¿Y qué si te enamoraste de la persona equivocada? Hay tiempo de sobra para que te enamores de la correcta.

—Me mudo.

—Siempre he querido conocer bien la capital. Iré a verte. —Salta los tres escalones que nos separan, sus ojos verdes centellean, brillantes—. Te traeré de vuelta.

PARTE III

Abandonando Mansfield



«Le parecía que nunca antes había sabido cómo era la noche».

K. Mansfield, Su primer baile

Me quedo mirando la casa adosada frente a mí; está sin pintar, y el césped del jardín delantero, descuidado. Un enorme *pohutukawa* tapa el sol del atardecer; la brisa hace que sus flores se agiten y cientos de agujas rojas me lluevan sobre la cabeza. Bennet se adelanta, abre la puerta y me espera apoyado en el marco.

Agarro el asa de la maleta que he venido arrastrando desde la parada del autobús.

Pues ya está. Aquí estamos.

El primer día de mi nueva vida.

Es como volver a tener quince años y llegar a Mansfield; revivo la lucha de entonces, lo que odié mudarme, a Tom, a nuestra nueva familia. Me siento insignificante, atrapado.

¿Cuándo se ha vuelto Mansfield tan importante para mí? ¿Cuándo se ha convertido en algo tan necesario como para llegar a temer que el resto de mi vida se vea empequeñecido por el tiempo que he pasado allí?

Bennet me espera con una colorida camisa de mariposas que es puro contraste contra el azul descolorido de la puerta.

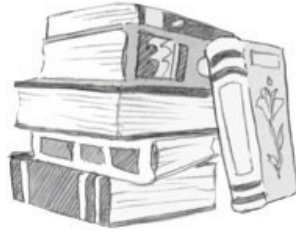
Este es el chico que tanto me dolió dejar en el pasado; el hombre al que la vida me ha traído de nuevo. Se supone que debería de sentirme diferente; se supone que volver al principio es catártico. Así es como funciona en los libros, ¿no? El viaje personal del protagonista trata de eso, de aprender una lección, de encontrar la paz y poder vivir feliz durante el resto de su vida.

—Tienes cara de querer volver a casa —dice Bennet con tono dulce.

—Me llevará un tiempo adaptarme.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Se me hace un nudo en la garganta ante su generosidad. El peso que siento en el pecho hace que sea imposible dedicarle una sonrisa; me cuesta. Y es injusto para él.



VIVIR CON BENNET ES DIFERENTE. SIEMPRE COLORIDO Y ATREVIDO; EN SU FORMA DE VESTIR Y EN sus opiniones. No le importa lo que piensen los demás, vive su vida con la cabeza bien alta, ignorando a quien se atreva a burlarse de él.

Es todo lo que Ethan y yo siempre hemos deseado ser.

Los días se convierten en semanas, en una lenta sucesión de eventos sin importancia.

Hago entrevistas de trabajo, pero no pongo el alma en ninguna de ellas y termino volviendo a mi pequeña habitación encima de la de Bennet a dictar historias con finales felices.

Paso tanto tiempo en mi cuarto que Bennet ha empezado a subir a pasar el rato conmigo. Se sienta en mi cama con su portátil y edita las novelas eróticas de Ford mientras yo trabajo en las transcripciones de mis historias y hago mis propias correcciones, tecleando con mucho cuidado de no equivocarme. Me duelen los hombros de la tensión acumulada.

Bennet se estira, se levanta de la cama y abre la ventana. Una fresca brisa irrumpe en la habitación renovando el aire por primera vez en horas.

Mira por encima de mi hombro hacia mi pantalla.

—¿Qué escribes?

—Un poco de todo. Excepto tragedia. Que sean las plumas de otros las que sangren tristeza.

Se ríe.

—¿Podría leer algo?

Hago una pausa. Hasta ahora, mis historias han languidecido en una carpeta en un cajón de mi escritorio. La única persona que ha visto alguna de ellas es Ethan. Siempre me he sentido seguro compartiendo mis palabras con él, por muy crudas que fueran. Él las leía, me animaba, me indicaba con delicadeza y mucho tacto dónde podía mejorar.

¿Cómo vería Bennet mi trabajo?

Es un editor de verdad. Podría ser como volver al colegio de nuevo. Notar la esperanza revoloteándome en la tripa solo para terminar ahogándome en la devastación de un mar de tinta roja.

El miedo es paralizante.

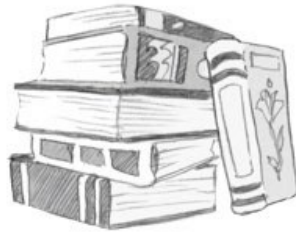
Le doy vueltas a una frase, intento hacerla más consistente, mejor. Pero Bennet sigue mirándome y creo que lo único que estoy haciendo es empeorar el texto.

Me sonrojo.

Podría decir que no. Bennet lo entendería.

Pero... el miedo nos impidió a Ethan y a mí admitir la verdad; se llevó la parte más importante de mí, y no puedo dejar que se lleve el resto. Necesito vivir esta parte de mi vida de verdad.

—Te..., hum..., enviaré algo por correo electrónico.



ES MÁS DE MEDIANOCHE Y BENNET SIGUE LEYENDO MI HISTORIA. LO OIGO TECLEAR EN EL portátil cada dos minutos.

No paro de dar vueltas en la cama. No consigo dormirme.

Por la mañana, mientras tomamos café —nuestro mejor amigo en esos momentos—, Bennet se apoya en la encimera de su pequeña cocina y me mira por encima de su taza con un gesto extraño.

—¿Qué?

—Lo que he leído...

Envuelvo mi taza caliente con una mano, me aferro a ella.

—Tienes que seguir escribiendo.

Levanto la cabeza.

—¿En serio?

—Me encantaría ser tu editor, si alguna vez decides publicar.

—¿Crees que es publicable?

Me mira con intensidad.

—Sí, Fin, por supuesto que lo creo. ¿Nadie te ha dicho nunca lo bueno que eres?

Es como si el suelo se hundiera de repente bajo mis pies; por un momento me siento ingrátido, mareado. Luego vuelve a su solidez normal y un dolor tremendo me atraviesa el pecho.

—Ethan.

—Tu *hermanastro*.

Noto un hormigueo en la nuca ante el tono.

—¿Por qué lo dices así?

Bennet le da un sorbo a su café.

—Su nombre sale a relucir casi en cada conversación. Cada vez que te manda un mensaje apenas le echas un vistazo y, sin embargo, sigues mirando el teléfono como si quisieras que enviara más. Y con lo apresurada que fue tu salida de Port Rātapu... No sé, es la única conclusión a la que he podido llegar.

—Yo... miro el móvil tan a menudo porque mi madre me envía todos los días una foto de Julia.

—No pasa nada, Fin —dice con voz suave—. No estoy en contra de que sientas algo por él. Solo lamento que no haya funcionado.

Es entonces cuando todo lo que he estado tratando de suprimir sale a la superficie.

Ha sido escuchar una palabra amable y las lágrimas me han empezado a arder en los ojos. Me pica tanto la garganta que es como si no hubiera bebido agua en semanas.

Bennet deja su taza, luego la mía, y me abraza.

—Es sábado —me susurra—. ¿Qué te parece si le echamos un chorrito de Baileys a nuestros cafés?

Un poco achispados, vamos al jardín trasero y nos dejamos caer en unas tumbonas. Nuestra vista consiste en un cielo nublado, un césped bastante crecido y un tendedero con sábanas y paños de cocina amarillos. El aire trae hasta nosotros el aroma salado del mar.

Aquí no huele a río.

—Tuve miedo. No podía obligarlo a elegir entre su hermana pequeña y yo.

—Pero te gustaría que te hubiera elegido de todos modos.

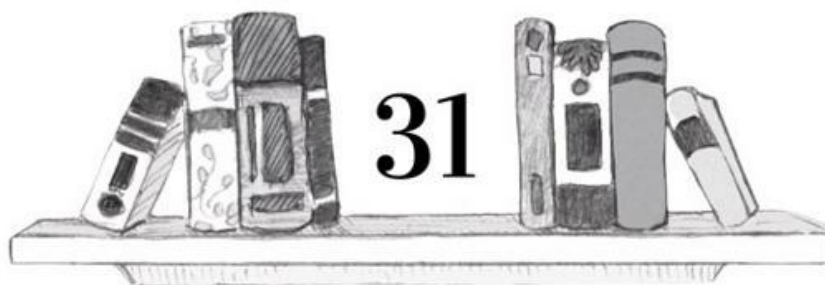
Inclino la cabeza y bajo la vista hacia mi taza. El suspiro que se me escapa agita el café y lo hace ondular hasta casi desbordarse. Cuántas ondas ha provocado Ethan en mi vida.

—Es verdad y es terrible.

Bennet bebe.

La superficie de mi taza ya se ha aquietado. Me estremezco y vuelvo a soplar. Guardo silencio; él también.

Bennet sangra por el hermano al que no se le permite conocer; yo por el hermano al que no se me permite tener.



«Hasta ahora había estado oscuro, silencioso, bonito muy a menudo —ya lo creo que sí— pero también triste, en cierto modo».

K. Mansfield, *Su primer baile*

Me sobresalto al oír el alegre tono de llamada de mi móvil. Se me acelera el pulso y maldigo mientras lo busco entre los bolsillos de la mochila. A punto estoy de romper la cremallera por las prisas.

En la pantalla aparece el nombre de «Tom»; me dejo caer en la silla.

Creía que sería Ethan...

Espero que mi voz no transmita la decepción que me embarga.

—Hola.

—Hola, Finley. Solo quería saber qué tal estás.

Parpadeo. No es que Tom no me haya preguntado miles de veces cómo estoy, pero nunca se había molestado en llamarme para hacerlo.

—Vamos, que quieres saber si ya tengo trabajo, ¿no?

Tom se queda callado unos instantes.

—Quiero saber cómo estás. Comprobar si necesitas algo. Por supuesto que me alegrará saber cualquier cosa relacionada con el trabajo, pero no es el motivo de mi llamada.

Frunzo el ceño.

—Todavía no tengo trabajo, pero tengo otras tres entrevistas esta semana. Contratos de treinta horas.

—¿Treinta horas?

—Sí, el sueldo está bastante bien. Suficiente para cubrir la comida, el alquiler, gastos y seguros varios; incluso un poco más. También me permitiría empezar a publicar mis historias.

—Ya veo.

Lo dice en voz baja, pero intuyo que no le entusiasma del todo la idea. Igual que no le entusiasma que Ethan quiera enseñar a niños de preescolar.

La línea crepita.

—¿He sido demasiado duro contigo e Ethan?

Se me escapa una carcajada, pero la sofoco de inmediato.

—Explícamelo, Finley —dice Tom—. Estoy intentando entender en qué me he equivocado para que ni tú ni Ethan me hayáis llamado ni una sola vez desde que os fuisteis de Mansfield. Llamáis a Maata, pero nunca a mí.

—¿Ethan no te ha llamado?

—No. Y diría que hasta me ha estado evitando. Solo viene a ver a Julia cuando yo no estoy. Cada vez es más evidente. Y... duele.

Oh.

—Así que quiero analizar en qué me he equivocado. Dónde he metido la pata como padre.

—¿Y me lo preguntas a mí?

—Siempre has sido muy sincero con respecto a tus sentimientos. He pensado que no te resultaría difícil decirme con honestidad lo que piensas de mí.

—¿Por dónde empiezo?

—Ya veo.

Cierro los ojos.

—Lo que quiero decir es que da la sensación de que siempre has querido que Ethan se convierta en un «hombre de verdad». No se le permite disfrazarse y jugar a que es una princesa, no se le permite llorar, no se le permite querer ser profesor.

Tom escucha en silencio mientras le menciono al detalle ejemplos concretos y, al final, se aclara la garganta.

—Tomo nota.

—Su sueño es trabajar con niños.

—Nunca fue mi intención destruir esos sueños. Solo quería que ambos tuvierais una educación que os garantizara cierta independencia económica; que supierais que las decisiones que tomáis en la vida tienen consecuencias.

Asiento con la cabeza, aunque sé que no me ve.

—Ethan es inteligente y precavido, Tom. Brillará haga lo que haga.

—Tú también, Finley.

Agarro el teléfono con fuerza. Esta es la última conversación que esperaba tener con Tom. No estoy seguro de cómo me siento al respecto; cómo debo manejarlo.

—Hum, vale... Tengo que dejarte.

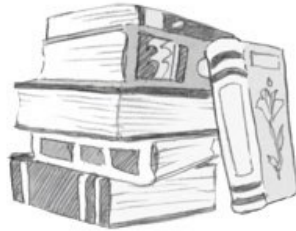
—Bien —dice Tom—. Que tengas una buena semana. Quizá, no sé, ¿puedas llamarme algún día?

Cuando colgamos, me quedo mirando el teléfono un rato.

Le escribo un mensaje a Ethan:

¿Estás evitando a tu padre? ¿Por qué?

El «por qué» quizá es demasiado; es como volver a saltar.
Lo borro.



—YA HE ATERRIZADO. QUIERO HACER UNA VISITA AL TE PAPA, VEÁMONOS ALLÍ.

Parpadeo con la vista fija en la pantalla de mi portátil y las palabras en las que he estado trabajando toda la mañana empiezan a bailar.

—Perdona, ¿qué?

—Suenas sin aliento, ¿es por la sorpresa? —La voz de Ford adquiere un tono ronco cuando añade—: ¿Me has echado de menos?

—Tienes una confianza en ti mismo asombrosa, Ford.

—Es parte de mi encanto.

—Estoy ocupado.

—Puedo esperar.

—¿Tienes dónde quedarte?

—Ah, bueno, esperaba que...

—¡Ford!

—Solo me voy a quedar una noche.

—No es mi casa.

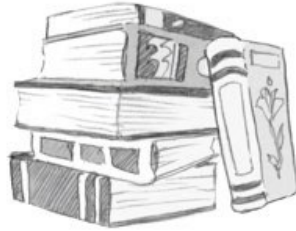
—Me alegra oírte decir eso, porque tu casa te está esperando en Port Rātapu. —Antes de que me dé tiempo a decir ni media palabra, se apresura a añadir—: Llamaré a Bennet. Además, quiero invitarlo a cenar para agradecerle el increíble trabajo de edición que me ha hecho.

—Ford...

—*Vaaale*. Reservaré una habitación de hotel. Mi visita no tiene segundas intenciones, de verdad. Solo quiero que te encuentres conmigo en el Te Papa, te des cuenta de cuánto me has echado de menos y me digas que volverás conmigo.

Niego con la cabeza, pero la tripa me da saltitos. Estoy hambriento de información. De información real. Los mensajes de Ethan son cada vez más vagos, y el *selfie* con Cress (sonriendo ambos) que he visto en Facebook ha hecho que las tres últimas noches casi ni pueda dormir.

—Dame una hora.



DEAMBULAMOS POR LAS EXPOSICIONES DEL MUSEO, FINGIENDO MIRAR Y LEER, CUANDO AMBOS queremos otras respuestas.

—¿Cómo está tu hermana? —pregunto fingiendo indiferencia mientras miro una pantalla con información sobre el museo.

Ford es rápido asestando el golpe.

—Se está quedando conmigo en una casa que he alquilado. Ethan se está tomando su tiempo para organizar las cosas y que Cress pueda mudarse con él.

Noto un resquicio de esperanza y el mero hecho duele.

—Ah, ¿sí?

—Ajá, pero me he ofrecido a alquilar una furgoneta para llevar una cama el próximo fin de semana, así que ya no tendrá excusa.

Me quedo callado.

—Se llevan muy bien. Mejor incluso desde que... —Ford no dice más.

Desde que me fui. Ya.

—¿Y tú? —dice cambiando de tema de forma apresurada—. Ya llevas aquí un mes.

Le dedico una pequeña sonrisa.

—Han pasado cuatro semanas desde que dejé Mansfield.

Ford suelta una carcajada.

—Pues eso, más o menos un mes.

Cuando cada día parece el triple de largo resulta fácil entender la diferencia.

—Sé que estás huyendo de... ciertas personas —dice Ford—, pero Port Rātapu es lo bastante grande como para evitarlo sin problema.

Miro hacia un grupo de niños que están apiñados alrededor de una piedra verde gigante y la acarician con sus pequeñas manos. Siento la mía en el pecho, su forma grabada en la piel, en el corazón.

Mi interior ruge de lo mucho que echo de menos a mi madre y a Julia.

—¿No eras tú quien hace solo unos meses decías que no sabías qué hacer en una ciudad tan

pequeña? —le pregunto con una ceja arqueada.

—Lo pintoresco que es todo me ha calado muy hondo. —Me guiña un ojo—. O quizá ha sido la compañía.

Me río entre dientes.

Ford me coge la mano, se saca algo del bolsillo y me lo pone en la palma. Siento el tacto frío del objeto cuando me dobla los dedos sobre él. Es liso, con partes dentadas; es fácil adivinar de qué se trata: una llave.

—Es el lugar perfecto para nosotros. Tiene dos dormitorios, así que no tienes que dormir conmigo desde el principio si no quieres, aunque la oferta está ahí, que conste. Cuando creas que estás listo, tienes un hogar al que volver.

Abro la mano y miro la llave mientras Ford me habla de las vistas y me cuenta las particularidades de la casa. «A veces la puerta principal se atasca y hay que entrar por la de atrás», me dice. «Y está en la otra punta de la ciudad, al otro lado de la universidad. Lejos de... Vamos, que no creo que os encontréis. Yo puedo ir a ver a Cress por mi cuenta. O que ella venga a visitarnos a nosotros».

Voy a vomitar.

No quiero ver a Cress y saber que está viviendo con Ethan.

Pero tener otra fuente de información que no sea mi madre... Alguien que me pueda decir cómo está Ethan; porque puede que para mí sea duro hablar con él, pero poder saber cómo le va, asegurarme por duplicado de que está bien, de que es feliz...

Ford espera a que le responda, me mira con sus ojos verdes brillantes y llenos de esperanza.

—Si aceptara esa habitación, si dijera que sí a compartir piso, no significaría que...

No espera a que termine; me coge de la mano y tira de mí hacia él, riéndose.

—Primer paso de mi malvado plan para robarte el corazón: ¡cumplido!

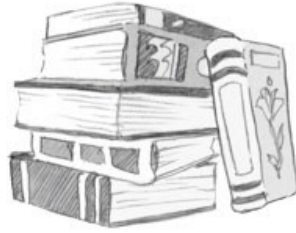
Está tan feliz, tan contento, que su alegría se me contagia. Es una sensación agradable y repentina, y, durante el resto del día, puedo imaginar cómo sería estar con él; tan enérgico y seguro de sí mismo.

Durante el resto del día, no me disgusta la idea.

Durante el resto del día, pienso en ello.

Y, después de cenar, cuando entra en el salón de Bennet para dormir en su sofá, cuando me coge de la mano y me atrae hacia él, cuando me pregunta si puede besarme...

Le digo que sí.



POR LA MAÑANA, ESCONDO LA CABEZA EN LA ALMOHADA Y GIMOTEO.

En el aeropuerto, tengo un nudo tan grande en el estómago que me impide hasta respirar. Antes de que Ford se dirija a seguridad, lo invito a un café. Nos quedamos de pie cerca de su puerta de embarque.

—Respecto a lo de anoche... —le suelto.

La sonrisa de Ford es gigantesca, lo que hace que mis náuseas empeoren.

Niego con la cabeza.

—Fue una equivocación por mi parte, no debí hacerlo.

—A mí no me pareció nada equivocado, estuvo muy bien.

Bajo la cabeza.

—Ford, necesito dejar esto claro. Tú y yo... no vamos a estar juntos nunca.

—Anoche...

—Anoche cerré los ojos. No era a ti a quien besaba.

Por primera vez desde que lo conozco, no tiene nada que decir. Se frota la nuca y la decepción lo envuelve como una nube gris. Nunca imaginé que le importara tanto. Sus ojos verdes se llenan de lágrimas. Pero es su forma de borrar cualquier sentimiento de su cara en cuestión de segundos lo que más me impresiona.

La culpa y la vergüenza me queman la piel.

—Lo siento, Ford. Espero... que podamos ser amigos.

Asiente con la cabeza. Varias veces.

Una voz familiar grita nuestros nombres y nos giramos hacia María, que viene hacia nosotros arrastrando una maleta. La luz del sol que entra por los ventanales hace resaltar su pelo rojo como si tuviera una especie de halo.

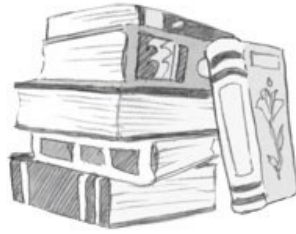
—¡El mundo es un pañuelo! —Se ríe, y se da cuenta de que solo Ford lleva equipaje.

—¿Qué haces en Wellington? —le pregunto.

—He venido a ver a una diseñadora de vestidos de novia. —Mira a Ford—. ¿Vas en el vuelo directo que sale dentro de veinte minutos?

Ford maldice dándose cuenta de lo tarde que es y deja su café.

—Tengo que irme —me dice sin mirarme a los ojos antes de despedirse e irse a toda prisa, zigzagueando entre la multitud hacia la cola de embarque.



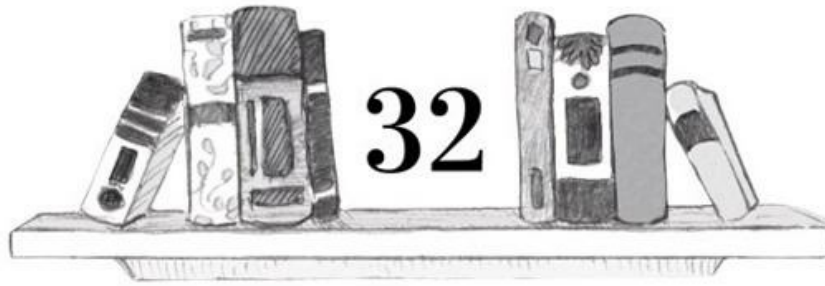
ESA NOCHE, SENTADOS EN EL SOFÁ, BENNET ME DA UNAS PALMADITAS EN EL DORSO DE LA MANO.

—Bueno, al menos has aprendido algo de su visita.

—¿Que soy un rompecorazones sin alma?

—Que no puedes ignorar la llamada. —Sonríe y se encoge de hombros ante lo inevitable—.

Al final, volverás.

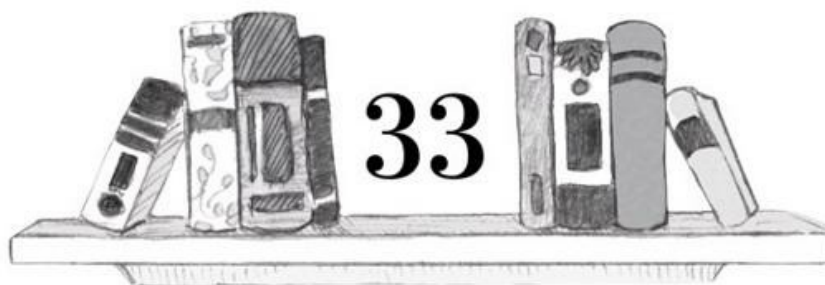


«Gravedad».

K. Mansfield, Su primer baile

O curre el viernes siguiente por la noche.
Me llama, está histérico.
—No puedo, no puedo, no puedo.
—Eth, Eth...
—Está en cuidados intensivos.

Su sollozo me resuena en los oídos tiempo después de colgar. Hago las maletas y cojo el primer vuelo.



«Y ya nunca volverá a ser como antes».

K. Mansfield, Su primer baile

Voy en taxi al hospital y atravieso las puertas principales corriendo. Las líneas de colores de las paredes se desdibujan mientras intento encontrar la sala correcta.

UCI.

Un ataque al corazón. Otro ataque al corazón que amenaza a mi familia.

Me vibra el móvil, un mensaje de Ethan:

Nos han mandado a casa. Dicen que esta noche no pueden decírnos nada más. ¿Nos vemos mañana en el hospital?

No es suficiente. Busco a una enfermera. Me ahogo al intentar expresar lo que quiero. Verlo. Quiero verlo. Saber que está bien. «¿Por qué no me dejáis ver a mi familia, miserables de mierda?!».

«Tranquilízate, Fin».

Dejo caer la maleta en la silla en la que me indican que me sienta. Hace un estrépito contra el plástico y el silencio que sigue parece tan vacío como mi pecho. No entiendo por qué hay horas de visita cuando quizá no le queden horas suficientes.

Mi madre y yo nunca tuvimos la oportunidad de despedirnos de papá, pero ahora... Ahora hay posibilidad de hacerlo y no se me permite aprovecharla.

Me desplomo junto a mi maleta y agarro el teléfono con fuerza.

Recuerdo la llamada llena de angustia de Tom y la culpa hace que mis lágrimas fluyan sin control. Se suponía que iba a llamarlo algún día. No lo hice.

El aire huele a desinfectante, a sábanas de algodón recién lavadas y a las lágrimas de mi familia.

No sé a dónde ir. No quiero despertar a mi madre y a Julia, tienen que coger fuerzas para mañana. Pero necesito hablar con alguien.

Cojo un taxi hasta casa de Ethan, pero no me bajo. Las luces de dentro están apagadas y me

lo imagino mirando al techo, incapaz de dormir. Quiero entrar, consolarlo. Que él me consuele a mí. Pero estoy descontrolado, sintiendo a flor de piel, no me veo capaz de controlar mis impulsos. Duele demasiado. Necesito a alguien que me reconforte, pero a quien no pueda fallar, no me siento con fuerza en estos momentos.

Le mando un mensaje a Ford.

Cuando llego a su casa, todavía no lo ha leído. Estará durmiendo; espero que no le importe que lo despierte, dadas las circunstancias.

La fachada de la casa está envuelta en penumbra; el porche me produce sensación de frío tras los espesos arbustos. No debe de haber ningún sensor de movimiento, porque la luz no se enciende con mi presencia. El timbre no funciona. Llamo a la puerta y, al no obtener respuesta, busco en los bolsillos la llave que me dio Ford. Lo decía en serio, lo de que sería bienvenido en su casa; parecía sincero. En el tiempo que pasó en Wellington me demostró que no estaba actuando.

La llave se atasca en la cerradura, tal y como me dijo, así que me adentro más en las sombras y rodeo la casa hacia la parte trasera.

Un sonido capta mi atención, un chirrido rítmico.

Reduzco la velocidad hasta detenerme. Las cortinas están cerradas, la ventana abierta y, a través de un pequeño hueco veo el resplandor de la habitación.

Un suave gemido femenino, seguido de una serie de gruñidos.

Me quedo muy quieto. Vale, Ford ha seguido adelante. Bien. Ha sido rápido, pero... así es él, ¿no?

Me apoyo contra la pared exterior y el frío se me filtra a través de la ropa. Me río en silencio.

Los gemidos van *in crescendo*.

—Sí, sí, sí.

«¡No, no, no!».

Noto el estómago en la garganta. Conozco esa voz. Reconocería la voz de María en cualquier parte.

Pues va a ser que el discurso de Ford de «nunca cruzo la línea» era falso.

Y yo había empezado a creerle.

Hay tantas desgracias en el mundo, tanta pena... Y ellos tienen que añadir más mierda a todo y derribar los pilares de la familia que Rush cree que está construyendo.

Terminan mientras espero mi tercer taxi de la noche.

Me suena el teléfono.

—¿Fin? ¿Estás bien?

Es Ford. Aprieto la mandíbula.

«Finley. Los rompehogares no tienen derecho a usar mi apodo».

De repente tengo quince años y el mismo pensamiento cruza mi mente mientras fulmino a Tom con la mirada.

Qué enfadado estaba. Qué cabezota era.

La pena me trepa hasta el pecho y, a la vez, me explota en las plantas de los pies. Debería odiar a Ford por lo que le está haciendo a Rush.

Sin embargo, lo odio por hacerme ver de qué forma convertí a Tom en el villano de mi historia.

Tom, que no engaña a mi madre. Tom, que siempre ha dicho que estaba ahí para mí en caso de que lo necesitara. Tom, que nunca miente sobre lo que siente.

Cuelgo el teléfono y mando un mensaje a Tom. Se me nubla la vista mientras escribo. Espero que llegue a leerlo.

Nunca pensé que le diría algo así. Pero ahora quiero hacerlo.

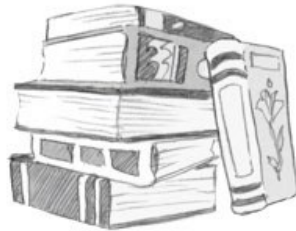
Las palabras parecen tan pequeñas, tan nimias, una lágrima en la enormidad de un río que debería haber estado lleno de ellas.

«Te quiero».

Llega el taxi.

Me subo en la parte de atrás.

—¿A dónde?



MANSFIELD ES UNA SILUETA OSCURA CONTRA EL CIELO VIOLÁCEO DE LA NOCHE.

Ethan está aquí. Su coche está aparcado enfrente. Se me eriza la piel.

El dolor insoportable que he sentido antes se ha atenuado con la conmoción, con el arrepentimiento. Avanzo en silencio por el camino de entrada.

Miro hacia la azotea con la esperanza de verlo. Pero un movimiento a mi izquierda hace que desvíe la mirada hacia los perales.

Ethan está subido al árbol, de pie sobre el tronco, en una bifurcación entre dos ramas. Está diciendo algo, pero no va dirigido a mí. Aunque tiene que haber oído llegar el taxi, tiene que saber que estoy aquí.

Su voz suena estrangulada.

—Señora Norris, baja de una puñetera vez.

La señora Norris suelta un maullido atormentado en respuesta.

Ethan se estremece; las hojas tiemblan bajo la luz de la luna; una pera cae sobre la hierba. No puedo creer que se me ocurriera ir a otro sitio que no fuera él.

—Eth.

Está llorando, pero intenta ahogar sus sollozos.

Por un momento parece que se va a caer del árbol, suelto la maleta y me lanzo hacia él.

«—¿Y ya está? ¿Así acaba?

—¡Ni de lejos! Porque esta princesa no solo quiere salvarse a sí misma. Mira por encima del hombro del príncipe, más allá de donde este está y ve a un jovencito atrapado en un árbol. El chico está pidiendo a gritos que alguien lo ayude.».

Empiezo a trepar por el árbol, las ramas y las hojas me rozan la cara, se me enganchan en la ropa. Tengo demasiada prisa. Me resbalo, pero logro fijar el pie en una rama más baja y sigo subiendo.

La señora Norris suelta otro maullido desesperado.

El rostro de Ethan está empapado en lágrimas; todo su cuerpo se estremece por el llanto, sus ojos miran hacia arriba en una súplica silenciosa...

Asiento con la cabeza. Subo más alto. Trepo un poco, me paro, me equilibro y sigo subiendo.

La señora Norris tiene una uña atascada en una rama. Me bufa cuando, al acercarme a ella, me apoyo en una rama y esta se balancea, zarandeándonos a ambos.

—Mírame, señora Norris.

La gata maúlla.

—Sé que tenemos una relación un tanto... competitiva, pero quiero ayudarte, ¿vale?

Otro maullido, esta vez más tranquilo.

En un equilibrio precario, llego hasta ella y la agarro con firmeza.

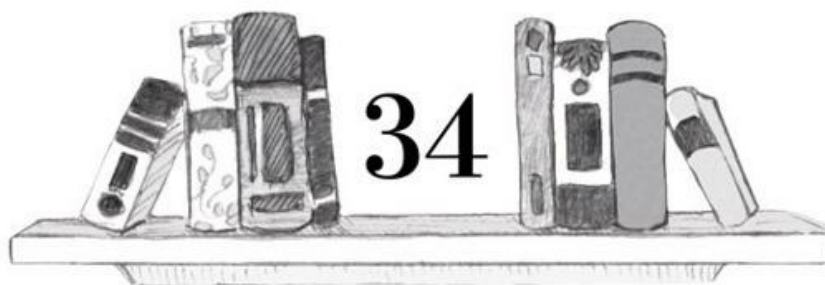
—Deja que te baje; mañana si quieres vuelves a odiarme.

Le desengancho las uñas y me la llevo al pecho. Forcejea y me araña el brazo; la sujeto con fuerza hasta que puedo soltarla sin peligro. Cae sobre la hierba y se escabulle a toda prisa.

Las hojas siguen temblando.

—Gracias —me dice Ethan antes de limpiarse la cara con la manga.

Primero le agarro los dedos, se los aprieto; luego paso una mano bajo la calidez de su brazo y me pego a él, abrazándolo con fuerza, con mucha fuerza. Me agarro al tronco del árbol a su espalda y me acerco aún más si cabe. Mi cuerpo absorbe sus sollozos silenciosos.



«Se había abierto y brillaba de forma deslumbrante».

K. Mansfield, Su primer baile

Viene a mi habitación más tarde.

—No puedo dormir.

«Yo tampoco».

—Sé que...

Bajo las mantas para que se meta en la cama.

Suspira y se deja caer a mi lado. Su pecho desnudo brilla bajo la luz de la luna que entra por la ventana. No hay nada sexual en la forma en la que está tumbado. Está agotado, incluso levantar la sábana para cubrirse parece demasiado.

Durante largos segundos no decimos nada, pero nuestras respiraciones entrecortadas dan la sensación de que estamos a punto de romper el silencio todo el rato.

Se pone de lado. Sus dedos suaves me tocan el brazo.

—Te ha arañado.

—Mañana le cambiaré la comida húmeda por agua.

Se ríe entre dientes, pero se detiene de golpe. Maldice.

Le pongo un dedo en los labios.

—Puedes estar triste por él y reírte. No pasa nada.

—Apenas lo he visitado desde que te fuiste. Cada vez que lo veía... Por primera vez en mi vida, sentí que lo odiaba.

Contrae el gesto y su pecho se hincha de lo profundo que respira. Le paso la mano por el costado y la llevo hasta la cicatriz de su cadera.

—Somos un caleidoscopio de emociones contradictorias, Ethan. Puedes odiar a alguien y, al mismo tiempo, seguir queriéndolo.

—No quiero que se muera. No quiero que sus últimos recuerdos sean de mí ignorándolo.

—Y no lo serán.

—¿Cómo lo sabes?

Cierro los ojos. No puedo explicar por qué estoy tan seguro, pero lo intento de todos modos:

—Yo, por ejemplo, nunca me permito recordar las cosas buenas de Tom.

Ethan frunce el ceño y yo le acaricio la cicatriz con el pulgar.

—Escogemos los recuerdos que queremos para apoyar la narrativa que vivimos. —Trago saliva—. No puedo tener a la persona a la que quiero, así que necesito a alguien a quien odiar. Me centro en todo lo que ha dicho y hecho que apoya mi teoría de que él es el malo. —Miro a Ethan a los ojos—. Y no es que sea del todo justo.

Ethan está callado, esperando a que explique a dónde quiero llegar.

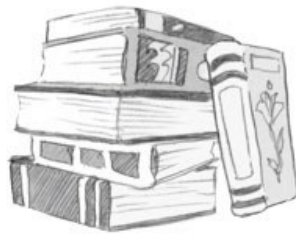
Intento explicarme, me cuesta.

—Es como... Recuerdo el día que te caíste, recuerdo ponerte mi camiseta y sostenerla contra tu herida. Te recuerdo calmándome. Y, en ese recuerdo, siempre dejo fuera a Tom. Pero la verdad es que oyó mi grito, vino y te llevo en brazos la media hora que había hasta el aparcamiento. Y lo hizo corriendo. Luego condujo hasta el hospital y, cuando te estaban dando puntos, cuando él y yo estábamos en la sala de espera, no paraba de temblar. La cuestión es que tu padre es un tío listo. No perderá el tiempo con recuerdos en los que heriste sus sentimientos. Hay demasiados en los que le haces sonreír, haces que esté orgulloso y le haces feliz.

La respiración de Ethan tiembla sobre mi mandíbula.

—Gracias por venir tan rápido, Fin.

Le cojo la mano y la aprieto contra mi pecho; el latido de mi corazón palpita entre nosotros.



EN LA INDULGENTE LUZ AMARILLA DEL AMANECER, SUBIMOS A LA AZOTEA. YA NOS HEMOS duchado y estamos listos para irnos, esperando a que mi madre esté preparada y Noah venga a cuidar de Julia.

Ethan hace girar su gorra de béisbol alrededor de un dedo, con la mirada perdida en las hileras de árboles que se extienden hasta el río.

—Me dijeron que Ford fue a verte a Wellington.

—Sí.

—¿Consiguió... lo que fue a buscar?

—Sí pero no.

Deja de mover la gorra.

—¿Sí pero no?

—Lo besé. Pero... no pude. Y yo...

—No pasa nada. —Salva la pequeña distancia que nos separa y pone una mano junto a la mía sobre la barandilla. Me arde la piel donde nos tocamos—. Yo también te he echado de menos.

Lo miro. Él me mira a mí.

«¿Cómo me lees siempre tan bien?»

«Acordamos hace mucho que eres transparente».

«Ah, es cierto. Finley Price: emocional y dramático».

«Y es maravilloso».

«Tú ahora también estás siendo muy transparente».

«¿Tú crees?».

«¿Cómo si no íbamos a estar teniendo esta conversación en silencio?».

Ethan sonríe.

La curva de sus labios, a pesar de ser leve, es muy potente, amplificada por los vastos cielos que nos rodean y los kilómetros de paisaje aún envuelto en sombras.

No puedo creer que alguna vez jurara que no aceptaría a Ethan, que no me caería bien. No puedo creer que alguna vez odiara estar en Mansfield.

Mi corazón le pertenece a él y a este lugar.

Una ráfaga de aire húmedo se me pega a la piel mientras la mirada de Ethan me sigue recorriendo la cara con una expresión tan abierta, tan cálida.

Me acerco a él. Le apoyo la cabeza en el hombro y él me rodea con los brazos. Se le cae la gorra, que aterriza a nuestros pies, pero ninguno de los dos se preocupa por recogerla.

Su respiración me hace cosquillas en el pelo y una sensación de ingravidez me empieza a crecer en el ombligo.

Me aferro a sus hombros y echo la cabeza hacia atrás para mirarlo.

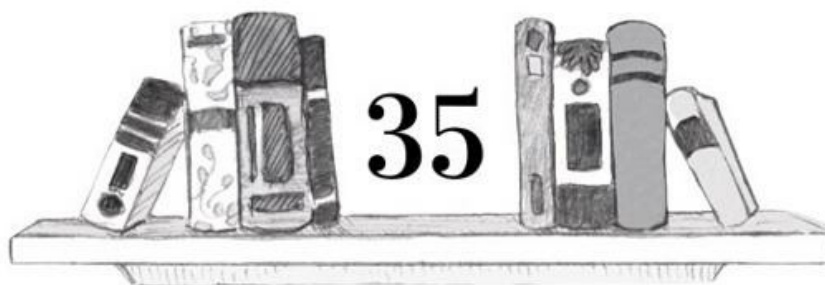
Está sonrojado, le brilla el pelo; acerca la nariz a la mía, la acaricia. Dios, ese hoyuelo que tiene en la barbilla es adorable.

«Su padre está en el hospital. No es el momento de preguntarse qué mierda estamos haciendo».

Nos separamos en silencio. Vemos desde arriba cómo Noah entra por la puerta del jardín trasero. Me dirijo al torreón para bajar y es entonces cuando Ethan habla. Lo hace en voz baja. Una pequeña gota que ondea en el agua para después calmarse.

—*Kei te aroha ahau ki a koe.*

«Te quiero».



«¡Arriesga! ¡Arriesga lo que sea! No te preocupes más por las opiniones de otros, por esas voces ajenas. Haz aquello que más miedo te da, sé fiel a ti mismo. Afronta la verdad».

K. Mansfield, diario

Vamos al hospital. Me doy cuenta de que Ethan no ha traído la gorra. Es lo único en lo que puedo concentrarme para hacer más llevadera la espera.

No paramos de caminar de un lado a otro; abrazamos a mamá; nos erguimos cada vez que aparece una enfermera; nos encogemos en nuestros asientos de plástico cuando pasan de largo.

—Ethan.

Mi madre y yo miramos a Cress, que aparece en la puerta con flores. Se las da a mi madre y abraza a Ethan.

—Dios, lo siento mucho. ¿Hay algo que pueda hacer?

Ethan le da dinero y la manda a por café para todos.

Cuando vuelve, cogemos los vasos y bebemos; nos quemamos los labios; seguimos bebiendo.

El médico sale y habla con mi madre. La situación de Tom es inestable. Necesitará cirugía.

Ella llora. Pero yo estoy ahí. Ethan está ahí. Y los tres nos abrazamos fuerte.

En media hora podremos verlo.

Los minutos son dolorosos. Interminables.

Cress se engancha al brazo de Ethan y camina con él por la lúgubre sala de espera.

—Todo irá bien. Ya lo verás —le dice.

Cuando Ethan la deja para ir al baño, ella se acerca a mí, que estoy sentado en la última fila de sillas, cerca del pasillo. Ambos observamos cómo la figura de Ethan desaparece tras una esquina.

Se sienta a mi lado; de mala gana, me vuelvo hacia ella.

Me mira a los ojos y hace una mueca. Cuando habla, es en voz baja:

—Siento lo de Ford. Dice que lo viste en una posición un tanto comprometida.

No sé si me importa lo suficiente el tema como para hablar de ello en esos momentos. Me encojo de hombros.

—Lo que siente por ti es de verdad. Pero estaba disgustado. Creyó que ya no tenía ninguna posibilidad contigo. Cometió un error.

Dado que hacía una semana que se había ido de Wellington, imagino que cometió el error en cuestión unas cuantas veces.

—Ella está prometida, Cress. Y él lo sabe.

—Estoy segura de que solo estaba echando una canita al aire antes de atarse del todo.

La miro boquiabierto.

—¿Y Rush es consciente de ello?

Cress guarda silencio durante un momento. No el tiempo suficiente, a mi parecer.

—Estoy segura de que Ford y tú podéis arreglarlo.

—En estos momentos, Ford no está entre mis prioridades más urgentes.

Ella asiente, mostrando cierta empatía.

—Todo saldrá bien.

—Podría morir, Cress.

Suspira.

—Eso sería muy triste, sí. Espero que no ocurra. Pero si sucede... Ethan y tú sois fuertes. Seréis unos hermanos excelentes para Julia, y sin duda heredaréis algo, lo que ayudará a vuestros futuros. Ethan podría dedicarse a dar clase, y tú a escribir. Seréis libres para vivir vuestros sueños.

«Libres para estar juntos».

Las náuseas me trepan por la garganta.

—Es nuestro padre, Cress. «Todo saldrá bien» solo puede significar que sobrevive a esto.

—Solo digo...

—No lo hagas.

Las palabras vienen de detrás de mí.

Ambos nos giramos hacia Ethan, cuyos ojos brillan llenos de dolor.

—Gracias por venir, Cress. Pero creo que deberías irte. Es tiempo para estar en familia.

Ella se sonroja y se levanta.

—Por supuesto. ¿Tienes la llave de nuestra casa? Ford y yo podemos llevar mis cosas mientras estás aquí.

Ethan niega con la cabeza.

—No creo que debamos vivir juntos.

Cress se sorprende, frunce el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Porque estaba tratando de señalar el lado bueno de todo esto?

Ethan está apretando los dientes.

—Esa es una de las razones. No la más importante.

Parece ofendida, herida. No para de parpadear.

—¿Qué significa eso?

Ethan cierra los ojos, angustiado. Apenas ha dormido, su padre lucha por su vida a un pasillo de distancia y no podemos estar allí con él.

—Solo tenemos una vida, y es demasiado corta para no pasarla con la persona de la que uno está enamorado.

Abre los ojos y el aleteo que empieza en mi tripa se me extiende por todo el cuerpo; hasta los dedos de los pies, los de las manos, el trozo de piel de la cadera que ha quedado expuesta donde se me ha subido la camiseta, la nuca, las axilas, las puntas del pelo.

Ni siquiera ver a mi madre girarse hacia nosotros con brusquedad puede detener la sensación.

Ethan también mira a mi madre. Su voz vacila, pero continúa:

—Quiero que Fin se mude conmigo. Siempre he querido que Fin se mudara conmigo.

Cress se queda momentáneamente sin habla.

—Ford dijo... Pensé que estaba bromeando. Sois hermanos.

—*Hermanastros* —decimos Ethan y yo al mismo tiempo.

Pero creo que en esos momentos ya ni me importa la diferencia.

Me levanto y miro a Ethan a los ojos. Es como si nos precipitáramos de nuevo hacia el abismo. Solo que, esta vez, la caída será permanente.

Le acaricio la nuca, le quito una lágrima con el pulgar y lo beso. Ethan tiembla. Yo tiemblo.

No nos soltamos.

—*E kore te aroha e mimiti mōu.* —«Mi amor por ti es infinito».

Cress hace un sonido de asco y nos empuja al salir. No la vemos marcharse, juntamos nuestras frentes.

Nos tensamos cuando mi madre se acerca e Ethan me abraza con más fuerza.

—Te quiero —vuelvo a susurrar.

Me giro y me pongo delante de Ethan, quiero que mi madre lo sepa; si quiere hacerle daño a él, antes tendrá que hacérmelo a mí.

Ella niega con la cabeza.

—¿Crees que no lo sé ya? Eres mi hijo, Ethan es mi hijo. Conozco cada matiz de ambos. Sé que os queréis desde el momento en que llegamos a Mansfield. Esperaba esto. De hecho, esperaba que ocurriera mucho antes.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Este es vuestro viaje, no me corresponde a mí guiaros. Yo estoy aquí para amoldarme a la dirección a la que vosotros os dirijáis.

—¿Tom lo sabe?

—Él también tiene sus sospechas, sí.

Se me hace un nudo en la garganta.

—No le va a gustar, va a...

Nos llaman. Podemos entrar a verlo.

Todo lo demás pasa a un segundo plano.

Una enfermera nos guía por el pasillo hasta su habitación.

—Está muy cansado, puede que esté dormitando todo el rato.

Entramos. Tom yace en la cama, pálido, agotado. Su sonrisa es débil.

Ethan se echa a llorar. Esta vez no puede contener el llanto, lo abrazo y lo llevo a la silla más cercana a la cama.

Mi madre se coloca al otro lado y le besa la frente; le habla en susurros.

Tom busca la mano de Ethan y este se la estrecha.

—Te quiero, papá.

—Yo también te quiero, hijo. Y a ti, Finley.

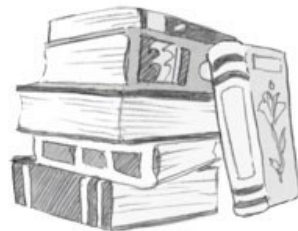
Me tiembla la voz.

—Fin. Llámame Fin. *He whanaunga koe.*

«Eres de la familia».

Sonríe, como si esta pequeña concesión significara el mundo para él.

—Te quiero, Fin.



SIGO A ETHAN ESCALERAS ARRIBA Y ME APOYO EN EL PARAPETO MIENTRAS ÉL DA VUELTAS DE UN lado a otro y se dice a sí mismo que la operación de Tom de mañana es algo rutinario, que se pondrá bien, que tiene que ponerse bien.

—Pero hay riesgos —dice.

Contrae el gesto y me acerco a él. Lo atraigo hacia mí y él se deja, se amolda a mi cuerpo sin vacilar un ápice. Pero tiembla. Tiene miedo. Y yo también.

—Érase una vez un niño que no quería abandonar su casa, pero su madre se volvió a casar...

Su respiración desigual me calienta el cuello y me hace estremecer. A medida que avanza mi historia —nuestra historia— se calma.

Cuando llego a nuestro final feliz, pega su nariz fría contra mi piel caliente.

—Nuestra historia es mágica. Espero que la escribas algún día.

El corazón me late desbocado; le agarro la cabeza y le levanto la cara para poder mirarlo.

La expresión en su rostro es de tensión, de preocupación, pero sus manos se aferran a mi cintura como si necesitara esa conexión, la cercanía.

—Fin, ¿me besas?

Siento escalofríos por todo el cuerpo cuando me inclino y le beso la comisura de los labios. Su jadeo une nuestras bocas y sentimos el latido de un mismo corazón en cada punto que nos tocamos. Sabe a lágrimas y a café.

—Más, por favor. Por favor —susurra entre besos.

Lo miro a los ojos y leo la súplica en ellos, la necesidad de que me ocupe de él. Una necesidad que yo también siento. Dejamos las estrellas atrás y nos dirigimos a mi habitación. Nos besamos y tropezamos mientras nos desnudamos el uno al otro; terminamos riéndonos y decidiendo que cada uno se quite su propia ropa.

Nos metemos en la cama y siseamos al notar las sábanas frías sobre nuestros cuerpos desnudos; nos acurrucamos para entrar en calor. Me acaricia la espalda, el culo y la parte superior del muslo. Se nos pone dura, nos frotamos.

Nuestros besos se hacen más profundos, más húmedos, y me pongo bocarriba haciendo rodar a Ethan conmigo. Noto el frío de las sábanas contra la espalda, pero lo olvido en cuanto siento su peso sobre mí cubriéndome como una manta.

—Quiero... —dice.

—Yo también quiero eso.



HAY MILES DE BESOS, MUCHO LUBRICANTE Y UNA DULCE EXPLORACIÓN.

Hay risas en voz baja y hormigueo en la piel.

Hay jadeos y hay súplicas.

Ethan me besa con intensidad mientras empuja en mi interior. Los dos gemimos y le agarro el culo para incitarle a moverse. Me penetra hasta el fondo y jadeo de lo lleno que me siento. No es como ninguna de mis experiencias previas. Es cada palabra que compartimos concentrada en un acto. Cada mirada que hemos intercambiado en secreto a lo largo de los años. Cada sonrisa que nos hemos dedicado.

Contraigo los músculos a su alrededor y me agarro a sus brazos. Quiero sentir esto —estar

así de cerca— todas las noches del resto de nuestras vidas.

Él gime y se mece sobre mí.

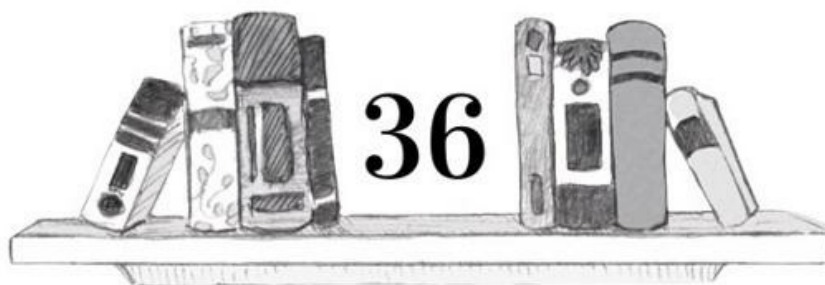
—Fin.

Le susurro que se deje llevar. Que no me hará daño.

Jadea y me embiste; el placer me recorre de pies a cabeza. «Más, quiero más».

Me da más.

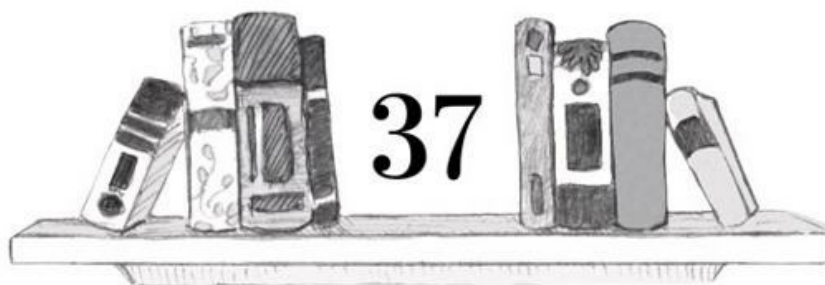
El mundo gira y gira y, cuando se detiene, cuando nos corremos con fuerza y jadeamos nuestro placer en el oído del otro, todo se asienta perfectamente en su sitio. Estamos aquí el uno para el otro. Él es mi familia. Mi verdadero hogar.



«La vida es maravillosa. Quiero echar raíces en ella, vivirla; crecer en ella, respirarla; regocijarme en ella, compartir mi alegría».

K. Mansfield, carta

O peran a Tom.
Sobrevive.



«Oh, amor, ¡cuánta ternura!
Hay tanto mimo en tu trato».

K. Mansfield, *Alas protectoras* (poema)

Mientras mi madre recoge a Tom del hospital, Ethan y yo jugamos al escondite con Julia en casa.

Julia sale corriendo para esconderse y la distancia entre nosotros hoy me parece especialmente significativa.

Me agarro a la barandilla de la escalera, subo un peldaño y me detengo al lado de Ethan, que también debería de haberse ido a esconder, pero se ha quedado ahí, vacilante.

—¿Estás bien? —me pregunta mientras enlaza sus dedos a los míos.

—Volverá en cualquier momento.

Ethan sonríe.

Yo también lo hago, pero mi sonrisa es temblorosa.

—¿Cuándo deberíamos decírselo? No quiero que se ponga peor.

—Soy más fuerte de lo que crees —dice una voz desde el vestíbulo.

Nos damos la vuelta. Tom camina apoyado en mi madre, arrastrando los pies por el reluciente suelo de mármol que está tan brillante que parece haber sido pulido con todas las lágrimas que hemos derramado desde el día en que llegué a Mansfield.

Tom está de pie justo donde dejé mi maleta aquel primer día.

—Bueno, ¿y qué es eso que queríais decirme? —pregunta.

La mano de Ethan tiembla entre las mías y traga saliva. Sé que esta vez se lo diré a su padre, no tengo ninguna duda. Pero, en esta ocasión, le ayudaré a hacerlo.

Lo suelto, bajo el escalón y me acerco a Tom.

—Me alegro de que estés en casa —le digo.

—Al grano, Fin.

Con la cabeza bien alta, lo miro a los ojos.

—Puede que odies lo que tenemos que decirte, pero ahora sé que seguirás queriéndonos a

pesar de ello; las emociones son... complicadas, lo sé. Y no creo que nos impidas ver a Julia.

Mi madre bufa.

—Si hiciera semejante cosa, yo misma me iría de Mansfield. Nadie os va a quitar a vuestra hermana.

Los ojos de Tom se clavan en los míos.

—Nadie se va a ir de Mansfield. Así que escúpelo ya para que podamos seguir con nuestras vidas.

Ethan está a mi lado, el calor de su brazo pegado al mío es reconfortante. Vuelvo a entrelazar nuestros dedos.

—Nunca quise enamorarme de tu hijo. Pero lo hice. Estoy enamorado de él.

Tom gruñe.

—Vale, no ha sido tan doloroso como esperaba que fuera.

Ethan tira de mí y me envuelve en sus brazos: le devuelvo el abrazo con fuerza.

—Y tampoco es tan diferente a lo que estoy acostumbrado.

Nuestro beso es dulce, suave; un deleite. Un alivio.

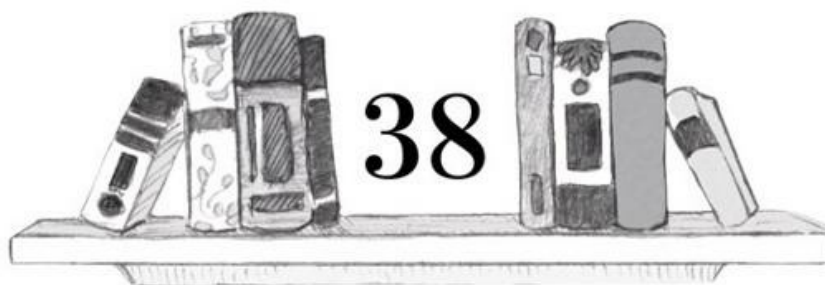
Tom traga de forma evidente.

—A *eso* me va a costar un poco más acostumbrarme.

Me río. Envuelvo a Tom en un abrazo y le susurro:

—Estoy feliz de que estés en casa. Te quiero.





—E s nuestra. ¡Nuestra!

Ethan me arrastra por el vestíbulo y me da un beso apasionado. Me río contra su boca, me siento ligero, estoy flotando. Acabamos de bañarnos y puedo saborear el río en él, se mezcla con los aromas de nuestro nuevo hogar: huele a madera vieja y pulida; a la hierba recién cortada del jardín que se filtra a través de la puerta abierta.

Deslizo los dedos por su pelo y lo beso con más fuerza.

—Enséñamela.

Ethan me coge de la mano y me arrastra por la casa. Ya la había visto antes, pero ahora es diferente. Ahora es nuestro salón, nuestra cocina, nuestro cuarto de baño, nuestro vestíbulo. Se detiene delante de la habitación de invitados.

—Esto es para ti.

—Pero...

Pensé que compartiríamos habitación. Lo había dado por hecho. Intento sonreír, pero me cuesta, estoy luchando contra las mil piedrecitas que parece que se me clavan y me atraviesan la piel.

Ethan me observa. Trata de leer mi expresión; seguro que lo consigue.

Lo miro con el ceño fruncido.

—Venga, pues enséñame mi habitación.

Hace una pausa con la mano en el pomo.

—Creo que te encantará.

—Estoy seguro de que la has dejado muy acogedora.

—Eso espero. Vas a pasar mucho tiempo aquí.

—Contigo, espero.

—Alguna que otra vez, sin duda.

Sonríe con la mano aún en el pomo. Le centellean los ojos al mirarme y siento un cosquilleo en la piel. Está tan guapo en esa postura, apoyado en la puerta, un poco arqueado hacia mí y con los labios enrojecidos por el beso que nos acabamos de dar... Un escalofrío me recorre todo el cuerpo y se intensifica en mi entrepierna. Llevamos evitando el sexo desde que Tom volvió del hospital. Nos resultaba extraño que mi madre y él estuvieran ahí y supieran que estábamos... Y

lo echo de menos. Estas últimas semanas en las que hemos estado todos juntos en Mansfield ayudando a Tom a recuperarse hemos sido por primera vez una verdadera familia y ha sido maravilloso. Pero necesito a mi novio cerca, pegado a mí; cada centímetro de él, desnudos, piel con piel. Lo quiero, y no quiero que sea en su habitación. Ni en la mía. Lo quiero en un cuarto que sea nuestro, solo nuestro.

Su sonrisa se ensancha.

—¿Por qué me miras así?

—¿Cómo te miro?

—Como si mi decepción te pareciera adorable.

—¿Quizá porque lo es?

Me cruzo de brazos.

—Por fin te tengo; por fin eres mío, Eth; por fin tenemos una casa para los dos y pensaba que íbamos a estar siempre *juntos*.

Ethan me agarra de la camiseta y me acerca a él. Su risa me acaricia el mentón.

—¿Puedo enseñarte ya tu habitación?

Me mira a los ojos y a mí me hormiguean los labios de lo cerca que siento los suyos.

Me acaricia la nariz con la suya, gira el pomo y abre la puerta.

Me acuerdo de este cuarto. Es en el que ayudé a Rush a guardar el peral que le trajo a Ethan como regalo de inauguración. El árbol sigue ahí, en el rincón más soleado, pero el resto de la habitación se ha transformado por completo. Hay estanterías llenas de libros en una pared y un enorme escritorio junto a las ventanas que dan al jardín. Entro y, en mi prisa, casi tropiezo con la alfombra de felpa del centro. En otra de las paredes hay fotos nuestras. De toda nuestra familia.

Ethan me mira desde la puerta a cuyo marco se aferra.

—¿Te gusta?

Es maravilloso.

—Esto no es un dormitorio.

Sonríe.

—Si crees que volverás a dormir sin mí, estás muy equivocado. —Traga saliva.

Está nervioso; cruzo la habitación hacia él.

Le acaricio el pecho y lo miro a los ojos.

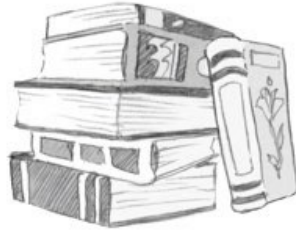
—Me encanta.

—Quiero que escribas todas las historias que se te pasan por la cabeza, Fin. Todas ellas —susurra.

Lo beso. La sensación de vértigo es real y yo... Yo...

—¿Eth?

—Fin, vamos a nuestra habitación.



LAS LÁMPARAS PROYECTAN UN SUAVE RESPLANDOR SOBRE NOSOTROS. SUCCIONO EL CUELLO DE Ethan y gimo al empaparme de su sabor mientras le meto dos dedos lubricados. Estoy ardiendo. Cada centímetro de mí arde. Sentirlo desnudo y moviéndose contra mí, empujando, su cara contraída por la excitación... Es una auténtica preciosidad. Lo miro, tiene los ojos nublados por la lujuria, y lo rodeo con mi otro brazo, atrayéndolo más hacia mí.

Nuestros besos son trémulos pero frenéticos. Hay nervios, hay necesidad.

Su cuerpo me envuelve; me arqueo, me retuerzo y me froto contra él. Mi dolorida longitud se desliza por detrás de sus huevos, entre sus resbaladizas nalgas. Se me acelera la respiración e Ethan me besa.

«Te quiero. Entero. Quiero sentirte a mi alrededor. Cada centímetro de ti».

Gime y me agarra la polla, que palpita en su mano.

Jadeo y llevo las manos a sus caderas.

Se lleva mi erección a su entrada y se la mete despacio; nuestros jadeos se entremezclan y se convierten en uno.

«Madre mía, Eth...».

«Más, Fin. Te necesito más dentro».

Empieza a moverse y mi agarre en sus caderas se hace más fuerte.

«Estás tan apretado y resbaladizo... Eres perfecto. Joder, me podría pasar la vida dentro de ti».

Ethan gira las caderas y contrae los músculos alrededor de mi polla como si él también quisiera sentir cada centímetro de mí.

Me incorporo y atrapo su labio inferior entre los dientes. Él arrastra su erección por mi abdomen dejando un rastro de calor y humedad. Me agarra la cabeza y profundiza nuestro beso y yo siento todo lo que pone en él, cómo me entrega hasta el alma. Gimo y me estremezco de pies a cabeza; no puedo contenerme, no puedo quedarme quieto.

Jadea contra mi boca entre susurros, se encuentra conmigo en cada arremetida. Mi polla se siente en casa, la fricción es deliciosa, tortuosa y todo es tan liberador... Que podamos tener esto; que no tengamos que escondernos; que podamos amarnos, abrazarnos, entregarnos al deseo.

Me recorre la oreja con la lengua y me mordisqueea el cuello, gimiendo contra mi piel. Me pide entre susurros que me recueste.

Lo hago. Él aprieta los muslos contra mí, echa la cabeza hacia atrás y empieza a montarme entre jadeos. Su polla me golpea el vientre cuando acelera el ritmo. Parece que está cerca, parece necesitarlo tanto como yo.

Tenso las piernas y le advierto que estoy a punto. Ethan se agarra la polla y se masturba con fervor. Es tan abierto y natural, se entrega a su placer sin contención; y al mío, al nuestro...

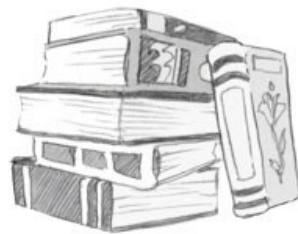
Soy una presa a punto de estallar. Me agarro a sus muslos y siento cómo flexiona los músculos. Estoy embistiéndole al mismo ritmo que él me monta...

«Quiero vivir en ti. Quiero sentir esto durante toda la vida».

Ethan grita y hebras de semen me golpean el pecho. Se contrae alrededor de mi erección y...

—Eth.

Muy dentro de él, me corro, me corro, me corro...



NOS QUEDAMOS EN LA CAMA EL RESTO DEL DÍA Y TODA LA NOCHE. HACEMOS EL AMOR DOS, TRES, cuatro veces...

Me despierto con él a mi espalda, abrazándome; me contoneo hacia atrás y...

Cinco veces.

Nos duchamos. Seis veces.

—Me alegro tanto de que vivamos juntos —dice Ethan en voz baja mientras me ata el albornoz.

Estoy tentado a saltar de nuevo sobre él.

Se ríe y se ata su propia bata.

—¿Qué tal si nos hacemos antes unas tortitas?

Le rodeo el cuello con los brazos.

—Feliz séptimo aniversario.

Alza las cejas.

—Si contamos desde aquel día que tú eras una princesa y yo estaba en aquel árbol y caí...

—¿Directo a mis brazos?

—... rendido a tus pies. Ahí me enamoré de ti.

Ethan inhala con intensidad y cierra los ojos. Me abraza con fuerza. Sonríe.

—Si contamos desde el momento en que yo me enamoré de ti sería más apropiado decir: «Feliz séptimo aniversario y unas semanas».

Me echo hacia atrás para poder mirarlo bien. Parpadeo.

—¿En serio? ¿Cuándo?

Le brillan los ojos.

Suena el timbre.

Ethan me deja ahí y, riéndose, se dirige por el pasillo hacia la puerta. Corro tras él.

Me guiña un ojo con descaro antes de abrir.

Mi madre, Tom y Julia están al otro lado.

Tom mira nuestro atuendo y se vuelve hacia mi madre.

—Te dije que deberíamos haber llamado primero —le dice, pero sonríe.

Julia entra como un vendaval y yo la cojo en brazos.

—Venimos a comer tortitas. Hemos traído peras del jardín.

Ethan y yo nos miramos en una conversación silenciosa.

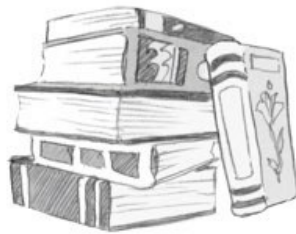
«Yo cocinaré».

Él pone los ojos en blanco.

Nos reímos.

—Maata. Papá, entrad —dice.

—Bienvenidos a nuestro hogar.

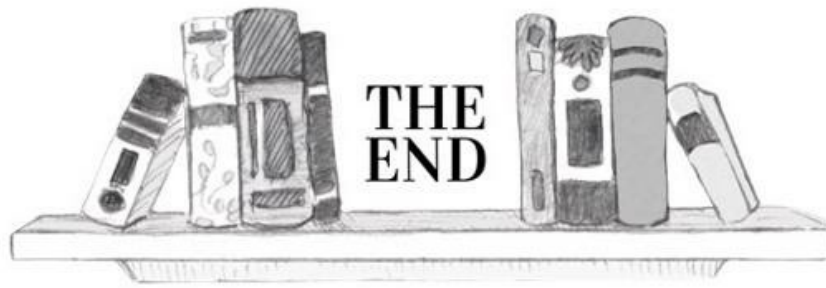


MÁS TARDE, MIENTRAS NOS DESPEDIMOS DE MI MADRE, TOM Y JULIA, ETHAN ME ABRAZA POR DETRÁS Y ME APOYA LA BARBILLA EN EL HOMBRO. ME LO DICE A MÍ, PERO TAMBIÉN A ELLOS; SE LO DICE AL MUNDO:

—Me enamoré de ti el día que te conocí.

«Ah, qué felicidad es estar con gente feliz; estrechar manos, juntar mejillas, sonreír a los ojos».

K. Mansfield, Fiesta en el jardín



«UNA MENTIRA FUE TODO LO QUE HIZO FALTA. UNA MENTIRA LO QUE LO CAMBIÓ TODO. --- LA mentira en cuestión: «No estoy enamorado de ti».

Sigue leyendo el capítulo uno del *retelling* gay de *Persuasión*; el romance sobre segundas oportunidades más emblemático. (Capítulo sujeto a cambios hasta publicación).

Elliot, canción de amor eterno: Capítulo 1

Una cosa estaba clara, Elliot Anneston no esperaba que su noche tomara semejante cariz.

Se suponía que debía estar estudiando para las semifinales del grupo de debate; practicando argumentos persuasivos con su segundo orador, Kyle; se suponía que estaría a las diez en la cama.

En cambio, era medianoche, había seguido a Kyle hasta una fiesta en las afueras de Port Rātapu y el único debate que existía en esos momentos era si Kyle debía o no dejarse el bóxer puesto.

Elliot tenía muchos y muy firmes argumentos para el «sí».

La sórdida risa de Kyle, acompañada de un insoportable olor a alcohol, le aterrizó en la cara y lo obligó a retroceder medio metro. El ambiente vibraba con la música del interior de la casa, incluso la superficie hasta entonces inmóvil de la piscina se estremeció. Kyle y él estaban fuera. Solos.

—Has sido tú quien me ha arrastrado hasta aquí, Elliot.

Eso era cierto. Había esperado que tomar el aire lo despejara. Pero no había habido suerte. Tampoco parecía haberle disuadido de mostrarse tal y como vino al mundo.

—No como una invitación a tirarnos desnudos a la piscina.

—Vamos, será divertido.

—Mañana tenemos las semifinales.

Durante un par de segundos, el volumen de la música se intensificó y luego se escuchó el golpe de una puerta al cerrarse. Era posible que ya no estuvieran solos, pero Elliot no se giró para confirmarlo. Bajó la voz y protegió a Kyle con su cuerpo porque sí, estaba dando un espectáculo lamentable, pero bastante vergüenza iba a pasar ya a la mañana siguiente; qué menos que preservar un poco de su dignidad tapándolo de ojos ajenos.

Kyle lo miró con lascivia y, al hablar, usó un tono bajo y ronco:

—Venga, yo te la chupo primero.

—¡¿Qué?!

Kyle se bajó la cinturilla del bóxer y dejó al descubierto algo de vello púbico y la base de su

excitación.

Ya no quedaba dignidad que preservar. Elliot dio un paso atrás.

Kyle lo siguió.

—Veo cómo me estás mirando.

—En estado de shock, te lo puedo asegurar.

Otro centímetro, hasta dejar al descubierto gran parte del culo.

—No te preocupes, no me importa si la tuya no es tan grande.

—No me refería a eso. Súbete los calzoncillos, por favor.

Kyle lo miró con la cabeza ladeada y el ceño fruncido.

—Pero...

Elliot recogió la camiseta del suelo y se la lanzó.

—Ponte esto también, anda.

Kyle la cogió y, sosteniéndola contra su pecho, eructó.

—Pero eres gay —dijo.

—Bisexual.

—Bueno, es más o menos lo mismo, qué importa.

Elliot se quedó mirándolo unos instantes.

—Hum, ya, bueno; a mí sí me importa.

—¡Pero es que no hay nadie más!

—Sin tener en cuenta la lamentable falta de romanticismo, esperaba mejor argumentación de un miembro del grupo de debate.

Kyle volvió a dejar caer su camiseta al suelo y se bajó el bóxer hasta los tobillos.

—¿Esto te hace cambiar de opinión?

Un movimiento en su visión periférica llamó la atención de Elliot, pero estaba demasiado concretado en Kyle, que cada vez estaba más cerca de él, para prestar atención. Extendió los brazos para evitar su avance y, cuando sus manos se encontraron con su pecho, Elliot lo empujó.

Kyle gritó al caer a la piscina de cualquier forma, agitando los brazos, chapoteando y salpicándolo. A Elliot se le empaparon los vaqueros desde el muslo hasta el tobillo.

—Mierda —dijo mientras se agachaba y miraba a Kyle salir a la superficie—. No debería haber hecho eso.

—Sí, deberías. Si no lo hubieras hecho tú, lo habría hecho yo.

Elliot había sabido que había alguien fuera con ellos, pero el acento escocés no se lo esperaba. Ese «seh» en vez de «sí», esa contracción de palabras, esa forma de alargar las vocales.

Miró hacia arriba —muy hacia arriba, era alto— y apoyó las manos en el suelo mojado para estabilizarse. A Elliot no le gustaban mucho las fiestas —esta era la primera a la que asistía desde que había empezado segundo de bachillerato—, pero estaba muy implicado en el colegio y conocía a todos los que estaban bailando dentro de la casa, incluso a los hermanos mayores que ya se habían marchado de Fern Valley. Pero a este chico no lo había visto nunca. Se acordaría.

Era impresionante; no había otra forma de decirlo. Un tiarrón de apariencia risueña que daba la impresión de poder cargarse el mundo a los hombros. Fuerte, musculoso y con el pelo ondulado de color teja.

Al sonreír los ojos le centellearon y el aire alrededor de Elliot pareció calentarse.

Hasta que el agua fría le salpicó la cara y Elliot desvió la atención hacia su preocupación más acuciante: Kyle, muerto de la risa chapoteando alegremente en toda su —por fin marchita— gloria.

—Puede que se lo mereciera —murmuró Elliot—, pero se tiene que estar helando.

—Yo lo veo feliz.

—Está borracho. No siente el frío. ¡Kyle! Kyle, sal.

Kyle se puso de pie; el agua le cubría hasta el pecho, pero si se movía un poco hacia el fondo, le cubriría más.

—¿Del armario? —contestó Kyle—. Ya estoy fuera. ¿O no he sido lo bastante claro?

Madre de Dios.

—Fuera de la *piscina*.

—Vas a tener que ser un poco más convincente que eso —contestó con los ojos llenos de lascivia mientras subía y bajaba sus pobladas cejas de forma sugerente.

—Voto porque lo dejemos ahí.

Ese acento otra vez. Ese «ahí» que sonaba más como «ahe».

—El alcohol y las grandes masas de agua no son una buena combinación. Se podría ahogar.

—Salgo si me prometes que me darás un beso.

El chico escocés se agachó a su lado.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete, ¿por qué?

—Porque te juzgarían como menor, no como adulto. Piénsalo, *nitanmal*.

Esa forma de hablar, de contraer palabras... Elliot negó con la cabeza, riéndose. Por muy tentador que fuera...

—Sal o entraremos y te sacaremos por la fuerza —gritó.

—¿«Sacaremos»?

Cierto, «sacaremos» era mucha gente.

—Sal o este tío entrará y te sacará a rastras —dijo Elliot señalando con el pulgar a su nuevo... Al escocés.

El escocés en cuestión lo miró, perplejo.

—Bueno —explicó Elliot—, no nado muy bien, así que, a menos que quieras tener que lidiar con dos cadáveres, tendrás que hacer los honores.

—¿Quién eres? —preguntó el escocés con ojos divertidos.

—Muy buena pregunta. ¿Quién eres tú?

El escocés se cruzó de brazos.

—Yo he preguntado primero.

—Pero bueno, y yo creyendo que eras un alumno nuevo de Fern Valley; pero con ese comportamiento tan infantil supongo que sigues en preescolar.

—Wentworth McAllister —dijo mientras le tendía la mano—. Me acabo de mudar a Nueva Zelanda; soy escocés.

Elliot se presentó y, tras una pausa, le preguntó:

—¿Wentworth?

El susodicho hizo una mueca.

—Elección de mi madre. Por un libro que le encantaba.

—Creo que sé cual es.

—¿Vas a darme la mano o te vas a limitar a mirármela?

Elliot se sonrojó.

—Creo que lo segundo; hasta que la cosa empiece a ponerse incómoda.

—¿«Comience» dices?

Elliot le estrechó la mano. Esperaba que el apretón le dejara los dedos sin circulación, pero no, lo hizo con la presión justa; fue firme pero delicado, y una corriente de electricidad le trepó por el brazo.

—Así que..., ¿eres nuevo en Port Rātapu?

—Hum... Mi madre se murió cuando era pequeño y mi padre se volvió a casar; con una kiwi, así que... —contestó terminando la frase con un encogimiento de hombros.

Separaron sus manos en un deslizar de dedos cargado de electricidad estática.

Otra salpicadura procedente de la piscina le dio de lleno en las piernas, pero Elliot apenas se inmutó. Tenía la mirada fija en la nariz de Wentworth; había algo en ella... Era un poco demasiado grande quizá y, sin embargo, encajaba tan bien en su cara...

—Bueno, pues... —Se encontró con los ojos brillantes de Wentworth—. Desnúdate.



Elliot, canción de amor eterno es una adaptación gay y contemporánea de *Persuasión*, de Jane Austen. Esta historia de segundas oportunidades es el quinto libro de la serie *Con amor, Austen*.

Libros de la serie, *Con amor Austen* publicados en español:

EMERETT NUNCA SE HA ENAMORADO

(Retelling de **Emma**)

CAMERON QUIERE SER UN HÉROE

(Retelling de ***La abadía de Northanger***)

BENNET, EL ORGULLO DE ENAMORARSE

(Retelling de ***Orgullo y prejuicio***)

FINLEY ENCUENTRA SU VERDADERO HOGAR

(Adaptación de ***Mansfield Park***)

Próximamente:

ELLIOT, CANCIÓN DE AMOR ETERNO

(Retelling de ***Persuasión***)

A DASHWOOD OF SENSE AND SENSIBILITY

(Retelling de ***Sentido y sensibilidad***)

Novelette:

MR FAIRFAX, MR WEST, AND THE MEET CUTE

Lista de fuentes de Katherine Mansfield

(Nota de la traductora: las traducciones de los títulos son mías, estas ediciones no están publicadas en español. Las citas las he traducido directamente del texto original en inglés. En español sí tenemos algún recopilatorio de cuentos, poemas y diarios; algunos de ellos muy completos y bien traducidos).

A.R Orage habla con Katherine Mansfield en Fontainebleau. The Century Magazine, 1924.

Cartas de Katherine Mansfield a John Middleton Murry 1913-1922. Editado por J. Middleton Murry. Londres: Constable, 1958.

Cuentos de Katherine Mansfield. New Zealand: Penguin, 2010.

Cartas y diarios. Editado por C. K. Stead. London: Penguin, 1977.

Colección de cartas de Katherine Mansfield. 5 volúmenes. Editado por Vincent O'Sullivan y Margaret Scott. Oxford: Clarendon, 1984-2008.

Colección de poemas de Katherine Mansfield. Editado por Gerri Kimber y Claire Davison. Edinburgh University Press, 2016.

Diario de Katherine Mansfield. Editado por J. Middleton Murry. NY: Knopf, 1928.

Cuadernos de Katherine Mansfield. Editado por Margaret Scott. University of Minnesota Press, 2002.

Cartas de Katherine Mansfield. 2 vols. Editado por J. Middleton Murry. NY: Knopf, 1929.

Sobre la autora

Soy una grandísima fan de los romances que se cuecen a fuego lento y es que me encanta leer y escribir sobre personajes que se van enamorando poco a poco.

Algunos de mis temas favoritos son: historias cuyos protagonistas van de amigos —o enemigos— a amantes; chicos despistados que no se enteran de nada y en sus romances todo el mundo es consciente de lo que pasa menos ellos; libros con personajes bisexuales, pansexuales, demisexuales; romances a fuego lento y amores que no conocen fronteras.

Escribo historias de diversa índole, desde romance contemporáneo gay con los que se sufre un poquito, a romances totalmente desenfadados e, incluso, algunos con un toque de fantasía.

Mis libros se han traducido al alemán, italiano, francés, tailandés, portugués y español.

Contacto: <http://www.anytasunday.com/about-anyta/>

Suscríbete a la *newsletter* de Anyta y recibe un libro electrónico gratuito:

<http://www.anytasunday.com/newsletter-free-e-book/>

Únete a mi grupo de Facebook para hablar de romances que se cuecen a fuego lento:

<https://www.facebook.com/groups/SlowBurnSundays/>

También puedes encontrarme aquí:

www.anytasunday.es

anytasunday@gmail.com

Para obtener información sobre nuevos lanzamientos y regalos, sígueme en BookBub:

<https://www.bookbub.com/authors/anyta-sunday>

Sobre le ilustradore

Lauren Dombrowski es une ilustradore y dibujante de cómics con residencia en Chicago entre cuyos trabajos podemos mencionar las ilustraciones de *Conventionally Yours*, de Annabeth Albert (2020) y *Say You'll Be Nine*, de Lucy Lennox (2020). También ha formado parte del cómic *Dates Volume 3* (2019), de *A Survey of Queer Looks 1890-2018* (2018) a cargo de Margins Publishing, así como *Tabula Idem: A Queer Tarot Comic Anthology* (2017) con Fortuna Media.

Página web: laurendombrowski.com

Twitter: @callmekitto

Instagram: @l.e.d.light

Correo electrónico: ldombrowskiart@gmail.com

Notas

Capítulo 2

1 N. de la T.: funeral típico maorí

Capítulo 5

1 N. de la T.: patata dulce típica de Nueva Zelanda.

Capítulo 7

1 N. de la T.: amuleto maorí que simboliza la nueva vida, la fuerza, la paz, el crecimiento personal.